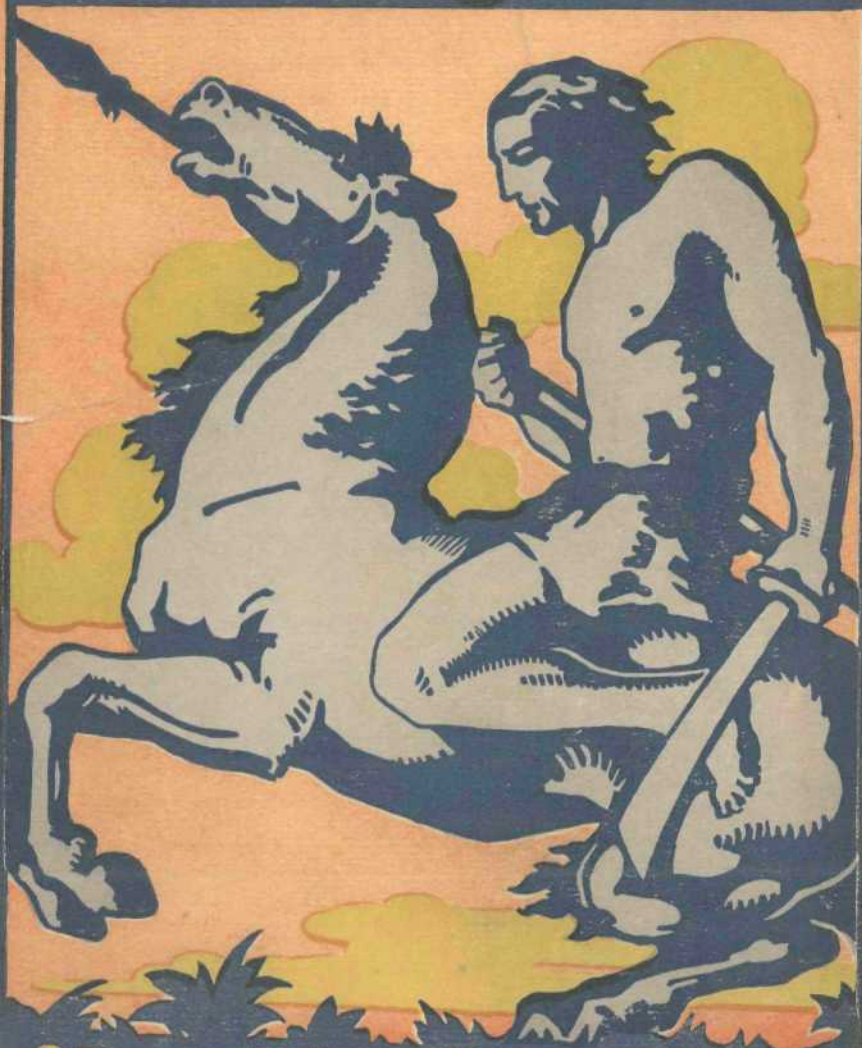


# Carzán el Gran Jeque



Edgar Rice Burroughs

Carmen Ruiz

**TARZÁN EL GRAN JEQUE**

## Aventuras de Tarzán

- 1. TARZÁN DE LOS MONOS.
- 2. EL REGRESO DE TARZÁN.
- 3. LAS FIERAS DE TARZÁN.
- 4. EL HIJO DE TARZÁN.
- 5. EL TESORO DE TARZÁN.
- 6. TARZÁN EN LA SELVA.
7. TARZÁN EL INDÓMITO.
- / 8. TARZÁN EL TERRIBLE.
9. TARZÁN Y EL LEÓN DE ORO.
- 10. TARZÁN ENTRE PIGMEOS.
- 11. TARZÁN EL GRAN JEQUE.

G-44

# TARZÁN EL GRAN JEQUE

NOVELA

POR

EDGAR RICE BURROUGHS

TRADUCCIÓN

de

EMILIO M. MARTÍNEZ AMADOR

DONACION DE
<i>Carmen Ruiz</i>
<i>Buro - Villoriente</i>



Reg. ED. 31.420  
(BBU)

BARCELONA  
GUSTAVO GILI, Editor  
Calle de Enrique Granados, 45  
MCMXXIX

DE EDUCACION
BIBLIOTECA
U.A.M.





---

*Es propiedad.  
Derechos reservados.*

---

*Copyright, 1929, by Gustavo Gili*

---

«GRÁFICA MODERNA» DE L. CORTINA, MALLORCA, 206. — BARCELONA

## CAPÍTULO PRIMERO

### Tantor el elefante

Balanceando su enorme cuerpo a un lado y a otro conforme arrojaba su peso primero a un costado y después al contrario, Tantor el elefante descansaba recostado a la sombra del padre de los bosques. Casi omnipotente era en su reino. Dango, Sheeta y hasta el poderoso Numa nada significaban para el paquidermo. Por espacio de cien años había recorrido de un lado a otro el mismo país que tembló bajo las patas de sus antepasados durante innumerables edades.

En paz había vivido Tantor con Dango, la hiena, con Sheeta, el leopardo, y con Numa, el león. Sólo el hombre le había hecho guerra: el hombre, que goza de la distinción, única entre todos los seres creados, de hacer la guerra a todos los seres creados, aun de su propia especie. El hombre implacable, el hombre despiadado, el hombre, que constituye el organismo viviente más odiado de cuantos creó Naturaleza.

Siempre, durante los cien años largos de su existencia, Tantor había conocido al hombre. Siempre había

conocido negros: guerreros negros grandes, armados con venablos y flechas; guerreros negros pequeños; atezados árabes de toscas espingardas, y hombres blancos con poderosos rifles de repetición y fusiles para elefantes. Los blancos habían sido los últimos en presentarse, y eran los peores. Sin embargo, Tantor no odiaba a los hombres, ni siquiera a los blancos. El odio, la venganza, la envidia, la avaricia, son unas cuantas de las deliciosas pasiones reservadas exclusivamente a la obra más noble de la Naturaleza; los animales *inferiores* las desconocen. Tampoco conocen el miedo tal como el hombre lo siente, sino más bien cierta cautela audaz que impulsa al antílope y la cebra, precavidos y atentos, al mismo abrevadero que al león.

Tantor compartía esta cautela consus compañeros y esquivaba al hombre, especialmente al blanco; y así, de haber habido aquel día otros ojos que presenciaran la escena, su poseedor casi habría puesto en duda su testimonio, o atribuido el error a la media luz de la floresta, al ver la figura tendida boca abajo en el áspero lomo del elefante, medio dormitando al calor entre los vaivenes del enorme cuerpo; porque a pesar de la piel curtida y bronceada por el sol, la figura era inconfundiblemente la de un hombre blanco. Mas no había otros ojos que la vieran, y Tantor dormitaba tranquilamente a la luz del mediodía. Y Tarzán, Señor de la Selva, dormitaba también sobre la espalda de su descomunal amigo. Perezosamente soplabá del norte una bochornosa corriente de aire, que no traía nada intranquilizador al olfato del gigante blanco. La paz se cernía so-

bre la selva y Tarzán de los Monos y Tantor estaban contentos.

En la floresta, Fahd y Motlog, de la tribu el-Harb, cazaban hacia el norte desde el *menzil* del Jeque Ibn Jad, del fendi el-Guad de los Beni Salem. Llevaban consigo esclavos negros. Todos avanzaban cautelosamente y en silencio, siguiendo la huella reciente del elefante; los atezados árabes pensaban en el marfil, y los esclavos negros en la carne fresca. Fejjuán, el negro esclavo Galla, esbelto guerrero de color de ébano, y afamado cazador y devorador de carne cruda, iba delante de los otros. Fejjuán, lo mismo que sus camaradas, pensaba en la carne fresca, pero también pensaba en el-Hábash, el país de donde lo robaron de muchacho. Proyectaba volver de nuevo a la solitaria choza Galla de sus padres. Acaso el-Hábash no estaba ya lejos. Durante meses Ibn Jad había avanzado hacia el sur, y ahora llevaba ya recorrido largo trecho hacia oriente. El-Hábash debía de estar cerca. Cuando Fejjuán estuviera seguro de ello, sus días de esclavitud tendrían término, e Ibn Jad habría perdido su mejor esclavo Galla.

A dos jornadas hacia el norte, en la extremidad meridional de Abisinia, se alzaba la redonda morada del padre de Fejjuán, casi en el camino toscamente proyectado que Ibn Jad comenzó como un año antes, cuando emprendió aquella alocada aventura por consejo de un sabio *sáhar*, un mago de fama. Pero Fejjuán estaba ignorante tanto de la situación exacta de la casa de su



padre como de los planes exactos de Ibn Jad; no hacía más que soñar con ellos.

Sobre la cabeza de los cazadores las hojas del bosque dormitaban al calor tropical. Bajo las soñolientas frondas de otros árboles, a un tiro de piedra de aquéllos, Tarzán y Tantor dormitaban, embotadas momentáneamente sus facultades de percepción por la sedante influencia de una seguridad imaginaria y por la somnolencia que es corolario del mediodía ecuatorial.

Fejjuán, el esclavo Galla, se detuvo ante las huellas de Tantor, parando a los que lo seguían con el mudo mandato de una mano levantada. Delante de él, entrevisto débilmente entre los troncos y al través del follaje, se movía el gigantesco bulto de *el-fil*. Fejjuán hizo una seña a Fahd, que se acercó furtivamente al lado del negro, y el esclavo Galla señaló al través del follaje hacia una mancha de piel gris. Fahd se echó a la cara *el-lazzáry*, su viejo mosquete. Hubo un fogonazo, una humareda, una detonación, y *el-fil*, ileso, huyó al través del bosque.

En el momento de lanzarse Tantor hacia adelante al sentir el disparo, Tarzán se dispuso a levantarse de un salto, y en el mismo instante el paquidermo pasó por debajo de una rama de poca altura, que dió al Tarman-gani de lleno en el lado de la cabeza y lo derribó al suelo, donde quedó boca abajo, atontado y sin sentido.

Aterrado, Tantor sólo pensaba en la fuga al correr en dirección norte por la selva, dejando tras sí árboles derribados, malezas pisoteadas o arrancadas. Tal vez



ignoraba que su amigo yacía inerte y lesionado a merced del hombre, el enemigo común. Tantor no consideraba nunca a Tarzán como uno de los *tarmanganis*, porque «hombre blanco» era sinónimo de inquietud, de dolor y de molestias, al paso que Tarzán de los Monos significaba para él una compañía pacífica, el sosiego y la felicidad. De todos los animales de la selva, salvo los de su propia especie, Tantor no fraternizaba más que con Tarzán de los Monos.

— ¡*Billah!* Erraste el tiro — exclamó Fejjuán.

— ¡*Gluck!* — exclamó Fahd. — ¡El *chaitán* ha guiado la bala! Pero vamos a ver. Acaso *el-fil* esté herido.

— No. Te ha fallado el disparo.

Los dos hombres avanzaron, seguidos por sus compañeros, en busca del anhelado rastro de carmín. Fahd era el que llevaba la delantera. De pronto se detuvo.

— ¡*Wellah!* ¿Qué tenemos aquí? — exclamó. — ¡He disparado a *el-fil* y he matado a un *nasrany!*

Los demás se apiñaron en torno de ellos.

— Es en efecto un perro cristiano, y desnudo además — dijo Motlog.

— O algún animal feroz de la selva — apuntó otro. — ¿Dónde le ha dado tu bala, Fahd?

Agacháronse y pusieron a Tarzán boca arriba.

— No tiene señal alguna de bala.

— ¿Está muerto? Tal vez estaba él dando caza a *el-fil* y el gran animal lo ha matado.

— No está muerto — anunció Fejjuán, que se había arrodillado y aplicaba el oído al corazón del gigante blanco. — Vive, y a juzgar por la señal que tiene en la

cabeza, creo que únicamente está atontado por un golpe. Mirad: está en el sendero que ha dejado *el-fil* al escapar... Ha caído al suelo al huir la fiera.

— Yo lo remato — dijo Fahd sacando su *khusa*.

— ¡No, por Alá! Guarda tu cuchillo, Fahd — exclamó Motlog. — Deja que el jeque decida si hay que matarlo. Parece que estás siempre deseando sangre ajena.

— No es más que un *nasrany* — insistió Fahd. — ¿Piensas llevártelo al *menzil*?

— Se mueve — dijo Fejjuán. — Pronto estará en condiciones de ir hasta allá sin auxilio. Pero tal vez no quiera venir con nosotros; y, mira, tiene estatura y músculos de gigante. ¡Qué hombre!

— ¡Atalo! — ordenó entonces Fahd; y con correas de piel de camello ataron las muñecas del Tarmangani delante del vientre; y la obra quedó terminada en el momento preciso, pues apenas habían acabado cuando Tarzán abrió los ojos y los contempló lentamente.

— ¿Por qué tengo atadas las manos? — les preguntó en su propia lengua. — ¡Quitadme estas ligaduras! Fahd rompió a reír.

— ¿Piensas, *nasrany*, que eres algún gran jeque, que puedes mandar a los beduínos como si fueran perros?

— Soy Tarzán — replicó el gigante blanco, como si dijera «soy el jeque de los jeques».

— ¡Tarzán! — exclamó Motlog, apartando a Fahd a un lado; y añadió bajando la voz: — ¡Que hayamos tenido la mala fortuna de ofender precisamente a este hombre! En todas las aldeas en que hemos entrado en

las dos semanas últimas hemos oído su nombre. «Esperad — nos han dicho — a que vuelva Tarzán, el señor de la Selva. Os matará cuando sepa que habéis traído esclavos a este país».

— Al sacar yo mi *khusa* no has debido detener mi brazo, Motlog — dijo Fahd con acento de lamentación. — Pero todavía no es tarde — añadió llevando la mano a la empuñadura de su cuchillo.

— ¡No! — exclamó Motlog. — Hemos traído esclavos a este país. Ahora están con nosotros y algunos de ellos se escaparán. Tú lo sabes tan bien como yo. Supón que van a contar en el *jendy* de este gran jeque que lo hemos matado. Ni uno solo de nosotros volverá con vida a Beled el-Guad.

— Entonces llevémoslo ante Ibn Jad para que sea suya la responsabilidad de lo que se haga — dijo Fahd.

— Hablas cuerdamente — replicó Motlog. — Lo que el jeque haga con este hombre es cuenta suya. Vamos.



Cuando volvieron al lado de Tarzán de los Monos éste los miró interrogativamente.

— ¿Qué habéis resuelto hacer conmigo? — preguntó. — Si sois sensatos, cortad estas cuerdas y llevadme a vuestro jeque. Deseo decirle dos palabras.

— Nosotros sólo somos unos pobres hombres — replicó Motlog. — No nos corresponde decir lo que se ha de hacer. De modo que te llevaremos a nuestro jeque para que él decida.



El jeque Ibn Jad del fendy el-Guad estaba sentado en el suelo en el abierto departamento de los hombres de su *beyt es-sh'ar*, y a su lado, en el *mukaad* de su casa de pieles, se hallaban Tollog, su hermano, y un joven beduino, Zeyd, que indudablemente encontraba menos atractivo en la compañía del jeque que en la proximidad del harén del mismo; éste se hallaba separado del *mukaad* sólo por una cortina hasta la altura del pecho, suspendida entre las pértigas del *beyt*, lo cual le permitía de cuando en cuando atisbar a Ateja, la hija de Ibn Jad. Pero la temperatura de Zeyd no aumentaba en una décima por el hecho de que de cuando en cuando tenía también un atisbo de Hirfa, la esposa del jeque.

Mientras hablaban los hombres, las dos mujeres se ocupaban dentro de su departamento en sus quehaceres domésticos. En una gran *jidda* de latón Hirfa preparaba el carnero que se había de hervir para la comida próxima, en tanto que Ateja confeccionaba sandalias con un viejo saco de cuero de camello impregnado del zumo de los dátiles que había transportado en más de una *rahla*; pero entre tanto no perdían una sola palabra de la conversación que se sostenía en el *mukaad*.

— Hemos traído un largo viaje sin percances desde nuestro *béled* — estaba diciendo Ibn Jad, — y el camino ha sido más largo porque yo no quería cruzar por el-Hábash, para que no nos atacara o persiguiera la gente de esa tierra. Ahora podemos dirigirnos otra vez al norte, y entrar en el-Hábash cerca del lugar donde el mago me vaticinó que encontraríamos la ciudad de Nimmr, la ciudad del tesoro.

— ¿Y crees encontrar con facilidad esa ciudad fabulosa, una vez que estemos dentro de los límites de el-Hábash? — preguntó Tollog, su hermano.

— ¡*Wellah*, sí! La gente de esta región, tan al sur de el-Hábash, la conoce muy bien. Fejjuán, que es un hábashi, la oyó nombrar siendo niño, aunque no ha estado nunca en ella. Cogemos prisioneros, y con la gracia de Alá, encontraremos medios de desatarles la lengua y arrancarles la verdad.

— ¡Por Alá! — exclamó Zeyd. — Espero que no resulte como el tesoro depositado sobre la gran roca de el-Howwara en la llanura de Medáin Salih. Lo custodia un *efrit* junto a la torre de piedra en que está guardado, y cuentan que si lo quitaran de allí caerían desastres sobre la humanidad, porque los hombres se volverían contra sus amigos, y hasta contra sus hermanos, los hijos de sus padres y de sus madres, y los reyes del mundo guerrearían unos contra otros.

— Sí — corroboró Tollog. — Yo supe por uno del fendy Hazim que un sabio mogrebita llegó cerca de ese sitio en sus viajes, y consultando los signos cabalísticos de su libro de magia descubrió que el tesoro estaba allí escondido efectivamente.

— Pero nadie se atrevió a cogerlo — dijo Zeyd.

— ¡*Billah*! — exclamó Ibn Jad. — No hay *efrit* que guarde los tesoros de Nimmr. No más hay que carne y sangre de habush, que puede quitarse de en medio fácilmente. El tesoro es nuestro sin más trabajo que cogerlo.

— ¡Quiera Alá que se encuentre con tanta facilidad



como el tesoro de Geryeh — dijo Zeyd, — que está a una jornada al norte de Tebuk en las antiguas ruinas de una ciudad amurallada! Allí cada viernes las piezas de dinero ruedan por el suelo y corren por el desierto hasta la puesta del sol.

— Una vez que lleguemos a Nimmr no nos costará trabajo encontrar el tesoro — les aseguró Ibn Jad. — La dificultad estará en salir de el-Hábash con el tesoro y la mujer, pues, si es tan hermosa como dice el *sáhar*, los hombres de Nimmr la protegerán sin duda más ferrozmente que sus bienes.

— A veces los magos mienten — dijo Tollog.

— ¿Quién viene? — exclamó Ibn Jad mirando hacia la selva virgen que limitaba el *menzil* por todas partes.

— ¡*Billah!* Son Fahd y Motlog que vuelven de la caza — dijo Tollog. — ¡Quiera Alá que nos traigan marfil y carne!

— Demasiado pronto vuelven — repuso Zeyd.

— Pero no regresan con las manos vacías — añadió Ibn Jad señalando hacia el desnudo gigante que acompañaba a los dos cazadores.

El grupo que rodeaba a Tarzán se acercó al *beyt* del jeque y se detuvo. Envuelto en su manchado *thob* de indiana, con el paño de la cabeza corrido sobre la parte inferior del rostro, Ibn Jad no ofrecía más que dos ojos villanescos al atento examen del Tarmangani, que simultáneamente abarcaba la cara variolosa y de ojos aviesos de Tollog, hermano del jeque, y el semblante no mal parecido del joven Zeyd.

— ¿Quién es aquí el jeque? — preguntó Tarzán de los Monos con un acento de autoridad que no se compadecía bien con las ligaduras de piel de camello que le sujetaban las muñecas.

Ibn Jad dejó caer el *thorrib* de delante del rostro y dijo:

— ¡*Wellah*, yo soy el jeque! ¿Por qué nombre se te conoce a ti, *nasrany*?

— A mí me llaman Tarzán de los Monos, *muslime*.

— ¿Tarzán de los Monos? — musitó Ibn Jad. — He oído ese nombre.

— Indudablemente. No les es desconocido a los árabes ladrones de esclavos. ¿Por qué, pues, has venido a mi tierra, sabiendo que yo no permito que a mi gente se la reduzca a la esclavitud?

— No hemos venido por esclavos — le aseguró Ibn Jad. — No hacemos más que comerciar pacíficamente en marfil.

— ¡Mientes con toda la boca, *muslime*! — replicó Tarzán vivamente. — En tu *menzil* veo esclavos mancuernas y gallas, y sé que no están aquí por su gusto. Además, ¿acaso no estaba yo presente cuando tus *sayones* dispararon un tiro a *el-fil*? ¿Es eso comerciar en marfil pacíficamente? ¡No! Eso es merodear, y Tarzán de los Monos no lo consiente en su tierra. Sois ladrones y merodeadores.

— ¡Por Alá, somos hombres honrados! — exclamó Ibn Jad. — Fahd y Motlog sólo cazaban para comer carne. Si tiraron contra *el-fil*, será porque lo debieron de tomar por otro animal.

— ¡Basta! — exclamó el Tarmangani. — Quítame estas ligaduras y prepárate a volver al norte de donde vienes. Tendrás una escolta y portadores hasta el Sudán.

— Venimos de muy lejos y sólo queremos comerciar en paz — insistió Ibn Jad. — Pagaremos a nuestros portadores por su trabajo y no cogeremos esclavos ni volveremos a disparar contra *el-fil*. Déjanos seguir nuestro camino, y cuando volvamos te pagaremos bien el permiso de atravesar tu país.

— No — exclamó Tarzán negando con la cabeza. — Os iréis en seguida. ¡Ea! ¡Cortadme estas ligaduras!

Ibn Jad estrechó los ojos y dijo:

— Te hemos ofrecido la paz y un beneficio, *nasrany*, pero si prefieres la guerra, guerra tendremos. Estás en nuestro poder, y recuerda que los enemigos muertos son inofensivos. ¡Piénsalo! — Y volviéndose a Fahd agregó: — Llévatelo y átale también los pies.

— ¡Ten cuidado, musulmán! — previno Tarzán de los Monos. — Los brazos del Tarmangani son largos, y pueden extenderse aun después de la muerte para que sus dedos te agarroten la garganta.

— Hasta la noche tienes tiempo de decidir, *nasrany*; y te prevengo que Ibn Jad no ha de volver atrás hasta que tenga en su poder lo que ha venido a buscar.

Lleváronse luego a Tarzán, y a cierto trecho del *beyt* de Ibn Jad lo empujaron a una pequeña *hejra*; pero una vez dentro de esta tienda se necesitaron tres hombres para arrojarlo al suelo y sujetarle los tobillos, y eso que tenía ya atadas las muñecas.



En el *beyt* del jeque los beduínos sorbían su café, repugnante a fuerza de clavo, canela y otras especias, mientras hablaban de la mala ventura que les había ocurrido, pues, no obstante sus bravatas, Ibn Jad sabía muy bien que sólo la rapidez y las más propicias circunstancias podían ya poner el sello del triunfo a su empresa.

— De no haber sido por Motlog — dijo Fahd, — no tendríamos ahora motivos para preocuparnos por el nasrany, porque yo tenía ya desenvainado el cuchillo para rajarle la garganta cuando Motlog se interpuso.

— Y la noticia de que lo habías matado se habría difundido por todo el país antes de la puesta del sol, y toda su gente estaría persiguiéndonos — replicó Motlog.

— ¡*Wellah!* — exclamó Tollog, el hermano del jeque. — ¡Ojalá Fahd hubiera hecho lo que deseaba! Al fin y al cabo, ¿estaremos mucho mejor si dejamos vivir al nasrany? Si lo libertamos, sabemos que reunirá a su gente y que nos expulsará de esta comarca. Si lo tenemos prisionero y un esclavo que se nos escape va a comunicárselo a su pueblo, ¿no caerán sobre nosotros mucho más infaliblemente que si lo matáramos?

— Tollog, dices palabras de prudencia y sabiduría — repuso Ibn Jad moviendo la cabeza con gesto de aprobación.

— Pues aguarda — dijo Tollog. — Tengo en mi interior palabras de mayor sabiduría, que no he dicho aún.

Inclinóse hacia adelante, haciendo seña a los otros de que se le acercaran, y bajó la voz.

— Si ese individuo a quien llaman Tarzán de los

Monos se escapara durante la noche, o si nosotros lo dejáramos en libertad, no habría ocasión de que ningún esclavo huído fuera con el recado a su pueblo.

— ¡*Billah!* — exclamó Fahd malhumorado. — Claro que no sería preciso que llevara el recado ningún esclavo desertor, pues el mismo nasrany lo haría, y en persona conduciría contra nosotros a los suyos. ¡Bah! Los sesos de Tollog parecen de aserrín.

— No has oído todo lo que iba a decir, hermano — continuó Tollog dirigiéndose al jeque y sin hacer caso a Fahd. — A los esclavos sólo les *parecería* que ese hombre se había escapado, porque por la mañana había desaparecido y nosotros nos lamentaríamos en extremo de ello, o diríamos: «¡*Wellah!* Ibn Jad ha hecho paces con el desconocido, que se ha ido por la selva bendiciéndolo».

— No sigo la ilación de tus pensamientos, hermano — dijo Ibn Jad.

— El nasrany está atado en aquella *hejra*. La noche será oscura. Bastaría un afilado cuchillo que se le hundiera entre las costillas. Hay entre nosotros habush fieles que se encargarían de cumplir nuestras órdenes, y que no hablarían después del asunto. Ellos pueden abrir una fosa, desde cuyo fondo el cadáver de Tarzán no podrá salir para hacernos daño.

— ¡Por Alá! Es evidente que tienes sangre de jeques, Tollog — exclamó Ibn Jad. — Así lo proclama la prudencia de tus palabras. Tú te encargarás de todo el asunto. Así se llevará a cabo bien y en secreto.



## CAPÍTULO II

### Camaradas en la espesura

Cayó la oscuridad sobre el *menzil* de Ibn Jad el jeque. En los confines de la pequeña tienda en que lo habían dejado sus raptos, Tarzán de los Monos seguía luchando con las ligaduras que le sujetaban las muñecas, pero la tenaz piel de camello resistía hasta a los gigantescos músculos del Tarmangani. A veces se quedaba éste escuchando los ruidos nocturnos de la selva virgen, muchos de los cuales no habría podido percibir ningún otro oído humano, y siempre los sabía interpretar acertadamente. Conoció cuándo pasaban Numa y Sheeta, el leopardo, y por fin, de lejos y tan débilmente que no era más que la sombra de un susurro, llegó en alas del viento el trompeteo de un elefante macho.

Fuera del *beyt* de Ibn Jad, Ateja, la hija del jeque, estaba tomando el fresco, y con ella se hallaba Zeyd, que tenía entre las suyas la mano de la doncella.

— Dime, Ateja, que no amas a nadie más que a Zeyd.

— ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? — susurró la muchacha.

— ¿Y no amas a Fahd? — insistió el joven.

— ¡*Billah*, no! — exclamó ella.

— Pues tu padre da a entender que algún día serás suya.

— Mi padre desea que yo entre en el harén de Fahd, pero no me fío de ese hombre, y no podría pertenecer a un ser a quien no amo y en quien no confío.

— También yo desconfío de Fahd — dijo Zeyd. — Escucha, Ateja. Dudo de su lealtad a tu padre, y no sólo de la suya, sino de la de otra persona cuyo nombre no me atrevo siquiera a pronunciar.

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza.

— Ya lo sé. No es necesario que me lo digas ni siquiera al oído. Yo odio a ese otro lo mismo que a Fahd.

— Pero es de tu propia raza — le recordó el joven.

— ¿Qué importa eso? ¿Que es hermano de mi padre? ¿Y qué? Si ese vínculo no le inspira lealtad a Ibn Jad, que le ha tratado bien, ¿cómo voy yo a pretenderla? No, yo lo creo traidor a mi padre, pero Ibn Jad parece ciego y no lo comprende. Estamos a mucha distancia de nuestro país, y si algo sucediera al jeque, Tollog, que es su más próximo pariente, asumiría los deberes y los honores de tal. Creo que ha conseguido el apoyo de Fahd con la promesa de favorecer en el ánimo de Ibn Jad sus pretensiones con respecto a mí, porque he observado que Tollog se dedica a enaltecer a Fahd delante de mi padre.

— Y acaso le habrá prometido el reparto de los despojos del *ghrazzu* en la ciudad del tesoro — apuntó Zeyd.

— No es inverosímil — replicó la muchacha; — y... ¡Alá! ¿qué ha sido eso?

Los beduínos, sentados al lado del fuego en que hervía el café, se pusieron en pie de un salto. Los esclavos negros, estremecidos, se asomaron a la oscuridad desde sus toscos refugios. Empuñaron todos sus mosquetes y cayó el silencio de nuevo sobre el atento y sobresaltado *menzil*. El misterioso e insólito grito que les había quitado el valor no se repitió.

— ¡*Billah!* — exclamó Ibn Jad. — Ha procedido del medio del *menzil*, y era la voz de una fiera, aquí donde no hay más que hombres y algunos animales domésticos.

— ¿No habrá sido...? — el que pronunció estas palabras se detuvo, como temeroso de que fuera en efecto verdad lo que iba a decir.

— No; ése es un hombre, y lo que ha sonado ha sido la voz de una fiera — insistió Ibn Jad. — No puede haber sido él.

— Pero es un *nasrany* — recordó Fahd, — y acaso tiene hecho pacto con el *chaitán*.

— Vamos — dijo Ibn Jad. — Investiguemos.

Con los mosquetes apercebidos, los árabes, alumbrando el camino con sus faroles, se acercaron a la tienda en que Tarzán yacía atado. Temerosamente el que iba delante se asomó a mirar.

— Está ahí dentro — anunció.

Tarzán de los Monos, que se hallaba sentado en el centro de la tienda, contempló a los árabes con cierto desprecio.

— ¿Has oído un grito? — preguntó Ibn Jad al Tarmangani.

— Sí, lo he oído — contestó éste. — ¿Vienes, jeque Ibn Jad, a perturbar mi descanso con un motivo tan trivial?

— ¿Qué clase de grito era? ¿Qué significaba? — preguntó Ibn Jad.

Tarzán de los Monos sonrió con el ceño enarcado al contestar:

— No era más que la llamada de una fiera a otra. ¿Es que los nobles beduinos tiemblan de ese modo siempre que oyen las voces de los habitantes de la selva?

— ¡*Gluck!* — refunfuñó Ibn Jad. — Los beduinos no temen nada. Creíamos que el ruido procedía de esta *hejra*, y hemos corrido aquí pensando que alguna fiera se había colado en el *mensil* y te atacaba. Ibn Jad tiene el pensamiento de dejarte en libertad mañana.

— ¿Por qué no esta noche?

— No te podemos dejar solo de noche en la selva virgen, donde anda ahora *el adrea* cazando — protestó el jeque.

Tarzán de los Monos volvió a sonreír, una de sus raras sonrisas, y replicó:

— En esa selva virgen que hierve en fieras, Tarzán está más seguro que los beduinos en su desierto. La noche de la selva no encierra terrores para Tarzán.

— Mañana — replicó secamente el jeque de los beduinos; y, haciendo una seña a sus secuaces, dió media vuelta y salió.

Observó Tarzán cómo se alejaban vacilando los fa-



roles al través del campamento y hasta la tienda del jeque, y luego se tendió cuan largo era y pegó un oído al suelo.

Cuando los habitantes del *menzil* árabe oyeron el grito de la fiera que estremeció el silencio de la noche, se despertó en sus pechos cierta vaga inquietud, pero por lo demás el grito careció de significación para ellos. No obstante, había un ser muy lejos, en la selva, que percibió débilmente el llamamiento y lo comprendió; era un animal enorme, el gran *dreadnought* gris de la selva, Tantor el elefante, que de nuevo levantó la trompa y trompeteó fuertemente. Sus ojuelos brillaban perversos y enrojecidos cuando, un momento más tarde, se lanzó al trote rápido por el interior del bosque.

Lentamente cayó el silencio sobre el *menzil* del jeque Ibn Jad, una vez que los árabes y sus esclavos buscaron sus camastros. Sólo el jeque y su hermano permanecían sentados y fumando en el *beyt* del primero; y al propio tiempo que fumaban sostenían una conversación en voz baja.

— Cuida de que los esclavos no te vean matar al nasrany, Tollog — previno Ibn Jad. — Primero encárgate tú de ello, en secreto y en silencio, y después despierta sin hacer ruido a dos de los esclavos. Fejjuán sirve lo mismo que otro cualquiera, y está con nosotros desde su infancia, por lo cual podemos contar con su lealtad. Ese puede ser uno de ellos.

— Abbas es también leal y fuerte — indicó Tollog.

— Cierto. Sea él el segundo — convino Ibn Jad. — Pero es conveniente que no sepan cómo ha muerto el



nasrany. Diles que has oído un ruido en dirección de su *hejra* y que al llegar a enterarte de qué era lo has encontrado muerto.

— Puedes fiar en mi discreción, hermano — le aseguró Tollog.

— Y encárgales el secreto — previno el jeque. — Es preciso que sólo nosotros cuatro sepamos la muerte del nasrany y el lugar donde quede enterrado. Por la mañana diremos a los demás que se ha escapado durante la noche. Como prueba de ello, deja dentro de la *hejra* sus ligaduras cortadas. ¿Comprendes?

— ¡Perfectamente, por Alá!

— Bien, pues vete ya. La gente está durmiendo.

Levantóse el jeque y Tollog hizo lo propio. El primero entró en el departamento de su harén, y el segundo se alejó silencioso en la oscuridad de la noche, con dirección a la *hejra* donde yacía su presunta víctima.

Al través de la selva llegaba Tantor el elefante, y de su camino huían los animales pacíficos y hasta los feroces. El mismo Numa, el león, se escurría a un lado gruñendo cuando pasaba el poderoso proboscídeo.

En las tinieblas de la *hejra* se deslizó Tollog, el hermano del jeque; pero Tarzán, que estaba con el oído pegado al suelo, lo había sentido acercarse desde el momento en que Tollog salió de la tienda de Ibn Jad. Tarzán oyó también otros ruidos, y lo mismo que interpretaba éstos interpretó la cautelosa aproximación de Tollog; y cuando los pasos del beduino se acercaron a la tienda en que el Tarmangani se encontraba, quedó con-

vencido del propósito que guiaba al árabe. ¿Para qué sino para quitarle la vida iba un beduino a visitar a Tarzán a semejantes horas de la noche?

Cuando Tollog, tentando en la oscuridad, entró en la tienda, Tarzán estaba sentado en el suelo, y de nuevo repercutió en los oídos del beduino el horrendo grito que antes había perturbado la calma del *menzil*; pero entonces el grito sonó en la misma *hejra* en que había penetrado Tollog.

Este se detuvo, lívido.

— ¡Alá! — exclamó retrocediendo. — ¿Qué fiera hay aquí? ¡Nasrany! ¿Es que te atacan?

Otros en el campamento se despertaron, pero ninguno se arriesgó a salir fuera a investigar. Tarzán sonrió y permaneció en silencio.

— ¡Nasrany! — repitió Tollog; pero no obtuvo respuesta.

Cautelosamente, con el cuchillo en la mano, el beduino retrocedió de la *hejra*. Prestó el oído, pero no percibió el menor ruido dentro. Corrió a su propio *beyt*, encendió un farol y volvió a encaminarse presuroso a la *hejra*; pero esta vez llevaba su mosquete, y amartillado ya. Atisbando en el interior con el farol por cima de su cabeza, Tollog vió al Tarmangani que estaba sentado en el suelo mirándolo de hito en hito. Allí no había ninguna fiera. Entonces penetró la verdad como un relámpago en la mente del beduino.

— ¡*Billah!* — exclamó. — ¿Has sido tú, nasrany, el que ha proferido esos horrendos gritos?

— ¡Hola, beduino! ¿Conque venías a matar al nas-

rany, verdad? — preguntó tranquilamente Tarzán de los Monos.

De la selva llegó el rugido de un león y el trompeteo de un elefante macho; pero la *boma* era alta y erizada de espinos, y había guardianes y fogatas contra las fieras, de suerte que Tollog no prestó atención a aquellos ruidos familiares de la noche. Sin responder a la pregunta de Tarzán, dejó a un lado su mosquete y sacó su *khusa*, lo cual al fin y al cabo era ya bastante respuesta.

A la escasa luz del farol de papel observó Tarzán aquellos preparativos y vió la cruel expresión del malévolo semblante. También vió que el beduino se acercaba lentamente, con el arma en la mano dispuesta a herir.

El árabe estaba ya casi encima de él, con los ojos relucientes a la débil luz del farol. A los oídos del Tarangani llegó un estrépito en el extremo más distante del *menzil*, seguido de un juramento en árabe. Entonces Tollog asestó un golpe al pecho de Tarzán, pero el preso levantó las atadas muñecas y apartó el brazo armado del beduino, al propio tiempo que se esforzaba por ponerse de rodillas. Profiriendo un terno, Tollog atacó de nuevo, y Tarzán de los Monos volvió a parar el golpe; mas esta vez siguió a la parada un movimiento rápido de los brazos que dió al beduino en un lado de la cabeza y lo tumbó de boca en la *hejra*; sin embargo, Tollog se levantó al instante, con la ferocidad de un toro enloquecido, pero al propio tiempo con astucia mucho mayor, porque en lugar de intentar un ataque directo de frente,



pegó un salto en torno de Tarzán para acometerle por la espalda.

En su esfuerzo por girar sobre las rodillas para dar la cara a su antagonista, el Tarmangani perdió el equilibrio, pues tenía los pies atados, y cayó boca arriba a merced de Tollog. Una sonrisa de perversidad dejó al descubierto los amarillos dientes del beduíno.

— ¡Muere, nasrany! —exclamó; y de pronto gritó: — ¡*Billah!* ¿Qué es esto? — pues súbitamente la tienda entera fué arrancada por cima de su cabeza y lanzada a la oscuridad de la noche. Volvióse prontamente el árabe, y brotó de sus labios un grito de terror, al ver encima de él la gigantesca forma de *el-fil* con los ojos enrojecidos y furiosos. Y en el mismo instante una flexible trompa ciñó su cuerpo y Tollog, el hermano del jeque, se vió subido a lo alto y lanzado a la oscuridad lo mismo que la tienda.

Un instante permaneció Tantor mirando en torno, airado, retador: luego bajó la trompa, recogió a Tarzán del suelo, lo levantó a gran altura sobre su cabeza, dió media vuelta y salió trotando rápidamente por el *menzil* en dirección a la selva. Un centinela, atemorizado, disparó una vez y emprendió la fuga. El otro yacía muerto y aplastado en el sitio a que lo había arrojado Tantor al entrar en el campamento. Un instante más tarde Tarzán y el proboscídeo se vieron devorados por la selva virgen y las tinieblas de la noche.

El *menzil* del jeque Ibn Jad se hallaba en la mayor conmoción. Hombres armados corrían acá y acullá bus-



cando la causa de ella y creyendo que era un enemigo que atacaba. Algunos fueron al lugar en que había estado la *hejra* en que tuvieron prisionero al nasrany, pero tanto él como ella habían desaparecido. Cerca estaba, aplastado en el suelo, el *beyt* de uno de los compinches de Ibn Jad, y debajo de él se hallaban mujeres que chillaban y hombres que maldecían. Encima del montón se veía a Tollog, el hermano del jeque, que vomitaba insultos beduínos, cuando en realidad debía proferir elogios y oraciones de gracias a Alá, porque Tollog era en verdad hombre afortunadísimo. De haber caído en otro sitio que no fuera el techo de un *beyt* sujeto en fuertes estacas, indudablemente habría resultado muerto o herido cuando Tantor lo arrojó a lo alto con tan pocos miramientos.

Ibn Jad, buscando informes, llegó en el momento en que Tollog se desenredaba de los pliegues de la tienda.

— ¡*Billah!* — exclamó el jeque. — ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estás haciendo, hermano, sobre el *beyt* de Abd-el-Aziz?

Un esclavo se acercó corriendo al jeque, exclamando:

— ¡El nasrany ha desaparecido y se ha llevado la *hejra!*

Ibn Jad se volvió a Tollog y le preguntó:

— ¿No puedes explicarte, hermano? ¿Se ha ido de veras el nasrany?

— El nasrany se ha ido de veras — replicó Tollog. — Está en alianza con el *chaitán*, que ha acudido en la forma de *el-fil* y se lo ha llevado a la selva, después de arrojarle a lo alto del *beyt* de Abd-el-Aziz, a quien todavía

oigo chillar y maldecir debajo, como si hubiera sido él el atacado y no yo.

Ibn Jad meneó la cabeza. Sabía, naturalmente, que Tollog era un embustero, como lo había sido siempre; sin embargo, no podía comprender cómo su hermano había ido a parar al techo del *beyt* de Abd-el-Aziz.

— ¿Qué han visto los centinelas? — preguntó el jeque. — ¿Dónde estaban?

— Estaban en sus puestos — dijo en esto Motlog. — Yo me hallaba allí precisamente. Uno de ellos ha muerto, y el otro disparó contra el intruso en el momento en que se escapaba.

— ¿Y qué dice de ello? — preguntó Ibn Jad.

— ¡*Wellah!* Dice que *el-fil* llegó y entró en el *menzil*, matando a Yémeny y corriendo a la *hejra* donde yacía atado el *nasrany*, arrancándola y arrojando a Tollog al aire. Luego agarró al preso con la trompa y se lo llevó a la selva. Hasán disparó al pasar *el-fil* por su lado.

— Y erró el tiro — conjeturó Ibn Jad.

Unos momentos estuvo el jeque meditando, y por fin se volvió lentamente a su *beyt*.

— Mañana temprano es la *rahla* — dijo; y en seguida se corrió la voz de que a la mañana siguiente levantarían el campo.

Hasta muy dentro de la selva condujo Tantor a Tarzán, a un pequeño calvero bien alfombrado de hierba, donde el elefante depositó suavemente su carga en el suelo y se quedó de guardia a su lado.

— Por la mañana — dijo Tarzán de los Monos, — cuando Kudu el sol salga otra vez a cazar por el cielo y haya luz para ver, descubriremos lo que puede hacerse para quitar estas ligaduras, Tantor; pero por ahora durmamos.

Numa el león, Dango la hiena y Sheeta el leopardo pasaron cerca de ellos aquella noche, y el olor del inerte hombre les dió fuertemente en el olfato; mas cuando vieron quién era el que montaba la guardia al lado de Tarzán y oyeron los ruidos del enorme macho, pasaron de largo en tanto que dormía el gran Tarmangani.

Con la llegada del alba todo se puso en movimiento en el *menzil* de Ibn Jad. Apenas hubieron despachado el frugal desayuno cuando las mujeres del jeque desmontaron el *beyt* de éste, y a esta señal cayeron al suelo las tiendas de los demás individuos de la partida; y antes de una hora los árabes estaban en camino para el norte, en dirección a el-Hábash.

Los beduínos y sus mujeres iban montados en los potros del desierto que habían sobrevivido al fatigoso viaje desde el fendy, en tanto que los esclavos que llevaban consigo desde su propio país iban a pie en la vanguardia y la retaguardia de la columna en calidad de askaris, armados con mosquetes. Sus portadores eran los indígenas a quienes habían confiado o impuesto este servicio en el camino. Ellos llevaban la impedimenta del campamento y cuidaban de que las cabras y ovejas no se apartaran del sendero.

Zeyd cabalgaba al lado de Ateja, la hija del jeque, y sus ojos se fijaban más veces en el perfil de la doncella

que en el camino que recorrían. Fahd, que iba al lado de Ibn Jád, lanzaba de cuando en cuando miradas de ira a la pareja. Tollog, el hermano del jeque, las observó e hizo una mueca.

— Zeyd es un pretendiente más audaz que tú, Fahd — cuchicheó al oído de éste.

— Le habrá contado mentiras y ahora Ateja no quiere nada conmigo — replicó Fahd con acento quejoso.

— Si yo fuera jeque... — apuntó Tollog. — Pero ¡ay! no lo soy.

— ¿Qué harías si fueras jeque?

— Mi sobrina sería para el hombre que yo eligiera.

— Pero no eres jeque — le recordó Fahd.

Tollog se inclinó hacia él y le dijo al oído:

— Un pretendiente tan audaz como Zeyd encontraría manera de hacerme jeque.

Fahd no replicó, y siguió cabalgando en silencio, con la cabeza baja y el ceño enarcado en meditación profunda.



## CAPÍTULO III

### Los monos de Toyat

Tres días asomaron sucesivamente por el este y se siguieron lentos uno a otro en la pululante selva para morir en el horizonte del mundo de más allá. Durante los tres días los árabes avanzaron despacio hacia el norte en dirección a el-Hábash. Y durante los tres días Tarzán de los Monos permaneció en el pequeño calvero, atado y desvalido, en tanto que Tantor el elefante montaba la guardia a su lado. Una vez al día el enorme paquidermo llevaba al Tarmangani comida y agua.

Las ligaduras de cuero de camello resistían a todos los esfuerzos, y no parecía llegar auxilio exterior que libertara a Tarzán de la creciente incomodidad y peligro de su situación. Había llamado a Manu el mico para que royera los vínculos, pero Manu, siempre irresponsable, no había hecho más que prometerlo y olvidarlo en seguida. De suerte que el Tarmangani yacía sin quejarse, como es costumbre de los animales, esperando pacientemente la liberación, y sabiendo muy bien que ésta podía muy bien llegar en la forma de la muerte.

En la mañana del cuarto día Tantor dió muestras de inquietud y desasosiego. Sus breves merodeos habían agotado la provisión cercana de alimentos para él y su protegido. Quería irse de allí y llevarse a Tarzán consigo, pero el gigante blanco estaba convencido de que el adentrarse más en el país de los elefantes disminuiría sus esperanzas de obtener socorro, pues sabía que el único habitante de la selva que podía libertarlo era Mangani, el gran mono. Bien sabía Tarzán que estaba virtualmente en los límites extremos del país de los Manganis; no obstante, había una remota esperanza de que una partida de los enormes simios pasara por allí y lo descubriera; y en cambio, si Tantor se lo llevaba más al norte, hasta aquella débil esperanza de libertarse desaparecería para siempre.

Tantor quería alejarse. Tocaba a Tarzán con la trompa y le hacía dar vueltas en el suelo. Por fin lo levantó.

— Déjame en tierra, Tantor — dijo el Tarmangani y el paquidermo le obedeció, pero dió media vuelta y se apartó de él. Tarzán lo observó cuando cruzaba el calvero en dirección a los árboles del extremo más distante. Allí Tantor titubeó, se detuvo y volvió la cabeza. Miró a Tarzán y profirió un trompetazo. Escarbó la tierra con los enormes colmillos y dió muestras de cólera.

— Vete a comer — le dijo Tarzán de los Monos, — y vuelve. Mañana pueden venir los Manganis.

Tantor trompeteó de nuevo, y dando media vuelta desapareció en la selva virgen.

Largo tiempo permaneció Tarzán escuchando alejarse las pisadas de su viejo amigo.

— Se ha ido — meditaba, — y no puedo reprochárselo. Acaso haya hecho bien. ¿Qué más da hoy, que mañana o el día siguiente?

Pasó la mañana y el silencio del mediodía cayó sobre la selva. Sólo los insectos zumbaban por el aire. A Tarzán le molestaban lo mismo que a las fieras de la selva, pero estaba inmunizado por la inoculación de toda la vida contra el veneno de sus agujones.

De pronto se sintió entre los árboles una gran desbandada. El pequeño Manu y sus hermanos, hermanas y primos llegaron en loco tropel por las ramas medias, chillando, riendo y parloteando.

— ¡Manu! — llamó Tarzán. — ¿Quién viene?

— ¡Los Manganis! ¡Los Manganis! — chillaron los micos.

— Anda por ellos y tráelos, Manu — ordenó el gigante blanco.

— ¡Nos da miedo!

— Ve y llámalos desde las ramas altas — insistió Tarzán. — En ellas no os pueden alcanzar. Diles que uno de los suyos está sin amparo. Diles que vengan y me liberten.

— No pueden encaramarse a las ramas altas — dijo un mico viejo. — Yo iré.

Los demás, detenidos en su fuga, dieron media vuelta y observaron a su barbiblanco compañero mientras corría por las ramas más altas de los grandes árboles; y Tarzán esperó.

No tardó en oír los profundos sonidos guturales de los grandes monos, de los Manganis. Acaso habría entre ellos algunos que lo conocieran. También era posible que la partida llegara de lejos y que no tuvieran conocimiento de él, pero lo dudaba. Como fuera, en ellos estaba su única esperanza, y Tarzán permaneció allí aguardando y escuchando. Oyó que Manu chillaba y parlotaba mientras corría muy por cima de los Manganis; luego, de repente, se hizo otra vez el silencio en la selva.

El Tarmangani estaba mirando tranquilamente en la dirección de donde habían llegado los ruidos de los grandes monos que se acercaban, y sabía lo que estaba ocurriendo detrás de aquella densa pared de follaje. Sabía que pronto unos ojos terribles estarían examinándolo, inspeccionando el calvero a la husma de un enemigo, y precaviéndose cautelosamente contra una ñagaza o una trampa.

El gran peligro era la posibilidad de que, al fijarse en él, los monos se retiraran tranquilamente sin dejarse ver. Esto significaría el final, porque no había nadie más que los Manganis de quienes Tarzán pudiera esperar socorro. Por tanto habló y dijo:

— ¡Soy un amigo! Los Tarmanganis me cogieron y me ataron las muñecas y los pies, y no puedo moverme. No me es posible defenderme ni buscar alimento ni agua. ¡Venid y quitadme las ligaduras!

Desde el otro lado de la pantalla de follaje replicó una voz:

— Tú eres un Tarmangani.

— Yo soy Tarzán de los Monos — replicó éste.



— Sí — chilló Manu, — es Tarzán de los Monos. Los Tarmanganis y los Gomanganis lo ataron de ese modo, y Tantor lo trajo hasta aquí. Cuatro veces ha cazado Kudu por el cielo desde que Tarzán de los Monos está atado.

— Yo conozco a Tarzán — dijo otra voz desde el follaje; y pronto las ramas se separaron y un mono enorme y peludo asomó en el calvero. Avanzando con los nudillos sobre el suelo, la fiera se acercó al lado de Tarzán.

— ¡M'walat! — exclamó éste; y añadió en seguida:— No les digas que soy yo hasta que hayas cortado mis ligaduras. Toyat tu rey me odia, y me matará si me ve indefenso.

— Sí — convino M'walat.

— ¡Aquí! — dijo Tarzán levantando las muñecas.— ¡Corta estos vínculos!

— Eres Tarzán de los Monos, el amigo de M'walat. M'walat hará lo que le pides.

Claro es que, dado el escaso lenguaje de los monos, este diálogo no sonó ni con mucho como una conversación entre hombres, sino más bien como una mezcla de gruñidos, sonidos inarticulados y gestos; no obstante, sirvió perfectamente al objeto.

Mientras los otros individuos de la cuadrilla penetraban en el calvero y veían que M'walat no estaba herido, este último se agachó y con sus poderosos dientes partió las ligaduras de cuero de camello que ataban las muñecas del Tarmangani, y de modo análogo le dejó libres los tobillos.

Al ponerse en pie Tarzán, los demás de la terrible y peluda partida se lanzaron al interior del calvero. A su cabeza iba Toyat, el mono rey, al que seguían ocho machos más de gran alzada y quizá seis o siete hembras con bastantes pequeños. Estos y las monas se mantenían detrás, pero los machos avanzaron hasta donde se hallaba Tarzán con M'walat al lado.

El mono rey gruñó amenazador, exclamando:

— ¡Tarmangani!

Dió media vuelta en círculo, pegó un salto en el aire y cayó sobre las cuatro manos; golpeó ferozmente la tierra con los puños apretados, gruñó, lanzó espumaraños por la boca y volvió a saltar una vez y otra. Toyat estaba tratando de excitarse hasta un grado de furia que le diera valor para atacar al Tarmangani, y con aquellas maniobras esperaba despertar el salvaje espíritu belicoso de sus compañeros.

— ¡Es Tarzán de los Monos, amigo de los Manganis!  
— exclamó M'walat.

— ¡Es un Tarmangani, enemigo de los Manganis! — repuso Toyat. — Los Tarmanganis llegan con grandes palos de truenos y nos matan. Matan a nuestras hembras y a nuestros *balus* con gran estrépito. ¡Matad al Tarmangani!

— Es Tarzán de los Monos — gruñó Gayat. — Cuando yo era un *balu* pequeño, él me salvó de Numa. Tarzán de los Monos es el amigo de los Manganis.

— ¡Matad al Tarmangani! — gritó Toyat volviendo a dar un enorme brinco.

Varios de los otros machos estaban dando vueltas

y saltos cuando Gayat se puso al lado de Tarzán. Este conocía bien a los grandes simios. Sabía que tarde o temprano uno de ellos llegaría a un grado de frenesí enloquecido que le permitiera lanzarse súbitamente sobre él. M'walat y Gayat atacarían en su defensa; otros varios machos se lanzarían al combate y sobrevendría una lucha general. Tarzán de los Monos no quería pelearse con sus amigos.

— ¡Alto! — ordenó levantando la palma de la mano abierta para llamar la atención. — Yo soy Tarzán de los Monos, poderoso cazador, poderoso luchador; mucho tiempo permanecí viviendo con la tribu de Kerchak; cuando Kerchak murió, fui yo rey de los monos. Muchos de vosotros me conocéis, y sabéis que antes que nada soy un Mangani y que soy amigo de todos los Manganis. Toyat quería que me matarais porque Toyat odia a Tarzán de los Monos; y no lo odia porque sea un Tar-mangani, sino porque hubo una ocasión en que Tarzán impidió que Toyat fuera rey. Eso fué hace muchas lluvias, cuando algunos de vosotros erais todavía *balus*. Si Toyat ha sido un buen rey, Tarzán se alegra, pero ahora no obra como un buen rey, porque está tratando de volveros contra vuestro mejor amigo.

«Tú, Zutho — exclamó señalando de pronto con el dedo a un enorme macho, — tú saltas y gruñes y echas espuma por la boca. Tú querías hundir los dientes en la carne de Tarzán. ¿Has olvidado, Zutho, la época en que estabas enfermo y los demás individuos de la tribu te dejaron que te murieras solo? ¿Has olvidado quién te llevó comida y agua? ¿Has olvidado quién fué el que



apartó de ti durante aquellas largas noches a Sabor la leona, a Sheeta el leopardo y a Dango la hiena?

Mientras Tarzán hablaba, con acento de tranquila autoridad, los monos se fueron deteniendo gradualmente a escuchar sus palabras. Fué un discurso largo para la gente de la selva. Ni los grandes monos ni los pequeños micos concentran largo tiempo la atención en una sola idea. Ya antes que Tarzán terminara, uno de los machos estaba volviendo un tronco podrido en busca de insectos succulentos. Zutho enarcaba el ceño pugnando por recordar, cosa en él insólita. De pronto habló y dijo:

— Zutho se acuerda, y es el amigo de Tarzán.

Y se puso al lado de M'walat; y con esto los otros machos, excepto Toyat, parecieron perder interés en lo que ocurría y se alejaron en busca de comida o se pusieron en cuclillas sobre la hierba.

Toyat seguía echando humo, pero al ver abandonada su causa, prosiguió su belicosa danza a distancia mayor de Tarzán y de sus defensores, y no tardó en sentirse atraído por la más provechosa ocupación de cazar sabandijas.

Y así Tarzán vino a formar otra vez entre los grandes simios, y mientras vagaba indolentemente por la floresta con las peludas fieras, pensaba en su madre adoptiva, Kala, la enorme mona, única madre que había conocido; recordaba con un estremecimiento de orgullo la terrible defensa que Kala hizo de él contra todos sus naturales enemigos de la selva, contra el odio y los celos



del viejo Tublat, su marido, y contra la enemistad de Kerchak, el terrible y viejo rey de los monos.

Como si lo hubiera visto el día anterior, la memoria de Tarzán proyectaba de nuevo en la pantalla de los recuerdos el enorme volumen y las feroces facciones del viejo Kerchak. ¡Qué magnífico animal había sido! Para la mente infantil de Tarzán de los Monos, Kerchak fué la personificación de la ferocidad y autoridad salvaje, y aun en el día de hoy lo recordaba casi con una sensación de temor. Todavía le seguía pareciendo punto menos que increíble el que hubiera podido vencer y matar a aquel gigantesco gobernante de los simios.

Recordaba luego sus combates con Terkoz y con Bolgani el gorila. Pensaba en Teeka, a la que había amado, y en Thaka y Tana, y en el niño negro Tibo a quien había tratado de adoptar; y en esto soñaba durante largas y perezosas horas de luz del día, en tanto que Ibn Jad adelantaba lentamente hacia el norte, en dirección a la ciudad de leopardos de Nimmr, y en otro lugar de la selva ocurrían sucesos que habían de enredar a Tarzán de los Monos en las mallas de la aventura.



## CAPÍTULO IV

### Bolgani el gorila

Un portador negro se enredó el pie en una planta rastrera y tropezó, arrojando su carga al suelo. De semejantes hechos triviales surgen las grandes crisis. Aquel suceso alteró por completo toda la vida de Santiago Hunter Blake, joven y rico norteamericano, que por primera vez perseguía caza mayor en Africa con su amigo Wilbur Stimbol; el cual, habiendo pasado tres semanas en la selva dos años antes, era naturalmente el jefe de la expedición y autoridad infalible en todos los asuntos relacionados con la caza mayor, con la selva virgen africana, con las safaris, la comida, el tiempo y los negros. Además, el tener Stimbol bastantes años más que Blake contribuía a aumentar sus pretensiones de omnisciencia.

Estos hechos en sí mismos no constituían la base de las crecientes diferencias entre los dos hombres, porque Blake era un joven de temperamento flemático, de veinticinco años, y que más bien se divertía que se enojaba con el endiosamiento de Stimbol. La primera desave-

nencia había ocurrido en el punto en que moría el ferrocarril, donde, por el mal genio y el carácter dominante de Stimbol, se había tenido que abandonar todo el propósito del viaje, y lo que debió ser un estudio cinematográfico casi científico de la vida salvaje africana se había venido a convertir en una expedición ordinaria de caza mayor.

En la última estación ferroviaria, mientras se hacían preparativos para obtener un equipo conveniente y una safari, Stimbol había agraviado y ofendido de tal manera al operador cinematográfico, que éste se despidió en el acto y se volvió a la costa. Blake sufrió una decepción, pero resolvió seguir adelante y obtener las fotografías que pudiera con una máquina fija. No era hombre a quien le gustara matar por el mero deporte de quitar vidas, y, según se había planeado primitivamente, no se debía tirar contra la caza como no fuera para procurarse alimento y en propia defensa, con excepción de media docena de trofeos que Stimbol deseaba añadir a su colección.

Después habían surgido uno o dos altercados por causa de la manera como trataba Stimbol a los portadores negros; pero Blake esperaba que las cosas se habrían suavizado, y Stimbol había prometido dejar la dirección de la safari completamente en manos de Blake, y abstenerse de dirigir nuevas injurias a los hombres.

Habían llegado en el interior mucho más allá de lo que habían pensado; tuvieron malísima suerte en la caza, y ya se disponían a regresar a la estación de término de la vía férrea. Parecíale a Blake que al fin y al cabo

saldrían de la aventura sin mayores dificultades, y que él y Stimbol regresarían a América juntos y aun amigos para todos los fines y efectos; pero entonces precisamente un portador negro se enredó el pie en una planta rastrera, tropezó y dejó caer su carga al suelo.

Inmediatamente delante del indígena andaban Stimbol y Blake, uno al lado del otro; y, como si la guiara una potencia maléfica, la carga del negro fué a caer sobre Stimbol, derribándolo al suelo. Stimbol y el portador se pusieron en pie entre la risa de los indígenas que habían presenciado el incidente. El negro sonreía. Stimbol estaba encendido de cólera.

— ¡Maldito negrazo! ¡Torpe!— exclamó; y antes que Blake pudiera interponerse ni el indígena hacer nada en defensa propia, el colérico blanco dió un salto por cima de la carga y propinó al negro un terrible golpe en la cara que lo tumbó al suelo; y mientras estaba en tierra, atontado, Stimbol le atizó un puntapié. Pero sólo uno, porque antes de poder repetir el ultraje, Blake lo agarró de un hombro, le hizo dar media vuelta y le pegó en el mismo sitio en que él había pegado al negro.

Cayó Stimbol, rodó de costado, y echó mano a la pistola automática que llevaba pendiente de la cadera; pero a pesar de su rapidez fué mayor aún la de Blake.

— ¡Quieto! — exclamó este último con energía, apuntando a Stimbol con un cuarenta y cinco. La mano de Stimbol se apartó de la culata de su pistola. — ¡Levántate! — ordenó Blake; y cuando el caído obedeció, le dijo: — Ahora escúchame bien, Stimbol. Esta es la



última. Tú y yo hemos acabado. Mañana por la mañana dividiremos la safari y el equipo, y cuando tú emprendas el camino con la mitad que te corresponda, yo tomaré el camino opuesto.

Volvió Blake su revólver a la funda, dichas estas palabras; el negro se había levantado y se tocaba la ensangrentada nariz; los otros contemplaban la escena con talante huraño. Blake hizo señas al maltratado de que cogiera su carga, y pronto la safari se puso otra vez en movimiento, todos sus individuos de mal ceño y sin risas ni cantos.

Acampó Blake en el primer terreno adecuado, poco antes del mediodía, para poder efectuar durante la tarde la división del equipo, de los víveres y de los hombres, quedando así las dos safaris en disposición de emprender la marcha en los comienzos de la siguiente mañana.

Stimbol, huraño, no quiso ayudar a las operaciones, sino que llamando a un par de askaris, los indígenas armados que actúan de soldados de la safari, partió del campamento para cazar. Apenas había avanzado una milla por un sendero de caza cubierto de mantillo, que no hacía el menor ruido bajo sus pisadas, cuando uno de los indígenas que iban delante se detuvo extendiendo una mano como advertencia.

Se adelantó Stimbol cautelosamente, y el negro señaló hacia la izquierda, por entre el follaje. Stimbol vió confusamente una masa negra que se alejaba lentamente de ellos.

— ¿Qué es? — cuchicheó.

— ¡Gorila! — replicó el indígena.

Stimbol levantó su rifle y disparó contra la figura que se alejaba. El negro no se sorprendió de que le fallara el tiro.

— ¡Demonio! — exclamó el blanco. — ¡Venid, vamos tras él! ¡Ha de ser mío! ¡Caramba, menudo trofeo va a hacer!

La selva era allí algo menos densa que de ordinario, y una vez y otra llegaron a divisar al fugitivo gorila. Cada vez que lo vieron Stimbol disparó su arma, pero no acertó ninguno de los tiros. Secretamente los negros estaban satisfechos y regocijados. No les gustaba Stimbol.

A cierta distancia, Tarzán de los Monos, que andaba de caza con la tribu de Toyat, oyó el primer disparo, e inmediatamente se lanzó a los árboles y se encaminó hacia donde sonó la detonación. Estaba seguro de que el arma no había sido disparada por beduínos, porque conocía muy bien y sabía diferenciar las detonaciones de sus mosquetes y las que producen las armas modernas.

Acaso, pensaba, habría entre ellos un rifle como aquel, pues no era esto imposible; pero más probablemente el disparo procedía de hombres blancos, y en el país de Tarzán era su obligación enterarse de qué desconocidos andaban de un lado a otro. Alguna vez acudían entonces, aunque en otro tiempo no se habían presentado nunca. Aquellos días eran los que Tarzán echaba menos, porque cuando aparecen los hombres blancos, la paz y la felicidad se van inmediatamente,

Corriendo por entre los árboles, lanzándose de rama

en rama, Tarzán de los Monos siguió sin equivocarse la dirección de los disparos siguientes, y cuando se acercó más oyó crujido de maleza y voces de hombres.

Bolgani, escapando con más presteza que cautela, con la mente y la atención absortas en la idea de huir del odiado Tarmangani y del terrible palo de los truenos que rugía cada vez que aquél le daba vista, abandonó su acostumbrada precaución y corrió por la selva virgen, olvidándose de los demás enemigos que podría hallar en su camino; así fué que no reparó en Histah, la serpiente, que en sinuosos lazos estaba enroscada en la saliente rama de un gran árbol cercano.

El enorme pitón, que por naturaleza era de genio vivo e irritadizo, había sido perturbado y molestado por los ruidos de la persecución y de la fuga y por la atornadora voz del rifle. En circunstancias ordinarias habría dejado pasar sin meterse con él a un gorila de gran tamaño, pero en su presente estado de ánimo habría sido capaz de atacar al mismo Tantor.

Sus ojos como cuentas de azabache estaban fijos contemplando la proximidad del peludo Bolgani, y cuando el gorila pasó por debajo de la rama de que Histah estaba suspendida, el terrible ofidio se lanzó sobre su presa.

Cuando sintió que le rodeaban los grandes anillos, poderosos, implacables, mudos, Bolgani trató de desprenderse del terrible abrazo. Grande es la fuerza de Bolgani, pero mayor es aún la de Histah, la serpiente. Un solo grito horripilante, semihumano, brotó de los labios del gorila al darse cuenta del desastre que había



caído sobre él; y en seguida estuvo en el suelo dando inútiles zarpazos a los vínculos de acero vivo cada vez más apretados, que le arrancarían la vida por trituración, hasta que cedieran los huesos a la presión terrible, hasta que sólo quedara una pulpa destrozada dentro de una piel a manera de embutido, que había de deslizarse entre las abiertas fauces de la serpiente.

Este fué el espectáculo con que Stimbol y Tarzán se encontraron al propio tiempo, Stimbol tropezando torpemente por la maleza, y Tarzán de los Monos, el semidiós de la selva, lanzándose con graciosa agilidad por entre el follaje de las ramas medias.

Llegaron simultáneamente, pero Tarzán era el único de ellos cuya presencia no sospechaban los demás, porque, como siempre, se había movido en silencio y con la mayor precaución, ya que desconocía la clase de circunstancias con que podía encontrarse.

Al contemplar la escena de abajo, sus rápidos ojos y su conocimiento de la selva le revelaron al instante toda la historia de la tragedia que había alcanzado a Bolgani; y en seguida vió que Stimbol se echaba a la cara el rifle, con intento de deshacerse de un solo tiro de aquellos dos soberbios ejemplares.

En el corazón de Tarzán no anidaba gran amor a Bolgani. Desde su infancia, el peludo y gigantesco animal de los bosques había sido el enemigo natural del Tarmangani. Su primer duelo mortal se había sostenido con el gorila. Durante años lo había temido, o más bien esquivado por precaución, porque Tarzán de los Monos no sabía lo que era miedo; y desde que salió de la infan-



cia había seguido evitando a Bolgani, por la sencilla razón de que los de su tribu, los grandes monos, lo evitaban también.

Mas ahora que veía a la enorme fiera asediada por dos de los enemigos naturales, tanto de los Manganis como de los Bolganis, ardió en el pecho de Tarzán de los Monos la llama de una lealtad súbita que abrasó los prejuicios de toda su vida.

Hallábase Tarzán encima de Stimbol, y con tal celeridad se coordinan el alma y los músculos del Tarmanгани, que en el momento de echarse al hombro su rifle el americano, Tarzán se dejó caer sobre su espalda, derribándolo al suelo; y antes que Stimbol se diera cuenta de lo que le había ocurrido, y mucho antes que pudiera levantarse entre maldiciones, Tarzán, que iba desarmado, le arrancó de la vaina su cuchillo de monte y cayó de un salto sobre la revuelta e inquieta masa que formaban el gorila y la serpiente.

Stimbol se puso en pie dispuesto a matar, pero lo que vió ante sí apartó temporalmente de su espíritu el deseo de venganza.

Desnudo, sin más prenda que un taparrabo, bronceado, pelinegro, un blanco gigantesco batallaba con la terrible serpiente; y mientras observaba Stimbol, se dió cuenta de que los gruñidos sordos y brutales que oía no procedían de los salvajes labios del gorila, sino de la garganta de aquel mortal semidivino que luchaba con él contra la serpiente.

Unos dedos de acero habían agarrado a ésta junto a la cabeza, en tanto que los de la mano libre hincaban

repetidas veces el cuchillo de monte de Stimbol en el serpeante y sinuoso cuerpo del pitón. Al ver que un enemigo nuevo y más amenazador intervenía en el combate, Histah se vió obligada a soltar en parte su presa en Bolgani, con intento, al principio, de incluir a Tarzán en el mismo abrazo para triturarlos a los dos. Pero pronto descubrió que el lampiño ser humano constituía una amenaza evidente a su vida que exigía su atención exclusiva, por lo cual se desenrolló rápidamente de Bolgani, y con un frenesí de rabia y de dolor que la sacudió cuan larga era convirtiéndola en una furia azotadora y destructiva, trató de enroscarse al cuerpo del gigante blanco. Pero cada vez que sus anillos se acercaban, el agudo cuchillo mordía en la torturada carne.

Bolgani, cuya vida casi se había extinguido en el mortal abrazo, yacía jadeando en el suelo, sin poder acudir en socorro de su salvador, en tanto que Stimbol, con los ojos desorbitados de susto y pavor, se mantenía a distancia respetuosa, olvidándose momentáneamente tanto de su afán de trofeos como de su sed de venganza.

Ya Histah se había enroscado al torso y a una pierna del Tarmangani, pero sus facultades constrictoras, disminuídas por las terribles heridas que había recibido, no podían estrujar a su adversario hasta dejarlo impotente, y Tarzán concentraba su atención y la fuerte hoja del cuchillo en una sola parte del cuerpo del ofidio, cada vez más débil, intentando cortarlo en dos mitades.

El hombre y la serpiente estaban rojos de sangre

del mismo color se teñían las hierbas y la maleza en unas cuantas varas a la redonda; de pronto, con un esfuerzo final, Histah ciñó los gigantescos anillos espasmódicamente en torno de su víctima, en el momento en que Tarzán, con un terrible tajo hacia arriba, cortaba las vértebras del gran ofidio.

Dando latigazos y retorciéndose, la parte inferior, sin cabeza, cayó a un lado, en tanto que el Tarmangani, luchando aún con lo que quedaba y poniendo en juego su fuerza sobrehumana hasta el último extremo, obligaba lentamente a los anillos a desprenderse de su cuerpo y lanzaba a Histah lejos de sí. Luego, sin echar siquiera una mirada a Stimbol, se volvió a Bolgani.

— ¿Estás herido de muerte? — le preguntó en el lenguaje de los grandes monos.

— No — replicó el gorila. — ¡Yo soy Bolgani! ¡Yo mato, Tarmangani!

— Yo soy Tarzán de los Monos — contestó el gigante blanco. — Te he salvado de Histah.

— ¿No venías a matar a Bolgani? — preguntó el gorila.

— No. Seamos amigos.

Enarcó el ceño Bolgani esforzándose por concentrar la atención en aquel notable problema. No tardó en decir:

— Seamos amigos. El Tarmangani que está detrás de ti nos matará a los dos con su palo de los truenos. Matémoslo primero.

Y penosamente se puso en pie.

— No — le reprochó Tarzán. — Yo despediré al Tarmangani ese.



— ¿Tú? No se irá.

— Yo soy Tarzán, Señor de la Selva — replicó el gigante. — La palabra de Tarzán es ley en la selva virgen.

Stimbol, que estaba observando, se hallaba bajo la impresión de que el hombre y la fiera se gruñían uno a otro, y de que una nueva batalla era inminente. Si hubiera sospechado la verdad y barruntado que los dos lo consideraban como enemigo común, se habría sentido menos tranquilo. Recobrado el rifle, se adelantó hacia Tarzán en el momento en que este último se volvía para dirigirse a él.

— Apártate, amiguito — dijo Stimbol, — mientras termino con ese gorila. Después de la aventura que acabas de tener con la serpiente, dudo que quieras que ese mono se arroje sobre ti.

No se hallaba el norteamericano muy cierto de cuál podía ser la actitud del gigante blanco, porque estaba muy reciente en su recuerdo la sobresaltadora y desconcertante manera de presentarse aquel hombre; pero se sentía seguro porque contaba con su rifle y el otro estaba desarmado; y conjeturaba que el gigante se alegraría en extremo de verse libre de las atenciones del gorila, el cual, según el conocimiento que Stimbol se imaginaba tener de esta clase de animales, le parecía en actitud evidentemente amenazadora.

Tarzán se había detenido entre Bolgani y el cazador y contempló a este último unos instantes.

— ¡Baje el rifle! — le dijo en seguida. — No va usted a matar al gorila.



— ¿Cómo que no? — exclamó Stimbol. — ¿Para qué crees que lo he estado persiguiendo por la selva?

— Por una equivocación — replicó Tarzán.

— ¿Qué equivocación?

— La de creer que iba a matarlo. Pero no lo matará.

— Oiga, amiguito, ¿usted sabe quién soy yo? — preguntó Stimbol.

— No me interesa — replicó Tarzán fríamente.

— Pues más vale que lo sepa. Yo soy Wilbur Stimbol, de Stimbol y Compañía, corredores de Nueva York.

Este nombre era un verdadero conjuro... en Nueva York, y aun en París y en Londres le abría muchas puertas. Rara vez había dejado de conseguir el objeto que se proponía aquel individuo, tan pagado de su dinero.

— ¿Qué está usted haciendo en mi tierra? — preguntó el Tarmangani sin hacer caso de aquella arrogante declaración que de su personalidad hacía Stimbol.

— ¿En su tierra? ¿Quién demonios es usted?

Tarzán se volvió a los dos negros que se mantenían un tanto detrás de Stimbol y a un lado.

— Yo soy Tarzán de los Monos — les dijo en su propio dialecto. — ¿Qué está haciendo en mi país ese hombre? ¿Cuántos hay en su partida? ¿Cuántos hombres blancos?

— Gran *Bwana* — replicó uno de los indígenas con sincera deferencia, — sabíamos que eras Tarzán de los Monos cuando te hemos visto bajar de los árboles y matar a esa gran serpiente. No hay otro en toda la selva capaz de hacer eso. Este blanco es un amo malo. Hay

con él otro hombre blanco, pero ese es bueno. Han venido a cazar a Simba el león y otra caza mayor. Pero no han tenido suerte y mañana se marchan.

— ¿Dónde está vuestro campamento? — preguntó Tarzán.

— No está lejos — dijo señalando hacia él el negro que había hablado antes.

El Tarmangani se volvió a Stimbol y le dijo:

— Vuélvase a su campamento. Yo iré más tarde y hablaré con usted y con su compañero. Entre tanto, no vuelva a cazar en la tierra de Tarzán más que para procurarse alimento.

Había algo en la voz y la actitud del desconocido que finalmente había penetrado al través de la gruesa epidermis de Stimbol, inspirándole una especie de respeto, que no había experimentado casi nunca, salvo en presencia de una riqueza muy superior a la suya. No dió respuesta, sino que se quedó inmóvil observando cómo aquel bronceado gigante se volvía al gorila. Los oyó dirigirse unos gruñidos recíprocos por un instante, y luego, con indecible sorpresa, los vió alejarse por la selva uno al lado del otro; y cuando se cerró el follaje en torno de ellos, se quitó Stimbol el casco y se secó el sudor de la frente con un pañuelo de seda, mientras se quedaba contemplando las ramas verdes que se habían separado para dar paso a aquella extraña pareja.

Finalmente se volvió a sus hombres profiriendo un taco.

— ¡Un día entero perdido! — exclamó con quejoso

acento. — ¿Quién es ese individuo? Parece que lo conocéis.

— Es Tarzán — replicó uno de ellos.

— ¿Tarzán? No he oído hablar nunca de él — gruñó Stimbol.

— Todos los que conocen la selva conocen a Tarzán.

— ¡Bah! — exclamó sarcásticamente el norteamericano. — No hay salvaje piojoso que imponga a Wilbur Stimbol dónde puede cazar y dónde no puede.

— Amo—dijo el negro que primero había hablado,— la palabra de Tarzán es la ley de la selva. ¡No le ofendas!

— ¡No os pago para que me deis consejos, condenados negros! — refunfuñó Stimbol. — Si yo digo que a cazar, a cazar vamos; y que no se os olvide.

Pero en su regreso al campamento no vieron caza ninguna, o por lo menos no la vió Stimbol. Lo que vieran los negros se queda para ellos mismos.

## CAPÍTULO V

### **El Tarmangani**

Durante la ausencia de Stimbol, Blake en el campamento se había dedicado a dividir los víveres y el equipo en dos partes iguales, que se ordenaron para que aquél las viera y diera su aprobación al reparto; pero la división de los portadores y de los askaris la dejó Blake hasta el regreso de su compañero, y estaba escribiendo en su diario cuando volvieron los cazadores.

Blake vió a la primera ojeada que Stimbol estaba de mal humor, pero como éste era el habitual de él, no se preocupó más de la cuenta, sino más bien sintió mayor consuelo al recordar que al día siguiente se libraría en definitiva de aquel inaguantable compañero.

Más preocupado estaba el joven por la huraña actitud de los askaris que habían acompañado a Stimbol, porque revelaba al joven que el ricacho había vuelto a reñir, pegándoles o insultándolos, con lo cual aumentaban las dificultades de la división de la safari. Desde el momento en que tomó concretamente la decisión de separarse de Stimbol, Blake había visto que uno de los



mayores obstáculos que tendrían que vencer para realizar su plan, sería el de hallar suficientes hombres dispuestos a someterse a las ideas de disciplina de Stimbol, a transportar convenientemente su equipaje y provisiones y a defenderlos y defender a su dueño.

Cuando pasó Stimbol y vió los dos montones del equipo, se acentuó más el ceño de su rostro. Deteniéndose delante de Blake observó:

— Ya veo que has hecho sacar todo eso.

— Sí; quería que lo vieras tú para que te convenzas de que está bien repartido antes de mandarlo empaquetar.

— No pienso molestarte — replicó el otro. — Sé que no has de sacarme ninguna ventaja en el reparto.

— Gracias — replicó Blake.

— ¿Y de los negros qué?

— Eso no va a ser tan fácil. Como ya sabes que no los has tratado nada bien, no creo que haya muchos deseos de regresar contigo.

— Ahí es donde te equivocas de medio a medio, Blake. Lo que te pasa es que no entiendes nada de negros. Eres demasiado blando con ellos. No te tienen respeto ninguno, y al hombre a quien no respetan no lo quieren. Saben que el individuo que les pega es su amo, y que el amo tiene que cuidar de ellos. No querrían confiar en ti para un trayecto largo. Ya que tú has dividido los bártulos, déjame que yo arregle lo de los negros, que es más cosa mía; y yo cuidaré de que salgas beneficiado y te quedes con una cuadrilla buena y segura; y además les infun-

diré un miedo cerval para que no se atrevan a cometer la menor deslealtad contigo.

—¿Cómo te propones seleccionar los hombres? — preguntó Blake.

— En primer lugar, quisiera que te quedaras tú con los que desees que te acompañen, que yo te fío que serán pocos; de manera que empezaremos por llamarlos y explicarles que nos vamos a separar, y yo diré que todos los que quieran volver con tu *safari* se adelanten. Luego elegiré algunos hombres buenos de los que queden, hasta formar el número que complete tu parte. ¿Comprendes? Me parece que no podrás quejarte del trato.

— No, está muy bien — replicó Blake.

Deseaba que el plan resultara tan fácil como parecía imaginárselo Stimbol, pero como estaba lejos de creerlo, creyó mejor proponer una alternativa a la cual pensaba que tendrían que acudir en último extremo.

— En caso de que cualquiera de los dos tengamos dificultades para obtener el necesario número de voluntarios — dijo, — creo que podemos reclutar los que nos falten ofreciéndoles que se les pagará una bonificación cuando lleguemos a la estación del ferrocarril. Si yo ando escaso de hombres, estoy dispuesto a hacerlo así.

— No es mala idea si te figuras que no los vas a poder sujetar una vez que yo te deje — dijo Stimbol. — Será para ti un nuevo factor de seguridad. Pero en cuanto a mí, mis hombres cumplirán el compromiso inicial, o algunos negros quedarán por estos andurriales en bastante mal predicamento. Vamos a llamarlos y veremos cuántos de ellos van a quedarse contigo.

Miró en torno hasta ver a uno de los jefes indígenas.

— ¡Eh, tú! ¡Aquí! — llamó. — ¡Ven acá, y pronto! Acercóse el negro y se detuvo delante de los dos blancos.

— ¿Me has llamado, *Bwana*? — preguntó.

— Anda a reunir a todos los del campamento — ordenó Stimbol, — y que estén aquí antes de cinco minutos para conferenciar. ¡Que vengan todos!

— Sí, *Bwana*.

Al retirarse el jefe, Stimbol se volvió a Blake y le preguntó:

— ¿Ha venido hoy algún extraño al campamento?

— No. ¿Por qué?

— Porque me he tropezado con un salvaje cuando estaba cazando — replicó Stimbol. — Y me ha ordenado que me fuera de la selva. ¿Sabes algo de eso? — terminó Stimbol rompiendo a reír.

— ¿Un salvaje?

— Sí. Debe de ser sin duda un chiflado. Los negros parecen saber quién es.

— ¿Quién?

— Se llama Tarzán.

Blake enarcó el ceño.

— ¡Ah! — exclamó. — ¿Has encontrado a Tarzán de los Monos? ¿Y te ha mandado que te vayas de la selva?

— ¿Lo conoces tú?

— Sí por cierto, de nombre. Y si me manda que me vaya de la selva, me iré más que de prisa.

— Tú sí, pero no Wilbur Stimbol.

— ¿Por qué te ha mandado que te vayas?— preguntó Blake.

— Por nada; me ha dicho que me fuera, ni más ni menos. No me ha querido dejar que matara a un gorila que íbamos persiguiendo. Ese hombre salvó al gorila de una serpiente boa, mató a la serpiente, me mandó que me fuera de la selva, dijo que nos visitaría más tarde en el campamento y se fué con el gorila como si fueran viejos camaradas. Yo no he visto en mi vida nada parecido, pero me tiene sin cuidado lo que él se figure ser; yo sé lo que yo soy, y se necesita algo más que un cretino para asustarme a mí y hacer que me vaya de esta tierra hasta que a mí me dé la gana.

— ¿Crees, pues, que Tarzán de los Monos es un cretino?

— Cretino tiene que ser todo el que anda por estas selvas desnudo y sin armas.

— Pues ya verás que no es cretino, Stimbol; y si no quieres buscarte más disgustos de los que te imaginas, harás lo que Tarzán de los Monos te dice que hagas.

— Pero ¿qué sabes de él? ¿Lo conoces? ¿Lo has visto alguna vez?

— No — replicó Blake, — pero a nuestros hombres los he oído hablar de él muchísimo. Es parte tan integrante de estos parajes como la misma selva y los leones. Muy pocos de nuestros indígenas lo han visto, si es que lo ha visto alguno, pero Tarzán ejerce sobre su imaginación y sus supersticiones la misma influencia que cualquiera de sus demonios, y tienen más miedo a incurrir en su desagrado que en el de los diablos. Si llegan a pensar que



Tarzán está en contra nuestra, ya podemos encomendar-nos a Dios.

— Bueno, lo que yo te digo es que si ese mono entiende sus intereses se guardará muy bien de meterse en los asuntos de Wilbur Stimbol.

— ¿Y dices que va a venir a visitarnos? — preguntó Blake. — Me alegro, porque tengo ganas de conocerlo. De nada he oído hablar tanto como de él desde que estamos en estos parajes.

— Es curioso que yo no haya oído nombrar nunca a ese tipo — dijo Stimbol.

— Porque no has hablado nunca con nuestros hombres — le recordó Blake.

— ¡Caramba, si me parece que no hago nada más que hablarles! — refunfuñó Stimbol.

— He dicho hablar *con* ellos.

— Yo no pierdo el tiempo en pláticas con negrazos — repuso irónicamente Stimbol.

Blake se limitó a hacer una mueca.

— Aquí están ya los hombres — dijo Stimbol; y volviéndose hacia los portadores y askaris, tosió para mon-darse el gaznate y anunció: — Mr. Blake y yo nos vamos a separar. Todo lo hemos repartido. Yo voy a cazar un poco más al este, para describir luego un círculo hacia el sur y volver a la costa por otro camino. No sé cuáles son los planes de Mr. Blake, pero él se quedará con la mitad de los portadores y de los askaris, y yo quiero deciros desde ahora que no consentiré que hagáis ninguna de las vuestras. La mitad de vosotros os iréis con Mr. Blake, por las buenas o por las malas.

Se detuvo un instante, para que el silencio recalcara más el peso del anuncio que acababa de hacer; luego continuó:

— Como de costumbre, deseo que todos os sintáis contentos y a gusto, y por eso a los que deseen irse con Mr. Blake les voy a dar ocasión de hacerlo. Escuchad, pues. Los paquetes de ese lado son los de Mr. Blake, y los de este lado son los míos. Los que estén dispuestos a acompañar a Mr. Blake que se pasen a ese lado.

Hubo un momento de vacilación entre los indígenas, y al fin algunos de ellos se pasaron al lado de los bultos de Blake. Otros los siguieron conforme sus inteligencias iban comprendiendo lentamente el significado de las palabras de Stimbol, hasta que todos los negros estuvieron en la parte de Blake.

Stimbol se volvió al otro con una carcajada y moviendo la cabeza.

— ¡Demonio! — exclamó. — ¿Has visto en tu vida una cuadrilla más torpe? Creo que nadie se habría explicado con más claridad que yo, y sin embargo míralos. Ninguno de ellos me ha entendido.

— ¿Estás muy seguro de eso, Stimbol? — preguntó Blake.

Stimbol no comprendió inmediatamente la insinuación del otro; y cuando se dió cuenta de ella enarcó el ceño.

— ¡No seas necio! — gruñó. — ¡Claro que no me han entendido! — Y volviéndose colérico a los indígenas exclamó: — ¡Hatajo de idiotas negros! ¿Es que no sois capaces de entender nada? No he dicho que todos debáis

iros con Mr. Blake, sino sólo los que quisierais. Vamos a ver; los restantes de vosotros, los que quieran acompañarme a mí, que vuelvan a este lado con mis bártulos.

Nadie se movió en dirección a los paquetes de Stimbol.

Este se sonrojó y dijo a gritos:

— ¡Esto es un motín! ¡Al que sea causante de esta actitud le costará caro! ¡Ven acá tú! — agregó dirigiéndose a uno de los cabecillas. — ¿Quién os ha inducido a esto? ¿Os ha dicho Mr. Blake lo que tenáis que hacer?

— ¡No seas majadero, Stimbol! — dijo Blake. — Nadie ha influido en los hombres, ni hay motín que valga. El plan ha sido cosa tuya. Los hombres han hecho lo que tú les has dicho. Si no hubiera sido por tu insufrible vanidad, te habrías dado cuenta de cuál iba a ser el resultado. Esos negros son seres humanos. Por algunos estilos son hombres de extraordinaria sensibilidad y para muchas cosas son enteramente niños. Al que les pega, los insulta y los maldice, lo temen y lo odian. Tú les has hecho todas esas cosas, y te temen y te odian. Has sembrado vientos y ahora recoges tempestades. ¡Quiera Dios que esto te dé una lección! No hay más que una forma de recobrar a los hombres, y es ofrecerles una importante propina. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Stimbol, cuyo aplomo se había estremecido al fin momentáneamente, se amansó al darse cuenta de que Blake estaba en lo cierto, y sin saber qué hacer miró unos instantes entorno. Los negros, con talante sombrío, estaban allí contemplándolo como animales mudos. En ninguno



de aquellos ojos se veía la menor mirada amistosa. Stimbol se volvió a Blake diciendo:

— Mira qué puedes hacer con ellos.

Blake se dirigió a los indígenas.

— Será menester que la mitad de vosotros acompañéis a Mr. Stimbol hasta la costa. El pagará doble salario a los que vayan con él, siempre que le sirvan lealmente. Habladlo entre vosotros mismos y decidnos lo que hayáis resuelto por conducto de vuestros jefes. Nada más tengo que decir. Podéis marcharos.

Transcurrió el resto de la tarde, encerrados los dos blancos en sus respectivas tiendas; los negros se congregaron en grupos, cuchicheando. Blake y Stimbol no comían ya juntos, y al terminar la cena aparecieron ambos con sus pipas para esperar lo que les dijeran los jefes indígenas. Al cabo de media hora Blake envió a su criado a llamarlos, y no tardaron en llegar a la presencia del joven.

— Vamos a ver — dijo éste. — ¿Han decidido ya los muchachos cuáles van a acompañar a Mr. Stimbol?

— Nadie quiere acompañar al otro *bwana* — replicó el que llevaba la voz cantante. — Todos quieren ir con el *bwana* más joven.

— Mirad que Mr. Stimbol pagará bien — recordó Blake, — y que la mitad de vosotros tenéis que acompañarlo.

El negro meneó la cabeza negativamente al contestar:

— No podría pagar bastante. No hay muchacho que quiera ir con él.

— Os comprometisteis a venir y a volver con nosotros



— dijo Blake. — Habéis de cumplir vuestra palabra.

— Nos comprometimos a venir con vosotros dos y a volver con vosotros dos. No se habló nada de volver por separado. Nosotros cumpliremos nuestro compromiso, y el *bwana* viejo podrá volver sin peligro con el *bwana* joven.

Dijo estas palabras el negro con acento rotundo. Blake se quedó unos momentos pensativo antes de replicar:

— Podéis retiraros. Volveré a hablar con vosotros mañana por la mañana.

No hacía más que un momento que se habían retirado los negros cuando la figura de un hombre apareció súbitamente, saliendo de la oscuridad, en la luz que proyectaba la hoguera del campamento.

— ¿Quién diablos?... ¡Ah! ¿Es usted? — exclamó Stimbol. — Aquí está ese salvaje, Blake.

El joven norteamericano se volvió y contempló la figura del gigante de bronce que se hallaba al borde del círculo de luz. Se fijó en las correctas facciones, en la reposada dignidad, en el talante majestuoso, y sonrió por dentro al recordar la descripción que le había hecho Stimbol de aquel ser maravilloso... ¡Un cretino!

— ¿Conque es usted Tarzán de los Monos? — preguntó.

Tarzán inclinó la cabeza.

— ¿Y usted? — preguntó.

— Yo soy Santiago Blake, de Nueva York — replicó el norteamericano.

— ¿Cazando, por supuesto?

— Con una máquina fotográfica.

— Su compañero de usted usaba un rifle — le recordó Tarzán.

— Yo no soy responsable de sus acciones. No las puedo gobernar.

— ¡Ni tú ni nadie! — estalló Stimbol.

Un instante permitió Tarzán que su mirada se posase en Stimbol, pero no hizo caso de su fanfarronada.

— He oído la conversación que ha tenido usted con los negros — dijo el Tarmangani dirigiéndose a Blake. — Algunos de ellos me habían dicho ya algo respecto a su compañero de usted, y hoy he tenido dos ocasiones de formar juicio por mi observación personal; de suerte que colijo que se separan ustedes porque no congenian. ¿Tengo razón?

— Sí — reconoció Blake.

— Y una vez que se separen... ¿qué planes son los suyos?

— Yo pienso avanzar un poco más al oeste y luego dar la vuelta... — comenzó a decir Stimbol.

— Hablaba con Blake — le interrumpió Tarzán; — los planes míos con respecto a usted ya están trazados.

— ¡Hombre! ¿Quién demonios...?

— ¡Silencio! — ordenó el gigante blanco. — Siga usted, Blake.

— Hasta ahora no hemos tenido mucha suerte — replicó el joven, — principalmente porque nunca hemos podido ponernos de acuerdo en cuanto a los procedimientos. El resultado es que apenas tengo un solo estudio decoroso de animales salvajes. Yo había pensado ir al norte para fotografiar leones. No quisiera volverme sin

poder enseñar nada a cambio del tiempo y del dinero que he dedicado a la expedición; pero ahora que los indígenas se niegan a acompañarnos por separado, no nos queda más remedio que volver a la costa por el camino más corto.

— Parece que a mí no me tomas en cuenta para nada — gruñó Stimbol. — Yo he empleado en este viaje tanto tiempo y dinero como tú. Te olvidas de que he venido para cazar; es más, de que voy a cazar; y no me voy a volver a la costa con el rabo entre piernas por un condenado esperpento, sea mono, mico o lo que sea.

Tarzán siguió sin hacer caso a Stimbol, y dijo a Blake:

— Prepárese para emprender la marcha una hora después de la salida del sol. No habrá dificultad en la división de la safari. Yo cuidaré de ello y les daré a ustedes sus instrucciones finales.

Y dichas estas palabras, dió media vuelta y desapareció en la oscuridad.

## CAPÍTULO VI

### Ara, el Rayo

Antes de amanecer se hallaba ya en movimiento el campamento de los norteamericanos, y para la hora señalada estuvieron hechos los paquetes y todo preparado. Los portadores pereceaban, esperando la palabra que había de poner en marcha a la *safari* en el viaje al este, en busca de la costa. Blake y Stimbol fumaban en silencio. El follaje de un árbol cercano se movió al agitarse una rama, y Tarzán de los Monos se dejó caer con su soltura habitual en el interior del campamento. Brotaron de labios de los negros exclamaciones de sorpresa, claramente teñida de miedo. El Tarmangani se volvió hacia ellos y les habló en su propio dialecto.

— Yo soy Tarzán de los Monos —les dijo, —el Señor de la Selva. Habéis traído a unos hombres blancos a mi tierra para matar a mi gente, y estoy enojado con vosotros. Los que deseen volver a sus aldeas y con sus familias, que me escuchen bien y hagan lo que Tarzán les manda.

«Tú — agregó dirigiéndose al jefe de toda la expe-



dición — acompañarás al blanco más joven, a quien consiento que haga fotografías en mi país donde y cuando quiera. Escoge a la mitad de los hombres de la *safari* para acompañar al *Bwana* joven.

»Y tú — añadió dirigiéndose a otro de los cabecillas, — toma a los hombres que quedan y da escolta al *Bwana* más viejo hasta el arranque del ferrocarril, por el camino más corto y sin demora. No se le permitirá cazar, ni se matará a ningún animal más que para comer y en propia defensa. No me desobedezcáis. Recordad siempre que Tarzán vigila y que Tarzán no olvida nunca.

Luego se volvió a los dos blancos.

— Blake — le dijo, — las medidas están tomadas. Usted puede partir cuando guste, con su propia *safari*, y dirigirse adonde le plazca. La cuestión de la caza queda a su propia discreción. Usted es huésped de Tarzán de los Monos.

»Y a usted — agregó dirigiéndose a Stimbol, — lo guiarán fuera del país por el camino más corto. Se le permitirá llevar armas de fuego para que las use en defensa propia, pero si abusa usted del permiso se le quitarán. No cazará usted ni siquiera para buscar comida; el jefe de su expedición cuidará de eso.

— ¡Ea, alto el carro! — dijo Stimbol con acento de bravucón. — Si se figura usted que voy a someterme a esta intromisión violenta en mis derechos como ciudadano norteamericano, está usted en un grave error. Yo soy capaz de comprar y vender cuarenta veces a usted y su condenada selva, sin enterarme de que he gastado un centavo. Por amor de Dios, Blake, dile a este pobre

mentecato quién soy yo, antes que se meta en una serie de líos.

Tarzán se volvió al jefe de los indígenas a quien había designado para acompañar a Stimbol y le dijo:

— Puedes cargar y emprender la marcha. Si ese hombre blanco no te sigue, déjalo atrás. Cuida bien de él si me obedece y ponlo sano y salvo en la primera estación del ferrocarril. Cumplirás sus órdenes si no chocan con las que yo te he dado. ¡Anda!

Un momento más tarde la *safari* de Stimbol se disponía a partir, y, por invitación de Tarzán, la de Blake estaba ya saliendo del campamento. Stimbol juraba y amenazaba, pero sus hombres, haciendo como que no lo oían, desfilaron hacia la selva en dirección al este. Tarzán había partido, lanzándose a los árboles y desapareciendo entre el follaje, y por fin Stimbol se quedó solo en el campamento abandonado.

Contrariado, humillado, echando casi espumarajos de ira, corrió detrás de sus hombres vociferando órdenes y amenazas de las que no hicieron caso los indígenas. Más avanzado el día, huraño y en silencio, marchaba junto a la cabeza de la larga fila de portadores y askaris, convencido al fin de que el poder de Tarzán de los Monos era mayor que el suyo; pero en su corazón ardía el rencor y en su mente se atropellaban planes de venganza; planes cuya inutilidad no dejaba de costarle.

Tarzán, deseando cerciorarse de que se cumplían sus instrucciones, se había dirigido bastante lejos y esperaba en la cruz de un árbol que dominaba el sendero por el

cual debía pasar Stimbol. A distancia oyó los ruidos que producía la *safari* en marcha. Por el sendero, en dirección opuesta, algo se acercaba. El Tarmangani no lo veía, pero sabía bien qué era. Por cima de las copas de los árboles se amontonaban negras nubes, pero no estremecía la selva el menor soplo de aire.

Por el sendero llegó un ser enorme, negro y peludo. Tarzán de los Monos lo llamó cuando llegó a la vista de su altura arbórea.

— ¡Bolgani! — llamó en voz baja.

El gorila se detuvo, se puso en pie sobre las manos traseras y miró en torno.

— Soy Tarzán — le dijo el Tarmangani.

— Y yo Bolgani — replicó el gorila con un gruñido.

— Viene el Tarmangani — le previno Tarzán.

— ¡Yo mato! — rugió Bolgani.

— Deja pasar al Tarmangani — le dijo el gigante blanco, — que él y su gente llevan muchos palos de truenos. He enviado a ese Tarmangani fuera de la selva. Déjalo pasar. Desvíate un poco del sendero, que los estúpidos Gomanganis y el Tarmangani que va con ellos, y que es más estúpido todavía, pasarán sin darse cuenta de que Tarzán y Bolgani están cerca.

En el cielo cada vez más oscurecido sonó un trueno lejano, y el hombre y el mono levantaron la vista hacia el despejado campo de acción de los poderes naturales, más terribles y destructores que los de ellos mismos.

— Pand, el trueno, anda de caza por el cielo — observó Tarzán.



— Está persiguiendo a Usha, el viento— replicó Bolgani.

— Pronto oiremos a Usha volar por entre los árboles tratando de escaparse — dijo Tarzán contemplando las negras y amenazadoras nubes. — Hasta Kudu el sol tiene miedo a Pand, y cada vez que Pand sale de caza, Kudu se tapa la cara.

Ara el rayo se lanzó al través del cielo. Para los compañeros del árbol era una flecha del arco de Pand, y las grandes gotas de lluvia que comenzaron a caer poco después eran Meeta, la sangre de Usha, el viento, que brotaba por más de una herida.

La selva se inclinaba bajo una presión inmensa, pero hasta entonces no había más rumor que el rodar del trueno. Los árboles se movían y Usha rugía por la selva. Aumentó la oscuridad, y cayó la lluvia en grandes masas. Hojas y ramas volaban por el aire y los árboles crujían entre sus compañeros. Con rugidos ensordecedores los elementos daban rienda suelta a su contenida cólera. Los animales se agazapaban acobardados, ante el único poder temeroso que reconocían como supremo.

Tarzán estaba acurrucado en la cruz de un árbol gigante, con los hombros arqueados para recibir el empuje de la lluvia. Al otro lado del sendero Bolgani permanecía en cuclillas, empapado y desdichadísimo. Esperaban. No podían hacer otra cosa.

Encima de ellos la tormenta volvió a estallar con furia insana. El trueno retumbaba con ensordecedoras repercusiones. Hubo un relámpago cegador, y el gajo en que Tarzán se hallaba se quebró y cayó sobre el sendero.



Atontado, el Tarmangani quedó donde había caído, con parte de la rama encima del cuerpo.

Cesó la tormenta tan súbitamente como había comenzado, y Kudu el sol volvió a asomar por entre las nubes. Bolgani, deprimido y todavía aterrado, se quedó donde estaba, en cuclillas, inmóvil y silencioso... Bolgani no tenía la menor gana de llamar la atención de Pand, el trueno.

Empapado hasta los huesos, aterido, furioso, Stimbol chapoteaba por el resbaladizo y enlodado sendero. No sabía que su *safari* estaba a pequeña distancia detrás de él, porque él había seguido avanzando durante la tormenta, en tanto que los indígenas se habían refugiado debajo de los árboles.

En una revuelta del sendero encontró súbitamente una rama derribada que le cerraba el paso. Al pronto no se fijó en el cuerpo del hombre que yacía debajo de ella, pero cuando lo vio lo reconoció al instante, y una nueva esperanza surgió en su pecho. Muerto Tarzán, él quedaría en libertad de hacer lo que le viniera en ganas. Pero ¿estaba muerto el gigante blanco?

Corrió Stimbol unos cuantos pasos, y arrodillándose aplicó el oído al pecho del caído. Cruzó por su rostro una expresión defraudada, pues Tarzán no había muerto. Entonces la expresión cambió; a los ojos de Stimbol asomó una centella de astucia cuando se volvió a mirar por el sendero. Sus hombres no estaban a la vista. Miró rápidamente en torno. Se hallaba solo con el desmayado autor de su humillación.

Crefa él que estaba solo, pues no vio la peluda figura

que silenciosamente se había levantado cuando el ruido de la proximidad de Stimbol llegó a sus sensibles oídos, y ahora, al través del follaje, estaba contemplándolo a él y a la silenciosa figura del gran Tarmangani.

Stimbol sacó de la vaina su cuchillo de monte. Podía hincar su punta en el corazón del salvaje y volver corriendo por el sendero. Sus hombres lo encontrarían esperándolos. Más tarde darían con el cadáver de Tarzán, pero no se figurarían cómo había encontrado la muerte.

El Tarmangani se movió: estaba volviendo la conciencia de sí mismo. Stimbol comprendió que debía obrar con rapidez; y en el mismo instante un brazo largo y peludo salió del follaje, y una mano poderosa le agarró del hombro. Lanzando un grito y una maldición, el norteamericano se volvió y se vió ante la terrible cara de Bolgani.

Frenéticamente quiso herir el pecho de su peludo antagonista con el cuchillo de monte, pero la diminuta arma le fué arrancada del puño y enviada entre la maleza.

Las grandes fauces estaban abiertas amenazando la garganta de Stimbol en el momento de abrir Tarzán los ojos.

— ¡*Kreeg-ah!* — exclamó el Tarmangani ásperamente, como advertencia.

Bolgani se detuvo y miró al gigante blanco.

— ¡Suéltalo! — ordenó Tarzán.

— El Tarmangani quería haber matado a Tarzán — explicó el gorila, — y Bolgani lo ha contenido. ¡Bolgani mata! — terminó gruñendo horriblemente.

— ¡No! — gritó Tarzán. — ¡Deja libre al Tarmangani!

Soltó el gorila el hombro de Stimbol en el preciso momento en que los primeros hombres del cazador aparecían a la vista de ellos; y cuando Bolgani vió a los negros y se dió cuenta de cuántos eran, su nervosismo y su irritabilidad crecieron.

— Vete a la selva, Bolgani — dijo Tarzán. — Tarzán de los Monos cuidará de este Tarmangani y de los Gomananis.

Con un gruñido de partida se sumergió el gorila entre el follaje y las sombras de la selva, en el momento en que Tarzán de los Monos se volvía de cara a Stimbol y a sus portadores.

— ¡De buena se ha librado usted, Stimbol! — dijo el gigante. — Es una suerte para usted que no haya conseguido matarme. Yo estaba aquí por dos razones. Una para ver si cumplía usted mis órdenes y otra para defenderle de sus hombres. No me gustaba el modo como lo miraban esta mañana en el campamento. No les sería nada difícil perderlo a usted en la selva, ¿comprende?, y eso ocasionaría su muerte con tanta eficacia como el puñal o el veneno. Sentía cierta responsabilidad por su causa, porque es usted un blanco; pero ahora acaba usted de libertarme de toda obligación que los vínculos de raza pudieran haberme impuesto.

»No le mataré a usted, Stimbol, como merece; pero desde ahora puede usted llegar a la costa como Dios le dé a entender, y sin duda descubrirá usted que nunca son demasiados los amigos que se tienen en la selva, don-



de no se puede uno permitir el lujo de crearse un solo enemigo.

Luego se volvió para dirigirse a los negros de Stimbol y les dijo:

— Tarzán de los Monos se va por aquí. Acaso no volváis a verlo. Cumplid con vuestro deber con este blanco mientras obedezca las palabras de Tarzán, *pero cuidado de que no cace*.

Con esta advertencia final, el gigante se lanzó a las ramas inferiores de los árboles circunstantes, y desapareció.

Cuando Stimbol, después de interrogar repetidas veces a sus hombres, descubrió que Tarzán les había asegurado que no lo volverían a ver seguramente, recobró mucha parte de su aplomo anterior y de sus fanfarronadas. Una vez más era el jefe de los indígenas, y les daba voces estentóreas, maldiciéndolos y burlándose de ellos. Pensaba que así los impresionaba con la idea de su grandeza. Se imaginaba que eran gentes sencillas a quienes podía engañar haciéndoles creer que no tenía miedo a Tarzán, para obtener su respeto riéndose de los mandatos del gran *Bwana*. Ahora que Tarzán había prometido no volver, Stimbol se sentía más autorizado a prescindir de sus mandatos, y así ocurrió que antes de llegar a un terreno apropiado para acampar, se tropezó con un antílope, y sin vacilar un instante disparó contra él y lo mató.

Huraños estaban todos en el campamento que estableció el norteamericano aquella noche. Los hombres se apiñaban en grupos cuchicheando.



— Ha matado un antílope y Tarzán se encolerizará con nosotros — dijo uno.

— Nos castigará — dijo temerosamente uno de los jefes.

— El *Bwana* es un mal hombre — exclamó otro. — ¡Ojalá se muriera!

— No podemos matarlo. Así lo ha dicho Tarzán.

— Si lo abandonamos en la selva se morirá.

— Tarzán nos ha dicho que cumpliéramos con nuestro deber.

— Nos dijo que lo cumpliéramos mientras el mal *Bwana* obedeciera los mandatos de Tarzán.

— Los ha desobedecido.

— Entonces podemos dejarlo.

Stimbol, exhausto por la larga jornada, dormía como un leño. Cuando despertó, el sol estaba ya a gran altura. Llamó a su criado y no obtuvo respuesta. Dió nuevas voces, acompañadas de un terno. No se presentó nadie. No había el menor ruido en el campamento.

— ¡Esos gandules negrazos! — refunfuñó. — ¡Ya verán como andan un poco más vivos en cuanto yo salga!

Levantóse y se vistió, pero mientras lo hacía el silencio del campamento le impresionó como algo casi amenazador, de suerte que se apresuró a terminar y a salir de la tienda. Al asomar al raso se le reveló la verdad casi a la primera mirada en torno. No se hallaba a la vista ningún ser humano, y habían desaparecido todos los paquetes de provisiones menos uno. ¡Lo habían abandonado en el corazón de Africa!

Su primer impulso fué echar mano a su rifle y correr en pos de los negros; pero, pensándolo mejor, vió el peligro que encerraba semejante paso, y se convenció de que lo último que debía hacer era volverse a poner otra vez en manos de aquellos hombres, que ya una vez habían demostrado que no les inspiraba remordimiento alguno el abandonarlo, dejándolo entregado a una muerte casi segura. De querer desembarazarse de él, fácilmente encontrarían un medio más rápido si regresaba al lado de ellos y les volvía a imponer su presencia y compañía.

No le quedaba más que una alternativa, y era encontrar a Blake y quedarse a su lado. Sabía que Blake no lo abandonaría solo en la selva para que allí muriera.

Los negros no lo habían dejado sin provisiones, ni le habían quitado el rifle y los cartuchos; pero la primera dificultad con que se hallaba Stimbol era con la de transportar sus víveres. Los tenía en abundancia para durar muchos días, pero sabía que no los podía llevar por la selva junto con su rifle y municiones. Igualmente necio era permanecer donde estaban las vituallas. Blake se volvía a la costa por otro camino, y el gigante blanco había dicho que no seguiría más a la *safari* de Stimbol; podían, pues, transcurrir años antes que otro ser humano pasara casualmente por aquel sendero de caza poco trillado.

Sabía que lo separaban de Blake unas dos jornadas, y si viajaba con ligereza y Blake no avanzaba con excesiva rapidez, podía esperar alcanzarlo dentro de una semana. Acaso Blake encontrara ocasión pronto de hacer fotografías y estableciera un campamento perma-

nente. En tal caso, antes lo había de encontrar Stimbol.

Sintióse más tranquilo cuando tuvo resuelto un plan de acción, y después de hacer un buen desayuno preparó un paquete pequeño de provisiones, lo bastante para que le durara una semana, se llenó de cartuchos las cananas y los bolsillos y echó a andar por el sendero de regreso.

Era fácil el camino, porque el rastro del día anterior estaba claro, y era la tercera vez que Stimbol lo recorría, de suerte que no le costó trabajo llegar al campamento en que él y Blake se habían separado.

Como entró en el pequeño calvero a prima tarde, resolvió seguir andando y recorrer todo lo que pudiera del camino de Blake antes de oscurecer. Pero descansaría unos momentos. Mientras estaba sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, no observó el movimiento de un grupo de hierbas de la selva a pocas varas de distancia, y si lo hubiera observado seguramente no habría dado importancia al incidente.

Terminado un cigarrillo, Stimbol se levantó, volvió a arreglar su paquete y partió en la dirección que los hombres de Blake habían emprendido en las primeras horas de la mañana anterior; pero no había recorrido más que unos pasos cuando lo detuvo repentinamente un siniestro rugido que partía de un grupo de hierbas delante de él y a poca distancia. En el mismo instante las hierbas extremas se apartaron y apareció en el calvero la cabeza de un gran león de melena negra.

Lanzando un grito de terror, Stimbol dejó caer su paquete, tiró el rifle y partió a la carrera para el árbol



bajo el cual se había sentado. El león, también un tanto sorprendido, se mantuvo un instante observándolo y por fin emprendió su persecución a paso largo y suelto.

Stimbol, lanzando una mirada de susto hacia atrás, se quedó horrorizado, pues el león le pareció muy cerca y el árbol muy lejos. Si la distancia puede a veces prestar encanto al paisaje, en cambio la proximidad puede tener a veces sus ventajas. En este caso sirvió para acelerar la velocidad del fugitivo hasta un grado sorprendente, y aunque ya no era joven, logró encaramarse a las ramas bajas de un árbol, con velocidad — ya que no con gracia — que habría hecho justicia a un atleta experimentado.

Y no tenía momento que perder. Las terribles garras de Numa le tocaron la bota y le hicieron trepar como un endemoniado a las ramas más altas, donde se agarró débil y jadeante, mirando la rugiente cara del carnívoro.

Un instante permaneció Numa gruñéndole, y luego, con una tos que era otro gruñido, se volvió y se dirigió majestuosamente al grupo de hierbas de donde salió poco antes. Se detuvo para olfatear el paquete de víveres que Stimbol había soltado y, evidentemente picada su curiosidad por el olor a hombre que el bulto exhalaba, le dió unos zarpazos coléricos.

Rodó el paquete a un lado y Numa retrocedió, mirándolo cautelosamente; en seguida, con un rugido, saltó sobre él y empezó a tirarle bocados, desgarrándolo y esparciéndolo hasta que su contenido quedó diseminado por el suelo. Luego mordió cajas y botes de hojalata hasta no dejar casi ningún artículo intacto, en tanto que Stim-



bol, agazapado en el árbol, observaba la destrucción de sus provisiones, absolutamente inerte para intervenir.

Una docena de veces se maldijo por haber arrojado su rifle, y con más frecuencia juró vengarse. Pero se consolaba con la idea de que Blake no podía estar lejos y de que con Blake había amplias provisiones que podían aumentarse comerciando y cazando. Cuando el león se marchara bajaría y seguiría la ruta de su ex amigo.

Numa, cansado del contenido del paquete, continuó su camino hacia la larga hierba, pero de nuevo se distrajo su atención, aquella vez con el palo de los truenos del Tarmangani. El león olfateó el rifle, le dió con la pata y finalmente lo agarró con las fauces. Stimbol miró horrorizado. ¡Si la fiera estropeara el arma!... ¡Entonces quedaría sin medios de defensa y de obtener alimento!

— ¡Suelta eso! — gritó Stimbol. — ¡Suéltalo!

Numa, sin hacer caso de los gritos del despreciable ser humano, se encaminó a su cubil llevándose el rifle.

La tarde y la noche significaron una eternidad de horrores para Wilbur Stimbol. Mientras duró la luz del día el león permaneció en el cercano grupo de hierbas, impidiendo eficazmente al infeliz norteamericano que continuara su busca del campamento de Blake; y una vez que cayó la oscuridad ningún poder humano habría podido convencer a Stimbol a que bajara a los terrores de la noche en la selva, aun sabiendo que el león se había marchado y aunque ningún sonido le advirtiera la presencia del peligro; pero los sonidos se lo avisaron, porque desde poco después de oscurecer hasta casi la aurora

hubo debajo de él un verdadero infierno de aullidos, gruñidos, toses, rugidos y ladridos, como si todas las terribles fieras de la selva celebraran una asamblea al pie del árbol, que a lo sumo parecía un santuario extremadamente inseguro.

Cuando llegó la mañana quedó la selva en silencio y tranquila en torno de Stimbol, y sólo la lona rota y las latas vacías daban mudo testimonio del festín de las hienas, que había pasado a la historia de la selva. Numa se había largado dejando los restos de la víctima que mató, como *pièce de résistance* del banquete de hienas para el cual el paquete de Stimbol había suministrado los *hors d'oeuvres*.

Stimbol, tembloroso, bajó del árbol. Por medio de la selva, con los ojos desorbitados, asustado por todo sonido, se escurría la figura lastimosa de un viejo aterrado y deshecho. Pocos habrían reconocido en ella a Wilbur Stimbol, de Stimbol y Compañía, corredores de Nueva York.

---

## CAPÍTULO VII

### La Cruz

La tormenta que había alcanzado a la *safari* de Stimbol produjo aún mayor estrago en los planes de Santiago Blake, alterando en el momento de centellear un relámpago el curso de toda su vida.

Acompañado por un solo negro, que le llevaba la máquina fotográfica y un rifle de repuesto, Blake se había separado del camino directo de su *safari* en busca de fotografías de leones, pues había señales de que los grandes carnívoros se hallaban en abundancia en el distrito por el cual pasaban.

Era la intención del joven seguir paralelamente a la ruta del grueso de su *safari*, e incorporarse a él por la noche en el campamento. El indígena que lo acompañaba era inteligente y de recursos; la dirección y rapidez de la marcha de la *safari* se habían convenido previamente, y la responsabilidad de llevar sano y salvo a Blake al campamento gravitaba completamente sobre el negro. Como tenía plena confianza en el muchacho, Blake no prestó atención ni al tiempo ni a la dirección que lle-

vaban, pues dedicaba todas sus energías a la fascinadora ocupación de buscar estudios fotográficos.

Poco después de separarse de la *safari*, Blake y el indígena encontraron un grupo de siete u ocho leones, que incluía un soberbio macho viejo, una vieja leona y cinco o seis cachorros de diversas edades.

Al ver a Blake y su compañero los leones se alejaron tranquilamente por un bosque bastante claro, y los dos hombres los siguieron, esperando pacientemente la feliz coincidencia de tiempo, luz y agrupación que había de dar al joven la fotografía que deseaba.

En la mente del indígena estaba grabada la ruta de la *safari* y su relación con las revueltas de la presa que seguían. Sabía cuán lejos y en qué dirección se apartaban él y sus compañeros de su destino. El volver al camino de la *safari* habría sido cosa sencilla para él, pero Blake, que se fiaba enteramente del negro, no prestaba atención ni a la dirección ni al tiempo.

Por espacio de dos horas siguieron tenazmente el rastro, animados por atisbos ocasionales de uno o de varios miembros del regio grupo; pero no se les presentó nunca oportunidad de hacer una buena instantánea.

Luego el cielo se cubrió súbitamente de nubes negras, y a los pocos momentos estalló la tempestad con la aterradora furia que sólo pueden revestir las tormentas ecuatoriales, y un instante después, entre el rugido ensordecedor del trueno y un relámpago deslumbrador, un desastre completo cayó sobre Santiago Hunter Blake.

No supo cuánto tiempo estuvo tendido, atontado por la conmoción del rayo que le había caído a pocos pasos



de distancia. Cuando abrió los ojos la tormenta había pasado y el sol brillaba intensamente al través del dosel frondoso de la selva. Aun atontado, sin comprender la causa ni la extensión de la catástrofe, Blake se solivió lentamente sobre el codo y miró en torno.

Uno de los primeros espectáculos que vieron sus ojos contribuyó poderosamente a que recobrara con rapidez los sentidos. A menos de un centenar de pasos se hallaba un grupo de leones, en número de siete, que lo contemplaban solemnemente.

Las características individuales de un león difieren tanto de las de sus compañeros como las características de los individuos de la raza humana, y lo mismo que un hombre, un león puede tener sus momentos de diferente humor y su idiosincrasia personal.

Aquellos leones que inspeccionaban gravemente al hombre no habían tenido ocasión de enterarse de lo que es un ser humano; pocos hombres habían visto, y nunca se les había dado caza; estaban además bien nutridos y Blake no había hecho nada que pusiera de punta su sistema nervioso, tan fácilmente excitable. Por fortuna para el joven, en aquel momento las fieras no sentían más que curiosidad.

Pero Blake no sabía nada de esto. Sólo sabía que tenía siete leones a pocos pasos, que no estaban en una jaula, y que, si bien los había seguido para obtener fotografías de ellos, en aquel momento la cosa que más le interesaba no era su máquina, sino su rifle.

Furtivamente, para no perturbar a las fieras, miró en torno buscando el arma, pero advirtió con consternación

que no se hallaba a la vista, ni tampoco vió a su indígena con el rifle de repuesto. ¿Dónde podía estar el negro? Indudablemente, asustado por los leones, habría emprendido la fuga. A veinte pies de distancia había un árbol que parecía invitar a Blake. Este se preguntó si los leones atacarían en el momento en que se pusiera en pie. Trató de recordar todo lo que había leído acerca de los grandes felinos y se acordó de un hecho que se aplica con verdad punto menos que axiomática a todos los animales peligrosos: si se huye de ellos es cuando persiguen. Para llegar al árbol sería necesario andar casi en derecha hacia las fieras.

Blake se hallaba en un mar de confusiones y tormentos. De pronto uno de los leones jóvenes se acercó unos pasos. Esto decidió las dudas de Blake, porque cuanto más se acercaran los grandes felinos, tanto menores eran sus esperanzas de ganar el árbol antes que ellos, suponiendo que se les antojara impedirselo.

En medio de un bosque terrible, enteramente rodeado de árboles, la Naturaleza había tenido a bien derribarlo casi en el centro de un calvero natural. Había un árbol conveniente a cien pies de distancia y en el lado del calvero opuesto al que ocupaban los leones. Blake lanzó una mirada de ansiedad a éstos, e hizo luego unos cálculos mentales rápidos. Si corría para el árbol, los leones tendrían que salvar doscientos pies mientras él recorría ciento; en cambio, si escogía el árbol más próximo, ellos tendrían que cruzar ochenta pies mientras él trasponía veinte. Por tanto, parecía no haber duda en cuanto a la mayor conveniencia del árbol más próximo, que era el

favorito por dos contra uno. Pero contra él se alzaba el peligro que implicaba el correr en derechura hacia un frente formado por siete leones.

Blake estaba asustado sinceramente, legítimamente, honradamente; pero, a no ser que los leones hubieran sido psicoanalistas, no habrían podido comprender la verdad mientras el joven se acercaba, despacio y con aparente indiferencia, hacia ellos... y hacia el árbol. La hazaña más difícil que había realizado Blake en su vida era conseguir que las piernas no se le desmandaran, pues se empeñaban en correr, de la misma manera que los pies, el corazón y el cerebro. Sólo su voluntad podía tenerlos sujetos a todos.

Fueron momentos de tensión para Blake los que empleó en los seis pasos primeros que dió, en tanto que siete enormes leones contemplaban su proximidad. Vió el joven que los felinos se iban poniendo nerviosos. La leona se movió con inquietud. El viejo macho profirió un gruñido. Un macho joven, el que había comenzado a andar, se azotó los costados con la cola y bajó la cabeza, al propio tiempo que mostraba los dientes y se acercaba despacio al encuentro del hombre.

Blake estaba casi en el árbol cuando ocurrió algo... No supo nunca su causa el joven, pero inexplicablemente la leona dió media vuelta y se alejó a saltos, profiriendo un apagado gemido, y siguiéndola de cerca se fueron también los otros seis.

El joven se recostó contra el tronco del árbol y se abanicó con su casco.

— ¡Fiu! — silbó resollando. — ¡Quiera Dios que el



primer león que vea sea en el Jardín Zoológico del Parque Central!

Pero hasta los leones quedaron olvidados en vista de los acontecimientos que se desarrollaron en los instantes siguientes, una vez que repetidos gritos llamando al muchacho negro no obtuvieron respuesta, y Blake determinó partir en su busca. No tuvo que ir muy lejos. En el sendero de regreso, dentro del calvero, encontró unos pocos restos de carne carbonizada y un cañón de rifle medio fundido. De la máquina de fotografía no quedaba ni rastro.

El rayo que atontó a Blake debió de matar en el acto a su escopetero, haciendo estallar todas las municiones que llevaba y destrozando la máquina y el rifle que transportaba el negro.

Pero ¿qué había sido del que llevaba Blake al hombro? El joven buscó en todas direcciones, pero no pudo encontrarlo, y finalmente tuvo que llegar a la conclusión de que su desaparición sólo podía atribuirse a una de esas caprichosas extravagancias que las grandes tempestades eléctricas ponen a veces en práctica con la desvalida humanidad.

Dándose plena cuenta de que estaba perdido, y sin tener el menor atisbo de la dirección en que se hallaba el campamento que pensaba establecer su *safari*, Blake partió a ciegas por un camino que fervientemente anhelaba que fuese el verdadero. Pero no lo era. Su *safari* se encaminaba al nordeste, y Blake tomó la dirección del norte.



Durante dos días estuvo avanzando a tropezones por espesos bosques, durmiendo por las noches en las ramas de los árboles. Una vez sus lastimosos sueños se vieron interrumpidos por la oscilación de la rama en que se apoyaba. Al despertarse la vió combarse como al peso de un animal pesado. Miró y vió dos ojos terribles que relampagueaban en la oscuridad.

Blake se dió cuenta de que la fiera era un leopardo, y sacando su pistola automática disparó a quemarropa. Con un grito terrible el gran felino saltó o cayó al suelo. Blake no supo nunca si lo había herido, pues el animal no volvió ni quedaban señales de él por la mañana.

Encontró alimento y agua en abundancia, y en la mañana del tercer día salió del bosque al pie de una cordillera de elevadas montañas, y por primera vez al cabo de semanas se regocijó con la vista sin estorbos del cielo azul, y volvió a contemplar el horizonte y todo lo que se interponía entre él y su persona. No se había dado cuenta de haber estado deprimido por la oscuridad y el agobio de los árboles que se apiñaban, pero ahora experimentaba toda la animación de un preso suelto después de haber permanecido apartado de la libertad y la luz del día durante mucho tiempo.

La salvación, pensó, ya no era problemática, sino únicamente cuestión de tiempo. Quería Blake cantar y gritar, pero conservó sus energías y partió hacia las montañas. No había aldeas indígenas en el bosque, y así, se decía el joven, como sin duda debía de haberlas en una comarca bien irrigada y abundante en caza, las encontraría sin duda en las vertientes de las montañas.

Al coronar una loma vió a sus pies la boca de un desfiladero por cuyo fondo corría un regato. Al lado del agua debía de haber algún poblado. Siguió, pues, la corriente, pensando que así daría con aquél. Era muy fácil. Bajó al cauce y se sintió satisfechísimo al ver que junto a él corría un sendero muy trillado.

Muy animado por la alegre creencia de que pronto encontraría indígenas, y creyendo que no le costaría trabajo ajustar sus servicios para que le ayudaran a encontrar su *safari*, Blake siguió el sendero por el desfiladero arriba.

Había recorrido algo así como tres millas sin descubrir la menor señal de habitación, cuando, en una vuelta del sendero, se encontró al pie de una cruz blanca de enormes proporciones. Tallada en piedra caliza, se alzaba en el mismo centro del camino y superaba la estatura del joven en cinco o seis pies. Desgastada por el tiempo, producía una impresión de gran antigüedad, que corroboraban los restos de una inscripción casi borrada en la cara anterior de su robusto basamento.

Examinó Blake las letras esculpidas, pero no pudo descifrar lo que decían. Los caracteres parecían ser de origen inglés primitivo, pero Blake desechó esta probabilidad que le parecía ridícula. Sabía que no podía estar lejos de la frontera occidental de Abisinia y que los abisinios son cristianos. Así se explicaba la presencia de la cruz; pero no podía explicarse la indicación de siniestra amenaza que representaba para él aquel antiguo y solitario símbolo de la Crucifixión. ¿Por qué? ¿Qué era aquello?

Erguida allí, sin lengua, encanecida por la edad, la cruz parecía decirle que se detuviera, que no se aventurara más allá en lo desconocido; le advertía que retrocediese, pero no al parecer por espíritu de bondad y de protección, sino más bien con arrogancia y con huraño odio.

Lanzando una carcajada sacudió Blake el mal humor que se había apoderado de él y siguió su marcha, pero se santiguó al pasar por delante del gran monolito, aunque no era católico. Preguntábase qué le había impulsado a aquel acto no familiar, pero no podía darse de ello una explicación más clara que la extraña y misteriosa sugestión de fuerza y de personalidad que parecía rodear a la cruz medio desmoronada.

Otra vuelta al sendero, y éste se estrechó al pasar entre dos enormes peñas que podían haberse derrumbado de lo alto del acantilado que se alzaba muy a lo lejos. Porque a la sazón empezaban a verse cantiles por delante y a ambos lados. Al parecer estaba Blake cerca de la cabeza del desfiladero, y sin embargo no había aún el menor indicio de una aldea. Pero ¿adónde conducía el camino aquel? Debía de tener un fin y un propósito. Blake se propuso descubrir el primero y, si era posible, el segundo.

Todavía bajo la deprimente influencia de la cruz, pasó el joven entre los dos peñascos, y en el instante en que los había dejado atrás salió un hombre por detrás de él y otro por delante. Eran negros, individuos fornidos y de finas facciones, sin que en sí mismos tuvieran nada que despertara la admiración ni la sorpresa. Blake es-



peraba encontrar muchos negros en Africa, pero no negros que llevaran coletos de cuero esmeradamente adornados (en cuyos pechos se veía una cruz roja como insignia), calzones muy ajustados y sandalias sujetas por galgas de gamuza, que cruzándose llegaban hasta media pantorrilla; no negros que llevaran bacinetes de piel de leopardo muy ajustados a la cabeza y que les llegaban hasta más abajo de las orejas; no negros armados con montantes de mandoble y con picas de puntas muy bien trabajadas.

Tuvo Blake ocasión de fijarse bien en las puntas de las picas, porque una de ellas le apuntaba al pecho y la otra a la espalda.

— ¿Qué sodes? — preguntó el negro que tenía Blake delante (1).

Si el indígena se le hubiera dirigido en griego, Blake no habría sentido mayor sorpresa que la que experimentó ante la incongruencia de aquella arcaica forma de lenguaje en boca de un negro del Africa central en el siglo xx. Un instante se quedó tan atónito que no le fué posible replicar.

— Cuedo que es un can sarraceno, Pero — dijo el negro de detrás de Blake, — e non entiende las tus palabras... Aosadas un esculca.

— Non, Alvar; como só llamado Pero, non es un sarraceno... Visto lo he con los ojos de mi cara.

---

(1) Correspondiendo a la humorada del autor, el traductor ha tenido la de hacer hablar a los personajes de Nimmr, en la medida de lo posible, en castellano antiguo. Véase al final un pequeño Glosario de las voces más difíciles de entender para el lector no especializado. — (N. DEL T.)



— Quiquier fuere, levarlo debes delant el cabdiello de la puerta, pora que cate la su razón.

— Aguizado será le preguntar primero, si quiere responder.

— Calla e líevalo al cabdiello — dijo Alvar. — Yo fincaré aquí haciendo la atalaya fata que tornes.

Echóse Pero a un lado e hizo señas a Blake de que le precediera. Luego se colocó detrás de él, y el norteamericano no necesitó mirar para saber que la adornada punta de la pica estaba apercebida a clavarse en su cuerpo.

El camino estaba despejado por delante, y Blake siguió el sendero hacia los cantiles, donde no tardó en ver la negra boca de un túnel que penetraba en derecha en la pared de rocas. Apoyadas en los costados de una especie de hornacina junto a la entrada había varias antorchas de cañas o juncos fuertemente atados y sumergidos en pez. Escogió una de ellas el llamado Pero, sacó pajuela de una caja de metal que en la escarcela llevaba, le prendió fuego con pedernal y acero, y, una vez encendida la antorcha, hizo avanzar de nuevo a Blake con la punta de su pica y los dos penetraron en el túnel, que, según observó el norteamericano, era largo y tortuoso, muy propio para la defensa. Su suelo estaba alisado hasta tal punto que las piedras que lo formaban despedían reflejos a la vacilante luz de la llama. Las paredes y el techo se ofrecían negros por el humo de las antorchas innumerables, quizá muchos millares, que habían pasado por aquel extraño camino de túnel; el cual conducía... ¿adónde?

## CAPÍTULO VIII

### Hiere la serpiente

No versado en el conocimiento de la selva, anonadado por la enormidad de la catástrofe que sobre él había caído, con las facultades razonadoras paralizadas por el terror, Wilbur Stimbol se escurría por medio del bosque como fugitiva presa de todos los terrores que podía evocar su imaginación. Apelmazada mugre cubría los desgarrados restos de su ropa, que apenas tapaba la suciedad de su demacrado cuerpo. Su pelo, antes canoso, se había vuelto blanco, haciendo juego con los blancos cañones de una barba de cuatro días.

Seguía Stimbol un sendero ancho y bien marcado por el que habían pasado en la semana anterior hombres y caballos, ovejas y cabras, y con la ceguera e ignorancia de los habitantes de las ciudades se figuraba que estaba siguiendo el rastro de la *safari* de Blake; y así fué como exhausto, vino a penetrar a tropezones en el *menzil* de Ibn Jad, que avanzaba muy lentamente.

Fejjuán, el esclavo Galla, lo descubrió y lo condujo al instante al *beyt* del jeque, donde Ibn Jad, con su her-

mano Tollog y algunos otros, se hallaba sentado con las piernas cruzadas en el *mukaad*, tomando café a sorbos.

— ¡Por Alá! ¿Qué extraña criatura has capturado ahora, Fejjuán? — preguntó el jeque.

— Acaso a un santo — replicó el negro, — porque es muy pobre y viene sin armas y muy sucio... Sí, seguramente debe de ser un hombre muy santo.

— ¿Quién eres? — preguntó Ibn Jad.

— Estoy perdido y me muero de hambre... Dame de comer — suplicó Stimbol.

Pero ninguno de los dos entendía el lenguaje del otro.

— ¡Otro nasrany! — dijo Fahd despreciativamente.

— Acaso un Frenyi.

— Más bien parece uno de el-Engleys — observó Tollog.

— Tal vez es de Fransa — apuntó Ibn Jad. — Háblale esa indecorosa lengua, Fahd, que aprendiste entre los soldados de Argelia.

— ¿Quién eres, extranjero? — le preguntó Fahd en francés.

— Soy norteamericano — replicó Stimbol, aliviado y contentísimo por haber descubierto un medio de comunicación con los árabes. — Me he extraviado en la selva y me muero de hambre.

— Es del Nuevo Mundo, se ha perdido en la selva y se muere de hambre — tradujo Fahd.

Ordenó Ibn Jad que llevaran de comer al desconocido, y cuando éste hubo satisfecho el hambre entabló con el jeque una conversación, sirviendo Fahd de intérprete. Stimbol explicó que sus indígenas lo habían aban-

donado, y que pagaría bien al que lo llevara hasta la costa. El beduino no tenía el menor deseo de verse más entorpecido aún por la presencia de un viejo debilitado, y se inclinaba a mandar degollar a Stimbol como la solución más fácil del problema; pero Fahd, impresionado por las fanfarronadas que acerca de su opulencia profirió Stimbol, vió la posibilidad de una gran recompensa o de un magnífico rescate, y logró persuadir al jeque a que permitiera que Stimbol permaneciese entre ellos, por lo menos temporalmente, prometiendo llevárselo a su propio *beyt* y salir responsable de él.

— Ibn Jad quería mandarte matar, *nasrany* — dijo Fahd a Stimbol más tarde, — pero Fahd te ha salvado. Recuérдалo para cuando llegue el momento de repartir la recompensa, y recuerda además que Ibn Jad se sentirá mañana tan dispuesto a matarte como hoy, y que siempre tu vida estará en manos de Fahd. ¿Cuánto crees que vale?

— Te haré rico — replicó el norteamericano.

En los días que siguieron, Fahd y Stimbol se hicieron mucho más amigos, y conforme iba recobrando la fuerza y el sentimiento de seguridad, volvió Stimbol a sus antiguas bravatas. Consiguió impresionar al joven beduino con los relatos de su gran riqueza e importancia, y tan pródigo fué en promesas que Fahd no tardó en ver la perspectiva de una vida de lujo, holganza y poderío. Pero con la avaricia y la ambición crecientes empezó a desarrollarse un creciente miedo de que alguien pudiera arrebatárle su buena fortuna. Siendo Ibn Jad el compe-



tidor más lógico y poderoso en los favores del nasrany, Fahd no perdía ocasión de convencer a Stimbol de que el jeque estaba aún sediento de su sangre, aunque, en realidad, Ibn Jad sentía tan poco interés por Wilbur Stimbol y sus asuntos, que habría llegado a olvidar su presencia si no se la recordara de cuando en cuando el ver al norteamericano en sus marchas o andando por los campamentos.

Una cosa, no obstante, que consiguió Fahd fué poner en conocimiento de Stimbol que había disensiones y latía la traición en las filas de los beduinos; y el norteamericano determinó valerse de ello para su propia conveniencia y ventaja si se presentaba la necesidad y la ocasión de hacerlo.

Y constante, aunque lentamente, los Aarab se iban acercando a la fabulosa ciudad del Leopardo de Nimmr; y mientras marchaban, Zeyd halló oportunidad de exponer sus pretensiones a la mano de Ateja, la hija del jeque Ibn Jad, en tanto que Tollog intentaba con insinuaciones favorecer las pretensiones de Fahd en el ánimo del padre. Así lo hacía en todas las ocasiones en que Fahd podía oírlo, y únicamente en ellas, porque en realidad su deseo era convencer al joven traidor de que le debía estar hondamente agradecido. Cuando Tollog llegara a ser jeque no le importaría de quién fuera la mano de Ateja.

Pero Fahd no estaba satisfecho de los progresos que se hacían. Los celos le acometían y desasosegaban, hasta el punto de que no podía mirar a Zeyd sin que acudieran a su mente pensamientos homicidas, que finalmente lle-

garon a constituir para él una obsesión. Continuamente trazaba planes para quitar del mundo a su más afortunado rival. Los espiaba a él y a Ateja, y por fin la oportunidad vino a depararle una ocasión cuando menos la esperaba.

Había observado Fahd que por las noches Zeyd se ausentaba de las reuniones de los hombres en el *mukaad* de la tienda del jeque, y que cuando los sencillos quehaceres domésticos quedaban terminados, Ateja se escabullía fuera en las sombras de la noche. Fahd la siguió y confirmó lo que ya era demasiado aparente para ser honrado con el nombre de sospecha: Zeyd y Ateja tenían entrevistas.

Entonces una noche dejó de asistir Fahd a la reunión de la tienda del jeque. En vez de ello se escondió cerca de la de Zeyd, y cuando este último salió para acudir a la cita, Fahd se deslizó en silencio y se apoderó del mosquete de su rival. Ya estaba cargado y no tenía más que cebarlo con pólvora. Furtivamente se deslizó por caminos extraviados hasta el campamento en que Zeyd esperaba a la luz de su amor, y se escurrió detrás del joven.

A corta distancia, sentado en su *mukaad* con sus amigos bajo la luz de los faroles, Ibn Jad el jeque estaba claramente visible para los dos jóvenes, que permanecían en la oscuridad de fuera. Ateja e Hirfa se hallaban aún ocupadas en las labores domésticas.

Fahd, en pie detrás de Zeyd, se echó a la cara el antiguo mosquete y apuntó muy cuidadosamente... pero no al joven. No, porque la astucia de Fahd era la astu-

cia de la zorra. Si Zeyd fuera asesinado, nada podría convencer a Ateja de que no era Fahd el asesino. Fahd lo sabía, e igualmente estaba seguro de que la muchacha no quería tener nada que ver con el matador de su amado.

Más allá de Zeyd estaba Ibn Jad, pero Fahd no apuntaba a Ibn Jad tampoco. ¿A quién apuntaba? A nadie. Todavía no estaba madura la ocasión de quitar de enmedio al jeque. Primero era menester apoderarse del tesoro, cuyo secreto se suponía conocido sólo de Ibn Jad.

Fahd apuntó a uno de los *am'dan* de la tienda del jeque, y lo hizo con gran cuidado antes de disparar. El soporte se hizo astillas con el disparo y se rompió a cosa de un pie sobre la cabeza de Ibn Jad. Simultáneamente Fahd tiró el mosquete al suelo y se arrojó sobre el sobresaltado Zeyd, gritando al mismo tiempo para pedir socorro.

Asustados por el tiro y por los gritos, acudieron hombres de todas partes, y con ellos el mismo jeque, que se encontró a Zeyd fuertemente sujeto por Fahd.

— ¿Qué significa esto? — preguntó Ibn Jad.

— ¡Por Alá, Ibn Jad, quería matarte! — gritó Fahd. — Yo he caído sobre él a tiempo y cuando ha disparado me le he echado encima. De lo contrario te habría matado.

— ¡Mientes! — exclamó Zeyd. — ¡El tiro ha salido de detrás de mí! ¡Si alguien ha disparado contra Ibn Jad ha sido el mismo Fahd!

Ateja, con los ojos desorbitados, corrió al lado de su amante.



— ¡Tú no has sido, Zeyd! ¡Dime que no has sido tú!  
— ¡Como Alá es Dios y Mahoma su Profeta, yo no he sido! — juró Zeyd.

— ¡No habría creído semejante cosa de él! — dijo Ibn Jad.

Astutamente se abstuvo Fahd de hablar del mosque-te, pues su perspicacia le hacía conjeturar que aquel indicio sería mucho más poderoso si lo descubriera otro que no fuera él, y estaba seguro de que no dejarían de descubrirlo. Y no se equivocaba, porque lo encontró Tollog.

— Aquí está su arma — exclamó.

— Vamos a la luz a examinarla — dijo Ibn Jad. — Ella resolverá nuestras dudas más que cualquier lengua viviente.

Mientras la partida se encaminaba hacia el *beyt* del jeque, Zeyd experimentó el consuelo del indultado de la muerte, porque sabía que su mejor descargo sería el testimonio del mosque. No podía ser el suyo. El joven oprimió la mano de Ateja, que caminaba a su lado.

Bajo la luz de los faroles del *mukaad*, Ibn Jad examinó el arma, en tanto que, estirando el cuello, los demás se apretujaban en torno del jeque. Una sola mirada fué suficiente. Ibn Jad alzó la vista con semblante severo.

— Es de Zeyd — dijo.

Ateja abrió la boca y se apartó del joven.

— ¡Yo no he sido! ¡Esto es una añagaza! — exclamó el acusado.

— ¡Llévao slo — ordenó Ibn Jad, — y cuidad de atarlo bien!



Corrió Ateja a su padre y cayó ante él de rodillas.

— ¡No lo mates! — exclamó. — ¡No puede haber sido él! ¡Yo sé que él no ha sido!

— ¡Silencio, niña! — ordenó severamente el jeque. — ¡Ve a tu aposento y no salgas de allí!

Llevaronse a Zeyd a su propio *beyt*, donde lo dejaron bien atado, y en el *mukaad* del jeque los ancianos se reunieron en juicio, en tanto que tras las cortinas del departamento de las mujeres Ateja prestaba el oído.

— Entonces se le fusilará al alba.

Esta fué la sentencia contra su novio que oyó pronunciar Ateja.

Detrás de su *thorrib* grasiento, Fahd ocultó una sonrisa de perversidad. En su negra casa de pieles Zeyd luchaba con las ligaduras que lo sujetaban, pues aunque no había oído la sentencia estaba seguro de cuál había de ser su destino. En el departamento de harén del jeque Ibn Jad, la hija de éste yacía sin dormir y entregada al dolor. Tenía las largas pestañas humedecidas por el llanto, pero su pena era silenciosa. Con los ojos desmesuradamente abiertos esperaba, escuchando, y de pronto su paciencia se vió recompensada por el sonido de la respiración profunda y regular de Ibn Jad y de su esposa. Estaban dormidos.

Ateja rebulló. Silenciosamente levantó el borde inferior de la tela de la tienda bajo la cual yacía su camastro, y por debajo de él se escurrió rodando hasta el *mukaad*, que estaba a la sazón desierto.

Tentando en silencio, encontró el mosquete de Zeyd donde lo había dejado Ibn Jad. Llevaba también un lío

envuelto en un viejo *thorrib*, cuyo contenido había reunido a prima noche cuando Hirfa, ocupada en sus deberes caseros, estaba temporalmente ausente del departamento de las mujeres.

Ateja salió de la tienda de su padre, y apresuradamente, pero con cautela, recorrió la única calle irregular formada por las tiendas de los 'Aarab, hasta que llegó al *beyt* de Zeyd. Un momento se detuvo en su entrada, escuchando, y luego entró sin que sus pies calzados de sandalias hicieran el menor ruido.

Pero Zeyd, insomne y luchando con sus ligaduras, oyó su llegada.

— ¿Quién viene? — preguntó.

— ¡Pst! — previno la muchacha. — ¡Soy yo, Ateja! Y se deslizó hasta su lado.

— ¡Amada mía! — musitó el joven.

Diestramente cortó la joven las ligaduras que le sujetaban las muñecas y los tobillos.

— Te he traído provisiones y tu mosquete —le dijo.— Te doy esto y la libertad... Lo demás tienes que hacerlo tú. Tu yegua está trabada con los demás caballos. Lejos queda el *béled* el-Guad y lleno de peligros está el camino, pero Ateja rezará noche y día para que Alá te guíe a lugar seguro. ¡Corre, amado mío!

Estrechóla Zeyd fuertemente contra su corazón, le dió un beso y desapareció en la noche.

## CAPÍTULO IX

### Don Martino

El suelo del túnel por el cual conducía Pero a Blake formaba rampa hacia arriba, y frecuentemente estaba interrumpido por tramos de escalones que cada vez los llevaban a nivel más alto. A Blake el camino le pareció interminable. Ni siquiera el misterio acosador del largo túnel pudo llegar a vencer la monotonía de sus inalterables paredes, que en silencio aparecían un breve instante en el radio de luz de la antorcha y en el mismo silencio volvían a caer en el olvido detrás de ellos, para dejar su puesto a más trozos de pared invariablemente idénticos.

Pero como todas las cosas tienen su fin, también lo tuvo el túnel. Blake empezó a ver una pequeña mancha de lejana luz del día, y no tardó en salir a la claridad del sol, para hallarse ante un ancho valle, hermoso y sembrado de árboles. Se encontró en un amplio saliente o balcón, como a un centenar de pies sobre la base de la montaña en que se había abierto el túnel. A sus plantas tenía Blake un tajo vertical, y a su derecha el saliente terminaba de pronto a la distancia de un centenar de

pies o menos. Luego miró hacia la izquierda y sus ojos se desorbitaron de asombro.

Al otro lado del saliente se alzaba una recia muralla de mampostería, flanqueada a ambos lados por grandes torres redondas perforadas por largas y estrechas aspilleras. En el centro de la pared había un portalón muy alto que se cerraba con un fuerte y bien trabajado rastriillo, detrás del cual vió Blake a dos negros que montaban la guardia. Iban vestidos exactamente lo mismo que sus captores, pero llevaban grandes hachas de combate, cuyos extremos descansaban en el suelo.

— ¡Ah de la puerta! — gritó Pero. — Abrida la ronda de fuera e a un cativo.

Lentamente se levantó el rastriillo y Blake y su captor pasaron por debajo de él. Al otro lado del portón y a la izquierda había algo que era evidentemente un cuerpo de guardia, construído en la ladera de la colina. Ante él se hallaban como unos veinte soldados, todos uniformados como Pero, y todos con la cruz roja al pecho. A una gruesa baranda de madera estaban atados unos caballos de joyantes coberturas, que por su belleza recordaron a Blake las pinturas que había visto de caballeros montados de la Inglaterra medieval.

Había tanta irrealidad en aquellos negros extrañamente ataviados, en la fuerte barbacana que cerraba el camino, en los arneses de los caballos, que Blake no era ya capaz de sorprenderse cuando se abrió una de las puertas del cuerpo de guardia y salió por ella un arrogante sujeto vestido con una loriga de cota de malla,



sobre la cual llevaba una sobrevesta ligera de tela basta teñida de púrpura. Ajustado a la cabeza llevaba el joven un bacinete de piel de leopardo, de cuyo extremo inferior pendía un camal o barbeta de cota de malla que rodeaba por completo y defendía su cuello y su garganta. Iba armado solamente con una fuerte espada y una daga, pero contra el lado del cuerpo de guardia, cerca de la puerta donde se detuvo para mirar a Blake, se veía apoyada una larga lanza, y a su lado un escudo con una cruz roja como emblema.

— ¡Válame Dios! — exclamó el joven. — ¿Qué traedes aquí, mal calzado?

— Un cativo trayo, caballero hondrado, si Dios vos vala — replicó deferentemente Pero.

— Un sarraceno sin dubdanza — dijo el mancebo.

— Atal non parece, don Martino — replicó Pero; — cuedo que non es un sarraceno.

— ¿E por qué?

— Con los mis ojos visto lo he santiguarse delant la cruz.

— Traeldo acá.

Pinchó Pero a Blake en la espalda con su pica, para hacerlo avanzar, pero el norteamericano apenas reparó en la ofensa; tan ocupada estaba su mente con la luz de la verdad que súbitamente la había iluminado. Al instante había hallado la solución, y se echó a reír por dentro al pensar en su cerrazón de mollera. ¡Ahora ya lo comprendía todo! ¿Conque aquellos marrajos pensaban que se la iban a dar con queso, verdad? Y lo cier-

to era que habían estado a dos dedos de conseguirlo.

Avanzó vivamente hacia el joven y se detuvo, con sonrisa débilmente sarcástica. El otro lo contempló con altiva arrogancia.

— ¿Dón venides — le preguntó, — e qué feches en el Val del Sepulcro?

La sonrisa de Blake se desvaneció. ¡Buena estaba la broma, pero no hasta aquel punto!

— Vaya, basta de comedia, amigo — dijo lentamente. — ¿Dónde está el director?

— ¿Director? Afé que non sé qué me fablades.

— ¡Claro que no! — replicó Blake con fina ironía. — Pero le voy a decir, para que se entere, que no hay en el mundo ningún actor de cine que me tome la cabellera.

— ¡Vive Dios, malsín! Non sé qué dicen las vuestras razones, mas non he sabor del su son, que trasciende asaz a viltanza pora sonar dulcemente en las orejas de don Martino Montmorency.

— Vamos, no sea primo — le aconsejó Blake. — Si el director no está visible, envíe por su ayudante o por el fotógrafo; hasta el autor de los títulos tendrá más sentido común que el que usted encierra en la mollera.

— El vuestro primo non só. Só don Martino de Montmorency, noble caballero de Nimmr.

Blake movió la cabeza con desesperación; luego se volvió a los soldados que tenía en torno escuchando el diálogo. Se figuraba que algunos de ellos estarían riéndose de la farsa, pero no vió alrededor más que caras graves y solemnes.

— Vamos a ver — dijo dirigiéndose a Pero. — ¿Es que ninguno de ustedes sabe dónde anda el director?

— ¿Director? — repitió Pero moviendo la cabeza. — Non es en Nimmr nadi de atal nombre, nin en todo el Val del Sepulcro.

— Lo siento — dijo Blake. — La equivocación es mía. Pero si no hay director habrá por lo menos un guarda. ¿Puedo verle?

— ¡Ah! ¡Guarda! — exclamó Pero, cuyo rostro se iluminó súbitamente con expresión de inteligencia. — Don Martino es el guarda.

— ¡Rediez! — exclamó Blake volviéndose al joven. — Perdóneme, pero me figuraba que era usted uno de los huéspedes del manicomio.

— ¿Manicomio? Afé que fablades una lengua asaz extraña, maguer semeia la nuestra — replicó gravemente el joven. — Mas ese soldado habla verdad. Ca yo só hoy el Guarda de la Puerta.

Blake comenzaba a dudar de su cordura, o por lo menos de su buen juicio. Ni el joven blanco ni ninguno de los negros tenían un solo rasgo de las características faciales de los locos. Súbitamente levantó los ojos al Guarda de la Puerta.

— Perdón — dijo con una de sus sonrisas nobles y francas, que tenían fama entre sus conocidos. — Me he conducido como un grosero, pero es que llevo mucho tiempo bajo una tensión nerviosa formidable, y por remate me he perdido en la selva y he pasado muchos días sin comida suficiente ni adecuada.

»Pensaba que estaban ustedes tratando de representar una comedia conmigo, y... la verdad es que no estaba de humor para chanzas cuando aquí esperaba encontrar amistad y hospitalidad.

»Dígame, ¿dónde estoy? ¿Qué país es éste?

— Estadés cerca de la cibdad de Nimmr —replicó el joven.

— Entonces hoy será una festividad nacional o algo por el estilo —apuntó Blake.

— Non vos entiendo —replicó el guerrero.

— ¿Estarán ustedes de cabalgata o algo así, no?

— ¡Me vala Dios! Este barragán fabla una lengua extraña. ¿Cabalgata? ¿Qué queredes decir?

— Hombre, esa ropa...

— Pues ¿qué han estas ropas? Veramiente non son muy nuevas, mas cuedo que sean aún mejores que las vuestras. Ca las mías asaz son aguisadas al servicio de un caballero.

— ¿Pero se viste usted así todos los días? —preguntó Blake.

— Sí. Mas asaz de esto, ca non me plaz fablar más razones convusco. Prendeldo los dos, e vos, Pero, tornad a la ronda de fuera.

El joven dió media vuelta y entró en el edificio, en tanto que dos de los soldados se apoderaban de Blake, no con sobra de miramientos, y lo empujaban hacia adentro.

Hallóse el joven en una habitación alta de techo con muros de piedra tallada y vigas desbastadas a mano y en-



negrecidas por los años. En el suelo de piedra se alzaba una mesa, tras la cual, en un banco, se sentó el joven guerrero, en tanto que a Blake lo colocaban de cara a él con un guardián a cada lado.

— ¿Cuál es el vuestro nombre? — preguntó el joven.

— Blake.

— ¿Non ál que Blake?

— Santiago Hunter Blake.

— ¿Cuál título vos dan en la vuestra casa?

— No tengo título.

— ¡Ah! ¿Non sodes, pues, caballero?

— Por tal me tienen.

— ¿Cuál tierra es la vuestra?

— América.

— ¿América? Atal tierra non es, señor.

— ¿Cómo que no?

— Nunca alguandre oí atal nombre. ¿Qué faciades aprés del Val del Sepulcro? ¿Non sabíades que es vedado?

— Ya le he dicho que me extravié. Ignoraba dónde estaba. Lo único que deseo es llegar hasta mi *sajari* o hasta la costa.

— Ser non puede. Somos cercados de sarracenos. Ha setecientos e treinta e cinco años que fincamos cercados de las sus mesnadas. ¿Cómo hedes pasado los virtos enemigos? ¿Cómo hedes burlado las sus grandes fuerzas?

— No hay sarracenos que valgan.

— ¿Osades dar mentís a don Martino Montmorency, rafez? Fuérades de sangre noble, e me diérades razón

de esa fonta en buena lid. Cuedo que sodes un esculca mesturero enviado por el Soldán de los sarracenos. Más pro vos será me lo decir todo, ca si vos adugo delant el Príncipe, él vos fará fablar en guisa que non vos caya en placer. ¿Qué decídes?

Blake movió la cabeza.

— No tengo nada que declarar. Lléveme usted delante del Príncipe, o dondequiera que esté su jefe. Tal vez él me dará de comer.

— De comer vos será dado agora. Ca nadi debe decir que don Martino Montmorency echó de la su puerta a homne con fambre. ¡Eh! ¡Miguel! ¡Miguel! ¿Dó es ese malsín? ¡Miguel!

Se abrió lentamente la puerta de un aposento interior, y dió paso a un mancebo de ojos soñolientos que parecía empeñado en atornillarse un puño dentro de un ojo. Iba vestido con una chaquetilla corta y llevaba las piernas metidas en calzas verdes. En la gorra ostentaba una pluma larga y deshilachada.

— ¿Otra vez dormíades? — preguntó don Martino. — ¡Dios vos confonda! Traed del pan e comeres a este mesquino andante, e non lo dexedes pora cras.

Con los ojos muy abiertos y expresión estólida el mancebo se quedó mirando a Blake.

— ¿Ès un sarraceno, señor? — preguntó.

— ¿A vos qué incal? — rugió don Martino. — ¿Non dió conducho a las yentes Nuestro Señor don Jesucristo, sines catar que fossen cristianos nin moros? Apriesa, malsín, ca el caballero trae asaz de fambre.

Volvióse el mozo y salió del aposento, secándose la

nariz con la manga; y entonces don Martino dedicó de nuevo su atención a Blake.

— Non sodes mal parecido, barragán — dijo. — Grant duelo es que non seades de sangre noble, ca la vuestra guisa non es de villano.

— Nunca me he tenido por villano — dijo Blake haciendo una mueca.

— ¿El vuestro padre non fo al menos un señor caballero?

Blake estaba a la sazón pensando rápidamente. Hasta entonces no le era posible ni siquiera aventurar una conjetura que pudiera explicar el arcaico vestido de su huésped ni su lenguaje, pero estaba seguro de que el hombre, cuerdo o no, hablaba en serio; y si no era cuerdo parecía doblemente juicioso seguirle el tema.

— Sí por cierto — replicó. — Mi padre es Masón del grado treinta y dos y Caballero Templario.

— ¡Grado a Dios! ¡Ata pensé! — exclamó don Martino.

— Y yo también lo soy — agregó Blake cuando comprendió el feliz efecto que había producido su afirmación.

— ¡Atal pensé! ¡Atal pensé! — repitió don Martino. — La vuestra traza descubre la vuestra noble sangre. ¿Mas por qué queríades me engañar? ¿Sodes, pues, uno de los pobres caballeros de don Jesucristo e del Templo de Salomón que aguardades la vía de los romeros a Tierra Santa? Eso esclarece el vuestro mezquino aguismo e lo glorifica.

Blake se quedó confuso al oír estas palabras, porque el cuadro que suele sugerir la referencia a los Caballeros

Templarios es el de plumas que se agitan, suntuosas sobrevestas y relucientes espadas. No sabía Blake que en los días de su origen los Templarios iban vestidos con cualquier prenda de desecho que les diera la caridad ajena.

En aquel momento volvió Miguel con una fuente de madera que contenía carnero frío y varios pedazos de pan, y en la otra mano una jarra de vino. Lo dejó todo encima de la mesa delante de Blake, y de un aparador sacó dos vasos de metal en los que escanció parte del contenido de la botella.

Don Martino se levantó, y tomando uno de los vasos, lo alzó a la altura de su cabeza.

— ¡Saludes, don Yago! — exclamó. — ¡Seades bien venido a Nimmr e al Val del Sepulcro!

— Estimando y a la recíproca — replicó Blake.

— ¡Extraño decir! — observó don Martino. — Los usages de Inglaterra trocado se han de que visco Ricardo Corazón de León, cuando el mi noble antepasado se partió a la gran cruzada con el su rey.

» ¡Estimando e a la recíproca! » ¡Me vala Dios! Non quiero olvidar ese dicho. « ¡E a la recíproca! » Esperad a que un hondrado caballero beba a la mi salud... Dexarlo he sin fabla con esa razón.

» ¡Eh, Miguel! ¡Traed un escaño pora don Yago! E comed, señor caballero, ca grande parece la vuestra fambre.

— Pues aun es más de lo que parece — replicó Blake con toda su alma, al sentarse en el escaño que Miguel le acercaba. No había cuchillos ni tenedores en la mesa,



pero había buenos dedos, y Blake supo valerse de ellos con maña, en tanto que su huésped lo miraba sonriendo con satisfacción desde el otro lado de la tosca mesa.

— Sodes mejor que yoglar para facer gracias — exclamó don Martino. — ¡Ja, ja! Seredes un don del cielo en el castiello del príncipe.

Cuando Blake hubo satisfecho el hambre, don Martino ordenó a Miguel que preparara caballos.

— Cabalgaremos fasta el castiello, don Yago — explicó. — Ya non sodes el mío cativo, mas el mío amigo e huésped. A fonta siempre habré de vos haber recibido con tan poca gracia.

Montados, pues, en briosos corceles y seguidos a respetuosa distancia por Miguel, cabalgaron los dos bajando por el tortuoso sendero del monte. Don Martino llevaba a la sazón su escudo y su lanza, con una banderola que flameaba gallardamente al viento debajo de la moharra de la última; el sol se reflejaba en el metal de suloriga y una sonrisa iluminaba el apuesto semblante, mientras charlaba con su ex prisionero. A Blake le parecía un soberbio cuadro arrancado de las páginas de un libro de cuentos. Y no obstante, como desmintiendo su aspecto marcial, aquel hombre manifestaba una simplicidad pueril que desde el primer momento se ganó las simpatías de Blake, porque algo había en su persona que imposibilitaba concebirlo como autor de una acción deshonrosa.

Su pronta aceptación de lo que había afirmado Blake de sí mismo revelaba una credulidad que parecía incompatible con la alta inteligencia que demostraba su noble

rostro, y el norteamericano prefería atribuirle a una combinación de pureza y de integridad innatas que no podían imaginar la perfidia ajena.

Al rodear el saliente de una colina, Blake vió otra barbacana que cerraba el paso, y más allá de ella las torres y las almenas de un castillo antiguo. A una orden de don Martino los guardianes del rastrillo lo abrieron para darles paso, y los tres cabalaron por el patio de armas. Aquel espacio entre la muralla exterior y la interior parecía descuidado y abandonado. Dentro de él florecían algunos árboles añosos, y a la sombra de uno de ellos, cerca del rastrillo exterior, pasaban el tiempo varios hombres de armas, dos de los cuales se dedicaban a un juego parecido a las damas.

Al pie de la muralla interior había un ancho foso, cuyas aguas reflejaban las piedras grises de aquélla y las antiguas enredaderas que, creciendo en el paramento interior, lo coronaban formando una frondosa albardiella que en algunos puntos se desbordaba por la parte de fuera.

En el lado opuesto de la barbacana se veía la gran portalada de la muralla interior, donde un puente levadizo salvaba el foso y un pesado rastrillo cerraba el paso al gran patio del alcázar; pero a una palabra de don Martino se levantó la reja y ambos penetraron a caballo cruzando el puente.

A los asombrados ojos de Blake se apareció un castillo vasto de piedras toscamente cortadas; a diestro y

sinistro, dentro del gran patio, vió el joven que se extendían amplios jardines no mal cuidados, en los cuales estaba reunida una partida de hombres y mujeres que bien podían haberse escapado en aquel mismo instante de la corte del Rey Arturo.

Al ver a don Martinó y a su compañero, los individuos más próximos de la reunión contemplaron a Blake con interés y evidente sorpresa. Varios de ellos dirigieron saludos y preguntas a don Martino en el momento en que los dos hombres desmontaron y entregaron a Miguel sus cabalgaduras.

— ¡Hola, don Martino! — exclamó uno. — ¿Qué traedes? ¿Un sarraceno?

— No — replicó el interpelado. — Un vellido señor caballero que desea facer pleito e homenaje al príncipe. ¿Dónde está?

— Allí parece — dijeron señalando hacia el extremo más distante del patio, donde había reunido un grupo más numeroso.

— Venid, don Yago — dijo Martino; y lo condujo por el patio, seguidos ambos de cerca por los caballeros y las damas, que no cesaban de hacer preguntas y comentarios, con un desempacho que hizo sonrojarse a Blake. Porque las mujeres encomiaban sin rebozo sus facciones y su continente, en tanto que los hombres, movidos acaso por los celos, hacían observaciones poco halagüeñas sobre su manchado y roto traje, de un corte que para ellos era ridículo; y en realidad era grande el contraste entre sus suntuosas dalmáticas de vellorí o ciclatón, sus calzas ajustadas, sus gorros de colores, y la ca-



misa cruda de Blake, sus calzones de pana y sus botas de cordobán, todo ello manchado, desgarrado y raído.

Las mujeres iban vestidas con tanta riqueza como los hombres; llevaban ceñidos mantos de rica tela, y el pelo y los hombros cubiertos con lindas tocas de varios colores, y muchas de ellas preciosamente recamadas.

Ninguno de aquellos hombres, como tampoco los del grupo a que se acercaban, llevaba armadura, pero Blake había visto a un caballero armado de todas armas en la portalada exterior y otro en la interior, y juzgó que sólo cuando estaban cumpliendo deberes militares se ponían aquel atavío pesado e incómodo.

Cuando llegaron a la partida del extremo del patio, don Martino se abrió paso a codazos por entre los que la formaban, hasta el centro del grupo, donde se hallaba en pie un individuo alto y de gallarda apostura, charlando con los que tenía en torno. Cuando don Martino y Blake se detuvieron delante de él todos los circunstantes guardaron silencio.

— Príncipe e señor natural — dijo Martino saludando. — Afé trayo vos don Yago, valeroso Caballero Templario que con el ayuda de Dios pasado ha las huestes del enemigo fata las puertas de Nimmr.

El individuo alto miró a Blake escrutadoramente y sin dar muestras de mayor credulidad.

— ¿Decís que venides del Templo de Salomón en el Reino de Jerusalén? — preguntó.

— Don Martino debe de haber entendido mal mis palabras — repuso Blake.



— ¿Non sodes, pues, Caballero Templario?

— Sí, pero no de Jerusalén.

— Quizab sea de los complidos caballeros que aguardan la vía de Tierra Santa —sugirió una joven que se hallaba cerca del príncipe.

Blake lanzó una viva mirada a la que acababa de hablar, y cuando se encontraron los ojos de ambos, los de ella se bajaron al suelo, mas no sin que el joven hubiera visto que eran unos ojos bellísimos en un rostro ovalado y no menos bello.

— Antes será un esculca sarraceno enviado entre nos por el Soldán —refunfuñó un hombre moreno que se hallaba al lado de la doncella.

Esta última levantó los ojos al príncipe diciendo:

— Atal non semeia; digo, sarraceno, padre mío.

— ¿Qué sabedes vos de las semeias de un sarraceno, mi fija? —preguntó el príncipe. — ¿Habedes visto asaz de ellos?

Todos los de la partida rompieron a reír, y la joven puso hociquitos.

— En verdad visto he tantos como don Bermudo o vos mismo, príncipe e señor —contestó ella altivamente. — Díganos don Bermudo cómo es un sarraceno.

El joven moreno se ruborizó de cólera y dijo:

— Siquier, príncipe e señor, conozco a un caballero inglés cuando lo veo; e si lo es ese, essora es un sarraceno don Bermudo.

— Dexad esa razón—dijo el príncipe; y volviéndose a Blake añadió: — Si non sodes de Jerusalén, ¿de dó sodes?

— De Nueva York — replicó el norteamericano.

— ¡Ah! — cuchicheó don Bermudo a la doncella. — ¿Non vos decía yo?

— ¿Qué me decíades? ¿Que es de Nueva York? ¿Dó está eso? — preguntó ella.

— Será algún castiello de los descreídos — afirmó don Bermudo.

— ¿Nueva York? — repitió el príncipe. — ¿Está en Tierra Santa?

— Es una gran ciudad más allá del Océano — explicó Blake.

— ¿E venides a Nimmr pasando los virtos del enemigo? Decid, señor caballero: ¿han muchos homnes de armas? ¿Cómo son apareiadas las sus huestes? ¿Fállanse cerca del Val del Sepulcro? ¿Creedes que piensan cometer pronto a nos? Fabled aína, ca podedes nos facer gran servicio.

— He venido días y días por la selva sin ver a ningún bicho viviente — dijo Blake. — No hay enemigos que os rodeen.

— ¿Cómo? — exclamó el príncipe.

— ¿Qué decía yo? — preguntó Bermudo. — Es un esculca enemigo. Quiere facernos creer que somos salvos pora que las huestes del Soldán nos fallen sin empara, e conquisten a Nimmr e el Val.

— ¡Me vala Dios! Cuedo que fablades bien, don Bermudo — exclamó el príncipe. — ¿Conque non hay veramente enemigos? ¿Por qué pues moran aquí los caballeros de Nimmr siete siglos e medio, si non hay infieles que cerquen la nuestra fortaleza?

— Que me registren — dijo Blake.

— ¿Eh? ¿Qué fablades? — preguntó el príncipe con cierta severidad.

— Tien una fabla asaz extraña, príncipe e señor — explicó don Martino, — mas non lo prescio enemigo de Inglaterra. Yo lo sobrelevo si lo queredes prender al vuestro servicio, príncipe e señor natural.

— ¿Querríades ser al mi servicio, caballero? — preguntó el príncipe.

Blake miró a don Bermudo y se mostró dubitativo; pero luego sus ojos se dirigieron a los de la doncella.

— ¡Para luego es tarde! — exclamó.

---

## CAPÍTULO X

### El regreso de Ulala

Numa tenía hambre. Tres días y tres noches llevaba de caza, pero siempre la presa se le había escapado. Acaso Numa se iba volviendo viejo. Ya no eran tan certeros su olfato ni su vista, ni tan rápidas sus acometidas, ni tan oportuno el salto que hasta entonces había derribado a sus víctimas. Y eran tan ágiles las presas de Numa, que un segundo, un cabello, podían marcar la diferencia entre la tripa llena y el hambre canina.

Acaso Numa se iba volviendo viejo; sin embargo, era todavía una potente máquina destructora; y ahora los aguijones del hambre habían aumentado en gran manera su ferocidad natural, estimulando su astucia y envalentonándolo a correr más riesgos para llenar la andorga. Era un Numa nervioso, irascible y feroz el que se agazapaba junto al sendero. Sus orejas enhiestas, sus ojos fijos y centelleantes, sus narices temblorosas, el suave movimiento de la punta de la cola, denotaban que el león se daba cuenta de la presencia de otro ser cercano.

Viento abajo llegó al olfato de Numa el olor de hom-



bre. Cuatro días antes, con la tripa llena, Numa se habría escurrido indudablemente a la primera indicación de una presencia humana, pero aquel era otro día y otro Numa.

Zedy, que llevaba ya tres días en el camino de regreso desde el *menzil* del jeque Ibn Jad, pensaba en Ateja, del distante Guad, felicitándose de la buena fortuna que hasta entonces acompañaba a su fuga. Su yegua avanzaba lentamente por el sendero de la selva, sin que el jinete la apremiara, porque el camino era largo; y a poca distancia por delante un animal de presa esperaba en emboscada.

Mas no eran los de Numa los únicos oídos que oían, ni su olfato el único que percibía la llegada del hombre: otra fiera estaba agazapada allí cerca, sin que Numa lo supiese.

Por el exceso de ansiedad, y por temor a verse privado de su pitanza, Numa hizo un movimiento falso. Por el sendero llegaba la yegua, que tenía que pasar a una vara del león; pero Numa no podía esperar. Antes que la yegua estuviera al alcance de su salto, el león acometió, profiriendo un espantable rugido. Aterrada, retrocedió la yegua, y al hacerlo trató de dar media vuelta y emprender la fuga. Pero perdió el equilibrio y cayó al suelo, desmontando a Zeyd en la caída; mas un instante después se había levantado y huía por el sendero que traía, dejando a su amo solo en el camino del león en su acometida.

Horrorizado, el joven vió el rugiente rostro de Numa

y las abiertas fauces casi encima de él. Pero vió también otra cosa, algo igualmente aterrador: un gigante desnudo que saltaba desde una rama sobre la espalda del enorme felino. Vió que un brazo de bronce rodeaba el cuello de la fiera en el momento en que ésta caía al suelo por el peso y el choque del cuerpo del hombre. Vió un fuerte cuchillo que relampagueaba en el aire, clavándose en el cuerpo de Numa una vez y otra, mientras el frenético león se revolcaba en su vano esfuerzo de desasirse de lo que tenía a la espalda. Oyó los rugidos y gruñidos de *el adrea*, y mezclados con ellos rugidos y gruñidos que le helaban la sangre, porque sabía que procedían de los labios del hombre-fiera.

De pronto Numa quedó inerte, y el gigante se levantó y plantó un pie sobre su cadáver. Luego, alzando la cara al cielo, profirió un horripilante grito que dejó helada la médula en los huesos del beduino: un grito que pocos hombres han oído, el ronco grito de victoria del mono macho.

Entonces fué cuando Zeyd reconoció a su salvador, y se estremeció de nuevo al ver que era Tarzán de los Monos.

El Tarmangani se volvió y lo miró con ceño.

— ¿Eres del *menzil* de Ibn Jad? — dijo.

— Yo soy un infeliz — replicó Zeyd. — No hacía más que seguir a mi jefe adonde iba. No acuses a Zeyd, señor de la selva, si está en tu *béled*. Perdóname la vida, y ¡ojalá Alá te colme de bendiciones!

— No quiero hacerte daño, beduino — replicó Tarzán. — El mal que hayas hecho en mi tierra es culpa de Ibn Jad sólo. ¿Está cerca él?

— *Wellah*, no! Se halla a muchas jornadas de aquí.  
— ¿Dónde están tus compañeros? — preguntó el Tarmangani.

— No tengo ninguno.

— ¿Estás solo?

— *Billah*, sí!

Tarzán enarcó el ceño y dijo severamente:

— Piensa bien, beduino, antes de mentir a Tarzán.

— ¡Por Alá, la verdad te he dicho! Estoy solo.

— ¿Cómo es eso?

— Fahd maquinó contra mí, para que pareciese que yo había tratado de quitar la vida a Ibn Jad; lo cual, lo juro por Alá, es una mentira que clama al cielo. Me iban a fusilar; pero Ateja, la hija del jeque, me cortó las ligaduras por la noche y me escapé.

— ¿Cómo te llamas?

— Zeyd.

— ¿Dónde vas ahora? ¿A tu país?

— Sí, a béled el-Guad.

— Tú solo no podrás sobrevivir a los peligros del camino — le previno Tarzán de los Monos.

— Miedo me dan, pero la muerte era segura si no me hubiera librado de las iras de Ibn Jad.

Un momento permaneció Tarzán pensando y en silencio.

— Grande debe de ser el amor de Ateja, la hija del jeque, y grande su fe en ti — dijo.

— Sí, grande es nuestro amor, y ella sabe muy bien que no soy yo capaz de matar a su padre, a quien ama.

Tarzán asintió con la cabeza diciendo:

— Te creo y te ayudaré. No puedes seguir solo. Te acompañaré a la aldea más próxima, donde el jefe te proveerá de guerreros que te lleven a la siguiente, y así de aldea en aldea te escoltarán sano y salvo hasta el Sudán.

— ¡Ojalá vele Alá siempre sobre ti y te proteja! — exclamó Zeyd.

— Dime — preguntó Tarzán cuando los dos echaron a andar por el sendero de la selva en dirección a la aldea más próxima, que se hallaba a dos jornadas al sur, — dime qué hace Ibn Jad en esta tierra. No es verdad que haya venido sólo por marfil. ¿Me equivoco?

— No, jeque Tarzán — admitió Zeyd. — Ibn Jad ha venido por tesoros, pero no de marfil.

— ¿Pues cuáles?

— En el-Hábash está la ciudad del tesoro de Nimmr — explicó Zeyd. — Así lo supo Ibn Jad por un sabio *sáhar*. Tan grande es la riqueza de Nimmr que un millar de camellos no podrían transportar su décima parte. Se compone de oro y piedras preciosas y... una mujer.

— ¿Una mujer?

— Sí, una mujer de tan maravillosa belleza que en el norte ella sola reportaría un precio que haría a Ibn Jad más rico de lo que sueña. Debes de haber oído hablar seguramente de Nimmr.

— Alguna vez hablan de ella los Gallas — dijo Tarzán, — pero nunca he creído que tuviera más realidad que los otros sitios de sus leyendas. ¿De modo que Ibn Jad ha emprendido un viaje tan largo y tan peligroso sin más base que la palabra de un mago?



— ¿Qué podía ser mejor que la palabra de un *sáhar*?  
— preguntó Zeyd.

Tarzán de los Monos se encogió de hombros.

Mientras Tarzán se dirigía al sur con Zeyd, Ibn Jad proseguía hacia el norte en dirección a el-Hábash. Fahd trazaba planes con Tollog, y Stimbol maquinaba con Fahd, en tanto que Fejjuán, el esclavo Galla, esperaba pacientemente su liberación del cautiverio, y Ateja se entristecía pensando en Zeyd.

— De muchacho te criaste en este país, Fejjuán — dijo la joven un día al esclavo Galla. — Dime, ¿piensas que Zeyd podrá abrirse camino él solo hasta el-Guad?

— No — replicó el negro. — Seguramente estará muerto a estas horas.

La joven ahogó un sollozo.

— Fejjuán se lamenta contigo, Ateja — dijo el negro, — porque Zeyd era un hombre bueno. ¡Ojalá hubiera perdonado Alá a tu novio y se hubiera llevado al culpable!

— ¿Qué quieres decir? — exclamó Ateja. — ¿Sabes tú, Fejjuán, quién disparó el tiro contra Ibn Jad, mi padre? No fué Zeyd. Dime que no fué Zeyd. Pero ya me lo dicen tus palabras, aunque yo bien lo sabía antes. Zeyd no podía atentar contra la vida de mi padre.

— Y no atentó — replicó Fejjuán.

— Cuéntamelo todo — exclamó Ateja.

— ¿No le repetirás a nadie lo que yo te diga? — preguntó el negro. — Mal me iría si uno en quien estoy pensando supiera que he visto lo que vi.

— ¡Juro por Alá que no te haré traición, Fejjuán! — exclamó la doncella. — Dime, ¿qué viste?

— No vi al que disparó el tiro contra tu padre, Ateja — repuso el negro; — pero vi otra cosa antes que sonara el disparo.

— Sí, ¿qué fué?

— Vi a Fahd deslizarse en el *beyt* de Zeyd, y salir de él con el mosquete de tu amante. Eso es lo que vi.

— ¡Me lo figuraba! ¡Me lo figuraba! — gritó la joven.

— Pero Ibn Jad no lo creerá aunque tú se lo digas.

— Ya lo sé; mas ahora que estoy convencida, acaso encontraré medio de que la sangre de Fahd venga la sangre de Zeyd — exclamó amargamente Ateja.

Varios días estuvo Ibn Jad costeanado las montañas tras las cuales se figuraba situada la fabulosa ciudad de Nimmr, buscando una entrada que creía poder hallar sin recurrir a los indígenas.

El país estaba muy poco poblado, lo cual hacía fácil para el árabe el no ponerse en contacto demasiado íntimo con los indígenas, aunque era inconcebible que los Gallas estuvieran ignorantes de su presencia. No obstante, si los negros se hallaban dispuestos a dejarlo en paz, Ibn Jad no tenía intención de meterse con ellos, a no ser que viera la imposibilidad de dar feliz remate a su propósito sin su ayuda, pues en tal caso estaba igualmente pronto a acercarse a los negros con falsas promesas o con una crueldad implacable, lo que mejor pudiera cuadrar a sus propósitos.

A medida que pasaban los días, iba creciendo la im-

paciencia de Ibn Jad, pues por más que buscaba no podía descubrir ningún paso de las montañas ni ninguna entrada al fabuloso valle en que estaba la ciudad del tesoro.

—¡*Billah!* — exclamó un día. — Hay una ciudad de Nimmr, y una entrada de ella; ¡y por Alá que he de encontrarla! Llama a los Habush, Tollog. Con ellos o por medio de ellos encontraremos una pista por un camino u otro.

Cuando Tollog llevó a los esclavos Gallas a la tienda de Ibn Jad, el viejo jeque los interrogó detenidamente, pero no había nadie que tuviera conocimiento concreto del sendero que conducía a Nimmr.

— Entonces, ¡por Alá! — exclamó Ibn Jad, — nos lo dirán los Habush indígenas.

— Son guerreros poderosos, hermano — exclamó Tollog, — y estamos muy adentrados en su país. Si los encolerizamos y caen sobre nosotros, nos irá mal.

— Somos beduínos — replicó Ibn Jad altivamente, — y estamos armados con mosquetes. ¿Qué componen contra nosotros sus sencillos venablos y flechas?

— Pero ellos son muchos y nosotros pocos — insistió Tollog.

— No peharemos salvo que no haya otro remedio — dijo Ibn Jad. — Primero buscaremos, con proposiciones amistosas, ganarnos su confianza, y sonsacarles el secreto.

»Fejuán — exclamó volviéndose al enorme negro, — tú eres un Habashy. Te he oído decir que recuerdas los días de tu infancia en la choza de tu padre y que la existencia de Nimmr no era nueva para ti. Ve, pues, y busca a



tu gente. Hazte amigo de ellos. Diles que el gran jeque Ibn Jad viene a verlos en son de amigo, y que tiene presentes para sus jefes. Diles también que querría visitar la ciudad de Nimmr, y que si lo quieren guiar los recompensará bien.

— No espero más que tus órdenes — dijo Fejjuán, entusiasmado por la ocasión de hacer lo que soñaba hacía mucho tiempo. — ¿Cuándo he de partir?

— Prepárate esta noche, y parte mañana de madrugada — replicó el jeque.

Y así fué como Fejjuán, el esclavo Galla, partió a la mañana siguiente, con la aurora, del menzil de Ibn Jad, jeque del fendy-el-Guad, en busca de la aldea de su propia tribu.

Al mediodía había llegado a un trillado sendero que conducía al oeste, y lo siguió audazmente, figurándose que así desarmaría las sospechas mejor que tratando de llegar furtivamente a una aldea Galla. Sabía también muy bien que había poca probabilidad de que pudiera conseguir esto último en ningún caso. Fejjuán no era tonto. Recelaba que podía ser difícil convencer a los Gallas de que era de su misma sangre, pues tenía en contra suya no sólo sus ropas y armas árabes, sino el hecho de que, al cabo de tantos años, no recordaría bien el idioma de los Gallas.

Que era un valiente se evidenciaba porque, conociendo muy bien la condición recelosa y guerrera de su tribu y su odio innato a los árabes, aprovechaba aquella oportunidad de meterse entre ellos.



No sabía Fejjuán cuán cerca había llegado de una aldea, pues no percibió ruido ni olores que se lo dijeran; mas de pronto aparecieron en el sendero, por delante de él, tres atezados guerreros Gallas, y a su espalda otros, aunque el negro no se volvió.

Inmediatamente Fejjuán levantó las manos en señal de paz, sonriendo al propio tiempo.

— ¿Qué haces en el país de los Gallas? — preguntó uno de los guerreros.

— Estoy buscando la casa de mi padre — replicó Fejjuán.

— La casa de tu padre no está en el país de los Gallas — gruñó el guerrero. — Tú eres uno de los que vienen a robarnos a nuestros hijos e hijas.

— No — replicó Fejjuán, — yo soy un Galla.

— Si fueras Galla, hablarías mejor nuestro idioma. Te entendemos, pero no hablas como nosotros.

— Eso es porque me robaron de mi casa cuando era niño y desde entonces he vivido con los beduínos, hablando únicamente su lengua.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Los beduínos me llaman Fejjuán, pero mi nombre Galla era Ulala.

— ¿Piensas que dice la verdad? — preguntó uno de los negros a un compañero. — Cuando yo era niño, tuve un hermano llamado Ulala.

— ¿Dónde está? — preguntó el otro guerrero.

— No lo sabemos. Acaso lo devoró *simba* el león. Quizá se lo llevó la gente del desierto. ¿Quién sabe?

— Tal vez dice la verdad — replicó el segundo gue-

rrero. — Tal vez sea tu hermano. Pregúntale el nombre de su padre.

— ¿Cómo se llamaba tu padre? — preguntó el primer guerrero.

— Naliny — replicó Fejuán.

A esa respuesta los guerreros Gallas se mostraron excitadísimos y cuchichearon entre sí durante varios segundos. Cuando el primero se volvió de nuevo a Fejuán le preguntó:

— ¿Tenías un hermano?

— Sí — replicó Fejuán.

— ¿Cómo se llamaba?

— Tabo — replicó Fejuán sin vacilación alguna.

El guerrero que le había interrogado pegó un brinco en el aire lanzando un recio grito.

— ¡Es Ulala! — exclamó. — ¡Es mi hermano! Yo soy Tabo, Ulala. ¿No me recuerdas?

— ¡Tabo! — exclamó Ulala o Fejuán. — No, no te habría conocido, porque eras un chiquillo cuando me robaron, y ahora eres un gran guerrero. ¿Dónde están nuestro padre y nuestra madre? ¿Viven? ¿Están bien?

— Viven todavía y están buenos, Ulala — replicó Tabo. — Hoy están en la aldea del jefe, porque hay un consejo debido a la presencia en nuestro país de gente del desierto. ¿Has venido tú con ellos?

— Sí, soy esclavo de la gente del desierto — replicó Fejuán. — ¿Está lejos la aldea del jefe? Quisiera ver a mi padre y a mi madre, y quisiera además hablar con el jefe de la gente del desierto que ha venido al país de los Gallas.

— Ven, hermano — exclamó Tabo. — No estamos lejos de la aldea del jefe. ¡Ah, hermano mío! ¡Volverte a ver cuando todos estos años te hemos creído muerto! Grande será la alegría de nuestro padre y nuestra madre.

»Pero dime, ¿es que la gente del desierto te ha vuelto contra tu propio pueblo? Has vivido con ellos mucho tiempo, y acaso entre ellos has tomado esposa. ¿Estás seguro de que no los quieres más que a los que no has visto en tantos años?

— Yo no quiero a los beduínos — replicó Fejjuán, — ni he tomado esposa entre ellos. Siempre en mi corazón ha latido la esperanza de volver a las montañas de mi país, a la casa de mi padre. Yo quiero a mi pueblo, Tabo, y no volveré nunca a dejarlo.

— ¿Es que ha sido mala para ti la gente del desierto? ¿Te ha tratado con crueldad? — preguntó Tabo.

— No, por el contrario, me han tratado bien — replicó Fejjuán. — No los odio, pero no los quiero. No son de mi propia sangre. Soy un esclavo entre ellos.

Mientras se sostenía esta conversación, la partida avanzaba por el sendero en dirección a la aldea, en tanto que dos de los guerreros se adelantaban a llevar las alegres nuevas al padre y a la madre del tanto tiempo ausente Ulala; y así fué que cuando llegaron a la vista del poblado les salió al encuentro una gran muchedumbre de risueños y chillones Gallas, al frente de los cuales venían el padre y la madre de Fejjuán, con los ojos empañados por lágrimas de cariño y alegría, que se desbordaron a la vista de aquel hijo tanto tiempo perdido.



Terminados los saludos y efusiones afectivas, cuando todos los hombres, mujeres y niños presentes se cansaron de tocar al viajero que regresaba, Tabo condujo a Fejjuán al interior de la aldea y a la presencia del jefe.

Batando era hombre viejo y había sido jefe cuando fué robado Ulala. Se inclinaba al escepticismo, temiendo una añagaza de la gente del desierto, e hizo muchas preguntas a Fejjuán concernientes a cosas que podía conservar en la memoria desde los días de su infancia. Le preguntó por la casa de su padre y sus compañeros de juegos y otras cosas íntimas que un impostor no habría podido saber, y cuando terminó se levantó y abrazó a Fejjuán, frotando su mejilla contra la del hijo pródigo.

— ¡Eres verdaderamente Ulala! — exclamó. — ¡Bien venido seas otra vez a a la tierra de tu propio pueblo! Dime qué hace aquí la gente del desierto. ¿Han venido en busca de esclavos?

— La gente del desierto está siempre dispuesta a coger esclavos cuando se les presenta la ocasión, pero Ibn Jad no viene en primer término por esclavos, sino por un tesoro.

— ¡Ail! ¿Qué tesoro? — preguntó Batando.

— Ha oído hablar de la ciudad del tesoro de Nimmr — replicó Fejjuán, — y está buscando un camino para entrar en el valle en que se halla situada. Por esta razón me ha enviado en busca de Gallas que lo guíen a Nimmr. Hará regalos y promete grandes recompensas cuando se haya apoderado del tesoro.

— ¿Habla con verdad? — preguntó Batando.



— No se esconde la verdad detrás de las barbas de los habitantes del desierto — replicó Fejjuán.

— Y si no encuentra el tesoro de Nimmr acaso trate de encontrar tesoros y esclavos en el país Galla para recompensar los gastos del largo viaje que ha emprendido desde el desierto — dijo Batando.

— Batando habla con la gran sabiduría de los muchos años — replicó Fejjuán.

— ¿Qué sabe él de Nimmr? — preguntó el viejo jefe.

— Nada más que lo que le dijo un viejo hechicero de los 'Aarab — replicó Fejjuán. — Dijo a Ibn Jad que yacían amontonados grandes tesoros en la ciudad de Nimmr y que había en ella una mujer hermosa que reportaría un gran precio en el norte.

— ¿No le dijo nada más? — preguntó Batando. — ¿No le expuso las dificultades que ofrece el entrar en el Valle Prohibido?

— No.

— Entonces podremos guiarlo hasta la entrada del valle — dijo Batando, sonriendo astutamente.

## CAPÍTULO XI

### Don Yago

Mientras Tarzán y Zeyd se encaminaban hacia la aldea en que el Tarmangani se proponía reclutar una escolta para el árabe para el primer período del viaje de regreso a su morada del desierto, el beduino tuvo tiempo de meditar muchas cosas, y habiendo llegado a confiar en su salvaje guía y a respetarlo, acabó por abrir el pecho a Tarzán de los Monos.

— Gran jeque de la selva — le dijo un día, — por tus bondades has conquistado la lealtad eterna de Zeyd, que te ruega le concedas un favor más.

— ¿Cuál es? — preguntó el gigante blanco.

— Ateja, a quien amo, se halla en este país salvaje en constante peligro en tanto que Fahd esté cerca de ella. Yo no me atrevería a volver al *menzil* de Ibn Jad, aunque supiera dar con él; pero más tarde, cuando el ardor de la ira del jeque se haya enfriado, podré volver entre ellos y convencerlo de mi inocencia, para estar cerca de Ateja y protegerla contra Fahd.

— Entonces, ¿qué querías hacer? — preguntó Tarzán.

— Quisiera permanecer en la aldea a que me conduces hasta que Ibn Jad vuelva de regreso hacia el Guad. Es la única esperanza que tengo de volver a ver a Ateja en esta vida, porque yo no podría cruzar el Sudán solo y a pie, si tú me obligaras ahora a salir de tu país.

— Tienes razón — replicó el Tarmangani. — Permanecerás aquí seis meses. Si al cabo de ellos no ha regresado Ibn Jad, yo dejaré encargo de que te lleven a mi casa. Desde allí encontraré medio de que vuelvas a tu país sano y salvo.

— ¡Caigan sobre ti las bendiciones de Alá! — exclamó Zeyd.

Y cuando por fin llegaron a la aldea, Tarzán obtuvo del jefe de ésta la promesa de custodiar a Zeyd sin peligro hasta el regreso de Ibn Jad.

Una vez salido de la aldea, el gigante blanco se encaminó al norte, porque le preocupaba la noticia que le había dado Zeyd sobre la presencia de un prisionero europeo entre los árabes. Parecía inconcebible que Stimbol, a quien él había enviado hacia oriente, en dirección a la costa, se encontrara tan al norte y al oeste como decía Zeyd, de suerte que era más probable que se tratara del joven Blake, hacia el cual Tarzán de los Monos había concebido viva simpatía. Claro que el preso podía no ser ni Stimbol ni Blake, pero fuera quien fuese, Tarzán no podía soportar la idea de que un hombre blanco siguiera cautivo en poder de los beduínos.

Pero Tarzán no tenía prisa, porque Zeyd le había dicho que pensaban conservar al prisionero para conse-

guir su rescate. Primero echaría un vistazo al campamento de Blake y luego seguiría la pista de los árabes. Su avance, por tanto, era lento. En la segunda jornada se encontró a los monos de Toyat y estuvo dos días cazando con ellos, renovando su amistad con Gayat y Zutho, escuchando los chismorreos de la tribu y jugando a menudo con los *balus*.

Una vez que los dejó, anduvo vagando por la selva, y se detuvo medio día a fastidiar a Numa, que estaba sobre una nueva víctima, haciendo temblar la tierra con sus atronadores rugidos cuando el Tarmangani le molestaba.

Se había desprendido la delgada chapa de civilización de Lord Greystoke; éste volvía a lo primitivo, a la fiera de la selva, con tanta naturalidad, tan sencillamente como se cambia de traje. Era sólo en su amada naturaleza, rodeado por sus salvajes ciudadanos, donde Tarzán de los Monos era verdaderamente Tarzán, porque siempre en presencia de los hombres civilizados manifestaba cierta reserva y cortedad, resultado de los recelos innatos que los habitantes del mundo salvaje sienten siempre con respecto al hombre.

Cansado de arrojar frutos maduros a Numa, Tarzán se lanzó por las ramas medias del bosque y se fué a dormir muy lejos. Por la mañana, habiendo percibido el olor de Bara el ciervo, lo mató y comió de su carne. Perezoso, se volvió a dormir, hasta que lo despertó rotura de ramas y susurro de hierbas pisoteadas.

Olfateó el aire con la sensible nariz y escuchó con



oídos que sentían andar a una hormiga. Luego sonrió. Llegaba Tantor.

Durante medio día pereceó Tarzán sobre la enorme espalda del elefante, oyendo parlotear y reñir a Manu el mico entre los árboles. Luego siguió su camino.

Uno o dos días más tarde dió Tarzán con una gran bandada de micos, que aparecían muy excitados, y al verlo comenzaron a charlar sin tregua.

— ¡Salud, Manu! — exclamó el Tarmangani. — Yo soy Tarzán, Tarzán de los Monos. ¿Qué ocurre en la selva?

— ¡Gomanganis! ¡Gomanganis! — exclamó uno.

— ¡Gomanganis extraños! — añadió otro.

— ¡Gomanganis con palos de truenos! — chilló un tercero.

— ¿Dónde? — preguntó Tarzán.

— ¡Allí! ¡Allí! — exclamaron todos a coro, señalando hacia el nordeste.

— ¿A muchas dormidas lejos? — preguntó el gigante.

— ¡Cerca! ¡Cerca! — respondieron los micos.

— ¿Va un Tarmangani con ellos?

— No, sólo hay Gomanganis. Con sus palos de truenos matan al pequeño Manu y se lo comen. ¡Malos Gomanganis!

— Tarzán hablará con ellos — dijo el gigante.

— ¡Matarán a Tarzán con sus palos de truenos y se lo comerán! — profetizó un mico viejo de barbas grises.

El Tarmangani se echó a reír y se lanzó por los árboles en la dirección indicada por Manu. No había avanzado mucho cuando llegó débilmente a su olfato el olor de

negros, que fué siguiendo hasta oír voces en la lejanía.

Cautamente avanzó Tarzán por entre los árboles, tan silencioso como las sombras que lo acompañaban, hasta plantarse en una rama encima de un campamento de negros.

Inmediatamente conoció Tarzán a la *safari* del joven norteamericano Blake, y un segundo más tarde se dejó caer al suelo ante los asombrados ojos de los indígenas. Algunos de ellos quisieron echar a correr, pero otros reconocieron al gran *Bwana*.

— ¡Es el gran *Bwana*! — exclamaron. — ¡Es Tarzán de los Monos!

— ¿Dónde está vuestro jefe? — preguntó Tarzán.

Entonces se acercó un fornido negro y dijo:

— El jefe soy yo.

— ¿Dónde está vuestro amo?

— Se fué hace muchos días — contestó el indígena.

— ¿Adónde?

— No lo sabemos. Iba cazando con un solo *askari*. Hubo una gran tormenta y ninguno de los dos ha vuelto. Registramos la selva buscándolos, pero no pudimos encontrarlos. Esperamos en el campamento donde se nos debían reunir, y no llegaron. No sabíamos qué hacer. No podíamos abandonar al joven *Bwana*, que era bondadoso con nosotros, pero temíamos que hubiera muerto. No tenemos provisiones más que para otra luna. Por eso decidimos volver a casa y contar lo ocurrido a los amigos del joven *Bwana*.

— Bien hecho — dijo Tarzán. — ¿Habéis visto en la selva una cuadrilla de gente del desierto?

— No la hemos visto — replicó el jefe indígena, — pero, mientras estábamos buscando al joven *Bwana*, vimos que había acampado gente del desierto. Era un campamento reciente.

— ¿Dónde?

El negro señaló y dijo:

— Era en el camino del norte, hacia el país de Galla, en Abisinia, y cuando levantaron el campo hacia el norte se fueron.

— Podéis volver a vuestras aldeas — dijo Tarzán, — pero primero llevad las cosas del joven *Bwana* a sus amigos para que las guarden, y mandad un mensajero a casa de Tarzán con este recado: «Enviad un centenar de waziris a Tarzán al país del norte de los Gallas. Desde el agujero del agua de las peñas lisas y redondas, seguid el rastro de la gente del desierto».

— Sí, Gran *Bwana*, así se hará — dijo el negro.

— Repite mi recado.

El indígena hizo lo que se le mandaba.

— Bien — repuso Tarzán. — Me voy. No matéis a Manu, el mico, si podéis encontrar otra comida, porque Manu es amigo de Tarzán y debe serlo vuestro.

— Comprendido, Gran *Bwana*.

En el castillo del príncipe Gobredo, en la ciudad de Nimmr, Santiago Hunter Blake se instruía en los deberes de un caballero de Nimmr. Don Martino lo había tomado bajo su protección, haciéndose responsable de su enseñanza y de su conducta.

El príncipe Gobredo, que había comprendido al ins-



tante la completa ignorancia de Blake en achaques de caballería, se mostraba francamente escéptico, y don Bermudo era casi abiertamente contrario suyo; pero el leal don Martino era un caballero muy estimado, y se salió con la suya. Acaso la influencia de la princesa doña Guinalda no dejó de surtir efecto en su padre, porque entre los tesoros del príncipe de Nimmr figuraba en primer término su hija, y la curiosidad y el interés de ésta se habían despertado por la novelesca llegada de aquel apuesto caballero desconocido a la enterrada y olvidada ciudad de Nimmr.

Don Martino había vestido a Blake con su propio guardarropa hasta que un tejedor, un cortador de paño, una costurera y un armero cuidaran de hacerle indumento propio. Y no tardaron mucho en ello. Una semana después don Yago estaba vestido, armado y montado cual correspondía a un caballero de Nimmr, y cuando habló a don Martino de pagar todo el gasto se encontró con que el dinero era casi desconocido entre aquella gente. Había, según le dijo don Martino, unas cuantas monedas que sus antepasados llevaron allí setecientos treinta y seis años antes; pero el pago de todo se hacía en servicios.

Los caballeros servían al príncipe, que los mantenía. Ellos protegían a los trabajadores y artesanos y a cambio recibían lo que necesitaban de ellos. Los esclavos obtenían alimento y ropa del príncipe o de cualquier caballero a quien sirviesen. Las joyas y los metales preciosos pasaban a menudo de mano en mano a cambio de objetos o de servicios, pero cada transacción era asunto individual, porque no había patrones de valor.



Les importaba poco la riqueza. Los caballeros apreciaban demasiado su honor y su valentía, para las cuales no podía haber precio. El artesano hallaba su recompensa en la elevada perfección de su arte y en las distinciones que le valía.

El valle daba alimento en abundancia para todos; los esclavos cultivaban el suelo, los vasallos libres eran los artesanos, los hombres de armas, los ganaderos; los caballeros defendían a Nimmr contra sus enemigos, luchaban unos contra otros en torneos y daban caza a los animales silvestres que abundaban en el valle y en las montañas que lo rodeaban.

A medida que pasaban los días, Blake fué adquiriendo cierta perfección en las artes caballerescas bajo la sabia tutela de don Martino. Le resultaba difícilísimo el uso de la espada y el escudo, a pesar de haber manejado bien los floretes en sus días de colegio; porque los caballeros de Nimmr no sabían nada del uso defensivo de sus armas de dos filos, y rara vez usaban la punta para otro fin que no fuera el golpe de gracia. Para ellos la espada era casi exclusivamente un instrumento cortante, y el escudo o la adarga la única defensa; pero cuando Blake practicaba con él se le ocurrió que sus conocimientos de la esgrima podían ser aprovechados si surgía la necesidad, con objeto de que su torpeza con el escudo quedara compensada por el mejor manejo defensivo de la espada, y su ofensiva mejorada por el juicioso uso de la punta, contra la cual los caballeros de Nimmr no habían desarrollado una defensa adecuada.

La lanza le resultaba menos difícil, pues su valor de-

pendía en gran manera del arte de equitación del que la blandiera; y que Blake era un jinete magnífico se había evidenciado en la fama que había adquirido en el polo.

El «ballium» o patio exterior, que estaba situado entre las murallas interior y exterior del castillo y lo rodeaba completamente, se dedicaba, en el lado norte o del valle, a las prácticas y aprendizajes caballerescos. Allí era muy ancho, y contra la muralla interior había construída una tribuna de madera que se podía quitar fácilmente en caso de un ataque al castillo.

Allí había cada semana justas y torneos, en tanto que los grandes, que eran menos frecuentes, se celebraban en un campo fuera de la muralla del castillo.

Cada día iban muchos caballeros y damas a ver las prácticas y ejercicios del *ballium*, que se llenaba de vida, acción y color en las horas de la mañana. Bromas de buena índole volaban de un lado a otro; se hacían apuestas, y ¡guay del contendor que quedara desarzonado durante aquellos asaltos de práctica!, porque lo que temía un caballero, más todavía que la muerte, era el ridículo. Pues aunque en las justas formales que se celebraban cada semana, se observaba mayor decoro por el auditorio, en las prácticas de cada día las burlas llegaban a rayar en brutalidad.

Ante un público como aquel era donde Blake recibía su enseñanza, y como aquello era una novedad, la concurrencia era mayor que de costumbre; y como los amigos de don Bermudo y los de don Martino habían hecho del joven una especie de banderín, tanto los aplausos como las burlas eran ruidosos y exagerados.

El mismo príncipe acudía con frecuencia, y Guinalda siempre estaba allí. Pronto se vió que el príncipe Gobredo se inclinaba ligeramente al bando de don Bermudo, con el resultado natural de que el partido de éste adquiriera inmediatamente nuevos afiliados.

La enseñanza de los donceles que eran escuderos de los caballeros y que algún día serían admitidos en el círculo seductor de la caballería, ocupaba las primeras horas de la mañana. La seguían las justas de ejercicio entre los caballeros, durante las cuales don Martino y uno de sus amigos se encargaban de la enseñanza de Blake en el lugar más distante del *ballium*; y fué en estas lecciones donde se vió claro el magnífico arte de jinete del norteamericano. Hasta Gobredo se sentía inclinado a aplaudir.

— ¡Grado a Dios! — exclamó. — ¡Ese hombre es uno solo con el su caballo!

— Sola la suerte lo ha fecho escapar de caer — dijo Bermudo.

— Bien puede ser—convino Gobredo, — mas plazme asaz de lo ver en la siella.

— Non es mal barragán con la su lanza — admitió Bermudo, — mas ¡ira de Dios! ¿Vidiestes iamás tan torpe follón con el adágara? Meior sabrá emplear trinchante.

Esta salida provocó carcajadas generales, pero la princesa Guinalda no les hizo coro, lo cual notó prestamente Bermudo, cuyos ojos se fijaban a menudo en la doncella.

— ¿Pensades aún que ese malandrín es un fijodalgo, princesa doña Guinalda? — preguntó.



— ¿Dixe yo alguna razón? — preguntó a su vez ella.

— Sonrisar non vos vi — le recordó él.

— Es un caballero de alent parte del mar, et fállas muy luén de la su casa, e non parece cosa asaz caballescra nin aguisada facer de él juego — replicó la princesa. — Por ende non sonrisé nin ove buena sabor en ello.

Más avanzado el mismo día, cuando Blake se iba a reunir con los otros en el gran patio, dió de rondón en la partida de don Bermudo; y no se debió el caso a un accidente, pues el joven no hacía nunca esfuerzos por evitar al caballero ni a sus amigos, y no aparentaba darse cuenta de sus mal veladas pullas e insinuaciones. Bermudo atribuía esta actitud a la torpeza e ignorancia de un villano, como continuaba figurándose a Blake; pero había otros que más bien admiraban al norteamericano por su templanza, viendo en ella una afrenta meditada que Bermudo era harto mentecato para percibir.

Los más de los huéspedes del sombrío castillo de Nimmr se sentían inclinados favorablemente hacia el nuevo llegado. Este había llevado consigo una ráfaga de frescura y novedad que era más bien un consuelo en el ambiente añejo que flotaba sobre Nimmr desde hacía casi siete siglos y medio. Habíales llevado nuevas palabras, nuevas expresiones y opiniones nuevas, que muchos de ellos adoptaban con alegría, y si no hubiera sido por el irracional antagonismo del influyente don Bermudo, Blake habría sido aceptado por todos con los brazos abiertos.

Don Martino era harto más simpático que Bermudo,



pero carecía de la riqueza de éste en caballos, armas y secuaces, y por consiguiente gozaba de menos gracia con el príncipe Gobredo. No obstante, había muchos espíritus independientes que o bien seguían a don Martino porque lo tenían en estima, o bien llegaban a conclusiones propias en materia de prudencia, y los más de ellos eran fervientes amigos de Blake.

No todos los que rodeaban a Bermudo aquella tarde eran hostiles al norteamericano, pero la mayoría de ellos se reían al reír aquél y enarcaban el ceño cuando él lo enarcaba, porque en las cortes de reyes y príncipes florece la planta de la adulación como en ninguna parte.

Blake fué saludado por más de una sonrisa y cortesía cuando avanzó y se inclinó reverentemente ante la princesa Guinalda, que era de la partida, y, como de sangre real, tenía derecho a su primer *devoir*.

— Vellido cabalgábad es hoy de mañana, don Yago — dijo bondadosamente la princesa. — Plazme de voluntad de vos ver a caballo.

— Más habríades placer de lo ver servir una pierna de venado — dijo sarcásticamente don Bermudo.

Esto provocó tantas risas que el caballero se sintió envalentonado a buscar más aplausos.

— ¡Par la mi cabeza! — exclamó, — dalde un trinchante e una fuente e verlo hedes fazer buenos golpes.

— Ya que hablamos de servir — dijo Blake, — y puesto que el espíritu de don Bermudo parece pensar más en la comida que en cosas más caballerescas, ¿sabe alguno de ustedes qué es necesario para servir con rapidez un cerdo fresco?

— Non, buen caballero — dijo Guinalda. — Non sabemos atal. Ruégovos que nos lo digades.

— Sí, decildo — rugió Bermudo, — ca bien lo sabedes vos.

— Ha dado usted en el clavo, compadre. ¡Claro que lo sé!

— ¿E qué puede huebos ser pora que sirvades con rapidez un cerdo fresco? — preguntó don Bermudo mirando en torno y guiñando un ojo.

— Una fuente, un trinchante y usted, don Bermudo — replicó Blake.

Pasaron varios segundos antes que la estocada de Blake penetrara en el sencillo cerebro de aquellas gentes; fué la princesa Guinalda la que primero prorrumpió en alegres risas, y pronto estaban todos desternillándose, en tanto que algunos explicaban la gracia a otros.

Es decir, no, no se refan todos, pues faltaba don Bermudo. Cuando comprendió la significación del chiste de Blake, primero se puso muy encarnado, y luego blanco, porque al gran don Bermudo no le gustaba verse en ridículo, como suele ocurrir a los más aficionados a poner en ridículo a los demás.

— ¡Barragán! — exclamó. — ¿Osades aviltar a don Bermudo? ¡Confonda vos Dios, villano! Sola la vuestra sangre puede lavar atal deshonor.

— De acuerdo, amigo — replicó Blake. — Para luego es tarde.

— Non entiendo las vuestras necias razones — exclamó Bermudo; — mas si otro día mañana non vos

fallo en lid campal, segudar vos he por el Val del Sepulcro azotando vos con un fuste.

— Lo veremos — replicó Blake. — Mañana por la mañana en el *ballium* del sur, con...

— Podedes traer las armas que quisiéredes, barragán — dijo Bermudo.

— No me llame usted barragán, que no me gusta — repuso Blake con toda calma, pero ya sin sonreír. — Y quiero decirle una cosa, Bermudo, que es posible que le convenga. Es usted realmente el único hombre de Nimmr que no quiere tratarme bien y darme oportunidad, una oportunidad leal, de demostrar que soy persona decente.

»Se figura usted que es un gran caballero, pero no lo es. Le faltan inteligencia, corazón y caballerosidad. Usted no es lo que en mi tierra llamamos una buena persona. Tiene usted unos cuantos caballos y unos cuantos hombres de armas, y eso es todo lo que tiene, porque sin ellos no gozaría usted del favor del príncipe, y sin el favor del príncipe no tendría usted amigos.

»No es usted un hombre tan bueno ni tan grande por ningún estilo como don Martino, que reúne todas las cualidades de caballerosidad que durante siglos han glorificado la orden de caballería; ni es usted tan hombre como yo, que, con sus propias armas, le zurraré a usted mañana, cuando, en el patio del norte, nos encontremos a caballo con espada y escudo.

Los individuos de la partida, al ver la cólera de Bermudo, se habían apartado gradualmente de Blake, hasta que, al terminar éste su perorata, se encontró solo a pocos



pasos de distancia del caballero o de los que le rodeaban. Y entonces fué cuando una persona se apartó de los que estaban al lado de Bermudo y se acercó a Blake. Era la princesa Guinalda.

— Don Yago — dijo con dulce sonrisa, — hablado habedes asaz de corazón. — Y añadió prorrumpiendo en alegre risa: — Venid en mi compañía al jardín, señor caballero.

Y colgándose de su brazo lo condujo hacia el extremo sur del patio oriental.

— ¡Es usted maravillosa! — fué todo lo que se le ocurrió decir a Blake.

— ¿Lo asmades por verdad? — preguntó la princesa. — Nadi puede saber si los homnes fablan por vero a una princesa como yo. La verdad que ven las yentes, más se suele decir a los siervos que a los príncipes.

— Espero probarlo con mi conducta — dijo Blake muy en serio.

Se habían alejado ya a cierta distancia de los otros, y la doncella impulsivamente puso una mano en el brazo del joven.

— Traído vos he de esta parte, don Yago — le dijo, — pora poder hablar en poridad convusco.

— No me importa la razón, visto que lo ha hecho usted — dijo Blake sonriendo.

— Sodes un extraño en Nimmr, non conocedes los nuestros usajes nin sodes sabidor del ejercicio de la caballería; por ende muchos han dubdanza de que seades caballero. Mas sodes un caballero asaz arreciado o asaz simple, si osades lidiar con don Bermudo con espada e



adágara, ca él es complido en amas cosas e vos sodes torpe con ellas.

»Porque pienso que cras fallaredes la muerte, apart vos aduxe pora vos fablar.

— Y ya ¿qué remedio? — preguntó Blake.

— Bien ferides con la lanza —dijo ella, — e tiempo es aún de camear las armas. Vos ruego lo fagades.

— ¿Le intereso a usted? — preguntó Blake.

Los ojos de la doncella se fijaron en el suelo un instante, y luego se alzaron a los de Blake con una vislumbre de altivez en las pupilas.

— Só la fija del príncipe de Nimmr — dijo, — e m'incal del más mesquino de los vasallos del mi padre.

— Esto debe bastarte por ahora, don Yago —pensó Blake; pero no dijo nada a la princesa, sino que sonrió de nuevo.

Ella dió con el pie en el suelo y exclamó irritada:

— Non es mesurada la vuestra sonrisa, e non he sabor de ella. E sodes asaz osado con la fija de un príncipe.

— No he hecho más que preguntar si le interesaba a usted que me mataran. Eso lo puede preguntar hasta un gato.

— E yo vos respuse. ¿Por qué, pues, os habedes sonrisado?

— Porque sus ojos de usted me habían contestado antes que sus labios, y sabía que sus ojos habían dicho la verdad.

De nuevo dió con el pie en el suelo la princesa, y exclamó colérica:

— Sodes veramientre un villano malsín. Non esperaré aquí más fontas.

Con la cabeza muy erguida, dió media vuelta y se alejó altivamente para reunirse a la otra partida de gente.

Blake la siguió vivamente y cuchicheó:

— Mañana me bato con don Bermudo con espada y adarga. Con el favor de usted soy capaz de vencer a la mejor espada de Nimmr.

La princesa Guinalda no se dignó confesar que había oído estas palabras mientras seguía andando para reunirse con los demás, apiñados en torno de don Bermudo.

---

## CAPÍTULO XII

«¡Cras morredes!»

En la aldea de Batando el jefe hubo una gran fiesta la noche del regreso de Ulala. Mataron una cabra y muchas gallinas y hubo frutas y pan de cazabe y cerveza indígena en abundancia para todos. Hubo también música y baile. Con todo esto, era ya de día cuando fueron los negros en busca de sus camastros, de manera que había pasado ya el mediodía siguiente cuando Fejjuán tuvo oportunidad de hablar de asuntos serios con Batando.

Cuando finalmente le echó la vista encima, encontró al viejo jefe en cuclillas a la sombra delante de su choza, ligeramente atontado por la orgía de la noche anterior.

— He venido a hablar contigo, Batando — le dijo, — acerca de la gente del desierto.

Batando profirió un gruñido. Le dolía la cabeza.

— Ayer dijiste que los guiarías a la entrada del Valle Prohibido — prosiguió Fejjuán. — ¿Eso quiere decir que no los combatirás?

— No tendremos que combatirlos si los conducimos a la entrada del Valle Prohibido — replicó Batando.

— Hablas en enigmas — dijo Fejjuán.

— Escucha, Ulala — explicó el viejo jefe. — En tu infancia te robaron de nuestro pueblo y te sacaron de tu país. Siendo joven, muchas cosas ignorabas, y otras ya las has olvidado.

»No es difícil entrar en el Valle Prohibido, especialmente por el norte. Todo Galla sabe el modo de encontrar el paso del norte por las montañas, o el túnel más allá de la gran cruz que marca la entrada meridional. No hay más que esos dos caminos; todos los Gallas lo saben; pero todos los Gallas saben también que no hay modo de salir del Valle Prohibido.

— ¿Qué quieres decir, Batando? — preguntó Fejjuán. — Si hay dos maneras de entrar, tiene que haber dos maneras de salir.

— No, no hay camino de salida — insistió el jefe. — En lo que recuerdan la memoria de los hombres y las narraciones de nuestros padres y de los padres de nuestros padres, se sabe que muchos han entrado en el Valle Prohibido, pero nadie ha salido de él todavía.

— ¿Y por qué no han salido?

Batando meneó la cabeza y respondió:

— ¿Quién sabe? No podemos ni siquiera conjeturar cuál es su destino.

— ¿Qué clase de gente habita el valle? — preguntó Fejjuán.

— Ni siquiera eso sabemos. No lo ha visto nadie que haya vuelto a decírnoslo. Unos cuentan que son espíritus de los muertos, otros que el valle está habitado por leopardos; pero nadie lo sabe.



»Vé, pues, Ulala, y dile al jefe de la gente del desierto que los guiaremos a la entrada del valle. Si lo hacemos, no tendremos que combatir contra ellos, ni nos volverán a molestar nunca.

Y Batando soltó una risotada como comentario de su propia gracia.

— ¿Quieres enviar guías conmigo para conducir a los beduínos al valle? — preguntó Fejjuán.

— No — replicó el jefe. — Diles que iremos dentro de tres días. Entre tanto yo reuniré muchos guerreros de otros pueblos, porque no me fío de la gente del desierto. Así los conduciremos al través de nuestro país. Explícaselo así a su jefe, y dile que como pago nos tiene que soltar todos los esclavos Gallas que lleva consigo... pero antes de entrar en el valle.

— Eso no lo hará Ibn Jad — dijo Fejjuán.

— Acaso cuando se encuentre rodeado de guerreros Gallas, se mostrará dispuesto a hacer más todavía — replicó Batando.

Y de esta suerte Fejjuán, volvió con sus amos y dijo al jeque lo que Batando le había encargado.

Ibn Jad se negó al pronto a entregar a sus esclavos, pero cuando Fejjuán le hubo convencido de que en otras condiciones no le conduciría Batando a la entrada al valle, y de que su negativa a entregar a los esclavos provocaría la hostilidad de los Gallas, acabó por consentir; mas en el fondo del alma tenía la resolución de buscar un medio de no cumplir su palabra, antes de verse obligado a realizar su promesa.

Sólo un pesar tenía Fejjuán al traicionar a los beduínos, y era el que le ocasionaba su afecto a Ateja; pero, siendo fatalista, se consolaba con la convicción de que lo que había de ser sería, por más que él hiciera por evitarlo o procurarlo.

Y mientras Ibn Jad esperaba y Batando reunía a sus guerreros negros de cerca y de lejos, Tarzán de los Monos llegó al manantial de las peñadas rocas redondas y cogió el rastro de los beduínos.

Desde que sabía por el negro de Blake que el joven americano había desaparecido, y además que se ignoraba la suerte de Stimbol desde que éste se separó de Blake y partió hacia la costa, el Tarmangani estaba más convencido que nunca de que el prisionero blanco que estaba con los árabes era Blake.

Sin embargo, no le preocupaba mucho la seguridad del joven, porque si los beduínos tenían suficientes esperanzas de recompensa para perdonarle la vida, no corría gran peligro en sus manos. Razonando de esta suerte, Tarzán no hacía por apresurarse al seguir el rastro de Ibn Jad y su gente.

Dos hombres se hallaban sentados en toscos bancos a los dos lados de una tosca mesa. Entre ellos un candil de aceite con torcida de algodón ardía débilmente, iluminando apenas el pavimento de losas y arrojando extrañas sombras de los dos personajes a las ásperas paredes de piedra.

Por una estrecha ventana, desprovista de cristales, soplaba el aire de la noche, impulsando tan pronto a un

lado como a otro la llama del candil. Sobre la mesa, entre los dos hombres, había una tabla cuadrada dividida en casillas, y en algunas de ellas piezas de madera.

— Usted juega, Martino — dijo uno de los hombres.

— Parece que esta noche no está usted habilidoso en el juego. ¿Qué le pasa?

— Comidiendo estaba el día de cras, Yago, e a mí duele el corazón — replicó el otro.

— ¿Por qué? — interrogó Blake.

— Don Bermudo non es gran barragán con el espada — replicó don Martino, — pero... — y se detuvo titubeando.

— Pero yo soy muy malo, ¿no es eso? — dijo Blake riendo y terminando la frase en lugar de su amigo.

Don Martino levantó la vista sonriendo y dijo:

— Burlas faredes siempre, fasta delant la muerte. ¿Es como vos todo homne en esa tierra dalent parte?

— A usted le toca mover, Martino — dijo Blake.

— Non cubrades con la vuestra adágara el espada de don Bermudo, Yago —le previno don Martino. —Tened siempre los ojos clavados en los de elle, fasta que veades dó fiere, e estonces con el adágara preparada, podredes parar el golpe; ca Bermudo es torpe, e siempre los sus ojos catan ado quier ferir. Yo lo sé bien, ca mucho he lidiado con elle en el coso.

— Y no le ha matado a usted —le recordó Blake.

— Non facíamos ál que bofordar; mas cras será otra razón, ca Bermudo vos riebta de muerte, en lid campal, amigo, para lavar con sangre el tuerto que le tovistas.

— ¿Quiere matarme nada más que por eso? — preguntó Blake. — Debe de ser un granuja de siete suelas.

— Si non fose ál, sería pagado de la ferida primera; mas otra maior rencura ha de vos.

— ¿Otra? ¡Hombre! ¡Si apenas le he hablado media docena de veces! — dijo Blake.

— Es celoso de vos.

— ¿Celoso? ¿Por qué?

— Querría casar con la princesa, e ha visto cómo la catades vos — explicó Martino.

— ¡Qué idiotez! — exclamó Blake, pero se sonrojó.

— E non es él solo qui visto lo ha — insistió Ricardo.

— ¡Está usted chiflado! — estalló Blake.

— Muchos miran de homnes a la princesa, ca es de grand fermosura, mas...

— ¿Y los ha matado a todos? — preguntó el norteamericano.

— Non, por cuanto la princesa non los cataba a ellos de la misma guisa.

Blake se echó atrás y soltó una carcajada.

— Ahora sí que veo que está usted como un cacharro — exclamó, — y lo están todos. Confieso que la princesa me parece un guayabito delicioso, pero estoy convencido de que no me puede ver.

— Entiendo asaz de la vuestra extraña fabla pora comprender las vuestras razones, Yago, mas por vanidad las tengo. Los ojos de la princesa nunca se apartan de vos quando cabalgades en el campo, e los vuestros quando fincan en ella... ¿Vidiestes alguna vez a un can adorar al su dueño?



— Ande usted y que le devuelvan el dinero — advirtió Blake.

— Por eso sólo Bermudo vos tollería la vida; e por cuanto lo sé duele el mi corazón, ca vos pris en grand amor, don Yago.

Levantóse Blake y se acercó a él dando la vuelta a al mesa.

— Es usted un buen chico, Martino—le dijo poniéndole afectuosamente una mano en el hombro; — pero no se apure, que no estoy muerto todavía. Ya sé que soy torpe con la espada en la mano, pero en los dos días últimos he aprendido mucho de sus posibilidades, y sospecho que al don Bermudo ese le aguarda una sorpresa.

— El vuestro valor e esfuerzo sobeianos son, don Yago, mas abés pueden quebrantar toda la vida de empleo del espada, e esa es si Dios me salve la ventaja que sobre vos ha don Bermudo.

— ¿Favorece el príncipe Gobredo la pretensión de ese hombre? — preguntó Blake.

— ¿Por qué no? Don Bermudo es un rico homne, que ha un grand castiello e muchos caballos e mesnadas. De más doce caballeros, e más de cient vasallos.

— ¿Hay varios caballeros que tienen castillos y séquito propio? — preguntó el norteamericano.

— Fastá veínte — replicó Martino.

— ¿Y viven cerca del castillo de Gobredo?

— Cabe los montes, tres leguas del castiello de Gobredo por amas las partes — explicó don Martino.

— ¿Y no vive nadie más en este gran valle? — preguntó Blake.

— ¿Quiestes fablar de Bohún? —preguntó a su vez don Martino.

— Sí, a menudo. ¿Por qué?

— El se faz llamar rey, mas nos atal non lo apellidamos nunqua alguandre. Bohún e las sus escuelas viven alent el val. Son atantos como nosotros, e siempre somos en guerra con ellos.

— Lo que yo he oído hablar se refiere a un torneo para el cual se están adiestrando ahora los caballeros. Creía que Bohún y los suyos iban a tomar parte en él.

— E así es en vero. Una vez al año, compezando el primer domingo de Cuaresma e por tres días, ha desde tiempo inmemorial una tregua entre Fronteros e Zagueros, e mientra dura tiénese el Grand Torneamiento el un año en el llaño delant la cibdad de Nimmr e el otro en el llaño delant la Cibdad del Sepulcro, ca assí ellos la llaman.

— ¿Fronteros y Zagueros? ¿Qué cuerno significa eso? — preguntó Blake.

— ¿Caballero sodes de Nimmr e lo inorades? — exclamó Martino.

— Lo que yo sé de caballerías haría ruido en una cáscara de nuez — admitió Blake.

— Huebos es que sepades eso, e yo vos lo diré. Mas escuchadme bien, ca compezaré por el principio.

Escanció dos vasos de vino de una jarra que estaba a su lado en el suelo, bebió un gran sorbo y refirió al joven la historia que a continuación se extracta.

Ricardo I zarpó de Sicilia en la primavera de 1191,

con todo su gran séquito, en dirección a Acre, donde tenía que encontrarse con el rey de Francia, Felipe Augusto, para arrebatarse la Tierra Santa del poder de los sarracenos. Pero Ricardo se entretuvo en el camino para conquistar a Chipre y castigar al déspota villano que había afrontado a Berengaria, con quien el monarca inglés tenía que casarse.

Cuando el ejército se hizo otra vez a la vela para Acre, iban escondidas en el buque muchas doncellas chipriotas, de cuyos bellos semblantes se habían encaprichado los caballeros; y así ocurrió que dos de los buques, asaltados por una tormenta, se desviaron de su rumbo y naufragaron en la costa de Africa.

Una de las naves iba al mando de un caballero apellidado Bohún, y la otra al de un tal Gobredo; y aunque marchaban juntos, se mantenían separados siempre que no los atacara el enemigo.

Y así, buscando a Jerusalén, dieron en el escondido Valle, y los secuaces de Bohún declararon que era el Valle del Santo Sepulcro y que la cruzada había terminado. Se quitaron las cruces, que llevaban en el pecho como todos los cruzados que no habían llegado a su destino, y se las pusieron a la espalda, para dar a entender que la cruzada estaba terminada y que se volvían a sus hogares.

Gobredo insistió en que aquello no era el Valle del Santo Sepulcro y en que la cruzada no estaba realizada. El, por tanto, y todos los suyos, conservaron la cruz en el pecho y construyeron una ciudad y un fuerte castillo para defender la entrada del Valle, con objeto de que



Bohún y los suyos no pudieran volver a Inglaterra hasta después de cumplida su misión.

Bohún cruzó el Valle y construyó otra ciudad y otro castillo para impedir que Gobredo siguiera avanzando en la dirección en que sabía que estaba el verdadero sepulcro; y por espacio de casi siete siglos y medio los descendientes de Bohún impidieron a los descendientes de Gobredo que siguieran avanzando para rescatar la Tierra Santa del poder de los sarracenos, en tanto que los descendientes de Gobredo impedían a los de Bohún la vuelta a Inglaterra, donde habían de ser el deshonor de la caballería.

Gobredo tomó el título de príncipe y Bohún el de rey, y ambos se transmitían de padres a hijos desde hacía siglos; pero los vasallos de Gobredo conservaban la cruz al pecho y por ella se los llamaba Fronteros; y los de Bohún la llevaban a la espalda y recibían el nombre de Zagueros.

— ¿Y vosotros queréis seguir avanzando y libertar la Tierra Santa? — preguntó Blake a su amigo al terminar éste su relato.

— Sí — replicó don Martino, — e los Zagueros quieren se tornar a Ingalaterra; mas afarto sabemos la vanidad de los nuestros esfuerzos, ca somos cercados por un grand fonsado de sarracenos, e somos asaz pocos pora lidiar contra ellos. ¿Non vos parece que facemos cuerda miente de rastar aquí en esta cueta? — terminó.

— La verdad es que se quedarían con la boca abierta si entraran ustedes ahora en Jerusalén, o en Londres o en cualquier otra parte — admitió Blake. — Bien mi-



rado, Martino, yo en el pellejo de ustedes me quedaría aquí. Alcabo de setecientos treinta y seis años, la mayor parte de sus parientes los habrán olvidado en Inglaterra, y hasta los sarracenos podría ser que no supieran de qué se trataba si llegaran ustedes al ataque de Jerusalén.

— Quizab fablades cuerdamientre, Yago —dijo Martino, — e más, todos somos alegres aquí, ca non sabemos de otra tierra.

Ambos quedaron en silencio unos instantes, reflexionando. Blake fué el primero en hablar y dijo:

— Ese gran torneo me interesa. ¿Dice usted que empieze el primer domingo de Cuaresma? No está muy lejos.

— Non veramientre. ¿Por qué?

— Me preguntaba si le parecerá a usted que estoy en disposición de tomar parte en él. Cada día adelanto más con la lanza.

Don Martino lo miró tristemente y movió la cabeza.

— Cras morredes — dijo.

— ¡Hombre! ¡Sí que es usted un compañero para animarle a uno! — exclamó Blake.

— Sólo só un amigo bueno e leal — replicó Martino. — E me pesa de corazón que así sea, mas seguro es. Non podredes vencer cras a don Bermudo. Ploguiere a Dios que pudiese lidiar por vos contra él, mas non es aguisado. Conórtame solamientre que faredes buena lid e morredes como complido caballero, sines mancilla en el vuestro escudo. Mucho alegre será la princesa Guinalda de saber que habedes muerto por tal guisa.

— ¿Lo cree usted? — preguntó Blake.

— De alma e de corazón.

— Y si no muero... ¿se considerará timada?

— ¿Timada? ¿Qué val esa palabra? — preguntó Ricardo.

— Quiero decir que lo sentirá — corrigió Blake.

— Atanto non diría yo — admitió don Martino; — mas seguro es que ninguna doncella se alegraría de ver por tierra al que con ella debe casar; e si vos non morides, será por cuanto hayades matado a Bermudo.

— ¿Conque es su prometida? — preguntó Blake.

— Atales acordado, mas non se ficiéron aún los pregones de casamiento.

— Me voy al catre —dijo entonces Blake.— Si me han de matar mañana, no vendrá mal dormir un poco esta noche.

Cuando se tumbó sobre una áspera manta de lana tendida sobre una capa de juncos en el suelo de piedra, en un rincón del aposento, y se tapó con otra manta análoga, sintióse Blake con menos ganas de dormir que nunca. Claro es que le preocupaba bastante el conocimiento de que al día siguiente iba a lidiar con un caballero medieval en singular combate, pero Blake confiaba demasiado en sí mismo y era sobrado joven para creer que resultaría él el muerto. Sabía que esto era posible, mas no pensaba permitir que esta idea lo trastornara. En cambio, había otra que lo trastornaba de veras, y mucho, y que lo puso rabioso cuando se dió cuenta de cuánto le interesaba: era la idea del proyectado matri-

monio de don Bermudo, el del castillo occidental, con Guinalda, la princesa de Nimmr.

¿Era posible que hubiera sido tan asno —monologueaba,— para enamorarse de aquella princesita medieval que probablemente lo miraba como al polvo de sus zapatos? ¿Y qué iba a hacer con Bermudo? Si al día siguiente lograba dominar al bravucón... Bien, ¿y entonces? Si lo mataba, haría desdichada a Guinalda. Y si no lo mataba... ¿qué?

Don Yago no lo sabía.

## CAPÍTULO XIII

### En el «beyt» de Zeyd

Tres días esperó Ibn Jad en su *menzil*; pero como no llegó ningún Galla a guiarlo a la entrada del valle, como había prometido Batando, envió nuevamente a Fejjuán para apremiar al jefe, porque ya en la mente de Ibn Jad anidaba el temor a Tarzán de los Monos, y el pensamiento de que podía volver para hacer fracasar sus planes y castigarlo.

Sabía que estaba ya fuera del país de Tarzán, pero donde las fronteras eran tan vagas esto no podía darle la seguridad de librarse de represalias. Su única esperanza era que el Tarmangani estuviera esperando su regreso por sus propias tierras, lo cual Ibn Jad había resuelto firmemente no hacer. En vez de ello, proyectaba dirigirse al oeste, pasando al norte de los territorios del gigante blanco, hasta coger el sendero septentrional por el cual bajó desde el país del desierto.

En el *mukaad* del jeque se hallaba con él Tollog, su hermano, además de Fahd, Stimbol y algunos árabes. Estaban hablando de la demora de Batando en el envío



de guías, y temían una traición, porque sabían hacía tiempo que el viejo jefe estaba reuniendo un gran ejército de guerreros; y aunque Fejjuán les aseguraba que no lo emplearía contra los árabes si Ibn Jad no recurría a una traición, todavía sentía recelos de peligro.

Ateja, empleada en las ocupaciones del harén, no cantaba ni sonreía como tenía por costumbre, porque su corazón estaba afligido por su amante. Oía la conversación del *mukaad*, pero no le interesaba. Rara vez miraban sus ojos por cima de la cortina que separaba del *mukaad* la habitación de las mujeres, y cuando lo hacía, un destello de odio relucía en ellos al fijarse en la cara de Fahd.

Dió la casualidad de que estaba mirando cuando vió que los ojos de Fahd, dirigidos hacia el otro lado del *menzil*, se abrían desmesuradamente de asombro.

— ¡*Billah!* — exclamó. — ¡Ibn Jad, mira!

Como los demás, Ateja dirigió la vista hacia donde miraba Fahd, y como los demás profirió un grito ahogado de asombro, aunque los de los hombres terminaron en sendas blasfemias.

Por el *menzil*, en dirección a la tienda del jeque, avanzaba un gigante de bronce armado de venablo, flechas y cuchillo. De la espalda llevaba suspendido un escudo ovalado, y cruzada al pecho se veía una cuerda enrollada, hecha a mano con largas fibras.

— ¡Tarzán de los Monos! — exclamó Ibn Jad. — ¡Cai-ga sobre él la maldición de Alá!

— Debe de traer consigo a sus guerreros negros, y los habrá dejado escondidos en el bosque — cuchicheó

Tollog. — De otro modo no se atrevería a entrar en el *menzil* de los beduínos.

Ibn Jad se sintió descorazonado, y pensó con rapidez mientras el Tarmangani se detenía ante la entrada exterior del *mukaad*. Tarzán recorrió con la vista a los circunstantes, y finalmente su mirada se posó en Stimbol.

— ¿Dónde está Blake? — preguntó al norteamericano.

— Usted debe de saberlo — refunfuñó éste.

— ¿Lo ha visto usted desde que se separaron?

— No.

— ¿Está usted seguro? — insistió el gigante.

— ¡Claro que lo estoy!

Tarzán se volvió a Ibn Jad y le dijo:

— Me has engañado. No estás aquí para comerciar, sino para encontrar una ciudad y saquearla, para llevarte sus tesoros y robar a sus mujeres.

— ¡Eso es mentira! — exclamó Ibn Jad. — Quien te lo ha dicho ha mentado.

— Yo no lo creo — replicó Tarzán. — Me parecía un joven honrado.

— ¿Quién era él? — preguntó Ibn Jad.

— Se llama Zeyd. Me dijo todo eso y más, y yo lo creo.

Ateja oyó estas palabras y se sintió acometida de nuevo interés.

— ¿Qué más te dijo, nasrany?

— Que otro le robó su mosquete y trató de matarte, Ibn Jad, para luego echarle a él la culpa.

— Eso es falso, como todo lo que te ha contado.

Ibn Jad se quedó pensativo, contraídas las cejas en

ceño sombrío, pero no tardó en mirar a Tarzán con una sonrisa aviesa.

— Indudablemente el pobre joven pensaba que decía la verdad — explicó, — como pensaba que debía matar a su jeque y por la misma razón. Siempre ha tenido el cerebro débil, pero hasta ahora no lo había creído peligroso.

«Te ha engañado, Tarzán de los Monos, como puedo probarlo con toda mi gente lo mismo que con este nasrany a quien protejo, porque todos te dirán que estoy tratando de obedecerte y dejar tu país. ¿Para qué otra cosa iba a haber venido al norte, otra vez en dirección a mi propio *béled*?

— Si querías obedecerme, ¿para qué me tuviste prisionero y enviaste a tu hermano a que me matara en las sombras de la noche? — preguntó Tarzán.

— Otra vez juzgas mal a Ibn Jad — dijo tristemente el jeque. — Mi hermano fué a cortar tus ligaduras y dejarte libre, pero tú lo atacaste, y luego vino *el-fil* y se te llevó.

— ¿Y qué se proponía tu hermano cuando levantó el cuchillo y exclamó: «Muere, nasrany»? — preguntó el gigante. — ¿Dice eso un hombre que va a hacer un favor?

— Lo hice por chanza — musitó Tollog.

— Pues aquí estoy otra vez — dijo Tarzán, — pero no para chancearme. Mis waziris están al llegar, y entre todos te pondremos en el camino del desierto.

— Eso es lo que deseamos — replicó vivamente el jeque. — Pregunta a ese otro nasrany si no es verdad que estamos perdidos, y que nos alegraríamos de que nos guía-

ras por el buen camino. Nos hallamos aquí sitiados por guerreros Gallas, cuyo jefe los está reuniendo hace días, y tememos que nos ataquen de un momento a otro. ¿No es cierto, nasrany? — terminó dirigiéndose a Stimbol.

— Cierto es — confirmó éste.

— Es cierto que te dispones a salir de este país — dijo Tarzán, — y yo me quedo a cuidar de que lo hagas. Mañana partirás. Entre tanto prepárame un *beyt*, pero sin más traiciones.

— Nada tienes que temer — le aseguró Ibn Jad; y volviéndose al aposento de las mujeres llamó: — ¡Hirfa! ¡Ateja! Prepara el *beyt* de Zeyd para el jeque de la selva.

A un lado, pero no a gran distancia del *beyt* de Ibn Jad, las dos mujeres plantaron la negra tienda para Tarzán, y cuando el *am'dan* estuvo colocado y afirmado y el *tunb el-beyt* sujeto a las estacas que Ateja hincó en tierra, Hirfa volvió a sus quehaceres domésticos, dejando a su hija que pusiera las cortinas laterales.

En el instante en que Hirfa estuvo lejos del alcance del oído, Ateja corrió a Tarzán.

— ¡Oh, nasrany! — exclamó. — ¿Has visto a mi Zeyd? ¿Está ileso?

— Lo dejé en una aldea cuyo jefe cuidará de él hasta que tu gente regrese al país del desierto. Está seguro y bueno.

— Háblame de él, nasrany, pues mi corazón está ansioso de saber de mi amado — imploró la doncella. — ¿Cómo diste con él? ¿Dónde estaba?

— Su yegua había sido derribada por *el-adrea*, que



iba a devorar a tu novio. Yo pasé casualmente por allí y maté a *el-adrea*. Luego llevé a Zeyd a la aldea de un jefe amigo mío, porque sabía que no podría sobrevivir a los peligros de la selva si lo dejaba solo y a pie. Tenía pensamiento de enviarlo sano y salvo fuera del país, pero me rogó que le dejara permanecer en él hasta que tú volvieras. Yo se lo he permitido. Dentro de pocas semanas lo verás.

De las largas y negras pestañas de Ateja caían lágrimas de alegría, al coger la mano de Tarzán y besarla.

— ¡Mi vida es tuya, nasrany — exclamó, — pues me has devuelto a mi amado!

Aquella noche, cuando el esclavo Galla Fejjuán paseaba por el *menzil* de sus amos, vió a Ibn Jad y Tollog sentados en el *mukaad* del jeque y cuchicheando; y Fejjuán, conocedor de la infame condición de aquella preciosa pareja, se preguntó qué podrían estar planeando.

Detrás de la cortina del harén, Ateja yacía hecha un ovillo en su camastro, pero no dormía, sino que estaba escuchando la conversación que en cuchicheos sostenían su padre y su tío.

— Es menester quitarlo de en medio — insistió Ibn Jad.

— Pero están llegando sus waziris — objetó Tollog. — Si no lo encuentran aquí, ¿qué explicación daremos? No nos creerán, digamos lo que digamos. Nos acometerán, y he oído decir que son hombres terribles.

— ¡Por Alá! — exclamó Ibn Jad. — ¡Si se queda es-

tamos perdidos! Más vale correr algún riesgo que volver con las manos vacías a nuestro país después de todo lo que hemos pasado.

— Si crees que me voy a volver a encargar de eso, hermano, te equivocas — dijo Tollog. — Me ha bastado una vez.

— Tú no, pero hemos de encontrar un medio. ¿Hay alguno entre nosotros que desee más que los restantes desembarazarse del nasrany? — preguntó Ibn Jad, pero para sí mismo, como si estuviera pensando en voz alta.

— El otro nasrany — exclamó Tollog, — que lo odia. Ibn Jad dió una palmada, exclamando:

— ¡Tienes razón, hermano!

— Pero nos seguirán considerando responsables — recordó Tollog.

— ¿Qué importa si lo quitamos de en medio? No podemos estar peor que ahora. Supón que Batando venga mañana con los guías. Entonces el jeque de la selva sabría que lo hemos engañado y nos iría mal. No, es preciso que nos desembaracemos de él esta misma noche.

— Sí, pero ¿cómo? — preguntó Tollog.

— Espera. Tengo un plan. Escucha bien, hermano.

Ibn Jad se restregó las manos sonriendo, pero no habría sonreído tal vez si hubiera sabido que Ateja escuchaba, o hubiera visto la silenciosa figura acurrucada en la oscuridad al otro lado de la cortina exterior de su *beyt*.

— Habla, Ibn Jad — apremió Tollog. — Dime tu plan.

— Por todos es sabido que el nasrany Stimbol odia al jeque de la selva. En alta voz lo ha proclamado mu-

chas veces delante de todo el mundo, cuando había muchos congregados en mi *mukaad*.

— ¿Querías mandar a Stimbol a matar a Tarzán de los Monos?

— Has adivinado — admitió Ibn Jad.

— Pero ¿cómo nos eximirá eso de responsabilidad? Lo habrá matado por orden tuya en tu propio *menzil* — objetó Tollog.

— Espera. Yo no ordenaré a un nasrany que mate al otro; no haré más que indicarlo, y cuando esté hecho me sentiré lleno de rabia y horror porque el asesinato se haya cometido en mi *menzil*. Y para probar mi buena fe mandaré que el asesino sea condenado a muerte como castigo de su crimen. Así nos desembarazaremos de los dos perros infieles, y al propio tiempo podremos convencer a los waziris de que éramos amigos de su jeque, porque lo lloraremos con grandes lamentaciones... cuando lleguen ellos.

— ¡Bendito sea Alá que me ha dado tal hermano! — exclamó entusiasmado Tollog.

— Vé, pues, al instante en busca del nasrany Stimbol — ordenó Ibn Jad. — Envíamelo a él solo, y cuando yo haya hablado con él y se vaya al recadito, vuelve a mi *beyt*.

Ateja temblaba en su camastro, en tanto que la silenciosa figura agazapada fuera de la tienda del jeque se levantaba una vez que salió Tollog y desaparecía en la oscuridad de la noche.

Llamado apresuradamente desde la tienda de Fahd,

Stimbol, prevenido por Tollog para que procediera con cautela, avanzó en silencio entre las sombras hasta la tienda del jeque, donde encontró a Ibn Jad esperándolo.

— Siéntate, nasrany — invitó el beduino.

— ¿Qué diablos me quieres a estas horas de la noche? — preguntó Stimbol.

— He estado hablando con Tarzán de los Monos — dijo Ibn Jad, — y como tú eres mi amigo y él no lo es, he enviado por ti para decirte lo que contra ti proyecta. Se ha interpuesto en mi camino y me echa de su tierra, pero eso no es nada comparado con lo que para ti piensa.

— ¿Qué se le ocurre ahora? — preguntó Stimbol. — ¡Siempre se está metiendo en camisas de once varas!

— ¿Tú no eres su amigo? — preguntó Ibn Jad.

— ¿Cómo lo voy a ser? — contestó Stimbol, aplicando un epíteto infamante a Tarzán de los Monos.

— Pues menos lo serás cuando escuches lo que voy a decirte.

— Dímelo ya.

— Asegura que tú has asesinado a tu compañero Blake — exclamó el jeque, — y por eso se propone matarte mañana por la mañana.

— ¿Eh? ¿Qué? ¿Matarme? — exclamó Stimbol. — ¡Que lo intente! Pero ¿ese hombre se figura que es un emperador romano?

— No sé, pero hará lo que dice — insistió Ibn Jad. — Aquí es omnipotente. Nadie discute los actos del gran jeque de la selva. Mañana te matará.

— Pero tú no se lo consentirás, Ibn Jad. ¿Qué piensas? — preguntó Stimbol temblando ya de miedo.



El jeque levantó las manos al cielo.

— ¿Qué quieres que haga? — preguntó.

— Tú puedes... puedes... Debes de poder hacer algo — gimió el aterrado norteamericano.

— Nadie puede hacer nada... como no seas tú — cuchicheó el jeque.

— ¿Qué quieres decir?

— Que está dormido en aquel *beyt* y... que tú tienes un agudo *khusa*.

— Yo no he matado nunca a un hombre — gimió Stimbol.

— Tampoco te han matado a ti — le recordó el jeque; — pero esta noche tienes que matar, si no quieres que te maten a ti mañana.

— ¡Cielos! — exclamó Stimbol jadeando.

— Es tarde — dijo Ibn Jad, — y me voy a dormir. Te he prevenido... Ahora haz lo que quieras.

Y se levantó en señal de despedida.

Stimbol, tembloroso, salió tambaleándose a la oscuridad. Un momento titubeó, y luego se agachó y se escurrió en silencio por entre las sombras hacia el *beyt* que se había plantado para el Tarmangani.

Pero delante de él iba corriendo Ateja a prevenir al hombre que había salvado a su novio de las fauces de *el-adrea*. Estaba casi la doncella en el *beyt* que había ayudado a levantar para el gigante blanco, cuando una figura salió de otra tienda, y poniéndole una mano en la boca y un brazo en la cintura la sujetó con fuerza.

— ¿Adónde vas? — cuchicheó en su oído una voz en que reconoció al instante la de su tío; pero Tollog

no esperó respuesta, sino que contestó por ella: — ¡Vas a avisar al nasrany porque protegió a tu amante! ¡Vuélvete al *beyt* de tu padre! ¡Si se entera de esto te matará! ¡Vete!

Y le dió un empujón en dirección a la tienda del jeque.

Se veía una sonrisa repugnante en los labios de Tollog al pensar cuán fácilmente había chasqueado a la joven, y dió las gracias a Alá por haberle colocado en posición de cortarle el paso antes que los perdiera a todos; y mientras Tollog, el hermano del jeque, sonreía de esta suerte, una pesada mano salió de la oscuridad a su espalda y lo agarró por la garganta. El árabe se sintió arrastrado...

Temblando, bañado en sudor frío, apretando con los crispados dedos el puño de un agudo cuchillo, Wilbur Stimbol se deslizaba entre las sombras en dirección a la tienda de su víctima.

Stimbol era hombre enojadizo, matón y cobarde, pero no era criminal. Todas las fibras de su ser se rebelaban ante el acto que iba a cometer. No quería matar... pero era una rata acorralada, y pensaba que la muerte lo miraba ya a la cara, sin dejarle más que aquel medio de escaparse.

Cuando entró en el *beyt* del Tarmangani, hizo acopio de valor para realizar el acto que allí lo llevaba; y era en verdad un hombre muy peligroso, formidable, el que se deslizó hasta la figura postrada en la oscuridad, envuelta en un viejo albornoz.

## CAPÍTULO XIV

### Espada y adarga

Besaba el sol las torres del castillo del príncipe de Nimmr cuando un mozalbete salió de entre sus mantas, se restregó los ojos y se estiró con ganas. Luego alargó la mano y sacudió a otro jovenzuelo casi de su misma edad que dormía a su lado.

— ¡Despierta, Félez, despierta, mal calzado! — exclamó.

Félez se puso boca arriba y trató de decir «¿Eh?» pero se limitó a bostezar.

— ¡Despierta! — insistió Miguel. — ¿Olvidas que el tu señor va hoy la vía de ser muerto?

Félez se sentó en la cama, ya completamente despierto, y sus ojos centellearon.

— ¡Falsa es esa razón! — exclamó con acento de lealtad. — El será qui pase de un golpe el cuerpo de don Bermudo. Non es señor caballero de tan fuerte brazo como don Yago. Non sodes leal, Miguel, al amigo de don Martino, que es también buen amigo nuestro.

Miguel dió al otro unas palmadas en el hombro.

— Como en juego fablé, Félez — dijo. — Yo he la mi esperanza en don Yago; e maguer de esto... — se detuvo, — he miedo...

— ¿Qué miedo has? — preguntó Félez.

— Que don Yago non es asaz diestro en el espada y el adágara pora vencer a don Bermudo, ca maguer que sus fuerzas fueran de diez homnes, nulla cosa valerle han sin maña pora las emplear.

— Verlo hedes — sostuvo Félez enérgicamente.

— Veo que don Yago ha un leal escudero — dijo una voz detrás de ellos; y al volverse vieron ambos a don Martino que se hallaba en la puerta. — ¡Plegue a Dios que todos los sus amigos deseen hoy la su ventura con atal lealtanza!

— Anoch finqué dormido rezando al Criador que faga que el su espada false el yelmo de don Bermudo — dijo Félez.

— Eso me plaz. Liévate en pie e adoba la loriga del tu señor e las cuberturas del su caballo, por que entre en batalla como es aguisado un caboso señor caballero de Nimmr — ordenó don Martino; y los dejó a ambos.

Eran las once de aquella mañana de febrero. El sol brillaba sobre el gran *ballium* septentrional del castillo de Nimmr, reflejándose en las lucientes lorigas de los nobles caballeros y en las picas y hachas de guerra de los hombres de armas, y haciendo resaltar los vivos colores de los vestidos de las damas congregadas en la gran tribuna junto a la muralla interior.

Sobre un elevado trono, delante y en el centro de los



espectadores; se hallaban el príncipe Gobredo y su corte, y a cada lado de ellos, extendiéndose hasta los extremos de la tribuna, se sentaban en filas los nobles caballeros y damas de Nimmr; detrás de ellos se colocaban los hombres de armas fuera de servicio, luego los hombres libres, y en último término los siervos; pues bajo el benéfico gobierno de la casa de Gobredo, a estos últimos se les concedían muchos privilegios.

A cada extremo del palenque había una tienda, a la que daban vistosidad los pendones, banderas y emblemas de su dueño: verde y oro los de don Bermudo y azul y plata los de don Yago.

Ante cada una de ellas se hallaban dos hombres de armas, resplandecientes en su atavío nuevo, y el metal de las hachas reflejaba los rayos del sol; un palafrenero sujetaba un corcel inquieto y cubierto de bellos arreos, y los escuderos de los contendientes hacían los preparativos de última hora para el encuentro.

Un estatuario trompetero, apoyada en la cadera la boca del clarín, esperaba la señal para dar el toque que anunciaría la entrada de su señor en el palenque.

Pocas varas más atrás otro corcel tascaba el freno, acariciando con el hocico al paje que lo tenía del diestro, a la espera del caballero que acompañaría al campo a cada uno de los contendientes.

En la tienda azul y plata se hallaban sentados don Martino y Blake, el primero dando a su amigo instrucciones y consejos; y de los dos era el más nervioso. La loriga, camal y yelmo de Blake eran de gruesa cota de malla, el último forrado y cubierto todo él de piel de leo-

pardo, que ofrecía bastante protección a la cabeza contra un golpe corriente y de soslayo; al pecho llevaba cosida una gran cruz roja, y del hombro le pendían las cintas de una roseta azul y plata. Colgando del poste de la tienda, en una clavija de madera, estaban la espada y el escudo de Blake.

La gran tribuna se hallaba ya atestada. El príncipe Gobredo miró al sol y habló a un caballero que tenía al lado. Este último dió una breve orden a un trompetero plantado cerca del príncipe, y en seguida las notas claras y fuertes de un clarín resonaron en el *ballium*. Inmediatamente en las tiendas de los dos lados del palenque hubo un estremecimiento de actividad, mientras en la gran tribuna parecía surgir nueva vida al estirarse los cuellos de todos primero hacia la tienda de don Bermudo y después hacia la de don Yago.

Félez, sonrojado de excitación, corrió a la tienda, y tomando la espada de Blake, le ciñó el cinturón y le sujetó el arma al lado izquierdo; luego, llevando la adarga, siguió a su amo fuera de la tienda.

Cuando Blake se preparaba a montar, Félez le tuvo el estribo en tanto que el palafrenero trataba de aquietar al nervioso corcel. El mancebo oprimió la pierna de Blake una vez que éste estuvo en la silla (lo cual no fué chica empresa, embarazado como estaba por la pesada cota de malla), y le miró al rostro.

— He rogado por vos, don Yago — dijo. — Sé que venceredes.

Blake vió lágrimas en los ojos del doncel y reparó en una nota lacrimosa de su voz.

— Eres un buen chico, Félez — le dijo. — Te prometo que no tendrás que avergonzarte de mí.

— ¿E cómo podría ser eso, don Yago? Aun muriendo seredes una vellida figura de caballero. Alguandre non vi otra como la vuestra — le aseguró Félez en el momento de alargarle la redonda adarga.

Don Martino había montado ya a la sazón, y a una señal suya de que todos estaban dispuestos, sonó el toque del clarín de don Bermudo en su tienda, y el noble contendiente avanzó en su corcel, seguido de un solo caballero.

El trompetero de Blake anunció la entrada en liza de su amo, y el norteamericano avanzó muy cerca del frente de los espectadores, seguido de don Martino. Hubo un murmullo de aplausos para cada contendiente, que aumentó cuando ambos avanzaron y se encontraron frente a la tribuna del príncipe Gobredo.

Allí los cuatro caballeros tiraron de las riendas y se pusieron delante del príncipe, llevándose todos el pomo de la espada a los labios y besándolo a modo de saludo. Cuando Gobredo les previno que lucharan honorablemente, como verdaderos caballeros, y les recordó las reglas a que se ajustaba el encuentro, los ojos de Blake se fijaron en el semblante de Guinalda.

La princesita se mantenía muy tiesa en su asiento, mirando fijamente hacia adelante, con la cara muy pálida.

¡Qué hermosa estaba! pensó Blake; y aunque ni una sola vez pareció que la doncella miraba hacia él, no se sintió descorazonado por ello, porque tampoco miró hacia don Bermudo.



De nuevo sonó el clarín, y los cuatro caballeros se dirigieron despacio hacia los opuestos extremos del palenque, donde sus padrinos esperaron a que se diera la señal definitiva del combate. Blake desprendió el brazo de la empuñadura de cuero de la adarga y la tiró al suelo.

Félez lo miró con el rostro lívido.

— ¡Par Dios, señor caballero! — exclamó. — ¿Qué os aviene? ¿Desmayades? ¿Habedes dexado caer la vuestra adágara?

Y la cogió del suelo y la levantó presentándosela a Blake, aunque sabía muy bien que sus ojos no le habían engañado, y que su señor había tirado al suelo su única defensa.

Esto para el aterrado Félez no tenía más que una explicación, pero su lealtad no le permitía admitirla un solo instante: la de que Blake se disponía a desmontar y a negarse a combatir con don Bermudo, dando a este último la victoria por abandono y granjeándose el desprecio y el ridículo de Nimmr entera.

Corrió a don Martino, que no había visto la acción de Blake.

— ¡Don Martino, don Martino! — exclamó en bronco cuchicheo. — Grand mal priso aosadas a don Yago.

— ¿Cómo? — exclamó don Martino. — ¿Qué hablad, doncel?

— Ha echado el su adágara en tierra — exclamó el joven. — Doliente será, ca si non, non dexaría el campo.

Martino picó espuelas al lado de Blake.

— ¿Prísovos locura, amigo? — le preguntó. — Non



podedes agora dexar la lid, si non queredes la deshondra de los vuestros amigos.

— ¿Qué mosca le ha picado? — preguntó Blake. — ¿Quién ha dicho que me rajo?

— La vuestra adágara... — exclamó don Martino.

El clarín del príncipe sonó perentoriamente, y don Bermudo picó espuelas mientras tocaba el trompetero suyo.

— ¡Suelta el toque! — exclamó Blake dirigiéndose a su trompetero.

— Mas la vuestra adágara... — chilló don Martino.

— ¡Anda y que la parta un rayo! ¡A mí no me estorba más! — gritó Blake picando espuelas para encontrarse con el fornido Bermudo. Martino lo siguió de cerca, y el segundo de Bermudo hizo lo mismo con éste.

Veíase una sonrisa de confianza en los labios del provocador, que miraba a menudo a los caballeros y damas espectadores. Pero Blake cabalgaba con los ojos siempre fijos en su antagonista.

Ambos corceles se habían lanzado inmediatamente al galope, y cuando se acercaron don Bermudo picó espuelas, y Blake vió que su propósito era indudablemente desarzonarlo al primer choque, o por lo menos hacerle perder el equilibrio de tal suerte que le fuera fácil asestarle un buen golpe sin darle tiempo a reponerse.

Bermudo cabalgaba con la espada medio levantada al lado derecho, en tanto que la de Blake estaba en guardia, posición desconocida por los caballeros de Nimmr, que sólo paraban los golpes con los escudos.

Los jinetes se acercaron dándose la izquierda, y cuando estaban a punto de encontrarse, don Bermudo se levantó sobre los estribos, bajó la mano de la espada para ganar impulso, describió un círculo con la hoja y lanzó un terrible tajo a la cabeza de Blake.

En aquel instante fué cuando algunos de la gran tribuna se dieron cuenta de que Blake no llevaba adarga.

— ¡El adágara! ¡Don Yago non trae adágara! ¡Ha perdido la su adágara! — gritaron en todas partes de la tribuna; y muy cerca, allí donde antes los dos caballeros se habían reunido delante de Gobredo, Blake oyó el grito de una mujer; pero no pudo mirar para ver si era Guinalda.

Al encontrarse, el joven norteamericano retuvo su caballo súbitamente delante del de Bermudo, de manera que los brazuelos de ambos corceles se encontraron, y al propio tiempo echó todo su peso en la misma dirección, de forma que don Bermudo, que se hallaba en pie sobre los estribos para dar el golpe y tenía la adarga preparada para la defensa, no pudo hacer nada en cuanto a la maniobra de su caballo.

Bermudo, perdido el equilibrio, perdió la fuerza y cambió la dirección del tajo, que, con gran sorpresa del caballero, cayó sobre el acero de Blake, en el cual resbaló, y se vió desviado de su blanco.

Instantáneamente, con el caballo bien sujeto porque tenía el brazo izquierdo libre y sin el estorbo de la adarga, Blake tiró de las riendas, y al propio tiempo lanzó una estocada hacia la izquierda, falseando con la punta la malla en el hombro izquierdo de don Bermudo e

hiriéndole en la carne antes que el caballo lo pusiera fuera de su alcance.

Un fuerte grito de aprobación surgió de las tribunas, porque la cosa se había hecho con toda limpieza, y en aquel momento el segundo de don Bermudo picó espuelas hasta delante del príncipe y formuló una protesta.

— ¡Don Yago non ha la su adágara! — exclamó. — ¡Non es lid leal!

— Mejor es pora el vuestro señor que pora don Yago — dijo Gobredo.

— Non queremos que eso eñada en nuestro pro — contestó el segundo de don Bermudo.

— ¿Qué asmades vos? — preguntó Gobredo a don Martino, que prontamente había cabalgado también delante del príncipe. — ¿Por qué non ha la su adágara don Yago? ¿Cuntióle cosa alguna antes de entrar en lid?

— Non. El la ha dexado en tierra — replicó Martino, — diciendo que más non le embargaría; mas si don Bermudo cueda que por eso non son bien egualados, de grado queremos que don Bermudo eche también en tierra la su adágara.

Gobredo sonrió y dijo:

— Razón es eso.

Los dos contendientes, preocupados con su encuentro y no con la discusión de sus padrinos, se habían acometido de nuevo. Brotaba sangre del hombro de Bermudo y le corría por la espalda, manchando las gualdrapas de su corcel.

En la tribuna reinaba un tumulto, porque muchos



estaban aún chillando por la adarga, y otros daban berridos de júbilo al ver la limpieza con que don Yago había sacado la primera sangre. Se hacían apuestas a porfía, y aunque don Bermudo era aún el favorito en ellas, el «momio» contra Blake no era tan grande; hay que advertir que, si bien los hombres no tenían dinero que apostar, contaban con joyas, armas y caballos. Un entusiasta partidario de don Bermudo apostó tres corceles contra uno a que su campeón saldría victorioso, y apenas habían brotado las palabras de sus labios cuando hubo una docena de voces que aceptaron la apuesta; siendo así que antes de abrirse la contienda las ofertas de diez contra uno no habían hallado quien las tomara.

Había desaparecido la sonrisa de los labios de don Bermudo, que no miraba ya a los espectadores. Se leía la rabia en sus ojos cuando picó espuelas contra Blake, convencido de que éste se había aprovechado de una dichosa circunstancia.

Sin la molestia de la adarga, Blake sacaba gran partido de la agilidad del nervioso corcel que montaba, y que venía cabalgando desde su llegada a Nimmr, de manera que el hombre y el bruto estaban ya muy acostumbrados uno a otro.

De nuevo vió don Bermudo que su hoja resbalaba inofensivamente sobre la espada de su antagonista, y en seguida, con gran sorpresa del caballero, la punta del acero de don Yago pasó rápidamente por debajo de su adarga y entró en su costado. No fué una herida profunda, pero sí dolorosa, y le volvió a hacer saltar sangre.

Colérico don Bermudo golpeó de nuevo, pero Blake



había parado su corcel vivamente haciéndolo retroceder, y antes que su rival pudiera hacerse con las riendas, Blake le asestó un tajo con gran fuerza encima del casco.

Medio atontado y en el colmo del furor, Bermudo dió media vuelta y cargó con saña, resuelto a derribar a su adversario. Chocaron con estrépito delante del príncipe Gobredo; hubo un rápido juego de espadas que no pudieron seguir los ojos de los espectadores, y de pronto, con asombro de todos y principalmente de don Bermudo, la espada de este noble caballero salió volando de su mano y cayó al suelo, dejándolo enteramente a merced de su enemigo.

Bermudo refrenó el caballo y permaneció erguido, esperando. Sabía muy bien, lo mismo que su contrario, que, según las reglas del encuentro, Blake tenía derecho a traspasarlo de una estocada, a no ser que Bermudo pidiera merced; y nadie, y menos que nadie Blake, esperaba semejante cosa de un caballero tan altanero y orgulloso.

Altivamente permaneció Bermudo en su corcel esperando que Blake avanzara y lo matase. Se había impuesto un silencio absoluto en las tribunas, de suerte que se sintió claramente cómo tascaba el freno el caballo de don Bermudo. Blake se volvió al padrino de éste.

— Llame a un escudero, señor — le dijo, — para que devuelva a don Bermudo su espada.

De nuevo las tribunas prorrumpieron en aplausos, pero Blake les volvió la espalda y se acercó a don Martino, a esperar que su adversario estuviera otra vez armado.

— Oiga, amigo — le dijo, — ¿a cuánto me paga usted ahora las adargas?

Martino rompió a reír y replicó:

— Asaz de ventura fô la vuestra; mas cuedo que otro mejor con el espada vos habría pasado de parte a parte.

— Bermudo lo habría hecho si me embarco con esa tapa de ataúd — le aseguró Blake, aunque es dudoso que Martino entendiera sus palabras, como le ocurría con frecuencia.

Pero ya don Bermudo estaba otra vez armado y corría hacia Blake. Detuvo su corcel delante del norteamericano y le saludó profundamente:

— Homíllome a un caballero noble e hondrado — dijo graciosamente.

Blake saludó también al contestar:

— ¿Está usted listo, señor?

Bermudo contestó afirmativamente con la cabeza.

— ¡En guardia, pues! — gritó Blake.

Un momento los dos maniobraron para colocarse en posición. Blake hizo una finta y su rival levantó el escudo delante de la cara para parar el golpe; pero al ver que no caía, bajó la adarga, como Blake esperaba, y en el mismo momento el acero del norteamericano cayó pesadamente sobre lo alto del yelmo de don Bermudo.

Este dejó caer los brazos a un lado; vaciló en su silla y luego se desplomó a un lado y rodó al suelo. Agil, no obstante su pesada armadura, Blake desmontó y se acercó a su rival, que yacía tendido de boca casi enfrente

del príncipe Gobredo. Plantó su pie sobre el pecho del vencido y le puso en la garganta la punta de la espada.

La muchedumbre se inclinó hacia adelante para ver administrar el *coup de grâce*, pero Blake no apretó la punta, sino que miró al príncipe y le dijo:

— Este es un caballero valeroso a quien no tengo tirria ninguna. Lo perdono para que siga a su servicio, príncipe, y para no privar de él a los que le aman.

Y al decir esto sus ojos se clavaron fijamente en la princesa Guinalda. Luego dió media vuelta y se volvió a su propia tienda, seguido por don Martino, mientras los caballeros, damas, guerreros, hombres libres y siervos prorrumpían en aplausos.

Verdaderamente Félez estaba fuera de sí de alborozo, lo mismo que Miguel. El primero hincó la rodilla y se abrazó a las piernas de Blake, le besó la mano y rompió a llorar: tan grande era su dicha y su excitación.

— ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! — exclamó. — ¿Non vos dixe, Miguel, que el mi señor caballero vencería a don Bermudo?

Los hombres de armas, el trompetero y los palafreneros reunidos en la tienda de Blake sonreían de oreja a oreja. Así como unos cuantos minutos antes se habían sentido avergonzados al ver que los asignaban al bando que había de perder, ahora se mostraban orgullosísimos y miraban a Blake como el héroe más grande de Nimmr. Grande era su júbilo entre sus compañeros cuando se reunieron con sus vasos de cerveza en torno de la tosca mesa de pino de su comedor.

Félez quitó la armadura a Blake y Miguel hizo lo



propio con don Martino, entre muchísima charla por parte de los donceles.

Blake se dirigió en seguida a su alojamiento acompañado por su amigo, el cual, una vez que estuvieron solos, le puso la mano en el hombro.

— Habedes fecho cosa noble e caballeresca—dijo,—mas non sé si cuerda.

— ¿Por qué? — preguntó Blake.— ¿Iba yo a matar a ese pobre morueco mientras estaba sin rebullir en el suelo?

Martino meneó la cabeza al contestar:

— Atal habría fecho elle convusco.

— Yo no soy capaz de semejante cosa. En mi tierra no nos enseñan que es decoroso pegar a un enemigo que ha caído al suelo — explicó Blake.

— Si la vuestra rencura non fosse de otra guisa que parecía, bien habríades fecho de ser tan mesurado; mas Bermudo ha celos de vos, e abés van menguar por lo hoy avenido. Quito fuérades de enemigo sañudo e fuerte si le oviérades dado el golpe de gracia, como era el vuestro derecho; mas agora habedes ganado un enemigo mayor, ca a los sus celos se eñadrá la viltanza e la invidia de la vuestra fazaña. Lo habedes fecho parecer un mono, e don Bermudo non lo vos perdonará. Conózcolo afarto bien.

Los caballeros y damas de servicio en el castillo de Gobredo comieron juntos aquella noche en el inmenso salón de entrada del alcázar. A una sola mesa podían sentarse trescientos individuos, y para servirlos se necesitaba un verdadero ejército de criados. En grandes



fuentes aparecían cerdos enteros asados, piernas de cordero y lomos de venado, y cuencos de verduras, con vino y cerveza y al final inmensos pastelones.

Muchas eran las risas y las conversaciones, y todo ello ofrecía un cuadro extraño y fascinador a don Yago, que se hallaba aquella noche en el extremo inferior de la mesa, bastante lejos de la sal, en su sitio de costumbre por ser uno de los neófitos más modernos en las nobles filas de la caballería.

El encuentro entre él y don Bermudo era la conversación predominante, y muchos fueron los cumplidos que le dirigieron, y muchas las preguntas de cómo y cuándo había adquirido aquella extraña técnica en el manejo de la espada. Aunque le habían visto realizar la proeza, aun les parecía inconcebible que un hombre sin adarga pudiera vencer a otro que llevaba tan esencial artículo de defensa.

El príncipe Gobredo y su familia, con los nobles de más categoría de Nimmr, ocupaban una mesa un tanto más elevada que la otra y que formaba una T inmensa en uno de sus extremos. Cuando querían hablar a alguien del extremo opuesto, tenían que recurrir al sencillo expediente de alzar la voz, de manera que si varios hacían lo mismo a un tiempo, la algarabía del comedor era terrible.

Y como Blake ocupaba el extremo más remoto de la mesa, era necesario que los del lado de Gobredo chillaran para llamarle la atención; aunque no bien se descubrió que era el príncipe el que hablaba, todos guardaron silencio por respeto a tan elevado personaje.

Poco después de sentarse los comensales, Gobredo se había levantado y alzado el vaso, y se había hecho el silencio en tanto que todos los caballeros y damas presentes se ponían en pie y se colocaban de cara al príncipe.

— ¡Salve el Criador al nuestro rey! — exclamó Gobredo. — ¡Salve el Criador al nuestro rey Ricardo de Inglaterra!

Todos corearon el brindis y apuraron los vasos a la salud de Ricardo Corazón de León, setecientos veintiocho años después de su muerte.

Luego bebieron a la salud de Gobredo y de la princesa Brunequilda, su esposa, y de la princesa Guinalda.

De nuevo se levantó el príncipe Gobredo y exclamó:

— ¡Salve el Criador al caboso señor caballero que tan noble y cumplido peleó en el campo! ¡Salve el Criador a don Yago, caballero Templario e agora caballero de Nimmr!

Ni siquiera el nombre de Ricardo I de Inglaterra había despertado el entusiasmo que siguió al brindis por don Yago. Los ojos de éste recorrieron todo el salón hasta el sitio en que se hallaba en pie la princesa Guinalda. La vió beber a su salud y observó que sus ojos lo miraban, pero la distancia era tan grande y tan escasa la luz de las antorchas y candiles de aceite, que no pudo observarse la mirada de la doncella emitía un destello de amistad o de antipatía.

Cuando se apagó un tanto el ruido y los bebedores volvieron a sentarse, se levantó Blake, y desde el otro extremo del salón exclamó:

— ¡Príncipe Gobredo, caballeros y damas de Nimmr! ¡Propongo otro brindis! ¡Brindo por don Bermudo!

Hubo un instante de silencio, el silencio de la sorpresa, y luego todos los circunstantes se levantaron y bebieron a la salud del ausente don Bermudo.

— Sodes un extraño señor caballero, con extrañas razones en la vuestra boca e atan extraños fechos, don Yago — gritó Gobredo; — mas maguer llamades «brindis» a esto e a los vuestros amigos «compadre» e «chiquito», asmo que vos entendemos, e gradirvos híamos de nos decir ál de la vuestra tierra e los usajes de los nobles caballeros que allí han fincanza. Decidnos si todos son tan complidos e caballerosos con los sus enemigos vencidos.

— Si no, se los descalifica — explicó Blake.

— ¿Se los descalifica? — repitió Gobredo. — Cuedo que eso es guisa de pena sin dubdanza.

— Usted lo ha dicho, príncipe.

— Vero que helo dicho, don Yago — exclamó el príncipe Gobredo con cierta aspereza.

— Quiero decir, príncipe, que ha dado usted en el clavo, que ha acertado usted. Eso es la única forma de castigo que entienden los Caballeros del Boxeo, o los Caballeros del Balompié.

— ¿Caballeros del Boxeo? ¿Caballeros del Balompié? Ordenes son esas que non conozco. ¿Son caballeros valerosos?

— Algunos lo son, pero otros son nada más que regulares. Por ejemplo: tomemos a don Dempsey, que es un caballero campeón de pesos pesados del Boxeo. Don

Dempsey fué derrotado por don Tunney; pero le aseguro, príncipe, que en su tiempo fué un prodigio.

— ¿Hay más órdenes de caballería? — preguntó Gobredo.

— Ya nos apestan.

— ¿Eh? — gritó Gobredo.

— Hoy todos somos caballeros—explicó Blake.

— ¿Todos caballeros? ¿Non hay siervos nin palafreneros? ¡Maravilla es!

— Hay palafreneros en las cuabras, pero todos los demás somos bastante caballeros. Es que las cosas han cambiado lo suyo desde los tiempos de Ricardo. El pueblo ha tirado patas arriba el antiguo orden de cosas. Se pitorreaba de los caballeros y quiso deshacerse de ellos, pero en cuanto lo consiguió todos quisieron ser caballeros, y por eso tenemos hoy Caballeros Templarios, y Caballeros de Pitias, y Caballeros de Colón, y Caballeros del Trabajo y otra serie de caballeros que no recuerdo.

— Cuedo que es un mundo grand e noble ese — exclamó Gobredo, — ca con tantos señores caballeros, mucho lidiarán unos con otros.

— Sí, a veces andan a la greña — admitió Blake reprimiendo una sonrisa.



## CAPÍTULO XV

### La tumba solitaria

En el interior de la tienda, Stimbol no podía ver nada debido a la oscuridad. Delante oyó la respiración de un hombre, honda como si estuviera sumido en profundo sueño. El norteamericano se detuvo para fortalecer los nervios, porque estaba temblando como la hoja en el árbol. Luego, a gatas, fué avanzando pulgada a pulgada.

De pronto una de sus manos tocó la figura tendida del que dormía. Ligera y cautelosamente fué tentando hasta descubrir la postura en que yacía su víctima. En una mano empuñaba el puñal, y apenas se atrevía a respirar por temor de despertar al Tarmangani. Deseó con toda su alma que Tarzán tuviera el sueño profundo, y que el primer golpe de su puñal llegara al salvaje corazón.

Ya estaba dispuesto. Había encontrado el sitio exacto en que debía asestar la puñalada. Levantó el arma, hirió, y la víctima se estremeció espasmódicamente. Una vez y otra, con enloquecida fuerza y velocidad, se hundió la hoja en la blanda carne, y Stimbol sintió que la sangre caliente le salpicaba la mano y la muñeca.

Por fin, convencido de que su misión quedaba realizada, se escabulló fuera del *beyt*. Estaba tan tembloroso que apenas podía sostenerse en pie, aterrado, lleno de asco por el horrible crimen que había cometido.

Con los ojos desorbitados, contraído el semblante, avanzó a tropezones hasta el *mukaad* del *beyt* de Ibn Jad, donde se desplomó al suelo. El jeque salió del aposento de las mujeres y contempló la temblorosa figura que le revelaba la escasa luz de un farolillo de papel.

— ¿Qué haces ahí, nasrany? — preguntó Ibn Jad.

— ¡Ya lo he hecho, Ibn Jad! — musitó Stimbol.

— ¿Qué has hecho? — exclamó el jeque.

— ¡He matado a Tarzán de los Monós!

— ¡Ay! ¡Ay! — chilló Ibn Jad. — Tollog, ¿dónde estás? ¡Hirfa! ¡Ateja! ¡Venid! ¿Habéis oído lo que dice el nasrany?

Las dos mujeres penetraron atropelladamente en el *mukaad*.

— ¿Lo habéis oído? — repitió Ibn Jad. — ¡Ha matado a mi amigo el gran jeque de la selva! ¡Motlog! ¡Fahd! ¡Corred!

Había ido levantando la voz hasta gritar con toda la fuerza de sus pulmones, y de todas partes corrían árabes hacia su *beyt*.

Stimbol, aturdido por lo que había hecho, mudo de sorpresa y terror ante la inesperada actitud de Ibn Jad, permanecía hecho un ovillo e inmóvil en el centro del *mukaad*.

— ¡Cogedlo! — exclamó el jeque dirigiéndose a los

primeros hombres que llegaron. — ¡Ha matado a Tarzán de los Monos, nuestro gran amigo, que tenía que defendernos y conducirnos fuera de esta tierra de peligros! ¡Ahora todos serán nuestros enemigos! ¡Los amigos de Tarzán caerán sobre nosotros y nos matarán! ¡Alá, sé testigo de que yo estoy libre de culpa en este asunto, y haz que tu ira y la de los amigos de Tarzán caigan sobre este culpable!

En esto la población entera del *menzil* se había reunido delante del *beyt* del jeque, y si los sorprendieron las protestas de súbito afecto a Tarzán que encerraban las palabras de Ibn Jad, ninguno lo dió a entender.

— ¡Llévao! — ordenó el beduino. — ¡Por la mañana nos reuniremos y acordaremos lo que proceda!

Arrastraron al aterrado Stimbol al *beyt* de Fahd, donde lo ataron de pies y manos, confiando a aquél su custodia. Cuando desaparecieron, el beduino se inclinó sobre Stimbol y cuchicheó en su oído:

— ¿Has matado de veras al jeque de la selva?

— Ibn Jad me obligó a hacerlo, y ahora se vuelve contra mí — gimió Stimbol.

— Y mañana te mandará matar, para poder decir a los amigos de Tarzán de los Monos que ha castigado al asesino del gran *Bwana* — dijo Fahd.

— ¡Sálvame, Fahd! — suplicó Stimbol. — ¡Sálvame y te daré veinte millones de francos, te lo juro! Una vez que esté a salvo en la colonia europea más próxima, te buscaré el dinero. Piénsalo, Fahd... ¡Veinte millones de francos!

— Estaba pensando en ello, *nasrany* — replicó el be-

duíno, — y me figuro que mientes. No hay tanto dinero en el mundo.

— Te juro que yo tengo diez veces esa cantidad. ¡Si te he mentido puedes matarme! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

— ¡Veinte millones de francos! — musitó Fahd. — Tal vez no mienta. Escucha, nasrany. No sé si podré salvarte, pero lo procuraré; y si lo consigo y te olvidas de los veinte millones de francos, te mataré aunque tenga que seguirte hasta el fin del mundo... ¿Comprendes?

Llamó Ibn Jad a dos ignorantes esclavos y les ordenó que se trasladaran a la tienda que había sido de Zeyd y llevaran el cadáver de Tarzán de los Monos al borde del *menzil*, donde habían de hacer una fosa y enterrarlo.

Con farolillos de papel se fueron al *beyt* del muerto y, envuelto en el viejo albornoz que ya lo cubría, se lo llevaron al través del *menzil* y lo dejaron en el suelo mientras abrían una somera fosa; y así, debajo de un gigante de la selva, se abrió la sepultura de Tarzán de los Monos.

Sin miramientos los esclavos rodaron el cadáver hasta el hoyo que habían abierto, lo llenaron de tierra y lo dejaron en la solitaria tumba, sin señal alguna.

A la mañana siguiente muy temprano Ibn Jad llamó a los ancianos de la tribu, y cuando todos estuvieron reunidos se echó de ver que faltaba Tollog, a quien no se pudo encontrar por más que lo buscaron. Fahd indicó que acaso se habría ido de caza de madrugada.

Ibn Jad explicó a los congregados que si habían de librarse de la cólera de los amigos de Tarzán era menester



que dieran pasos inmediatos para demostrar su inculpabilidad en el asesinato del jeque de la selva; y únicamente lo podían conseguir castigando al asesino, lo cual demostraría la buena fe de ellos.

No fué difícil persuadirlos a quitar la vida a un cristiano; no hubo más que uno que se hiciera el remolón, y era Fahd.

— Hay dos razones, Ibn Jad — dijo, — para que no quitemos la vida a ese nasrany.

— ¡Por Alá! Ninguna razón hay jamás para que un verdadero creyente no quite la vida a un infiel — exclamó uno de los ancianos.

— Escuchadme — insistió Fahd; — os diré lo que pienso y estoy seguro de que convendréis conmigo en que tengo razón.

— Habla, Fahd — dijo Ibn Jad.

— Ese nasrany es hombre rico y poderoso en su *béled*. Si es posible perdonarle la vida, nos valdrá un magnífico rescate. Muerto, no nos valdrá nada. Si por casualidad los amigos de Tarzán no se enteran de su muerte antes de salir con felicidad de esta condenada tierra, no nos servirá de nada el haber matado a Stimbol. Y, ¡*billah!* si lo matamos ahora, puede que no nos crean cuando digamos que fué él el que asesinó a Tarzán y que nosotros le hemos quitado la vida en castigo.

»En cambio, si lo conservamos vivo hasta que encontremos a los amigos de Tarzán — si es que llegan a alcanzarnos, — diremos que lo hemos tenido prisionero para que la propia gente de Tarzán pudiera castigar su delito, lo cual les gustará más que lo otro.

— No carecen de cordura tus palabras — admitió Ibn Jad; — pero ¿y si el nasrany dice mentiras con respecto a nosotros y asegura que hemos sido nosotros los asesinos del jeque de la selva?

— Podemos evitarlo fácilmente — dijo el anciano que había hablado antes. — Cortémosle la lengua en seguida, para que no pueda levantarnos falsos testimonios.

— ¡*Wullah!* ¡Bien dicho! — exclamó Ibn Jad.

— ¡No! — exclamó Fahd. — Cuanto mejor le tratemos más grande será el rescate que nos pague.

— Podemos esperar hasta el último momento — dijo Ibn Jad, — y si vemos que lo vamos a perder a él y la recompensa, siempre estaremos a tiempo de cortarle la lengua.

Y de esta suerte quedó en manos de la Providencia el destino de Wilbur Stimbol, e Ibn Jad, libre temporalmente de la amenaza de Tarzán de los Monos, dedicó una vez más su atención a sus planes para entrar en el valle. Acompañado de una fuerte partida se dirigió en persona a parlamentar con el jefe Galla.

Cuando se acercaba a la aldea de Batando pasó por un campamento de millares de guerreros Gallas, y se dió cuenta cabal de lo que antes sólo había observado vagamente, esto es, de que su posición era harto precaria y de que con el mayor agrado posible debía aceptar las condiciones que el viejo jefe propusiera, cualesquiera que fuesen.

Batando lo recibió con bastante cordialidad, aunque con toda la majestad de un monarca poderoso, y le aseguró que al siguiente día le daría escolta hasta la entra-

da del valle, pero que antes tenía que entregar a todos los esclavos Gallas que llevaba en su partida.

— Pero eso nos dejará sin portadores ni criados, y debilitará en gran manera la fuerza de mi expedición— exclamó Ibn Jad.

Batando se encogió de hombros.

— Permite que se queden con nosotros hasta que volvamos del valle — imploró el jeque.

— No te tiene que acompañar ningún Galla — dijo rotunda y decisivamente Batando.

A la mañana siguiente muy temprano la tienda de Ibn Jad fué desmontada, como señal de que todos debían prepararse para la *rahla*; y rodeados completamente de guerreros Gallas partieron hacia las escabrosas montañas en que se hallaba la entrada al valle de los sueños de Ibn Jad.

Fejjuán y los demás esclavos que llevaban consigo los árabes desde béled-el-Guad se fueron con su propio pueblo, dichosos por la libertad recuperada. Stimbol, sin amigos, temeroso, completamente acobardado, se arrastraba penosamente bajo la custodia de dos beduinos jóvenes, con el pensamiento siempre fijo en el horroroso recuerdo del asesinado a quien dejaban atrás en su solitaria tumba.

Ascendiendo penosamente y sin cesar, unas veces por lo que parecía ser un sendero antiguo y otras por lugares sin sendero, los árabes y su escolta fueron escalando las abruptas montañas que rodean el Valle del Sepulcro por el norte, y al terminar el segundo día, después de

haber acampado junto a un pequeño torrente, Batando se llegó a Ibn Jad y le señaló la entrada de un barranco de rocosas paredes que se desviaba del desfiladero principal delante del campamento.

— Ahí — dijo — está el sendero que conduce al valle. Aquí te dejamos y nos volvemos a nuestras aldeas. Mañana emprenderemos la marcha.

Cuando salió el sol a la mañana siguiente, Ibn Jad descubrió que los Gallas habían partido durante la noche, pero no sabía que esto obedecía al terror que les inspiraban los misteriosos habitantes del misterioso valle de que no había regresado jamás Galla ninguno.

Aquel día lo pasó Ibn Jad estableciendo un campamento seguro en que poder dejar a las mujeres y los niños hasta que los guerreros regresaran de su aventura en el valle, o comprobaran que podían ir sin peligro por sus mujeres; y al día siguiente, dejando a unos cuantos ancianos y muchachos para que custodiasen el *menzil*, Ibn Jad partió con los que consideraba hombres de lucha entre sus secuaces, y muy pronto los observadores del campamento vieron que desaparecía el último en el barranco de peñas que se abría delante de ellos.

---



## CAPÍTULO XVI

### El Gran Torneo

Dos días antes, el rey Bohún, con muchos caballeros y escuderos y hombres de su servicio, había salido en cabalgata desde su castillo situado encima de la Ciudad del Sepulcro, encaminándose al través del valle al campo ante la ciudad de Nimmr, para el Gran Torneo que se celebraba una vez al año, comenzando el primer domingo de Cuaresma.

Alegres pendones flameaban en las puntas de mil lanzas, y una orgía de colores eran las gualdrapas de los corceles que altivamente cabalgaban los caballeros del Sepulcro, en cuya espalda se veían las cruces rojas, como señal de que habían terminado la peregrinación a Tierra Santa y se volvían a sus hogares de Inglaterra.

Sus cascos, a diferencia de los que usaban los caballeros de Nimmr, estaban cubiertos de piel de buey, y las divisas de sus escudos eran distintas, lo mismo que sus colores. Pero salvo esto y las cruces de la espalda, por lo demás podían haber sido los propios caballeros y vasallos de Gobredo.

Fuertes bestias de carga, casi tan suntuosamente adornadas como los bridones de silla, llevaban las tiendas y toldos de campaña que habían de albergar a los caballeros durante el torneo, así como sus efectos personales, sus armas de repuesto y provisiones para los tres días de la solemnidad, pues la costumbre, que se remontaba a más de siete siglos, prohibía compartir el pan a los caballeros de Nimmr y a los del Sepulcro.

El Gran Torneo no era más que una tregua durante la cual sostenían su antigua guerra con sujeción a reglas especiales, que la transformaban en un magnífico festival y en una exhibición de proezas marciales, que los no combatientes podían presenciar con comodidad y sin riesgo. Mas no permitía el trato amistoso entre los dos bandos, pues esto no era compatible con la seriedad del acontecimiento, en el cual muchas veces resultaban muertos caballeros de las dos ciudades, ni con el espíritu que presidía la concesión del gran premio.

Este premio, tanto como cualquier otro factor, había mantenido abierta la brecha de siete siglos y medio que separaba a los Fronteros de los Zagueros, porque consistía en cinco doncellas que los vencedores se llevaban a su ciudad y a las cuales no volvían a ver sus amigos y parientes.

Aunque el pesar estaba mitigado por el tratamiento honroso que, según decretaban las leyes de caballería, se concedía a aquellas desdichadas doncellas, seguía siendo amargo porque llevaba aparejada la humillación de la derrota.

Después del torneo las doncellas pasaban a ser pupi-

las especiales de Gobredo o Bohún, según que los honores del premio hubieran correspondido a los Frontereros o a los Zagueros, y a su tiempo se las daba en honroso matrimonio a caballeros del bando victorioso.

La génesis de esta costumbre, que ya contaba más de siete siglos de antigüedad, estaba indudablemente en el sensato deseo de algún Gobredo o Bohún antiguos de mantener a ambos bandos fuertes y viriles por la infusión periódica de sangre nueva, así como también, acaso, de impedir que los habitantes de las dos ciudades se separaran demasiado en cuanto a las maneras, costumbres y lenguaje.

Más de una feliz esposa de Nimmr había nacido en la Ciudad del Sepulcro, y rara era la vez que las doncellas tenían que llorar mucho tiempo. Se consideraba un honor el ser elegida, y siempre había muchas más voluntarias que el número de cinco que cada año debían hacer el sacrificio.

Las cinco que constituían el premio ofrecido aquel año por la Ciudad del Sepulcro iban montadas en blancos palafrenes, y las asistía una guardia de honor vestida con lorigas de plata. Las doncellas, elegidas por su belleza para que con ella honraran a su ciudad natal, iban suntuosamente ataviadas y cubiertas de adornos de oro, plata y piedras preciosas.

En la llanura ante la ciudad de Nimmr se estaban haciendo desde muchos días atrás los preparativos para el torneo. El palenque se había allanado con grandes rodillos de madera; las antiguas gradas de piedra desde las cuales contemplaban el torneo los espectadores sufrían



su reparación y limpieza anuales, y se estaba armando una parte superior de madera para sostener los doseles que habían de dar sombra a los asientos reservados a la nobleza. Se habían puesto astas para mil pendones en el contorno del palenque, y esto y otras cien cosas ocupaban a un ejército de trabajadores, y en la ciudad amurallada y en el castillo que se alzaba por cima de ella los martillos de los armeros y herreros repercutían en la noche forjando herraduras, cotas de malla y puntas de lanza.

Habían asegurado a Blake que tomaría parte en el Gran Torneo, y estaba tan entusiasmado con ello como cuando los grandes partidos de fútbol en sus días de colegial. Le habían inscrito en dos concursos de espada; uno en que cinco caballeros de Nimmr se encontrarían con cinco del Sepulcro, y otro en que se las vería con un solo antagonista; pero su única lucha con la lanza había de ser en el gran final, cuando un centenar de Fronteros combatieran con un centenar de Zagueros; pues así como antes de su encuentro con Bermudo lo consideraban inútil con el escudo y la espada, ahora el príncipe Gobredo esperaba que había de ganar muchos puntos con ellos, al paso que su labor con la lanza no pasaba de ser mediocre.

El rey Bohún y sus secuaces estaban acampados en un robledal, cosa de una milla al norte del palenque, pues las leyes del Gran Torneo no les permitían acercarse hasta la hora señalada para su entrada el primer día del espectáculo.

Blake, al prepararse para el torneo, había seguido la costumbre adoptada por muchos de los caballeros, de



llevar una empresa en la armadura y engalanar análogamente a su corcel. Su cota de mallá era toda negra, sin más adorno que la piel de leopardo de su yelmo y el pendón azul y plata de su lanza. Los arreos de su bridón eran negros, con borde azul y plata, y, como es lógico, en su pecho y en las gualdrapas de su corcel se veían las cruces rojas.

Cuando salió de su alojamiento en la primera mañana del torneo, seguido por Félez, que llevaba su lanza y adarga, el joven era una nota sombría entre los caballeros más espléndidamente adornados y las damas gayamente vestidas que se hallaban congregados en el gran patio esperando la orden de montar en sus corceles, que los palafreneros tenían en el *ballium* del norte.

Que su loriga negra era un emblema se evidenciaba por la atención que despertó inmediatamente; y que el norteamericano había llegado a ser rápidamente popular entre los caballeros y damas de Nimmr, se evidenciaba también en la forma como se apiñaban a su lado; pero las opiniones estaban divididas en cuanto a su atavío, pues muchos pensaban que era demasiado fúnebre.

Guinalda se hallaba presente, pero permanecía sentada en un banco, conversando con una de las doncellas escogidas como premio de Nimmr. Blake se desentendió pronto de los que se habían apiñado en torno suyo y cruzó el patio en dirección al sitio donde se hallaba la princesa. Al acercarse el joven, ésta alzó la vista y movió levemente la cabeza en respuesta a su saludo, después de lo cual reanudó su conversación con la doncella.

El desaire era harto evidente para que hubiera ma-

nera de pasarlo por alto, pero Blake no se resignaba a aceptarlo, y siguió adelantando sin decir nada. Apenas podía creer que la princesa estuviera todavía enojada únicamente por haber insinuado él su creencia de que interesaba a su corazón más de lo que ella había admitido. Debía de haber alguna otra causa.

No dió, pues, Blake media vuelta para alejarse, y aunque ella siguió haciendo como que ignoraba su presencia, el joven se quedó delante de ella, esperando pacientemente que volviera a fijarse en su persona.

De pronto observó que Guinalda se iba poniendo nerviosa, lo mismo que la doncella con quien hablaba. Había pausas en su conversación, y uno de los pies de la princesa daba golpecitos irritados en la alfombra, en tanto que un rubor lento cubría sus mejillas. La doncella daba muestras de inquietud; se tiraba de los extremos de las tocas que le caían sobre los hombros; se alisaba la rica tela del manto, y finalmente se levantó, y haciendo una gran cortesía a la princesa, le preguntó si podía ir a decir adiós a su madre.

Guinalda le permitió alejarse; y luego, sola con Blake y no pudiendo ya fingir que no lo veía ni le importaba, se volvió airada a él.

— Vero pensé — exclamó. — Sodes un villano rafez. ¿Por qué estades catándome cuando vos he mostrado que non he sabor de la vuestra persona? Idvos de aquí.

— Porque... — dijo Blake titubeando, — porque la amo a usted, princesa.

— ¡Traidor! — exclamó Guinalda poniéndose en pie. — ¿Cómo osades...

— Lo osaría todo por mi princesa — repuso Blake, — porque la amo.

Guinalda lo miró un momento de hito en hito sin decir palabra, y luego su labio superior se frunció en un mohín de desprecio, en tanto que contestaba:

— ¡Mentides! Afarto sé lo que habedes hablado de mí.

Y sin esperar respuesta pasó por su lado y se alejó. Blake corrió tras ella.

— ¿Qué he dicho yo? — preguntó. — No he dicho nada que no fuera capaz de repetir delante de Nimmr entera. Ni siquiera me he atrevido a decir a mi gran amigo don Martino que amo a mi princesa. No lo han oído más oídos que los de usted.

— Yo sé ál — dijo altivamente Guinalda, — e non quiero hablar más de esto.

— Pero... — comenzó a decir Blake.

Mas en el mismo instante sonó una trompeta en la puerta del norte que daba al *ballium*. Era la señal para que cabalgasen los caballeros. El paje de Guinalda llegó corriendo a la princesa para llamarla al lado de su padre. Don Martino compareció también y cogió del brazo a Blake.

— Venid, Yago — le dijo. — Huebos es cabalgar, ca vamos en el haz primera de los caballeros.

Y así Blake se vió separado de la princesa antes de poder obtener una explicación de la para él inexplicable actitud de Guinalda.

El *ballium* del norte presentaba un cuadro de color y actividad, atestado de caballeros y damas, pajes, es-



cuderos, palafreneros, hombres de armas y corceles; y no los contenía a todos, pues había muchos que se desbordaban por los del este y del sur y aun por la gran puerta oriental que daba al camino del valle.

Por espacio de media hora algo muy parecido al caos reinó en torno del castillo del príncipe de Nimmr, mas de pronto unos alguaciles sudorosos y unos heraldos dando voces pusieron en orden el cortejo cuando emprendió la lenta e imponente cabalgada por el tortuoso camino de la montaña en dirección a la palestra.

Iban primero los alguaciles y los heraldos, y detrás de ellos una veintena de trompeteros; seguíanlos el príncipe Gobredo, cabalgando solo, y detrás de él un numeroso grupo de caballeros, cuyas flámulas de colores ondeaban al viento. Estos iban delante de las damas. Detrás de éstas seguía otro grupo de caballeros, y finalmente, a retaguardia marchaba compañía tras compañía de hombres de guerra, algunos armados de ballestas, otros de picas, y otros de hachas de combate de enormes proporciones.

Acaso un centenar de caballeros y soldados quedaron atrás para guardar el castillo y la entrada del Valle del Sepulcro; pero a éstos los habían de relevar para que presenciaran los ejercicios del segundo y tercer día.

Cuando los caballeros de Nimmr bajaban por el monte hacia la palestra, los caballeros del Sepulcro se pusieron en movimiento desde su campamento entre los robles, y los alguaciles de los dos bandos calcularon el avance de tal manera que ambos entraron en la liza al mismo tiempo.



Las damas de Nimmr se separaron del cortejo y se fueron a sentar en la gradería; las cinco doncellas de Nimmr y las cinco de la Ciudad del Sepulcro fueron escoltadas bajo un dosel a un extremo del palenque, después de lo cual los caballeros formaron en apretadas filas, los de Nimmr al lado sur de la liza y los del Sepulcro al norte.

Gobredo y Bohún avanzaron hasta encontrarse en el centro del campo, donde con acento mesurado e imponente Bohún profirió el antiguo reto prescrito por la costumbre y las leyes del Gran Torneo y entregó a Gobredo la prenda, cuya aceptación constituía la del desafío y señalaba el comienzo oficial de los combates.

Cuando Gobredo y Bohún volvieron grupas y se colocaron frente a sus respectivos caballeros, éstos salieron del palenque, buscando puestos en las gradas los que no habían de tomar parte en los encuentros de aquel día, después de entregar sus corceles a los palafreneros, en tanto que los que estaban inscritos en ellos se volvían a formar y entraban otra vez en la liza, con el doble fin de indicar a sus adversarios y a los espectadores quiénes eran los combatientes para aquel día y de ver los premios que ofrecían sus antagonistas.

Además de las doncellas había otros premios menores, consistentes en joyas, lorigas, lanzas, espadas, adargas, espléndidos corceles y los muchos artículos apreciados por los caballeros o que podían merecer aprobación de sus respectivas damas.

Los caballeros del Sepulcro fueron los primeros en desfilar, con su rey Bohún al frente, y se pudo observar

que los ojos del monarca se fijaban a menudo en las mujeres de las graderías. Bohún era hombre joven, que acababa de subir al trono por el reciente fallecimiento de su padre. Arrogante y tirano, era moneda corriente en Nimmr que llevaba muchos años al frente de un partido que quería a todo trance la guerra, para reducir a la ciudad y poner todo el Valle del Sepulcro bajo el dominio de los Bohunes.

Caracoleando en su corcel, al aire sus pendones, seguido por la gran hueste de sus caballeros, el rey Bohún dió la vuelta a las gradas reservadas a la gente de Nimmr, y cuando llegó al punto central en que se hallaban el príncipe Gobredo, la princesa Brunequilda y la princesa Guinalda, sus ojos se fijaron en el bello semblante de la hija de Gobredo.

Bohún tiró de las riendas a su corcel y miró de hito en hito al rostro de Guinalda. Gobredo se sonrojó de ira, porque el acto de Bohún era una infracción de las leyes de la cortesía, y se levantó a medias de su asiento; pero en el mismo instante Bohún, saludando profundamente desde su caballo, siguió andando, llevando en pos a sus caballeros.

Aquel día los honores fueron para los caballeros del Sepulcro, ya que ganaron doscientos veintisiete puntos contra ciento seis que correspondieron a los caballeros de Nimmr.

Al segundo día el torneo se abrió con el desfile de los caballeros, que ordinariamente eran conducidos por un heraldo; pero con sorpresa de todos, fué el mismo Bohún el que los pasó por delante de las gradas, y de nuevo

se detuvo a mirar descaradamente a la princesa Guinalda.

Aquel día los caballeros de Nimmr salieron algo mejor librados, pues no quedaron retrasados sino siete puntos con respecto a sus antagonistas, aunque su tanteo de los dos días era de doscientos sesenta y nueve puntos por trescientos noventa y siete en favor de los caballeros del Sepulcro.

Así el tercer día comenzó con las bravatas de los caballeros del norte, que alardeaban de lo que parecía ser una ventaja insuperable de ciento veintiocho puntos, y los de Nimmr se sintieron animados a mayores proezas por saber que para ganar el torneo tenían que conseguir doscientos treinta y dos de los trescientos treinta y cuatro puntos restantes.

Una vez más, en contra de la secular costumbre, Bohún se puso al frente de sus caballeros cuando desfilaron por el palenque antes de comenzar los encuentros; y una vez más detuvo su corcel delante del puesto de Gobredo, y sus ojos se posaron en el bello rostro de Guinalda, antes de dirigirse a su padre.

— ¡Príncipe Gobredo de Nimmr! — dijo con su voz altiva y arrogante. — Bien sabedes que los mis complices caballeros han mucha ganancia sobre los vuestros, e el Grand Torneamiento es ya nuestro. Mas quisiera vos acometer una cosa.

— Fabad, Bohún. El Grand Torneamiento non es aún ganado, mas si el vuestro pleito es atal que oír lo puede un príncipe hondrado, ascucharlo he de voluntad.



— Las vuestras cinco doncellas son casi nuestras — dijo Bohún; — mas dadme a la vuestra hija como reina del Val del Sepulcro, e otorgar vos he la jornada.

Gobredo se puso blanco de ira, mas cuando replicó su voz sonó apagada y firme, porque era dueño de sus emociones, cual sentaba a un príncipe.

— Don Bohún — dijo, negándose a conceder a su enemigo el título de rey, — las vuestras razones son una fonta para homnes hondrados, ca parecen decir que la hija de Gobredo se puede vender, e que puédese jugar con el honor de la caballería de Nimmr.

»Aína vos vais a la vuestra parte del campo antes que mande siervos que vos cometan con estacas.

— ¿Esa es, pues, la vuestra respuesta? — vociferó Bohún. — Sabed así que llevarme he las cinco doncellas por los usajes del Grand Torneamiento, e a la vuestra hija por fuerza de armas.

Y después de proferir esta amenaza, volvió las riendas a su corcel y se alejó picando espuelas.

Las nuevas de la proposición de Bohún y de la negativa de Gobredo se esparcieron como un reguero de pólvora entre las filas de los caballeros de Nimmr, de suerte que los que habían de lidiar en aquel último día se sintieron aguijados al más alto grado de combatividad en defensa del honor de Nimmr y para la protección de la princesa Guinalda.

La gran delantera conseguida en los dos días anteriores por los Caballeros del Sepulcro era un incentivo más para mayores esfuerzos, y provocaba a los de



Nimmr, como un acicate, a los últimos límites de la audacia y el valor.

El encuentro a espada y adarga entre Blake y un caballero del Sepulcro estaba fijado como primero del día, y cuando el palenque quedó despejado, el joven norteamericano entró en la liza entre el clamor de los clarines, avanzando junto a las gradas del sur, en tanto que su rival seguía las del norte, y se detenía delante del asiento de Bohún en el mismo momento en que Blake tiraba de las riendas delante del de Gobredo, donde se llevó a los labios el pomo de la espada como saludo al príncipe, aunque tenía los ojos fijos en Guinalda.

— Sed un fardido caballero en este día, pora la prez e honor de Nimmr — le recomendó Gobredo, — e sea sobre vos la bendición de Nuestro Señor don Jesucristo e sobre la vuestra espada, nuestro amado caballero don Yago.

— A la prez y honor de Nimmr consagro mi espada y mi vida — debía haber contestado Blake según los usos del Gran Torneo. Pero lo que dijo fué:

— A la gloria y honor de Nimmr y a la protección de mi princesa consagro mi espada y mi vida.

A juzgar por la expresión de la cara de Gobredo, era evidente que no le desagradó la fórmula; y al propio tiempo se suavizó la expresión de altivo desdén que tenía el rostro de Guinalda.

La princesa se levantó lentamente y arrancándose una cinta del vestido avanzó hasta la delantera de su tribuna.

— Recibid esta cinta de la vuestra dama, señor caballero — dijo, — e levalda con honor a vencer la vuestra lid.

Detúvose Blake junto a la barandilla de la tribuna, y se inclinó mientras Guinalda le sujetaba la cinta al hombro. El rostro del joven estaba al lado del de ella; Blake percibió el perfume embriagador de sus cabellos y sintió su aliento cálido en la mejilla.

— Te amo — cuchicheó, tan bajo que no lo pudieron sentir más oídos que los de la princesa.

— ¡Sodes un villano! — replicó ella en tono tan bajo como el del joven. — Si vos conorto amidos con este favor es por amor a las cinco doncellas.

Blake le miró de lleno a los ojos y contestó:

— Te amo, Guinalda, y tú... tú me amas también.

Antes que la princesa pudiera replicar, el caballero dió media vuelta al sonar los clarines, y se alejó lentamente hacia el extremo del campo en que se alzaban las tiendas de los caballeros de Nimmr.

Allí estaban excitadísimos el mancebo Félez, don Martino y Miguel, con un alguacil, heraldos, trompeteros, hombres de armas... Toda una compañía marcial para asistirle con su estímulo y sus consejos.

Blake tiró su adarga, y no hubo ya nadie que se lo reprochara. En vez de ello, sonrieron todos orgullosamente y con expresión de inteligencia, porque, ¿acaso no le habían visto vencer a don Bermudo sin más defensa que su arte de jinete y su espada?

Las trompetas sonaron de nuevo. Blake dió media vuelta y picó espuelas a su corcel, dirigiéndose al mismo

centro del palenque, y por el otro lado llegó un caballero del Sepulcro a salirle al encuentro.

— ¡Don Yago! ¡Don Yago! — gritaron los espectadores de las tribunas del lado sur, en tanto que los del norte respondían vociferando el nombre de su campeón.

— ¿Quién es el caballero negro? — preguntaban a sus vecinos algunos de los que ocupaban las tribunas del norte.

— Non trae adágara — exclamaron algunos. — ¡Loco está! ¡Don Suero lo pasará al primer tajo! ¡Don Suero! ¡Don Suero!

---

## CAPÍTULO XVII

### «¡Los sarracenos!»

En el momento de comenzar en el Valle del Sepulcro el segundo día del Gran Torneo, en las llanuras que se extendían debajo de la ciudad de Nimmr, una partida de hombres ateizados, con manchados *thobs* y largos mosquetes, coronaba la cúspide del paso en el lado norte del valle y se quedaba contemplando la Ciudad del Sepulcro y el castillo del rey Bohún.

Habían subido por lo que pudo en tiempos ser un sendero, pero que se había recorrido con tan poca frecuencia o estaba tan olvidado, que apenas se podía distinguir de la maleza que lo rodeaba; mas por debajo de ellos vió Ibn Jad a corta distancia un camino mucho mejor marcado, y más allá de él lo que parecía ser una fortaleza. Y aun más allá divisó las almenas del castillo de Bohún.

Lo que vió en primer término fué la barbacana que guardaba el acceso del castillo y la ciudad, los cuales estaban situados aproximadamente en la misma posición relativa que la barbacana y el castillo de la parte sur del



valle, donde el príncipe Gobredo guardaba la ciudad de Nimmr y el valle del otro lado.

Buscando no ser vistos, Ibn Jad y sus beduínos se deslizaron hacia la barbacana, donde un caballero anciano y unos cuantos hombres de armas montaban una guardia formularia. Ocultándose en la maleza del monte, los árabes vieron a dos negros extrañamente vestidos que cazaban fuera del gran portalón. Iban armados de ballestas y flechas cortas, y sus víctimas eran conejos. Durante años no habían visto a ningún extraño llegar por aquel antiguo camino, y durante años habían cazado entre el portalón y la cima de las montañas, aunque más allá no se les permitía alejarse; y tampoco tenían ellos grandes deseos de hacerlo, porque, si bien eran descendientes de los Gallas que vivían al otro lado de aquellas cumbres, se figuraban que eran ingleses y que una horda de sarracenos esperaba para aniquilarlos si se aventuraban demasiado lejos.

Aquel día estaban cazando como lo habían hecho a menudo cuando se los destinaba de guardia en la barbacana exterior. Avanzaban en silencio, esperando cautelosamente la aparición de los conejos, y no vieron a los hombres de atezadas caras escondidos en la maleza.

Ibn Jad observó que el gran portalón estaba abierto y que el rastrillo que lo cerraba se abría y cerraba verticalmente. A la sazón estaba levantado.

El jeque árabe hizo señas a los que tenía más cerca para que lo siguieran, y se aproximó lentamente al portalón. ¿Y el caballero anciano y los demás vigilantes? El primero estaba embaulando un tardío desayuno dentro

de una de las grandes torres de la barbacana, y los últimos aprovechaban la laxitud de la disciplina para dar unas cabezadas, tendidos a la sombra de algunos árboles dentro del *ballium*.

Ibn Jad se acercó a pocas varas del portalón y esperó que los demás llegaran a su lado. Cuando todos estuvieron reunidos, el jeque les dijo algo en voz baja, y todos trotaron sin hacer ruido hacia la puerta, con los mosquetes preparados. Detrás del jeque iban sus secuaces, y todos estaban dentro del *ballium* antes que los hombres de armas se percataran de que tenían a un enemigo al lado de acá de Palestina.

Con sus ballestas y hachas de armas los hombres saltaron a defender la puerta, y sus gritos de «¡los sarracenos! ¡los sarracenos!» hicieron correr al *ballium* al anciano caballero y a los cazadores.

Abajo, en el castillo del rey Bohún, los hombres de las puertas y los demás que habían quedado allí mientras el rey partía para el Gran Torneo, oyeron extraños ruidos procedentes de la barbacana exterior. Los alaridos de los hombres llegaron hasta ellos, así como unos sonidos extraños y ásperos que eran como el trueno y sin embargo se diferenciaban de él. Ni ellos ni ninguno de sus predecesores habían oído jamás aquellos estampidos. Corrieron a congregarse en la puerta exterior del castillo, y los caballeros celebraron consejo en cuanto a lo que procedía hacer.

Siendo como eran nobles y valerosos, parecía que no les quedaba sino un camino. Si los de la barbacana exterior habían sido atacados, era menester que corrieran en

su defensa. Llamando a todos los caballeros y hombres de armas de que disponía, menos cuatro, el alcaide del castillo montó a caballo y se dirigió hacia la puerta exterior.

A la mitad del camino los vieron Ibn Jad y sus hombres, que, habiendo dominado a los soldados tan pobremente armados de la puerta, bajaban por el sendero en dirección al castillo. Al ver aquellos refuerzos Ibn Jad se apresuró a esconderse con sus bandidos en las malezas que orillaban el camino, y así fué que el alcaide pasó por su lado sin verlos; y cuando hubo pasado, Ibn Jad y sus satélites salieron de las malezas y continuaron su descenso hacia el castillo por el tortuoso sendero del monte.

Los hombres de la puerta del castillo del rey Bohún, ya completamente alerta, tenían el rastrillo levantado, como les había encargado el alcaide, con objeto de que, si los que habían salido se veían acorralados por el enemigo en su regreso, pudieran encontrar santuario en el *ballium*; siendo el plan, en tal caso, bajar el rastrillo detrás de los caballeros del Sepulcro y ante los perseguidores sarracenos, porque era de clavo pasado que todo enemigo tenía que ser un sarraceno. ¿Acaso no llevaban siete siglos, ellos y sus antepasados, esperando semejante ataque?

Preguntábanse si por fin habían llegado los sarracenos, y mientras hablaban del asunto, Ibn Jad los observaba desde un grupo de arbustos a pocas varas de distancia.

El astuto beduino conocía el objeto de aquel rastril-



llo, y estaba tratando de idear, antes que pudieran bajarlo ante sus barbas, la mejor manera de entrar en el recinto del otro lado. Por fin encontró un plan y sonrió. Hizo señas a tres hombres de que se acercaran, y cuchicheó en su oído lo que tenía en el pensamiento.

Había cuatro hombres de armas apercebidos a bajar el rastrillo en el momento culminante, y los cuatro se hallaban a la vista de Ibn Jad y de los tres secuaces que lo acompañaban. Con cuidado, cautelosamente, sin ruido, los cuatro árabes levantaron los mosquetes viejísimos y apuntaron con detenimiento.

— ¡Ahora! — cuchicheó Ibn Jad; y cuatro mosquetes vomitaron llamas, pólvora negra y pedazos de plomo.

Cayeron los cuatro hombres de armas sobre el enlosado de piedra, e Ibn Jad y todos los suyos se precipitaron hacia adelante y se plantaron en el *ballium* del castillo del rey Bohún. Delante de ellos, al lado opuesto del *ballium*, había otra puerta y un ancho foso, pero el puente levadizo estaba echado, levantado el rastrillo y la puerta sin guardianes...

El alcaide y sus hombres habían llegado sin tropiezo al *ballium* de la barbacana exterior, donde encontraron a sus defensores tendidos y bañados en su propia sangre, incluso el escudero del caballero anciano que debía estar guardando la puerta y no estuvo.

Uno de los hombres de armas vivía aún, y en su último suspiro profirió la terrible verdad. ¡Los sarracenos habían llegado al fin!

— ¿Dó están? — preguntó el alcaide.



— ¿Non los vidiestes, caballero? — preguntó el moribundo. — Deprunaron la cuesta faza el castiello.

— ¡Non puede ser! — exclamó el alcaide. — Somos venidos por esa vía e non hemos visto a nadi.

— Deprunaron faza el castiello — insistió el hombre.

El alcaide enarcó el ceño y preguntó:

— ¿Eran muchos?

— Pocos — contestó el soldado. — Eran las arrobadas de los virtos del Soldán.

En aquel momento la descarga que tendió a los cuatro guardianes de la puerta del castillo resonó en los oídos del alcaide y de sus hombres.

— ¡Fuego de Dios! — exclamó el primero.

— Habránse ascondido en el mont al pasar nos — exclamó un caballero al lado del alcaide, — ca aosadas son ayuso e nos a esta parte, e hay una vía sola fata el castiello.

— Son cuatro homnes solos en la puerta del castiello — dijo el alcaide, — e yo les mandé que aguardaran el rastriello fasta la nuestra tornada. ¡Válame Dios! ¡Prisieron el Sepulcro los sarracenos! Matañme, don Fernán.

— ¡Jamás! Huebos habémos de todas las lanzas, espadas e ballestas. Non puedo pensar en vos toller la vida quando darla podedes por el Nuestro Señor don Jesucristo emparando el su Sepulcro contra los descreídos.

— Bien fablades, don Fernán — exclamó el alcaide.

— Fincad vos aquí, pues, con seis homnes e aguardad esta puerta. Yo ton arme he con los otros pora lidiar en el castiello.

Mas cuando el alcaide volvió a la puerta del alcázar

se encontró el rastrillo bajado y a un sarraceno de negra cara que lo miraba por entre los barrotes. El alcaide dió orden a los ballesteros de que derribaran a aquel hombre, pero cuando se echaron las armas a la cara se sintió una fuerte detonación que los dejó medio sordos, y salió una llama de una cosa extraña que se había encarado el enemigo. Uno de los ballesteros lanzó un grito y cayó de boca, y los demás dieron media vuelta y emprendieron la fuga.

Eran hombres valerosos frente a los peligros naturales y que podían esperarse, pero en presencia de lo sobrenatural, de lo misterioso, reaccionaban como la mayor parte de los hombres; y ¿qué podía ser más misterioso que la muerte que llegaba entre llamas y con gran estrépito para herir a su compañero?

Mas don Bulando, el alcaide, era Caballero del Sepulcro, y lo retuvo allí algo más poderoso que el temor a la muerte: algo que se llama el honor.

Don Bulando no podía echar a correr; por lo cual se quedó allí plantado y retó a los sarracenos a mortal combate... Los retó a enviar a su más fornido caballero para que peleara con él y se decidiera así quién se había de quedar en posesión de la puerta.

Pero los árabes la tenían ya, y además no comprendían a don Bulando, y además carecían de honor tal como el alcaide lo entendía, y acaso como lo entendería cualquier otro que no fuera un beduino; y si hubieran comprendido sus palabras se habrían reído del reto.

Una cosa sabían, o mejor dicho, dos: que era un na-

zareno y que iba desarmado, pues nada significaban como armas su enorme lanza y su espada, con las cuales no podía alcanzarlos. De modo que uno de ellos apuntó cuidadosamente y la bala atravesó la cota de malla de don Bulando en el sitio que cubría su corazón noble y valeroso.

Ibn Jad tenía ya el dominio del castillo del rey Bohún, y estaba seguro de haber descubierto la fabulosa ciudad de Nimmr de que le había hablado el *sáhar*... Reunió a las mujeres y niños y a los pocos hombres que quedaban y los puso a buen recaudo. Un momento estuvo tentado de mandarlos matar, ya que no eran más que nazarenos; pero se hallaba tan contento por haber encontrado y conquistado la ciudad del tesoro, que los dejó vivir... por lo menos interinamente.

Por mandato de Ibn Jad sus secuaces saquearon el castillo en busca del tesoro, y no se llevaron chasco, porque las riquezas de Bohún eran grandes. Hay oro en las colinas del Valle del Sepulcro, y también se encontraban allí piedras preciosas. Durante siete siglos y medio los siervos del Sepulcro y de Nimmr han estado lavando oro de los cauces de los arroyos y cogiendo gemas en los mismos sitios. El valor de estas cosas no es para los caballeros del Sepulcro y de Nimmr lo que sería para hombres del mundo exterior. No apreciaban aquellos objetos más que como baratijas, y sin embargo les gustaban, las guardaban y hasta comerciaban con ellas en ciertas ocasiones; mas no las tenían en arcas bajo llave; ¿para qué habían de tenerlas en una tierra en donde tales objetos no se robaban? A sus mujeres y sus caballos los te-

nían bajo custodia, pero no su oro ni sus piedras preciosas.

Y así pudo Ibn Jad reunir un gran saco lleno de tesoros, los bastantes para satisfacer sus más desenfrenados sueños de codicia. Saqueó todo lo que pudo hallar en el castillo del rey Bohún, más de lo que esperaba que hubiera en aquella ciudad fabulosa; y luego ocurrió una cosa extraña. Teniendo ya más riquezas de las que podía gastar, todavía quiso más. Y eso que la cosa no es tan extraña, ya que, al fin y al cabo, Ibn Jad era hombre.

Pernoctó con sus secuaces en el castillo del rey Bohún, y durante la noche trazó sus planes, porque había visto un ancho valle que se extendía muy lejos hasta otras montañas, y en la base de ellas lo que parecía ser otra ciudad.

— Acaso — pensaba Ibn Jad — es una ciudad más rica que ésta. Mañana por la mañana partiré a ver de qué se trata.



## CAPÍTULO XVIII

### El caballero negro

Como rayos se lanzaron por el campo los dos corceles, y reinó el silencio en las tribunas. Casi se habían encontrado los combatientes cuando don Suero se percató de que su adversario no llevaba escudo. Pero ¿qué importaba? Lo había enviado al palenque su propia gente, y la responsabilidad era de ellos y la ventaja de don Suero. Si lo hubieran mandado sin espada, él habría podido matarlo sin mancillar su honor caballeresco, pues tales eran las leyes del Gran Torneo.

Y sin embargo, el descubrimiento no dejó de causar efecto en el Caballero del Sepulcro, pues por un instante apartó su atención del pensamiento que hubiera debido predominar en su mente: el de ganar la primera ventaja por la habilidad de su ataque inicial.

Vió que el caballo de su adversario daba media vuelta un instante antes de encontrarse, y se alzó en sus estribos, como había hecho don Bermudo, para descargar un tajo terrible, pero en el mismo momento Blake lanzó su caballo en derecha contra el brazuelo del de don

Suero; la espada de éste cayó, y con fuerte ruido de choque se deslizó sin hacer daño sobre la del Caballero de Nimmr. Don Suero había levantado la adarga para protegerse la cabeza y el cuello y no podía ver a don Yago. El caballo de aquél tropezó y estuvo a punto de caer, y cuando se recobró del choque, la espada de Blake se deslizó debajo de la adarga del Caballero del Sepulcro y su punta falseó el camal de su adversario y le traspasó la garganta.

Con un grito que terminó en un estertor ahogado por la sangre, don Suero el del Sepulcro cayó de espaldas sobre la grupa de su caballo y rodó al suelo, en tanto que en las tribunas reinaba una locura de alborozo.

Las leyes del Gran Torneo daban por muerto al caballero desarzonado, de suerte que nunca se descargaba el golpe de gracia ni se mataba a ningún caballero sin necesidad. El vencedor corría a la tienda del vencido, daba media vuelta, galopaba a la suya propia recorriendo todo el palenque, y aguardaba allí a que el heraldo del lado contrario le recogiera el premio.

De suerte que, cuando Blake saltó de su silla con la espada en la mano y se acercó al caído don Suero, en las tribunas del sur brotó una exclamación de asombro y un grito de protesta en las del norte.

Alguaciles y heraldos galoparon desde la tienda del derribado caballero; y al ver esto, don Martino, temiendo que atacaran y mataran a Blake, se lanzó con una hueste análoga desde su extremo del campo.

Blake se acercó al caído, que permanecía boca arriba, luchando débilmente por levantarse, y los espectadores,

que esperaban ver que traspasara al vencido con su espada, lo vieron arrojar ésta al suelo y arrodillarse al lado del herido.

Poniendo un brazo bajo el hombro de don Suero lo incorporó y sostuvo contra su rodilla en tanto que le quitaba yelmo y camal; y cuando llegaron los alguaciles y heraldos y otras personas, Blake estaba tratando de restañar la sangre.

— ¡Pronto! — les dijo. — ¡Un cirujano! No tiene herida la yugular, pero hay que contener esta hemorragia.

Algunos de los caballeros desmontaron y se apiñaron en torno, y entre ellos don Martino. Un heraldo del bando de don Suero se arrodilló y lo apartó de Blake.

— Venid — dijo don Martino a éste. — Dexad al caballero con los sus amigos.

Blake se levantó, y observó cuán peculiar era la expresión del rostro de los caballeros que lo rodeaban; mas al alejarse uno de ellos, anciano ya, que era uno de los alguaciles de Bohún, le dijo:

— Sodes un caballero noble e complido, e fardido además, ca queredes quebrar las leyes del Grand Torneamiento e los usajes de siglos.

Blake lo miró de hito en hito y contestó:

— Me importan un rábano vuestras leyes y vuestros usos. En mi tierra una persona decente no puede dejar que se desangre ni un perro sarnoso sin tratar de salvarlo, y mucho menos un muchacho valiente y gallardo como éste; y ya que ha caído a mis manos, las leyes de mi país me obligan a ayudarlo.

— Sí — dijo don Martino, — ca si non descalificarlo hían.

La victoria en el primer encuentro del día no fué más que precursora de una serie de triunfos por parte de los caballeros de Nimmr, hasta que, al comenzar el último combate, tenían cuatrocientos cincuenta y dos puntos contra cuatrocientos cuarenta y ocho de sus rivales; pero un margen de cuatro puntos nada contaba en aquel período del torneo, ya que el encuentro final había de valer un centenar de puntos, que el destino podía conceder casi exclusivamente a uno de los bandos.

Aquel era el combate más teatral de todo el torneo, y el que los espectadores esperaban siempre con el mayor afán. Tomaban parte en él doscientos caballeros: ciento de Nimmr contra otros tantos del Sepulcro. Formaban en los lados opuestos del palenque, y cuando los clarines daban la señal, se acometían con las lanzas, y así luchaban hasta que uno de los bandos tenía a todos sus caballeros desarzonados o retirados del campo por causa de heridas. Podían reemplazarse las lanzas quebradas como un jugador de polo puede reemplazar su mazo cuando lo rompe. Por lo demás, había pocas reglas que gobernarán el número final del Gran Torneo, el cual se aproximaba a una batalla mucho más que los otros encuentros de los tres días.

Blake había ganado sus quince puntos para los caballeros de Nimmr en el primer combate del día, y luego, con cuatro compañeros, en lid contra cinco del Sepulcro montados y armados con espadas, había contribuido a aumentar puntos al número creciente de los Fronteros.



Le habían inscrito en el último combate principalmente porque los alguaciles apreciaban el valor de su equitación, y pensaban que ésta compensaría con creces su inexperiencia con la lanza.

Los doscientos caballeros vestidos de cota de malla habían desfilado antes del encuentro final, y estaban formados en fila en los extremos opuestos del palenque: cien caballeros de la ciudad del Sepulcro a un lado y cien de Nimmr al otro. Sus corceles, elegidos aposta para aquel combate, eran fuertes y ágiles, y además se los había escogido por su valor, lo mismo que a los caballeros que los montaban.

Estos, con pocas excepciones, eran mancebos de veinte años o poco más, pues para la juventud eran los laureles en aquel gran deporte de la Edad Media, como lo siguen siendo en los actuales. Acá y acullá se veía a un hombre maduro, un veterano curtido cuyo corazón y cuyo brazo habían resistido el paso de los años, y cuya presencia servía como de sostén a los caballeros jóvenes, acicateándolos a realizar sus mayores esfuerzos; pues aquellos veteranos eran campeones cuyas hazañas cantaban los juglares en los grandes salones de los castillos de Nimmr.

En brillante parada, con las lanzas erguidas y flameando los pendones, con los rayos del sol reflejados en las bruñidas mallas, en los arreos y gualdrapas de las monturas, los doscientos caballeros ofrecían un espectáculo de nobleza y altivez indescriptible mientras esperaban el último toque de los clarines.

Inquietos, avanzando y retrocediendo, ansiosos de

partir, más de uno de los caballos de guerra rompía la línea, en tanto que en un lado y ante el centro del palenque un heraldo esperaba el momento de estar formadas las dos líneas para dar la señal que había de lanzarlas al combate.

Blake se encontró bastante en el centro de la línea formada por los caballeros de Nimmr, montado en un gran caballo negro que ansiaba partir, y vió delante a la flor de la caballería del Sepulcro. En la mano derecha empuñaba una lanza de pesado cuento de hierro, cuyo tope descansaba en el ristre de su estribo, y con la mano izquierda embrazaba un gran escudo; y no tenía ninguna gana de soltarlo al verse delante de aquellas recias lanzas de punta de hierro.

Mientras recorría toda la extensión del palenque hasta los cien caballeros que pronto se lanzarían contra él en compacta formación, con las puntas de las lanzas muy avanzadas ante sus corceles, Blake se dijo que su escudo no le iba a servir de nada, y experimentó cierta nerviosidad que le recordó momentos análogos de tensión cuando esperaba el pito del árbitro en sus días de futbolista: aquellos días al parecer tan remotos de otra vida que le parecía una encarnación lejana y diferente de su persona.

¡Por fin sonó la señal! Vió Blake que el heraldo levantaba en alto su espada, y con los doscientos restantes empuñó firme las riendas de su corcel y puso la lanza en ristre. Cayó la espada. Sonaron clarines en las cuatro esquinas del palenque; de doscientas gargantas brotó el grito de guerra; cuatrocientas espuelas transmitieron la señal esperada de los hombres a los caballos.

Atronadoras partieron las dos líneas hacia el centro del campo; una veintena de heraldos corrían al lado de ellas y a su retaguardia, para fijarse en cualquier infracción de la única regla aplicable a aquel choque final tumultuoso. Cada caballero debía acometer al adversario de su izquierda, pues el dirigir la lanza contra el de su derecha era una acción anticaballeresca, ya que así un solo caballero podía verse acometido por dos lanzas a un tiempo, y contra esto no podía tener defensa.

Por cima del borde de su escudo vió Blake la compacta masa de lanzas, de corceles y de escudos casi encima de él. Su velocidad, su peso y su impulso parecían irresistibles, y Blake sintió un súbito respeto por los caballeros de antaño.

Ya las dos líneas estaban a punto de encontrarse. Los espectadores contemplaban el cuadro en silencio, como hechizados; los jinetes, apretadas las mandíbulas y cerrados los labios, no proferían ya voces.

Blake, con la lanza entre las orejas del caballo, embistió al caballero que corría hacia él por su izquierda; un instante se fijó en los ojos de su rival, y en seguida los dos se agacharon detrás de sus escudos cuando las dos líneas chocaron con estrépito ensordecedor.

El escudo de Blake retrocedió contra su cara y cuerpo con tan terrible fuerza, que el joven se sintió casi derribado de su silla. Notó que su lanza hería y se quebraba, y luego, medio atontado, se vió trasponiendo la línea de hierro, porque su corcel, frenético y sin dominio, corría desbocado hacia las tiendas de los caballeros de Bohún.



Haciendo un esfuerzo Blake se repuso, cogió las riendas y finalmente consiguió dominar a su caballo; y hasta que lo hubo conseguido no tuvo el primer atisbo del resultado del choque primero. Media docena de corceles se estaban levantando y casi veinte más galopaban sin jinetes por el palenque. Más de veinticinco caballeros yacían en el campo, y el doble de escuderos y servidores corrían a pie a socorrer a sus amos.

Ya algunos de los caballeros habían vuelto a blandir las lanzas contra un enemigo, y Blake vió que uno de los del Sepulcro lo acometía a él; pero levantó el pedazo de la lanza rota para indicar que momentáneamente estaba fuera de combate, y galopó a rienda suelta hacia su extremo del palenque, donde lo esperaba Félez con otra lanza.

— ¡Bien feristeis, amado señor! — exclamó Félez.

— ¿He tumbado a mi hombre? — preguntó Blake.

— Sí, mi señor — le aseguró Félez radiante de orgullo y satisfacción. — Y maguer que hedes rotpido la vuestra lanza en la su adágara, lo habedes fecho caer del su caballo.

Armado de nuevo, Blake se volvió al centro del palenque, donde se sostenían otros encuentros individuales. Ya habían caído varios caballeros más, y los vencedores buscaban nuevos triunfos, a lo cual los ayudaban los espectadores con roncós gritos y consejos; y cuando Blake volvía al palenque, lo observaban muchos de las gradas del norte, ocupadas por los caballeros y siervos del Sepulcro.

— ¡El caballero negro! — exclamaban. — ¡Don Muño!



¡Evades el caballero negro que venció a don Suero! ¡Sus e a él, don Muño!

Don Muño, que estaba a un centenar de varas de distancia, puso la lanza en el ristre y gritó:

— ¡Aguardadvos, señor caballero negro!

— ¡Aquí espero, venga! — le gritó Blake, picando espuelas a su enorme corcel.

Don Muño era hombre recio, y montaba un soberbio ruano de velocidad de ciervo y corazón de león. Ambos habrían sido buenos contendientes para el mejor de los caballeros de Nimmr.

Acaso convino a la paz de espíritu de Blake que don Muño se le apareciera lo mismo que cualquier otro caballero, y que no supiese que era el más celebrado de todos los lidiadores del Sepulcro.

En realidad, todos los caballeros le parecían formidables a Blake, quien estaba todavía sin comprender cómo había desarzonado a su rival en el primer choque de aquel encuentro.

— El pobrecito debe de haber perdido los estribos — fué lo que se dijo mentalmente cuando Félez le anunció la victoria.

Pero puso la lanza en ristre como caballero bueno y leal, y se lanzó contra el temible don Muño. El del Sepulcro atacaba diagonalmente desde las tribunas del sur; y al otro lado de él Blake tuvo un atisbo de una figura esbelta y aniñada que estaba en pie en la tribuna central. No le pudo ver los ojos a aquella distancia, pero sintió que estaban fijos en él.

— ¡Por mi Princesa! — dijo entre dientes en el

momento de recibir la acometida de don Muño.

Quebráronse las lanzas en los escudos cuando los dos caballeros chocaron con aterradora fuerza, y Blake se sintió levantado en vilo de su silla y arrojado pesadamente al suelo.

Por fortuna no quedó atontado ni muy dolorido, y cuando se sentó en el suelo contrajo su rostro una sonrisa súbita, porque, apenas a un largo de lanza de él, se hallaba don Muño. Pero don Muño no sonreía.

— ¡Ira de Dios! — exclamó. — ¿Os sonrisades de mí, barragán?

— Si tengo yo la pinta tan cómica como usted — le aseguró Blake, — tiene usted también risa para todo el año.

Don Muño enarcó las cejas.

— ¡Me vala Dios! — exclamó. — Si vos sodes un caballero de Nimmr, so yo un sarraceno. ¿Quí sodes? La vuestra fabla non es del Val.

Blake, que se había levantado, se acercó a él preguntando:

— ¿Se hizo mucha pupa? ¡Vaya, le voy a echar una mano!

— Sodes, afé, un extraño señor caballero — dijo don Muño. — Agora viénem emiente que diciestes del caballo pöra ayudar a don Suero cuando lo teníades vencido.

— ¿Y qué tenemos con eso? — preguntó Blake. — Yo no le tengo hinch a usted. Nos hemos zurrado como los buenos y ya estamos listos. ¿Para qué nos hemos de quedar aquí mirándonos como dos pasmarotes?

Don Muño meneó la cabeza y confesó:

— Non vos entiendo, veramientre.

En esto sus respectivos escuderos y un par de criados habían llegado a ellos, pero ninguno de los dos derribados caballeros estaba tan maltrecho que no pudiese andar sin auxilio; y cuando emprendieron el camino hacia sus respectivas tiendas, Blake se volvió y sonrió.

— ¡Hasta la vista, compadre! — exclamó alegremente. — Espero que nos volveremos a encontrar cualquier día.

Moviendo todavía la cabeza, don Muño se alejó cojeando, seguido por los dos que habían llegado a auxiliarle.

En su tienda supo Blake que el resultado del Gran Torneo estaba aún en el fiel de la balanza, y todavía pasó media hora más antes que el último de los caballeros de Nimmr cayera vencido, dejando como vencedores en el campo a dos de los caballeros del Sepulcro; pero esto no era bastante para compensar la ventaja de cuatro puntos que los Fronteros tenían al comenzar el último encuentro, y un momento más tarde los heraldos anunciaron que los caballeros de Nimmr habían ganado el Gran Torneo por el escaso margen de dos puntos.

Entre las vociferaciones de los que ocupaban las tribunas del sur, los caballeros de Nimmr que habían tomado parte en el torneo y habían ganado los premios para los Fronteros formaron para entrar a caballo en el palenque y reclamar el gran premio. No todos estaban allí, porque algunos habían quedado muertos o heridos en



encuentros que habían seguido a sus victorias, aunque las bajas por ambas partes habían sido mucho menores de lo que Blake se imaginaba. Cinco hombres había muertos y acaso unos veinte harto maltrechos para cabalgar, pero las bajas se repartían por igual entre los dos bandos.

Mientras los de Nimmr cruzaban el campo para reclamar las cinco doncellas de la ciudad del Sepulcro, Bohún reunió a todos sus caballeros en su lado del palenque como preparándose para regresar a su campamento; y en el mismo instante un Caballero del Sepulcro, que llevaba el yelmo con piel de leopardo de los de Nimmr, entró en las tribunas por el lado sur del campo y se encaminó a la del príncipe Gobredo.

Bohún lo observó. Los caballeros de Nimmr se hallaban en el extremo más distante del palenque dedicados a las fórmulas rituales que las leyes del Gran Torneo prescribían para la recepción de las cinco doncellas.

Cerca de Bohún dos caballeros jóvenes, montados en sus corceles, tenían la vista clavada en su rey, y uno de ellos llevaba de la brida un palafrén sin jinete.

De pronto Bohún levantó la mano y picó espuelas al través del campo, seguido por sus dos caballeros, y avanzaron un poco hacia el extremo del palenque donde estaban congregados los de Nimmr, de suerte que el grueso de ellos vino a quedar entre aquel extremo de la liza y la tribuna de Gobredo.

Los caballeros jóvenes que se hallaban cerca de Bohún y el compañero de ellos que conducía el palafrén desmontado picaron espuelas en dirección a las tribunas de



Nimmr y la reservada al príncipe. Cuando llegaron delante de ella un caballero penetró en la tribuna por la espalda, arrebató a Guinalda entre sus brazos, se la pasó al caballero que estaba esperando para recibirla, saltó al borde de la baranda y cayó en la silla del corcel de repuesto que le tenían preparado; luego ambos dieron media vuelta y se alejaron al galope tendido, antes que el sorprendido Gobredo y quienes lo rodeaban pudieran alzar una mano para contenerlos. Detrás de ellos se lanzaron Bohún y los caballeros del Sepulcro, y todos se encaminaron hacia el campamento al través de los robles.

Reinó inmediatamente una algarabía espantosa. Un trompetero de la tribuna de Gobredo dió la voz de alarma; el príncipe corrió al lugar en que un palafrenero le sostenía su corcel; los caballeros de Nimmr, ignorantes de lo que había ocurrido, sin saber a quién incorporarse ni a quién perseguir, recorrieron un momento el palenque de un lado a otro...

Luego llegó Gobredo, picando espuelas a su caballo, y exclamando:

— ¡Bohún me ha llevado a la princesa Guinalda! ¡Caballeros de Nimmr!...

Mas antes que pudiera decir más ni dar órdenes a los suyos, un caballero negro montado en negro corcel picó espuelas por entre las filas de los circunstantes y se alejó en pos de los fugitivos caballeros del Sepulcro.

## CAPÍTULO XIX

### Lord Tarzán

Asomó una sonrisa repugnante a los labios de Tollog al ver cuán lindamente había engañado a Ateja, que quería prevenir al nasrany del complot fraguado para matarlo, y dió gracias a Alá por haberlo puesto en situación de interceptar el paso de la joven antes que los perdiera a todos; y en el momento en que Tollog, el hermano del jeque, sonreía por sus adentros, una mano salió de la oscuridad por detrás de él y lo agarró por la garganta... El bribón se sintió arrastrado...

Se sintió arrastrado al interior del *beyt* que fué de Zeyd y que se había preparado para el nasrany. Tollog luchó y trató de pedir socorro, pero estaba inerte en la zarpa de acero que lo sujetaba y asfixiaba.

Dentro del *beyt* una voz cuchicheó en su oído:

— ¡Grita, Tollog, y me obligarás a matarte!

En el mismo instante los dedos que le apretaban la garganta se aflojaron, pero Tollog no gritó, porque había conocido la voz que le hablaba y sabía que no profería vanas amenazas.

Permaneció en silencio mientras le ataban fuertemente las muñecas y los tobillos y le ponían una mordaza en la boca. Sintió que le echaban sobre la cara los pliegues de su albornoz, y después... silencio.

Oyó que Stimbol penetraba en el *beyt*, pero siguió pensando que era el mismo que lo había atado. Y así murió Tollog, el hermano de Ibn Jad, como había planeado que muriera Tarzán de los Monos.

Y sabiendo que moriría así, el gran Tarmangani sonreía al lanzarse hacia el sudeste por entre las ramas de la selva.

Tarzán no iba buscando a los beduínos, sino a Blake; y habiéndose cerciorado de que el hombre blanco del *menzil* de Ibn Jad era Stimbol, y de que nadie conocía el paradero del otro norteamericano, corría hacia el paraje en que, según le habían dicho los indígenas de Blake, había desaparecido su *bwana*, con la esperanza de encontrar su rastro y, si no podía auxiliarlo, por lo menos enterarse del destino que había tenido.

Tarzán avanzaba rápidamente, y sus insólitos sentidos de vista y olfato le ayudaban en gran manera a arrancar sus secretos a la selva; a pesar de lo cual tardó tres días en encontrar el sitio en que Ara el rayo había matado al escopetero de Blake.

Allí descubrió el débil rastro del joven norteamericano, que se encaminaba hacia el sur. Tarzán movió la cabeza, porque sabía que había una extensión de selva deshabitada entre aquel lugar y las primeras aldeas de los Gallas; y sabía también que, si Blake había sobrevivido al hambre y a la amenaza de las bestias feroces,

sólo habría sido para caer víctima de un venablo Galla.

Dos días había estado Tarzán siguiendo un rastro que ningún otro ser humano habría descubierto, y en la tarde del segundo llegó a una gran cruz de piedra erigida en el mismo centro de un sendero antiguo; pero Tarzán vió la cruz desde el escondite del follaje, porque avanzaba como los animales de presa, valiéndose de todos los refugios, recelando de todo objeto extraño, siempre dispuesto a huir o a luchar, según la ocasión lo exigiera.

Y así fué que no cayó ciegamente en manos de los dos hombres de armas que guardaban el camino exterior de la ciudad de Nimmr, pues a sus agudos oídos había llegado el sonido de sus voces mucho antes de verlos.

A la manera como Sheeta o Numa se aproximan a su presa, así Tarzán de los Monos se deslizó por entre la maleza hasta estar a poca distancia de los dos hombres de armas, y con gran asombro los oyó conversar en un idioma conocido pero extravagante en sus giros, que, si bien lo comprendía, le hacía el efecto de una lengua extranjera. Se maravilló de sus antiguos trajes y arcaicas armas, y en ellos vió una explicación de la desaparición de Blake y una indicación de su destino.

Un rato permaneció Tarzán observando a los dos con ojos fijos y sin pestañear, como si hubiera sido el mismo Numa, pesando las probabilidades de un ataque repentino. Vió que los dos estaban armados con fuertes lanzas y espadas. Hablaban su propio idioma hasta cierto punto, de manera que era posible que le dieran alguna noticia de Blake. Pero ¿lo recibirían amistosamente, o tratarían de acometerlo y matarlo?



Tarzán se dijo que no podría averiguar la actitud de los guardianes negros de la entrada del Valle del Sepulcro mientras permaneciera escondido en la maleza, de suerte que se recogió en sí mismo, como hace Numa cuando se percibe a saltar.

Los dos negros estaban charlando perezosamente, tan ajenos a la idea del peligro como podían estarlo, cuando súbitamente y sin aviso Tarzán se dejó caer sobre la espalda del más próximo, derribándolo al suelo; y antes que el otro pudiera darse cuenta, el Tarmangani había arrastrado a su víctima al escondite de la maleza de que acababa de salir, mientras el compañero del negro daba media vuelta y huía en dirección al túnel.

El hombre a quien Tarzán sujetaba se resistía y pugnaba por libertarse, pero el gigante blanco lo sostuvo con la misma facilidad que si se tratara de un niño.

— Estate quieto — le aconsejó, — y no te haré daño.

— ¡Me vala Dios! — exclamó el negro. — ¿Qué guisa de criatura sodes?

— Uno que no te hará mal si le dices la verdad — replicó Tarzán.

— ¿Qué queríades saber? — preguntó el negro.

— Un hombre blanco vino por aquí hace muchas semanas. ¿Dónde está?

— ¿Fablades de don Yago? — preguntó el soldado.

— ¿Don Yago? — se preguntó Tarzán; y luego recordó que en efecto Santiago era el nombre de pila de Blake. — Yago se llamaba — replicó. — Yago Blake.

— El mismo es — dijo el soldado.

— ¿Lo has visto? ¿Dónde está ahora?

— Ahora está puñando por el honor de Nuestro Señor don Jesucristo e de los caballeros de Nimmren el campo de ayuso de la cibdad; e si sodes venido a riebtar al nuestro don Yago, muchos fallaredes de caballeros fardidos e homnes de armas que acogerán el riebito en el su nombre.

— Soy su amigo — dijo Tarzán.

— ¿Por qué, pues, caístes sobre mí de tal guisa, si sodes amigo de don Yago? — preguntó el soldado.

— Porque ignoraba cómo lo habíais recibido a él y cómo me recibiríais a mí.

— Un amigo de don Yago siempre será bien acogido en Nimmr — dijo el negro.

Quitóle Tarzán la espada y le permitió levantarse. La lanza se le había ido de la mano antes de ser arrastrado a la maleza.

— Vé delante y llévame a tu amo — ordenó el Tarmangani; — y recuerda que me respondes de tu traición con tu vida.

— Non me fagades dexar la vía sin empara contra los sarracenos — suplicó el negro. — Cedo verná el mi camarada con otros e rogarles he que os leven do vos fuere aguisado.

— Bien — convino el Tarmangani; y no tuvieron mucho que esperar cuando se oyó ruido de pasos presurosos y un tintineo extraño, que podía ser producido por arrastrar de cadenas y el choque de objetos de metal contra ellas.

Poco después se sorprendió Tarzán al ver a un hombre blanco, vestido de loriga y armado de espada y adarga,

que bajaba corriendo por el sendero, seguido de una docena de soldados con picas.

— Diles que se detengan — ordenó Tarzán poniendo sobre el pecho del negro la punta de su propia espada.

— Diles que quiero hablar con ellos antes que se acerquen demasiado.

— Vos detened, vos lo ruego — exclamó el negro. — Aquí tenedes a un amigo de don Yago, mas pasarme ha con la mi espada si fincades muy cercas. Fablad vos con él, noble señor caballero, ca quisiera vivir pora saber el fin del Grand Torneamiento.

El caballero se había detenido a pocos pasos de Tarzán, y lo miraba de pies a cabeza.

— ¿Sodes en vero amigo de don Yago? — le preguntó.

— Buscándole ando hace días — replicó Tarzán moviendo afirmativamente la cabeza.

— ¿E vos cunrió una auze mala e habedes perdido la vuestra vestidura?

El Tarmangani sonrió al contestar:

— Siempre voy así por la selva.

— ¿E sodes un señor caballero e de la misma tierra que don Yago?

— Yo soy inglés — replicó Tarzán de los Monos.

— ¿Inglés? ¡Tres veces bien venido a Nimmr! Yo so don Beltrán e buen amigo de don Yago.

— Y a mí me llaman Tarzán — replicó el Tarmangani.

— ¿E el vuestro estado? — preguntó cortésmente don Beltrán.

Tarzán estaba perplejo ante las extrañas maneras y atavío de aquel interrogador al parecer amigable, pero se dijo que, cualquiera que fuese el hombre, procedía con toda seriedad, y se sentiría más impresionado al saber que Tarzán era hombre de alcurnia y categoría, por lo cual respondió tranquilamente y sin mentir:

— Vizconde soy.

— ¡Un par del reino! — exclamó don Beltrán. — El príncipe Gobredo será asaz alegre de vos recibir, lord Tarzán. Venid conmigo, e darvos he vestidos aguisados.

En la barbacana exterior llevó don Beltrán a Tarzán de los Monos a los aposentos reservados al caballero que mandaba a los guardianes, y lo tuvo allí mientras enviaba a su escudero al castillo en busca de ropas y de un corcel; y en tanto que aguardaban, don Beltrán contó a lord Greystoke todo lo que le había ocurrido a Blake desde su llegada a Nimmr, y asimismo mucha parte de la extraña historia de aquella desconocida colonia inglesa.

Cuando volvió el escudero con las ropas, se vió que al Tarmangani le sentaban muy bien, pues don Beltrán era hombre corpulento; y pronto Tarzán de los Monos estuvo convertido en un caballero de Nimmr y emprendió el trote hacia el castillo con don Beltrán. Allí el caballero lo anunció en la puerta como lord Vizconde Tarzán; y una vez dentro, lo presentó a otro caballero a quien persuadió a que lo relevara en la puerta mientras él conducía a Tarzán al palenque, para ser presentado a Gobredo y para que presenciara el lance final del torneo, si no había terminado ya antes de su llegada.



Y así fué que Tarzán de los Monos, vestido con loriga de cota de malla y armado con espada y lanza, penetró en el Valle del Sepulcro en el momento en que Bohún ponía por obra su infame proyecto y se llevaba robada a la princesa Guinalda.

Mucho antes de llegar al campo don Beltrán se percató de que algo grave ocurría, porque veía las nubes de polvo que corrían rápidamente hacia el norte alejándose del palenque, como si una hueste de caballeros persiguiera a otra. Picó espuelas a su corcel, y Tarzán hizo lo propio; y así llegaron a carrera tendida a la palestra, donde se encontraron una confusión indescriptible.

Las mujeres montaban en sus palafrenés para volverse a Nimmr bajo la escolta de unos pocos caballeros enviados por Gobredo para protegerlas. Los hombres de armas se formaban en compañías, pero todo se hacía de un modo confuso, pues de cuando en cuando gran número de los congregados se precipitaban hasta las partes más elevadas de las tribunas para mirar hacia el norte, en dirección a las nubes de polvo que no les revelaban nada.

Don Beltrán se acercó a uno de sus compañeros.

— ¿Qué ha cuntido? — le preguntó.

— ¡Bohún ha robado a la princesa Guinalda e levádosela! — fué la asombrosa respuesta del interpelado.

— ¡Ira de Dios! — exclamó Beltrán refrenando su corcel. — ¿Queredes cabalgar conmigo al servicio de la nuestra princesa, lord Tarzán?

En respuesta Tarzán de los Monos espoleó a su corcel hasta ponerlo al lado del de don Beltrán, y estribo con estribo partieron los dos por la llanura, en tanto que,

muy lejos de ellos, Blake se acercaba cada vez más a los fugitivos caballeros del Sepulcro.

Tan densa era la nube de polvo que levantaban, que quedaban ocultos a su perseguidor lo mismo que éste a ellos, y por eso no se dieron cuenta de que Blake les iba a los alcances.

El norteamericano no tenía ni lanza ni escudo, pero su espada le golpeaba las piernas y de su cadera derecha pendía su revólver de cuarenta y cinco. Dondequiera que iba armado, desde su entrada en Nimmr, llevaba consigo aquella arma de otro mundo y otra edad.

A las preguntas de los curiosos había contestado que era un amuleto que usaba; pero por dentro pensaba que algún día podría servirle de mucho más que lo que podían soñar aquellos sencillos caballeros y damas.

Proponíase no valerse de él más que en combate, o como último recurso contra un número abrumador o contra procedimientos desleales; pero se alegraba de llevarlo aquel día, porque podía significar la diferencia entre la libertad y el cautiverio de la mujer que amaba.

Lentamente se iba acercando a los últimos caballeros del Sepulcro, cuyas cabalgaduras, criadas y adiestradas para la mayor resistencia, y acostumbradas a sostener el gran peso del hombre y de la cota de malla, mantenían un vivo paso aun después de la primera arrancada al galope con que habían salido del palenque de Nimmr.

Brotaba el polvo en nubes de los herrados pies de los caballos. Al través de él avanzaba Blake como a tien-

tas, entre vagos atisbos de hombres montados delante de él. Su negro caballo, poderoso, ágil, valiente, no mostraba señales de fatiga. El jinete llevaba la espada en la mano, apercibida. Ya no era un caballero negro, sino gris. La loriga, el yelmo, las ricas gualdrapas de su caballo, y el caballo mismo, estaban grises de polvo.

Blake vió un momento a un caballero a quien se iba acercando lentamente. Aquel caballero era gris. Como un rayo comprendió Blake el valor del «camouflage» que la casualidad le había impuesto. Podía cabalgar por entre los enemigos, sin que éstos sospecharan que no era uno de ellos.

Inmediatamente envainó su acero y siguió avanzando, pero se desvió un poco del caballero al dejarlo atrás. Haciendo tomar a su corcel un galope algo más tendido que el de los otros, se metió por entre las filas de los caballeros de Bohún. Alguno de ellos debía de llevar a alguien en la silla, y a él era al que buscaba el joven.

Cuanto más cerca llegaba de la cabeza de la columna, mayor era el peligro de ser descubierto, porque el polvo era menos denso y los hombres podían ver a mayor distancia; pero su armadura, su cara, la piel de leopardo de su yelmo, estaban cubiertos de una capa gris de polvo; y aunque los caballeros lo miraron atentamente al pasar, no lo reconoció ninguno de ellos.

Una vez lo llamó uno.

— ¿Sodes vos, Percival? — le preguntó.

— No — replicó Blake; y galopó algo más de prisa.

A la sazón veía confusamente delante de sí a varios caballeros muy apiñados, y una vez creyó atisbar por



un segundo las flotantes vestiduras de una mujer. Acercándose más hasta ponerse a su espalda, vió, rodeada de caballeros, a una doncella sujeta por uno de los jinetes, que la llevaba delante.

Sacando la espada, Blake se metió en derechura entre los dos caballeros que cabalgaban al lado del que llevaba a la princesa Guinalda. Tan rápida se desarrolló la escena subsiguiente, que los caballeros que cabalgaban apenas a la distancia del brazo de Blake no tuvieron tiempo de comprender lo que ocurría ni de evitarlo.

Blake pasó el brazo izquierdo por la cintura de la princesa, y al mismo tiempo asestó una estocada por cima de su hombro, traspasando con su hoja el cuerpo del joven caballero que llevaba a Guinalda; luego picó espuelas, arrebatando a la doncella de los muertos brazos del caballero, que cayó de cabeza al suelo.

La espada de Blake se le escapó de la mano. Tan honda la había hincado en el cuerpo del caballero que había osado cometer aquel agravio contra la mujer amada.

Surgieron gritos de rabia en torno de él cuando los caballeros picaron espuelas en su persecución, y el caballo negro echó a correr sin guía que le sujetara las riendas. Un enorme guerrero apareció junto a la espalda de Blake, y otro se acercaba por el lado contrario. El primero levantó su espada alzándose en los estribos, y el segundo llegaba casi al cuerpo de don Yago con la punta de la suya.

Extraños juramentos brotaron de los labios de ambos, y sus semblantes estaban contraídos por la rabia al intentar quitar la vida al audaz cababallero que casi había



frustrado su empresa; pero no creían ni remotamente que lo consiguiera, porque era uno contra mil.

Entonces ocurrió una cosa cuyo igual no conocieron jamás ellos ni sus progenitores. Un revólver de cuarenta y cinco, de cañón azul, salió de la pistolera del norteamericano; se sintió una fuerte detonación, y el caballero de la derecha de Blake se desplomó al suelo de cabeza. El joven se volvió en su silla y disparó contra el caballero del otro lado, a quien dió la bala entre los ojos.

Aterrados, los corceles de los demás caballeros cercanos, que podían haber amenazado a Blake, salieron desbocados, lo mismo que el gran caballo negro que montaba el joven; pero mientras éste trataba de volver a guardar el arma en la pistolera y de coger las riendas con la mano derecha, se inclinó hacia la izquierda y así obligó al corcel lentamente a volverse en la dirección en que quería llevarlo, pues su plan era cortar la línea de los caballeros del Sepulcro, y encaminarse al sur en dirección a Nimmr.

Estaba seguro de que Gobredo y sus secuaces debían de llegar cerca, y de que no pasarían sino unos minutos sin que Guinalda estuviera en salvo detrás de un millar de caballeros o más, cualquiera de los cuales daría su vida por ella.

Pero los caballeros del Sepulcro habían desplegado un frente mucho más ancho de lo que Blake había previsto. De suerte que no tardó en verlos llegar rápidamente por su izquierda, y se vió obligado a torcer en dirección algo más al norte.

Cada vez más cerca llegaban y de nuevo el norteamericano se vió obligado a soltar las riendas y a tirar de su

cuarenta y cinco. Un disparo envió a los corceles de los amenazadores caballeros, retrocediendo y brincando, lejos del aterrador sonido, y produjo en el de Blake un nuevo ataque de pánico que casi dió por resultado que el jinete y la princesa quedaran desmontados.

Pero cuando al fin Blake recobró el dominio del bruto, la nube de polvo que marcaba la posición de los caballeros del Sepulcro estaba muy atrás, y a la izquierda, muy cerca, había un bosque grande, cuyas oscuras profundidades ofrecían un refugio siquiera momentáneo.

Refrenando rápidamente el caballo al llegar a él, don Yago bajó dulcemente a Guinalda al suelo. Luego desmontó, y ató al animal a un árbol, porque estaba agotado después de lo que había pasado aquel día desde su primera entrada en la palestra, y el caballo estaba también exhausto.

Quitó las gualdrapas y la pesada silla del lomo del animal y el freno de la boca, volviéndole a poner algo de las primeras para que no se enfriara; y ni una sola vez dirigió la vista a la princesa hasta que terminó de atender al noble bruto.

Luego se volvió a mirarla, y la vió apoyada en un árbol, en pie y contemplándolo.

— Fardido sodes, señor caballero — dijo con dulzura; y añadió a continuación: — Mas también un villano.

Blake sonrió maquinalmente. Estaba cansadísimo y no tenía ganas de discusiones.

— Siento tener que pedirle a usted una cosa — dijo sin hacer caso de las palabras de la princesa, — pero a este Galahad es preciso hacerle andar un poco hasta

que se refresque, y yo estoy hecho migas y no puedo.

La princesa Guinalda lo miró con los ojos muy abiertos de asombro.

— ¿He de ser yo qui lo faga? — balbució. — ¿Yo? ¿La princesa?

— Yo no puedo, Guinalda — replicó Blake. — Le digo a usted que no puedo más, después de arrastrar todo este hierro desde la salida del sol. Creo que tendrá que ser usted la que lo haga.

— ¿Terné? ¿Osades mandarme, rafez?

— ¡Déjese de pamplinas, niña! — dijo Blake secamente. — Soy responsable de la seguridad de usted, y todo puede depender del caballo. Haga lo que le digo. Hágale dar unos paseos despacito.

Viéronse lágrimas de rabia en los ojos de la princesa Guinalda, que se disponía a contestar airadamente, pero en la mirada de Blake vió algo que le impuso silencio. Lo contempló un rato largo, y luego dió media vuelta y se acercó al caballo. Desató la cuerda que al árbol lo sujetaba y le hizo dar unos paseos muy despacio, en tanto que Blake se sentaba recostado contra otro árbol y miraba por la llanura a ver si veía señales de persecución.

Mas no había tal persecución, porque los caballeros de Nimmr habían alcanzado a los del Sepulcro, y las dos fuerzas estaban sosteniendo un combate que las alejaba cada vez más hacia la ciudad del rey Bchún, en la parte norte del Valle.

Guinalda hizo pasear al caballo durante media hora, en absoluto silencio, y en la misma actitud miraba Blake



hacia el valle. De pronto se volvió hacia la princesa y se puso en pie.

— Basta ya — dijo acercándose a ella. — Gracias. Ahora le daré unas friegas. Antes estaba demasiado cansado para hacerlo.

Sin decir palabra le entregó Guinalda la cuerda del corcel, y con unas hojas secas don Yago lo frotó desde el hocico a la grupa. Cuando terminó, le volvió a poner las gualdrapas y fué a sentarse al lado de la doncella.

Fijó los ojos en su perfil, en su nariz recta, en su breve labio superior, en su orgullosa barbilla.

— Es bella — pensó Blake, — pero egoísta, arrogante y cruel.

Mas cuando Guinalda volvió a él los ojos, aunque pasaron por él como si no lo vieran, su mirada pareció desmentir todo lo que estaba pensando el joven.

Observó éste que los ojos de Guinalda no estaban nunca quietos. Su mirada vagaba de un sitio a otro, pero singularmente se clavaba en las profundidades del bosque o subía por entre las fróndas de los árboles. Una vez la princesa se estremeció de susto y se volvió con súbito movimiento a mirar al bosque atentamente.

— ¿Qué es? — preguntó Blake.

— Cuidaba que alguna cosa se engrameaba en la montaña — dijo. — Vamos de aquí.

— Es casi de noche — replicó Blake. — Cuando esté oscuro podremos llegar a Nimmr sanos y salvos. Puede que la estén buscando a usted todavía algunos de los caballeros de Bohún.



— ¿Qué? — exclamó la princesa. — ¿Fincar aquí hasta la noche? ¿Non sabedes dó somos?

— Pues ¿qué tiene de particular este sitio? — preguntó el caballero.

La princesa se inclinó hacia él, con los ojos desorbitados de terror.

— ¡Es el Monte de los Leopardos! — cuchicheó.

— ¿Ah, sí? — preguntó Blake maquinalmente.

— Aquí moran los grandes leopardos de Nimmr — prosiguió la princesa, — e cuando es nochecido, sólo un campamento con muchas atalayas e fogueras es seguro de ellos, e non siempre aun, ca a veces cuntió caer sobre una atalaya e llevarla a la Montaña, pora comerla.

»Mas non pensaba — continuó con una mirada que respondía a un nuevo pensamiento, — en la vuestra arma extraña e atronadora, con que hedes ferido a esos caballeros de Bohún. Afé que con ella podredes matar todos los leopardos del mundo.

Titubeó Blake, no sabiendo si desengañarla y aumentar sus terrores.

— Acaso — dijo, — sea mejor partir ahora, pues el camino es largo y pronto será oscuro.

Diciendo estas palabras se acercó a Galahad. Había llegado casi al corcel cuando éste levantó la cabeza, y con las orejas enhiestas y los ollares dilatados miró a las sombras del bosque que se condensaban. Un instante tembló el bruto como la hoja en el árbol, y de pronto, con un terrible relincho, echó todo su peso sobre la cuerda que lo sujetaba, la partió de un tirón, dió media vuelta y emprendió la carrera hacia la llanura.

Blake sacó su revólver y miró al bosque, pero no vio nada; y su atrofiado sentido del olfato no pudo percibir el olor que tan claramente había llegado a los ollares de Galahad el caballo.

Unos ojos que Blake no veía lo observaban, pero no eran precisamente los de Sheeta el leopardo.

---

## CAPÍTULO XX

### «¡Te amo!»

Lord Tarzán cabalgaba con don Beltrán detrás de los caballeros de Nimmr, mas no los alcanzaron hasta después de haberse llevado Blake a Guinalda lejos de la batalla que sobrevino entre las huestes de Gobredo y los caballeros del Sepulcro.

Cuando se acercaron, vió Tarzán de los Monos a caballeros que trababan singulares combates a muerte. Vió que uno de los de Nimmr caía bajo la lanza de un adversario, y entonces el vencedor se fijó en Tarzán.

—¡A vos, señor caballero! — gritó el del Sepulcro, y entristró la lanza y picó espuelas a su corcel.

Aquella era una nueva aventura para el Tarmangani, y cada nueva aventura significaba para él una emoción nueva. Del arte de las justas sabían tan poco como del *ping-pong*, pero como desde niño estaba acostumbrado a blandir un venablo, sonrió intrépido cuando el caballero de hierro le acometió como un rayo.

Lord Tarzán esperó, y el caballero del Sepulcro se sintió desconcertado al ver que su adversario le aguarda-

ba inmóvil, sin preparar siquiera su lanza para recibirlo.

Don Beltrán había refrenado su caballo para presenciar el combate y observar cómo se comportaba el caballero inglés, y él también se sintió perplejo. ¿Era que se había vuelto loco, o que temía el resultado?

Cuando se le acercó su antagonista, Tarzán se alzó en los estribos, levantó el brazo de su lanza muy por cima y detrás de la cabeza, y cuando la punta del arma de su adversario estaba aún a cinco pasos de él, el Tarmangani lanzó su pesado proyectil como tantas veces había lanzado su venablo de caza o de guerra en el bosque o en el combate.

No era el vizconde Greystoke el que hacía frente al caballero del Sepulcro; no era el rey de los grandes monos; era el jefe de los waziris, y no había brazo en el mundo que fuera capaz de arrojar como él un venablo de guerra.

Salió su arma disparada hacia adelante, recta como una flecha. Dió en el escudo del caballero del Sepulcro encima de la empuñadura, y, haciendo astillas, la fuerte madera penetró en el corazón del guerrero; y en el mismo instante tiró Tarzán de las riendas a su caballo para apartarlo, al punto en que pasaba por su lado el de su derribado antagonista.

Don Beltrán meneó la cabeza y picó espuelas para hacer frente a un guerrero que acababa de lanzarle su reto. No estaba seguro de que el acto de Tarzán hubiera sido perfectamente ético, pero no podía menos de confesarse que había sido magnífico.



La suerte de la batalla condujo a Tarzán de los Monos hacia el oeste. Perdida su lanza, luchaba sólo con la espada. La suerte y su enorme fuerza y portentosa agilidad le dieron la victoria en dos encuentros, cuando ya el campo principal del combate se había desplazado hacia el nordeste.

Tarzán había dado cuenta de su segundo enemigo desde que perdió la lanza, y un caballero del Sepulcro había matado a uno de Nimmr. Ahora quedaban él y Lord Greystoke solos en el campo, y el otro sin pérdida de momento vociferó su desafío al Tarmangani.

En su vida había visto Tarzán unos hombres tan feroces y osados, tan ávidos de pelea. El observar que se deleitaban en la lucha y en la muerte, con un ansia terrible que rebasaba el más enloquecido fanatismo que vió en su vida, llenó de admiración el pecho de Tarzán de los Monos. ¡Qué hombres! ¡Qué guerreros!

El último caballero cerraba contra él, y sus espadas chocaron con los escudos apercebidos. Los dos rivales dieron media vuelta y se golpearon de nuevo. Pasaron de largo y picaron espuelas para acometerse otra vez. Los dos se levantaron en sus estribos para asestar un tajo formidable; los dos intentaban hender el cráneo del adversario.

La hoja del caballero del Sepulcro resbaló en el escudo de Tarzán y fué a herir el cráneo de su caballo, pero el filo del Tarmangani cumplió como bueno.

Al caer su caballo, el gigante blanco se puso en pie de un salto, en el momento en que su rival caía muerto a sus pies, en tanto que el desmontado corcel del caba-

llero muerto galopaba en dirección a la Ciudad del Sepulcro.

Tarzán miró en torno. Se hallaba solo en el campo. Muy al norte y al este vió la polvareda del combate. La ciudad de Nimmr estaba al otro lado de la llanura hacia el sur. Cuando terminara la lucha, hacia allí se encaminaría Blake, y a Blake era a quien Tarzán de los Monos quería encontrar. Y ya se ponía el sol tras las colinas occidentales cuando el gran *Bwana* se encaminó hacia Nimmr.

La loriga que llevaba era pesada, caliente e incómoda, y no había andado mucho cuando se decidió a quitársela. Tenía su cuchillo y su cuerda, que le acompañaban siempre; pero dejó la espada con la armadura y con un suspiro de satisfacción continuó su camino.

Ibn Jad, al cruzar el valle desde la ciudad de Bohún hacia la que había visto en el lado opuesto, se sintió perplejo al observar las grandes nubes de polvo que levantaban los caballeros del Sepulcro y sus perseguidores los de Nimmr.

Viendo un bosque cercano, a su derecha, creyó más prudente buscar el escondite de sus sombras hasta averiguar más de lo que producía la densa polvareda, que iba acercándose rápidamente.

Dentro del bosque hacía fresco, y allí se detuvieron Ibn Jad y sus secuaces.

— Quedémonos aquí — insinuó Abd-el-Aziz, — hasta la noche, en que podremos acercarnos a la ciudad protegidos por las tinieblas.

Aprobó Ibn Jad el plan, y acamparon en el mismo lindero del bosque, observando la polvareda que pasaba y continuaba en dirección a la Ciudad del Sepulcro.

— ¡*Billah!* ¡Suerte hemos tenido al escaparnos de esa aldea antes del regreso de esa hueste! — dijo Ibn Jad.

Vieron que un jinete entraba en el bosque o pasaba por el sur del mismo, pues no lo pudieron determinar exactamente; pero no les interesaban los jinetes solos, ni ninguno en particular, y por eso no hicieron investigaciones. Aquél parecía llevar consigo a otra persona, o un bulto grande. A distancia no podían precisarlo.

— Acaso — dijo Abd-el-Aziz — encontraremos un tesoro más grande en la ciudad del sur.

— Y acaso a la hermosa mujer de que hablaba el *sáhar* — añadió Ibn Jad, — pues no estaba en la ciudad de que hemos salido esta mañana.

— Allí había algunas muy hermosas —apuntó Fahd.

— La que yo busco es más bella que una hurí — dijo Ibn Jad.

Cuando reanudaron la marcha poco antes de oscurecer, lo hicieron avanzando con grandes precauciones por el mismo lindero del bosque. Habían recorrido acaso una milla cuando los que iban delante oyeron voces. Ibn Jad destacó a uno a que investigara.

No tardó en regresar el hombre, con los ojos relucientes de excitación.

— Ibn Jad — dijo en cuchicheos, — no es preciso que sigas buscando; la hurí está ahí mismo.

Siguiendo la indicación del beduino, el jeque a la



cabeza de sus compañeros, penetró más dentro del bosque y se acercó a Blake y a Guinalda por el oeste. Cuando Galahad rompió su atadura y Blake sacó su cuarenta y cinco, Ibn Jad comprendió que no podían permanecer escondidos más tiempo, y llamó a Fahd a su lado.

— Muchos de los nasranys hablaban la lengua que tú aprendiste entre los soldados del norte — dijo; — dirígete, pues, a ese en el mismo idioma, diciéndole que somos amigos y que nos hemos extraviado.

Cuando Fahd vió a la princesa Guinalda, sus ojos se estrecharon y tembló su cuerpo casi como el del hombre acometido de tercianas. En su vida había visto más hermosa mujer; jamás había soñado que una hurí pudiera ser tan bella.

— ¡No dispares! — gritó a Blake desde el escondite de unas malezas. — Somos amigos y estamos extraviados.

— ¿Quién eres? — preguntó Blake, sorprendido al oír hablar en francés en el Valle del Sepulcro.

— Somos unos pobres hombres del país del desierto — replicó Fahd. — Estamos perdidos. Ayúdanos a encontrar el camino, y la bendición de Alá caerá sobre ti.

— Sal, que yo te vea — dijo Blake. — Si eres amigo no tienes por qué temerme. Bastantes apuros hemos pasado ya.

Salieron a la vista Fahd e Ibn Jad, y al contemplarlos Guinalda dió un grito y se agarró al brazo de Blake.

— ¡Los sarracenos! — exclamó.

— Sí, son sarracenos, no hay duda — respondió Bla-



ke, — pero no se preocupe usted, que no le harán daño.

— ¿Non lo farán a un cruzado? — preguntó ella incrédulamente.

— Esos tipos no han oído nunca hablar de cruzados.

— Desplázme cómo me catan los sus ojos — cu-chicheó Guinalda.

— Y a mí también, pero tal vez no tienen mala intención.

Con muchas sonrisas los árabes se apiñaron en torno de los dos, y por conducto de Fahd repitió Ibn Jad sus protestas de amistad y su alegría de encontrarse con uno que los podía sacar del valle. Hizo muchas preguntas acerca de la ciudad de Nimmr, en tanto que sus secuaces se iban acercando más y más a Blake.

De pronto todas las sonrisas desaparecieron de los semblantes, y, a una señal del jeque, cuatro fornidos beduinos saltaron sobre el norteamericano y lo derribaron al suelo, arrancándole el revólver, mientras que otros dos se apoderaban de la princesa Guinalda.

En un momento estuvo Blake fuertemente atado, y los árabes discutieron qué debían hacer con él. Unos querían rebanarle la garganta, pero Ibn Jad se opuso a ello, ya que estaban en un valle lleno de los amigos de aquel hombre, y si los vaivenes de la guerra arrojaban a algunos de los suyos en manos del enemigo, los cautivos árabes saldrían mejor librados perdonando la vida al norteamericano.

Blake amenazó, prometió, rogó que dieran libertad a Guinalda, pero Fahd se limitó a reírse de él. Un momento pareció casi seguro que iban a matar al jo-

ven, pues uno de los beduínos estaba a su lado con una aguda *khusa* en la mano, esperando la orden de Ibn Jad.

Fué entonces cuando Guinalda se desasíó de los que la sujetaban y se precipitó sobre Blake para proteger con el suyo el cuerpo del joven.

— ¡Non lo matarás! — exclamó. — ¡Prende la mi vida si quieres sangre de cristianos... mas a él perdónalo!

— No la entienden a usted, Guinalda — dijo Blake. — Tal vez no me maten; pero eso no importa. Usted tiene que escaparse de ellos.

— ¡Oh! Non deben mataros, matar non vos han. ¿Podredes perdonarme las cruezas que fablé? ¡Non las dixé de corazón! Firió la mi altiveza lo que Bermudo me contó que habíades fablado de mí, e las mis razones querían ferirvos, mas non las dixé de corazón. ¿Podredes perdonarme?

— ¿Perdonarte? ¡Dios te bendiga! ¡Un asesinato te perdonaría! Pero ¿qué me imputó Bermudo?

Guinalda movió la cabeza.

— Non fago emiente agora. Non m'incal lo que dixiestes... Vos lo perdono. Decidme agora otra vez la razón que me fablastes cuando puse la mi cinta en la vuestra loriga, e vos todo lo perdonaré.

— ¿Qué dijo Bermudo? — insistió Blake severamente.

— Que alabado vos habíades de ganarme e luego aviltar el mi amor — cuchicheó la princesa.

— ¡Canalla! Pero tú sabrás que mentía, Guinalda.

— Decídmelo eso que vos pido e sabré agora que mentía — musitó ella.

— ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo, Guinalda! — exclamó Blake.

Los árabes pusieron sus pesadas manos sobre la princesa y la levantaron del suelo. Ibn Jad y los otros estaban aún discutiendo el destino de Blake.

— ¡Por Alá! — exclamó el jeque al fin. — Dejaremos al nasrany donde está, y si se muere nadie podrá decir que lo mataron los beduínos.

»Abd-el-Aziz — continuó, — coge unos hombres y continúa por el valle a la otra ciudad. Vamos, que yo te acompaño, y hablaremos sin que nos oiga este nasrany, que tal vez entiende de nuestra lengua más de lo que nosotros nos figuramos.

Cuando se dirigían hacia el sur, Guinalda trató otra vez de libertarse de sus captores, pero ellos la arrastraron consigo. Hasta que Blake dejó de verla siguió luchando con el rostro vuelto hacia el joven; y cuando se ocultaron a su vista detrás de los árboles, la doncella pronunció en la noche dos palabras que significaban para él más que todos los idiomas del mundo combinados: una repetición de su propia frase: «¡Te amo!».

A cierta distancia de Blake los árabes se detuvieron.

— Le dejo aquí, Abd-el-Aziz — dijo Ibn Jad. — Vé a ver si la ciudad parece rica, y si está demasiado custodiada no intentes saquearla, sino vuelve al *menzil* al otro lado de la cima al norte del de ahora, o si lo trasladamos dejaremos un rastro claro para que puedas seguirnos.



»Yo me apresuraré a salir del valle con este rico tesoro que ahora tenemos, y en el que figura como joya principal esa mujer. ¡*Billah!* En el norte nos valdrá el rescate de una docena de jeques. ¡Vé, Abd-el-Aziz, y Alá sea contigo.

Ibn Jad se volvió directamente al norte. Su opinión de que el gran cuerpo de jinetes que había visto en la distante polvareda volvía a la ciudad saqueada por él, le disuadía de su tentativa de salir del valle por el mismo camino que le había dado entrada; por lo cual resolvió intentar la subida por las empinadas montañas en un punto situado al oeste de la Ciudad del Sepulcro, evitando así el castillo y a sus defensores.

Don Yago oyó cómo los pasos de los beduínos se retiraban y se perdían a lo lejos. Luchó con sus ligaduras, pero el cuero de camello era resistente. Luego se quedó inmóvil. ¡Cuán silencioso y solitario el grande y negro bosque, el Bosque de los Leopardos! Blake prestó el oído. De un momento a otro esperaba sentir rumor de patas acolchadas, el roce de algún cuerpo peludo que se aproximara por la maleza. Pasaron lentísimos los minutos. Pasó una hora.

Salió la luna, una luna grande y roja que navegaba silenciosamente por detrás de las distantes montañas. Aquella luna estaba alumbrando a Guinalda lo mismo que le alumbraba a él. El joven cuchicheó un recado para su princesa. Era la primera vez que Blake se enamoraba, y casi se olvidó de sus ligaduras y de los leopardos, re-



cordando las dos palabras que Guinalda le había dicho en el instante de la separación...

¿Qué era aquello? Blake puso en tensión los ojos para mirar a la oscuridad del sombrío bosque. Algo se movía. Sí, era el son de unas patas furtivas y acolchadas, el roce de un cuerpo peludo contra ramas y hojas... Estaba acercándose un leopardo del bosque.

¿Cómo? Debía de haber otro en un árbol cercano, porque Blake estaba seguro de ver una forma oscura casi encima de él.

La luz de la luna, brillando cerca del horizonte oriental, penetraba por entre los árboles e iluminaba el terreno en que yacía Blake, y como unas doce varas más allá del joven.

De pronto en aquel espacio iluminado penetró un enorme leopardo.

Blake vio los relucientes ojos y sintió que lo abrazaban como fuego; no le era posible apartar los suyos de la enorme figura que ejercía sobre él una terrible fascinación.

El carnívoro se agachó y avanzó hasta más cerca. Pulgada a pulgada se deslizaba hacia él como con la estudiada crueldad de una tortura premeditada. Vió Blake la sinuosa cola que azotaba los costados de la fiera. Vió abiertas las grandes fauces. Vió que el leopardo se pegaba al suelo con los músculos en tensión. ¡Iba a dar el salto! Inerme, horrorizado, Blake no podía apartar sus ojos de la temible y rugiente cabeza.

Lo vió dar un brinco súbito con la ligereza y agilidad de un gato doméstico, y en el mismo instante atisbó

algo que culebreaba en el aire. El leopardo se detuvo a la mitad del salto, como impulsado hacia atrás, y los asombrados ojos de Blake observaron que algo lo izaba hasta un árbol que dominaba el paraje.

Vió la sombría figura que había vislumbrado antes, pero entonces notó que era un hombre y que izaba al leopardo con una cuerda que se había ceñido al cuello de la fiera en el momento de levantarse ésta para caer sobre su víctima.

Rugiendo, moviendo las terribles garras, Sheeta el leopardo se vió arrastrado hacia arriba. Una mano poderosa avanzó hasta coger al gran felino por la piel del cuello, y otra mano clavó un cuchillo en el salvaje corazón.

Cuando Sheeta dejó de luchar y quedó inmóvil y colgado de la cuerda, la mano lo soltó y el cadáver del felino cayó al suelo al lado de Blake. En seguida la majestuosa figura de un hombre blanco casi desnudo se descolgó ligeramente al suelo cubierto de hojas.

Blake profirió una exclamación de sorpresa jubilosa.

— ¡Tarzán de los Mones! — gritó.

— ¿Blake? — preguntó el Tarmangani; y continuó: — ¡Por fin! Y por lo visto lo he encontrado a usted en un momento supremo.

— ¡A ver si no! — exclamó Blake.

Tarzán soltó las ligaduras que sujetaban al norteamericano.

— ¿Me buscaba usted? — le preguntó éste.

— Desde que supe que se había separado usted de su *safari*.

— ¡Demonio! ¡Es usted un gran hombre!

— ¿Quién le ha dejado a usted aquí de ese modo?

— Una pandilla de árabes.

Una especie de gruñido brotó de los labios de Tarzán.

— ¿Está aquí ese bribón de Ibn Jad? — preguntó con incredulidad.

— Se han llevado a una joven que estaba conmigo — dijo Blake. — No necesito pedirle a usted que me ayude a rescatarla.

— ¿Por dónde se han ido? — preguntó Tarzán.

— Por allá — replicó Blake señalando hacia el sur.

— ¿Cuándo?

— Hará como una hora.

— Más vale que suelte usted los restos de esa armadura — aconsejó Tarzán, — pues con ella el andar es un tormento. Yo ya lo he probado.

Con la ayuda del Tarmangani, Blake se despojó de su loriga, y los dos partieron siguiendo el evidente rastro de los árabes. En el punto en que Ibn Jad se había vuelto hacia el norte, se sintieron perplejos en cuanto a cuál de las dos pistas debían seguir, porque allí las huellas de Guinalda, que Tarzán de los Monos había encontrado a trechos desde que abandonaron el sitio en que raptaron a la joven, desaparecían por completo.

Preguntábanse qué habría sido de ellos, y no podían saber que allí, cuando vió la princesa que Ibn Jad se disponía a volver con ella lejos de Nimmr, se negó a seguir andando. No había protestado mientras se acercaban a su ciudad, pero se negó en absoluto a prestarse a su propio rapto cuando vió que la alejaban de los suyos.



La escasa brisa que había soplabla del este, anulaba el valor del olfato de Tarzán de los Monos, que no podía averiguar ni siquiera en qué dirección ni con cuál de las partidas iba Guinalda.

— La presunción más racional — dijo Tarzán — es que la princesa se halle en la que se dirige al norte, porque sé que el *menzil* de Ibn Jad está en esa dirección. El no ha entrado en el valle por el sur. Lo sé porque yo he venido por ese sitio, y don Beltrán me aseguró que no hay más que dos entradas, la que me dió paso a mí y otra encima de la Ciudad del Sepulcro.

»Ibn Jad querrá sacar a la joven del valle y llegar a su campamento lo antes posible, tanto si piensa conservarla para exigir rescate como si la va a llevar al norte para venderla. La partida que ha ido a Nimmr puede tener la misión de tratar con la gente de ella para el rescate; pero lo más probable es que Guinalda no esté con ellos.

»Sin embargo, esto no es más que cuestión de conjetura. Hemos de comprobarlo con seguridad, y yo propongo que usted siga la pista del norte, que es, seguro estoy, la que le conducirá al lado de ella, en tanto que yo alcanzo a la partida del sur.

»Yo voy más de prisa que usted, y si acierto y Guinalda está con los del norte, volveré y le alcanzaré a usted sin gran pérdida de tiempo. Si usted se encuentra a la otra partida y ve que la princesa no está con ella, puede volver y unirse a mí; pero si está, es mejor que no se arriesgue usted a rescatarla hasta que tenga auxilio, porque va usted desarmado y esos beduinos le cortarían



a usted el cuello con la misma facilidad con que se beben una taza de café.

»Ahora adiós y buena suerte.

Y Tarzán de los Monos partió al trote por el rastro de la partida que había tomado la dirección de Nimmr, en tanto que Blake volvía hacia el norte, comenzando un triste viaje por las negras profundidades del Bosque de los Leopardos.

---

## CAPÍTULO XXI

### «Por cada joya una gota de sangre»

Toda la noche marcharon hacia el norte Ibn Jad y su partida, y aunque los retrasaba la negativa de Guinalda a andar, hacían rápidos progresos, pues los acicateaba el deseo de escapar del valle con su botín antes que los descubriera y atacara la inmensa hueste de hombres de guerra que, según estaban convencidos, se hallaban acuartelados en el castillo y en la ciudad que habían tenido la suerte de encontrar casi desierta.

La avaricia les dió fuerza y resistencia muy superiores a las que habitualmente desplegaban, y el resultado fué que el alba los encontró al pie de las escarpadas montañas que Ibn Jad había determinado escalar antes que intentar un asalto al castillo que guardaba el fácil acceso del valle.

Jadeantes llegaron por fin al paso encima de la barbacana exterior que guardaba el camino a la Ciudad del Sepulcro, y no fueron descubiertos por los guardianes hasta que el último hombre de la expedición estuvo seguro en el sendero que conducía al cueto en la cúspide

de las montañas tras el cual estaba el *menzil* de los beduínos.

Los defensores de la barbacana hicieron una salida contra ellos, y se acercaron tanto a la retaguardia que el caballero que los mandaba vió a Guinalda y la conoció; pero una descarga de la gente del desierto hizo retroceder a los mal armados soldados de Bohún, aunque el valeroso caballero enristró la lanza y acometió una vez y otra hasta que le derribaron el caballo de un balazo y se quedó sujeto bajo el cadáver del animal.

Era ya por la tarde cuando Ibn Jad y su aspeada hueste llegaron al *menzil*, y aunque se caían de puro agotamiento, el jeque, después de concederles una hora de sueño, dió la señal de la *rahla*, porque el jeque del fendy-el-Guad sentía temor creciente a que el tesoro y la mujer les fueran arrebatados antes de poder llegar a los desiertos arenales de su *béled*.

El enorme peso del tesoro se había repartido en varios paquetes, que se distribuyeron entre los secuaces más dignos de confianza, en tanto que la custodia de la joven cautiva se confió a Fahd, cuyos perversos ojos llenaban a la princesa de temor y repugnancia.

Stimbol, que se había reído en secreto de los cuentos del tesoro y de las necesidades de la hermosa mujer que los árabes esperaban encontrar en una fabulosa ciudad escondida, se quedó mudo de asombro cuando vió los despojos de la correría de los beduínos, y al pronto se sintió inclinado a atribuirlos a las alucinaciones de su calenturiento cerebro.

Débil y exhausto, se arrastraba por el sendero, man-

teniéndose todo lo cerca de Fahd que le era posible, porque sabía que de toda la cuadrilla aquel bribón sin escrúpulos era el que más probablemente podría ayudarle, ya que, para Fahd, Stimbol vivo representaba un gran valor; y no se le olvidaba esto al beduino. Y ahora tenía otro propósito el perverso cerebro de éste, que había concebido por la doncella blanca una pasión que lo ponía al borde de la locura.

Con la riqueza que Stimbol le había prometido, Fahd podría permitirse el lujo de poseer a aquella hermosa huri, a la que en otro caso un beduino pobre no tendría más remedio que vender por el gran precio que le reportaría; y así en el espíritu de Fahd se revolvían muchos planes para quedarse como único dueño de Stimbol y de Guinalda; pero siempre, en todos sus proyectos, alboreaba la codiciosa figura del avariento jeque.

Al pie de las Montañas del Sepulcro, Ibn Jad se volvió hacia el este, con lo cual pensaba evitar el nuevo paso por el país de Batando. Más allá del extremo oriental de la cordillera se encaminaría otra vez al sur, y más tarde se dirigiría al oeste rebasando los límites septentrionales del territorio que nominalmente era de Tarzán; pues aunque estaba seguro de que el Señor de la Selva había muerto, seguía temiendo la venganza de su pueblo.

Era ya tarde cuando Ibn Jad dispuso que acamparan, y se apresuraron los preparativos para la cena. La luz de la hoguera y los faroles de papel del *beyt* del jeque eran débiles y vacilantes, pero no tanto que Ateja no viera que Fahd echaba algo en la escudilla de comida que ella



había preparado para Ibn Jad, y que se hallaba en el suelo entre él y el presunto asesino.

Cuando el jeque cogió la escudilla, Ateja avanzó desde el departamento de las mujeres y se la arrancó de la mano; pero antes de poder explicar su acción o acusar a Fahd de su villanía, el culpable, comprendiendo que se había descubierto su perfidia, se puso en pie de un salto, agarró su mosquetey penetró en el harén, donde habían dejado a Guinalda bajo el cuidado vigilante de Hirfa y Ateja.

Cogiendo a la joven de la muñeca y arrastrándola consigo, Fahd atravesó las cortinas traseras del *beyt* y corrió en dirección a su propia tienda. Para entonces ya el *mu-kaad* de Ibn Jad estaba en la mayor confusión. El jeque pedía explicaciones a Ateja, y sin darse aún cuenta de que Fahd se había escapado por la trasera del *beyt*, nadie lo había seguido al aposento de las mujeres.

— ¡Ha echado *sim* en tu comida! — gritó Ateja. — ¡Yo lo he visto, y la prueba de ello es que ha huído al ver que yo lo había descubierto!

— ¡*Billah!* — exclamó Ibn Jad. — ¡Ese hijo de chacal quería envenenarme! ¡Cogedlo y traédmelo!

— ¡Ha huído por el *beyt*! — exclamó Hirfa, — y se ha llevado a la nazarena!

Corrieron los beduinos en pos de Fahd, pero en su propio *beyt* el traidor los detuvo con un disparo, y les obligó a retirarse. En su propia tienda agarró a Stimbol, que estaba tendido en un mugriento camastro, y lo puso en pie.

— ¡Pronto! — silbó al oído del norteamericano. —

¡Ibn Jad ha mandado que te maten! ¡Pronto! ¡Sígueme y yo te salvaré!

Otra vez recurrió Fahd a las cortinas traseras de su *beyt*, y cuando sus compañeros aparecieron en el frente de la tienda, coléricos, pero precavidos, Fahd, arrastrando consigo a Guinalda y seguido por Stimbol, se escurrió por la oscuridad del *menzil* y se dirigió a poniente.

Había caído la oscuridad cuando Blake, siguiendo el manifiesto rastro de Ibn Jad, coronó por fin la última escarpa y se encontró en el sendero que conducía al mundo exterior más allá del Valle del Sepulcro.

A un centenar de varas a su derecha se alzaban las torres grises de la barbacana; a su izquierda estaba el sendero que conducía adonde lo guiaba el deseo de su corazón; y en torno de él, ocultos en las malezas, se hallaban los hombres de armas del rey Bohún del Sepulcro; pero esto no se lo imaginaba Blake, porque no podía saber que durante horas los ojos de los guardianes habían estado observando su lenta ascensión hacia el paso.

Agotado por la larga subida después de tantas horas de terribles esfuerzos, sin comida ni descanso, inerte, Blake no pudo resistir ni tratar de escaparse cuando una docena de hombres armados salieron de los arbus-tos circundantes y lo rodearon de un círculo de acero; y así don Yago de Nimmr fué apresado y conducido ante el rey Bohún; y cuando lo interrogaron y Bohún vió que era el mismo caballero negro que había frus-

trado su plan de raptar a la princesa Guinalda, apenas pudo contenerse.

Asegurando a Blake únicamente que sería condenado a muerte en cuanto Bohún pudiera discurrir un destino adecuado a lo horrendo del crimen, el rey ordenó que lo encadenaran, y el norteamericano se vió arrastrado por guardias a un negro agujero debajo del castillo, donde a la luz de las antorchas un herrero forjó un pesado grillete para un tobillo, y con él lo sujetaron a una pared de piedra.

A la luz de la antorcha vió Blake a dos criaturas desnudas y demacradas, encadenadas igualmente, y en un rincón distante observó un esqueleto entre cuyos huesos se veían una cadena y un grillete comidos de orín. Luego lo dejaron, llevándose las antorchas, y Blake quedó solo en la oscuridad y entregado a la desesperación.

En la llanura, debajo de la ciudad de Nimmr, Tazán de los Monos había alcanzado a la partida de beduínos conducida por Abd-el-Aziz, y después de asegurarse de que Guinalda no estaba con ellos, dió media vuelta sin revelar su presencia y corrió hacia el norte a seguir el rastro de la otra partida.

Necesitado de alimento y descanso, se tendió en el Bosque de los Leopardos durante el calor del día, después de dar caza rápida a Horta el jabalí. Lleno el estómago, el Tarmangani encontró una horquilla de un árbol lo bastante elevada para que no fuera fácil que perturbaran su sueño los leopardos de Nimmr, y allí



durmió hasta que el sol se estaba poniendo tras las montañas de occidente.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó al desierto *menzil* donde había acampado la partida de Ibn Jad durante su incursión al Valle del Sepulcro.

Alguna vez desde entonces había perdido la huella de Blake, pero la de la joven volvía a aparecer con frecuencia, y como su rescate era lo primordial de su empresa, Tarzán siguió pertinazmente el rastro de Ibn Jad. Un momento lo dejó perplejo el hecho de que las huellas de Guinalda, bien marcadas por la impresión de las mentidas sandalias de forma medieval, no aparecieran entre las de los que habían dejado el *menzil* de Ibn Jad, y perdió algún tiempo buscando, en su esfuerzo por descubrir el enigma; pero pronto dió con la verdad, que consistía en que las ligeras sandalias de Guinalda estaban demasiado desgastadas por el viaje y eran harto estrechas para mucho andar, por lo cual le dieron un par perteneciente a Ateja, y así era difícil diferenciar las huellas de las dos jóvenes, que eran de igual peso y estatura, por lo cual sus huellas eran virtualmente idénticas.

Tarzán, pues, se contentó con seguir el rastro de la partida, y así fué que dejó atrás su campamento de la primera noche, donde Fahd raptó a Guinalda de la tienda del jeque, sin descubrir que tres de sus individuos habían dado la vuelta hacia el oeste, en tanto que el cuerpo principal de los árabes se encaminaba al oeste.

Mientras seguía Tarzán las huellas de Ibn Jad, un centenar de fornidos waziris avanzaban hacia el norte



desde el manantial de las rocas redondas, siguiendo el viejo rastro de los beduínos.

Con ellos iba Zeyd, el cual había rogado tanto que le permitieran acompañarlos cuando pasaron por la aldea en que el joven estaba esperando, que por fin el jefe de los waziris accedió a sus deseos.

Cuando Tarzán de los Monos alcanzó a los árabes, éstos habían girado ya hacia el sur, costearo el extremo meridional de las Montañas del Sepulcro. Vió el Tarmangani los sacos que llevaban y el evidente afán con que Ibn Jad los observaba y custodiaba, y conjeturó perspicazmente que el astuto y viejo jeque había encontrado el tesoro que buscaba; mas no vió indicios de la presencia de la princesa. Tampoco Stimbol estaba con ellos.

Tarzán se sentía furioso: furioso con los ladrones beduínos por haber osado invadir su tierra, y furioso consigo mismo porque en cierto modo se había dejado enganar.

Tenía el Tarmangani sus procedimientos propios de castigar a sus enemigos, y poseía además un humorismo macabro peculiar suyo. Cuando alguien hacía algo malo, le agradaba aprovechar todas las coyunturas para ocasionarle los mayores sufrimientos, y en esto era absolutamente implacable con sus enemigos.

Confiaba en que los árabes lo creían muerto; y no convenía a su capricho el sacarlos de su error por entonces; pero sí convenía a su capricho hacerles sentir el peso de su desagrado y catar los frutos de su villanía.

Avanzando en silencio por entre los árboles, siguió paralelamente el camino de los beduínos. Muchas veces

los veía con toda claridad, pero ninguno de ellos lo vio a él, ni soñaba siquiera que los ojos del gigante blanco estaban acechando todos sus movimientos.

Cinco hombres transportaban el tesoro, aunque su peso no era tan grande que no lo hubiera podido llevar un hombre solo en un corto trecho. A quienes con más frecuencia miraba Tarzán era a aquellos hombres, y a su jeque Ibn Jad.

El sendero era ancho, y el jeque andaba al lado de uno de los portadores del tesoro. Reinaba gran calma en la selva virgen. Hasta los árabes, habitualmente gárrulos, estaban callados, porque se sentían cansadísimos; el día era caluroso, y no estaban hechos a los pesos que tenían que transportar, ya que Batando los había privado de sus esclavos...

De pronto, sin aviso y sin más anuncio que el silbido de su vuelo, una flecha atravesó la garganta del beduíno que andaba al lado de Ibn Jad.

Lanzando un grito el hombre cayó de boca al suelo; y los árabes, prevenidos por su jeque, amartillaron sus mosquetes y se apercibieron a recibir un ataque; mas por mucho que miraron en todas direcciones no vieron ni rastro del enemigo. Esperaron en silencio, pero no había más rumor que el zumbido de los insectos y algún grito ronco de un ave; mas cuando siguieron su camino, dejando a su compañero muerto en el sendero, una voz hueca les dijo desde lejos:

— ¡Por cada joya una gota de sangre!

Era como un lúgubre son, porque su autor conocía muy bien la índole intensamente supersticiosa de los ha-

bitantes del desierto y sabía la mejor manera de aterrarlos...

Anonadada, la columna continuó su camino, y no se habló siquiera de acampar hasta casi la puesta del sol: tal era la ansiedad de todos por trasponer el sombrío bosque y alejarse del horrendo duende que lo habitaba; pero el bosque continuaba y por fin fué necesario plantar el campamento.

Las hogueras y la comida aliviaron la tensión de los excitadísimos nervios, y los ánimos revivieron hasta tal punto que se volvieron a oír cantos y risas en el *menzil* de Ibn Jad.

El mismo jeque estaba en su *mukaad*, rodeado por los cinco sacos del tesoro, uno de los cuales había abierto, y a la luz de un farol acariciaba con los ojos su contenido. Rodeábanlo sus camaradas, tomando su café a sorbos.

Algo cayó pesadamente al suelo delante del *beyt* y rodó hasta el *mukaad* entre los beduínos. Era la cabeza cercenada de un hombre. Mirándolos estaban los muertos ojos de su compañero, cuyo cadáver habían dejado en el sendero aquel mismo día.

Horrorizados, hechizados, se quedaron mirando el macabro objeto, y de pronto, en lo hondo del negro bosque, se volvió a sentir la voz hueca:

— ¡Por cada joya una gota de sangrel

Ibn Jad temblaba como hombre con tercianas. Los individuos del campamento se apiñaron enfrente del *beyt* del jeque. Todos empuñaban los mosquetes con una mano y su *hijab* con la otra, porque todos llevaban va-



rios de estos amuletos; y el que se imponía aquella noche era el prescrito contra el *jan*, porque ciertamente sólo un *jinni* podía haber hecho aquello.

Hirfa tenía medio cuerpo dentro del *mukaad*, mirando la cabeza del muerto, en tanto que Ateja se agazapaba en un camastro en la habitación de las mujeres. Ateja no vio la cortina trasera que se levantaba, ni la figura que penetraba en su interior. Estaba oscuro en el aposento del harén, porque era escasa la luz que se filtraba de los faroles del *mukaad*.

Ateja sintió una mano que le tapaba la boca en el mismo instante en que otra le cogía un hombro. Una voz cuchicheó en su oído:

— ¡No grites, que no te haré daño! ¡Soy un amigo de Zeyd! Dime la verdad y no os ocurrirá ningún mal a ti ni a él. ¿Dónde está la mujer que Ibn Jad sacó del Valle?

El que la sostenía pegó el oído a los labios de la joven y le levantó la mano de la boca. Ateja temblaba como una hoja. No había visto nunca a un *jinni*, ni podía ver al ser inclinado encima de ella; pero sabía que no era una de aquellas terribles criaturas de la noche.

— Respóndeme — cuchicheó la voz en su oído. — Si quieres salvar a Zeyd, habla y dime la verdad.

— Fahd se llevó anoche a la mujer de nuestro *menzil* — balbució la joven. — No sé dónde se fueron.

Del mismo modo que se había aparecido, la silenciosa criatura dejó a la aterrada beduina. Cuando Hirfa llegó a su lado un momento después, se encontró a Ateja desmayada.



## CAPÍTULO XXII

### Cautiva del mono

Blake estaba sentado sobre el suelo de piedra en la absoluta oscuridad de su mazmorra. Una vez que se fueron sus carceleros, habló a sus compañeros de cautiverio, pero sólo uno le contestó, y su balbuciente acento convenció al norteamericano de que el pobre infeliz se veía reducido a la locura por los horrores del encierro en aquel hediondo calabozo.

El joven, acostumbrado a la libertad, a la luz, a la actividad, experimentaba ya lo horrible de su situación y se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que él balbuciera también cosas incoherentes al extremo de una cadena comida de orín; cuánto hasta que él fuera también un montón de huesos enmohecidos sobre un suelo viscoso.

En completa oscuridad y en silencio absoluto no existe el tiempo, porque no hay medio de poder calcular su transcurso. No podía saber Blake cuánto tiempo llevaba en la asfixiante atmósfera del maloliente y húmedo calabozo. Cerró los ojos una vez, pero no podía conje-

turar si había dormitado un instante o dormido un día entero. ¿Y qué importaba? Un segundo, un día, un año, no significaban nada allí. Ya no había más que dos cosas que pudieran significar algo para Blake: la libertad o la muerte. Y sabía que no había de pasar mucho tiempo sin que acogiera con alegría la segunda.

Un ruido turbó el silencio de la enterrada mazmorra. Se acercaban pasos. Blake prestó el oído conforme se aproximaban. No tardó en divisar una luz vacilante que creció en intensidad hasta que una antorcha de pino iluminó el interior de la prisión. Al pronto lo deslumbró de tal manera que no pudo ver quién era el portador de la antorcha; pero quienquiera que fuese llegó a su lado.

Blake levantó la vista, con los ojos más acostumbrados al insólito brillo, y vió a dos caballeros en pie delante de él.

— El es — dijo uno de ellos.

— ¿Non me conocedes, señor Caballero Negro?— preguntó el otro.

Blake lo contempló de hito en hito. Una sonrisa lenta iluminó su semblante, cuando vió una gran venda enrollada al cuello del más joven de los dos.

— Me figuro que ya me he caído — dijo.

— ¿Caído? ¿Qué fablades?— preguntó el más viejo.

— Que de fijo no ha venido usted a ponerme una medalla, don Muño —dijo Blake con una sonrisa.

— Extrañas razones son las vuestras —dijo don Muño. — Somos venidos vos quitar, porque el nuestro mozo rey non traya la deshondra sobre los sos caballeros del Sepulcro haciendo convusco lo que piensa de facer.

Don Suero e yo somos sabidores que vos quiere quemar en el estaca, e pensamos que mientra quede una gota de sangre en el nuestro cuerpo, dexar non hemos que a un tan fardido caballero le tenga atal tuerto ningund tirano.

Al decir esto don Muño se inclinó, y con una lima grande comenzó a morder en los remaches de hierro que sujetaban el grillete.

— ¿Me van ustedes a ayudar a escaparme? — exclamó Blake. — Pero, y si los descubren, ¿no los castigará el rey?

— Descubrir non podrá a nos — dijo don Muño, — maguer que yo arriscar me hía por un tan noble caballero como vos. Don Suero está en la barbacana de fuera esta noche, e non será ensayo fuerte aducirvos fasta ella. Don Suero vos la fará trocar e podredes deprunar por la montaña e adeliñar a Nimmr. Non podemos traspasar las puertas de la cibdad, ca las aguardan dos de los servidores más rafeces de Bohún; mas quizab don Suero o yo fallaremos cras guisa de exir al llaño con un caballo, e farlo hemos si pudiéremos.

— Decidnos una cosa que nos llena de dubdanza — dijo don Suero.

— No comprendo qué puede ser — replicó Blake.

— Vos sacástedes, e afarto lindamiente, a la princesa Guinalda de las mismas barbas de Bohún — continuó Suero, — e después hanla visto en poder de los sarracenos. ¿Cómo ha podido se facer?

— ¿La han visto? — preguntó ansiosamente Blake. — ¿Dónde?



— Alent la barbacana de fueras, e los sarracenos la levaban por el paso que aduce nadi sabe dó — dijo don Muño.

Blake le dijo todo lo que había ocurrido desde que arrebató a Guinalda del poder de Bohún, y para cuando terminó, los remaches estaban limados y el norteamericano volvía a verse libre.

Don Muño lo hizo pasar por corredores secretos hasta sus propios aposentos, donde le dió de comer, ropa nueva y otra armadura, porque habiendo de cabalgar por el paso en dirección a un país extraño, pensaban que sólo podría hacerlo convenientemente armado, acozado y montado.

Era media noche cuando don Muño hizo salir a Blake por la puerta del castillo y cabalgó con él hacia la barbacana exterior. Allí les salió al encuentro don Suevo, y pocos minutos más tarde Blake dijo adiós a aquellos caballerescos enemigos y, montado en un poderoso corcel, y ondeando en la punta de su lanza sus propios colores, salió por el rastrillo al camino, iluminado por las estrellas, que conducía a la cima de las Montañas del Sepulcro.

Toyat, el mono rey, cogió un succulento coleóptero de la desprendida corteza de un árbol derribado. En torno de él se hallaban los grandes simios de su tribu. Era por la tarde, y los animales pereceaban a la sombra de grandes árboles al lado de un calverillo natural de la selva. Estaban contentos y en paz con todo el mundo.

Hacia ellos llegaban tres personas, pero como el vien



to soplaban de los monos hacia ellas, ni Toyat ni ninguno de sus compañeros advirtió el olor de los Tarmanganis. El sendero de la selva estaba blando por la humedad, pues había llovido la noche anterior, y los pies de los tres no producían ningún sonido que percibieran aún los monos. Además, los tres avanzaban cautelosamente, porque no habían comido en dos días y andaban a la caza de alimento.

Era uno de ellos un anciano canoso, extenuado por la fiebre, que avanzaba con ayuda de una rama de árbol desgajada; otro era un beduino de perversos ojos, armado con un largo mosquete; y la tercera persona era una joven cuyas extrañas ropas de espléndidas telas estaban desgarradas y astrosas. Llevaba en la cara tizrones de suciedad y estaba pálida y demacrada; pero su rostro seguía siendo de casi celestial hermosura. Andaba con esfuerzo, mas, aunque algunas veces tropezaba de cansancio, no perdía nunca cierta majestad de continente ni disminuía la altivez de su bien modelado rostro.

El beduino, que iba guiando, fué el primero en ver a un mono joven que jugaba en el borde del calvero, alejado de los grandes machos de la tribu de Toyat. Allí había comido. El beduino levantó su antigua arma y apuntó. Apretó el gatillo y el estampido subsiguiente se mezcló con el grito de dolor y de susto que brotó del herido *balu*.

Instantáneamente los grandes monos se lanzaron a la acción. ¿Huirían del temido y odiado palo de truenos de los Tarmanganis o vengarían la herida del *balu*? ¿Quién lo sabía? Hoy podían hacer una cosa, y mañana

otra, en circunstancias idénticas. Pero hoy escogieron la venganza.

Guiados por Toyat, gruñendo pavorosamente, los machos se adelantaron a investigar. Este fué el espectáculo que se encontró la horrorizada vista de los tres blancos cuando después del disparo de Fahd se adelantaron a ver si por fin había algo que comer, o si debían seguir caminando sin esperanza, debilitados por el hambre que les roía las entrañas.

Fahd y Stimboí dieron media vuelta y apretaron a correr por el sendero; el árabe, en su apresurada cobardía, dió un empujón a Guinalda y la tiró al suelo. El mono que guiaba a la partida, al ver a la joven, saltó sobre ella, y se disponía a hundir los dientes en su garganta cuando Toyat lo agarró y lo apartó de ella; porque Toyat reconocía en ella lo que era, y el mono rey había visto en otro tiempo una Tarmangani y tenía decidido que le gustaría contar con otra por pareja.

El otro mono, un formidable macho, al ver que Toyat quería la presa, airado por la actitud provocativa del rey decidió inmediatamente discutir el derecho de Toyat a lo que él había reclamado antes. Dejando los colmillos al aire, avanzó amenazador hacia Toyat, que había arrastrado a la princesa al centro del calvero.

— ¡Vete! — le dijo Toyat con un rugido. — ¡Es la hembra de Toyat!

— ¡Es de Go-yad! — replicó el otro adelantándose. Toyat retrocedió gritando:

— ¡Yo mato!

Go-yad siguió avanzando, y de pronto Toyat cogió a

Guinalda en sus peludos brazos y huyó con ella a la selva. Detrás de ellos, resoplando y chillando, iba Go-yad en su persecución.

La princesa, con los ojos desorbitados de terror, pugnaba por libertarse de la horrenda criatura peluda que la arrastraba. No había visto ni oído hablar nunca de un animal como el mono grande, y pensaba que era uno de los terribles habitantes del mundo exterior que, según siempre le habían dicho, se componía de ejércitos de sarracenos sitiadores, y más allá, a gran distancia, de un maravilloso país llamado Inglaterra. Qué más hubiese, ni siquiera había tratado de imaginárselo; pero evidentemente era un lugar horrendo poblado de criaturas formidables, incluso dragones.

Toyat no había recorrido gran distancia cuando se dió cuenta de que no podía escapar cargado con la hembra, y como no tenía intención de renunciar a ella, se volvió de pronto e hizo frente al rugiente Go-yad. Este no se detuvo, sino que se abalanzó echando espuma por la boca, gruñendo, como un cuadro de salvajismo, de fuerza bestial y de rabia frenética.

Toyat, soltando a la joven, se adelantó a recibir la acometida de su rebelde vasallo, en tanto que Guinalda, debilitada por los insólitos esfuerzos y por la falta de alimento, aniquilada por las terribles circunstancias en que se hallaba, se desplomaba jadeante al suelo.

Toyat y Go-yad, absortos en la perspectiva de la batalla, se olvidaron de todo lo demás. Si Guinalda hubiera podido aprovechar este olvido temporal de los simios, habría podido escaparse; pero estaba demasiado aton-



tada, demasiado exhausta para aprovechar la ocasión. Fascinada, hechizada por el horror del trance, observó a aquellos aterradores y primitivos animales que se aprestaban a la lucha por la conquista de ella.

Mas no era Guinalda el único testigo de aquellos salvajes preliminares, pues desde unas malezas detrás de ella había otro ser observando la escena con ojos fijos y llenos de interés. Absortos en su propia cólera, ni Toyat ni Go-yad observaron los movimientos de las hojas exteriores de la maleza tras la cual se hallaba el otro observador; movimiento comunicado por el cuerpo de éste a cada respiración y a cada cambio de postura.

Acaso el observador no halló interés deportivo en el inminente duelo, porque precisamente en el instante en que los dos simios iban a acometerse se levantó y salió al calvero. Era un gran león de melena negra, cuya amarilla capa relucía a la luz del sol.

Toyat fué el primero en verlo, y con un gruñido de rabia dió media vuelta y huyó, dejando a su adversario y su presa entregados al destino que la Providencia quisiera reservarles.

Go-yad, creyendo que su rival había abandonado el campo por temor a él mismo, se golpeó fuertemente el pecho y exhaló el grito de victoria del mono macho; luego, alardeando de haber quedado a un tiempo victorioso y campeón, dió media vuelta para reclamar el premio.

Entonces entre él y la doncella vió plantado al león, que lo miraba de hito en hito con grave continente. Go-yad se detuvo. ¿Quién no lo hubiera hecho? El león se



hallaba a la distancia de dar el salto, pero no estaba agachado. Go-yad retrocedió, rugiendo, y como el león no hizo ademán de seguirlo, el enorme simio se volvió súbitamente y se escabulló en la selva, lanzando más de una mirada hacia atrás en dirección al gran felino, hasta que el follaje lo ocultó a su vista.

Entonces el león se volvió a la princesa. ¡Pobre princesita! Desesperada, resignada, yacía en el suelo mirando a aquel nuevo instrumento de tortura y destrucción. El rey de los animales la examinó un momento, y luego se acercó a ella lentamente. Guinalda juntó las manos y rezó... para pedir al cielo, no la vida, porque ya había renunciado a tal esperanza, sino que la muerte fuera rápida y sin dolores.

La fiera se acercó más. Guinalda cerró los ojos para apartar la aterradora visión. Sintió el caliente aliento de Numa en la mejilla y su fétido olor asaltó su olfato. El león husmeó en torno de ella. ¿Por qué no ponía fin a su vida? Los torturados nervios no pudieron resistir más tiempo, y Guinalda se desmayó: piadoso alivio de sus padecimientos.

---

## CAPÍTULO XXIII

### Jad-bal-ja

Con los nervios de punta, los restos de la partida de Ibn Jad se volvieron hacia el oeste, y a marchas forzadas se apresuraron a escapar de la terrible selva de los *jinni*. Abd-el-Aziz y los que le habían acompañado desde el Bosque de los Leopardos hasta Nimmr no se les habían incorporado; y no se les incorporarían, porque en la llanura que se extendía bajo la ciudad del tesoro que soñaban los beduínos, los caballeros de Gobredo los habían descubierto, y a pesar del atronador desastre de los antiguos mosquetes, los férreos caballeros de Nimmr habían enristrado las lanzas contra ellos, y una vez más el victorioso *cri de guerre* de los Cruzados repercutió al cabo de siete siglos de silencio para anunciar un nuevo encuentro en la porfiada guerra por la posesión de Tierra Santa.

[ Desde el norte llegaba un caballero de loriga por las florestas del país de los Gallas. Un gallardete azul y plata ondeaba en sus lanzas. Las gualdrapas de su gran corcel de guerra estaban enriquecidas con oro y plata de las cámaras del tesoro de don Muño del Sepulcro. Unos gue-

rreros Gallas, con los ojos muy abiertos, vieron llegar de lejos aquel solitario anacronismo, y emprendieron la fuga.

Veteranos de cien combates, los famosos waziris marchaban hacia el norte, formando un centenar de gigantes de ébano, y con ellos iba Zeyd, el novio de Ateja. Un día dieron con una pista fresca que cruzaba su línea de marcha en dirección diagonal hacia el sudoeste. Era la huella de sandalias árabes: dos hombres y una mujer; y cuando los waziris se las señalaron a Zeyd, el joven beduíno juró que reconocía las de la mujer como pertenecientes a Ateja, porque ¿quién conocía mejor la forma y el tamaño de sus piecitos ni la clase de las sandalias que ella misma fabricaba? Rogó a los waziris que se apartaran un poco y le ayudaran a encontrar a su amada, y mientras el jefe de la expedición estaba reflexionando sobre esto, les llamó la atención a todos el ruido de algo que corría por la selva.

Mientras escuchaban apareció a su vista un hombre tambaleándose. Era Fahd. Zeyd lo reconoció al instante, e inmediatamente tuvo doble seguridad de que las huellas de la mujer eran efectivamente de Ateja.

Zeyd se acercó a Fahd con talante amenazador.

— ¿Dónde está Ateja? — le preguntó.

— ¿Qué sé yo? No la he visto hace días — replicó Fahd diciendo la verdad pura.

— ¡Mientes! — gritó Zeyd, y señaló al suelo: — ¡Aquí están las huellas de sus pies al lado de las tuyas!

Una expresión de astucia asomó al rostro de Fahd,



que veía en aquello una oportunidad de ocasionar sufrimientos al hombre que odiaba. Se encogió de hombros y dijo:

— ¡Wellah! Si lo sabes, lo sabes.

— ¿Dónde está? — preguntó Zeyd.

— Ha muerto. No te lo quería decir — respondió Fahd.

— ¡Muerta!

Esta sola palabra revelaba tal dolor que habría ablandado un corazón de piedra, pero no el de Fahd.

— La robé del *beyt* de su padre — continuó el beduíno, deseando causar a su rival todos los tormentos posibles. — Durante días y noches fué mía; luego me la arrebató un mono enorme. Debe de estar muerta ya.

Pero Fahd había ido demasiado lejos, y fué el causante de su propia ruina. Profiriendo un grito de rabia, Zeyd se lanzó sobre él con la *khusa* desenvainada, y antes que los waziris pudieran estorbarlo ni Fahd defenderse, la aguda hoja se hundió tres veces en el corazón del impostor beduíno.

Inclinada la cabeza y con mortecinos ojos Zeyd siguió andando hacia el norte con los waziris, y a una milla detrás de ellos un anciano decrepito, ardiendo de calentura, tropezó en el sendero y se desplomó al suelo. Dos veces trató de ponerse en pie, para volver a caer inerte. Era un sucio y desgarrado montón de huesos, que quedó tendido, unas veces delirando, y otras tan inmóvil y silencioso que parecía muerto.



Desde el norte llegó Tarzán de los Monos siguiendo el rastro de Guinalda y los dos que la acompañaban. Conociendo bien los recovecos del sendero, atajaba lanzándose por las ramas de los árboles, y por eso no se encontró con los waziris en el punto en que su camino se cruzó con el de Fahd, donde Zeyd había matado a su rival; y pronto su olfato percibió el olor de los Manganis a distancia.

Hacia los grandes simios se encaminó rápidamente, porque temía que pudiera ocurrirle algún mal a la doncella si por casualidad caía en manos de los monos; y llegó al calvero poco tiempo después del regreso de Toyat y Go-yad, que ya habían renunciado a su lucha, puesto que la presa había caído en manos de otro más fuerte que ellos.

Terminados los preliminares del encuentro, y habiendo reconocido y aceptado los monos a Tarzán, éste preguntó si alguno de ellos había visto a la Tarmangani que recientemente pasó por la selva.

M'walat señaló a Toyat, y Tarzán se volvió hacia el rey.

— ¿Tú has visto a la hembra? — preguntó Tarzán receloso, porque no le gustaba la actitud del rey de los monos.

Toyat movió un dedo hacia el sur.

— Numa —dijo; y siguió buscando alimento. Pero Tarzán sabía lo que el simio daba a entender tan claramente como si se lo hubiera explicado con cien palabras.

— ¿Dónde? — preguntó Tarzán.

Toyat apuntó hacia el sitio donde había abandonado

a Guinalda en poder del león y el gran gigante de la selva, avanzando en derechura por ella en el sentido indicado por el rey de los monos, se acercó entristecido a explorar, aunque ya se figuraba lo que encontraría. Pero al menos podría apartar a Numa de su víctima y disponer una sepultura decorosa para la infortunada joven.

Lentamente volvió en sí Guinalda, pero no abrió los ojos, sino que se quedó muy quieta, preguntándose si aquello era la muerte. No sentía dolor.

De pronto un nauseabundo olor dulzón y acre asaltó su olfato, y algo se movió muy cerca de ella, tan cerca que lo sintió contra su cuerpo, oprimiéndolo suavemente; y donde le oprimía, Guinalda notó calor como de otro cuerpo.

Temerosamente abrió los ojos, y el horror de su situación penetró de nuevo en su espíritu, porque vió que el león se había tumbado casi pegado a ella. El animal le daba la espalda y tenía levantada la noble cabeza, y su negra melena casi rozaba el rostro de la doncella. Estaba mirando atentamente en dirección al norte.

Guinalda se quedó muy quieta. De pronto sintió más que oyó un gruñido gurgitante que parecía tener su origen en el cavernoso pecho del carnívoro.

Algo llegaba. Hasta Guinalda se dió cuenta de ello; pero no podía ser socorro, porque ¿qué podía socorrerla contra aquella terrible fiera?

Sintióse un ruido de roce entre las ramas de los árboles a un centenar de pasos de distancia, y de pronto la

figura gigantesca de un semidiós se dejó caer al suelo. El león se levantó y miró al hombre. Los dos permanecieron así, contemplándose un breve instante. Luego habló el hombre.

— ¡Jad-bal-ja! — exclamó; y dijo en seguida: — ¡Ven aquí!

El gran león de oro gimió y cruzó el espacio que los separaba, para ir a detenerse delante del hombre. Guinalda observó que la fiera alzaba la vista al rostro del semidiós y que este último acariciaba afectuosamente la cabeza del felino; pero entre tanto los ojos del hombre, del dios o de lo que fuera, estaban clavados en Guinalda, y ésta vió el súbito consuelo que asomaba a ellos al darse cuenta Tarzán de que la joven estaba ilesa.

Dejando al león, el Tarmangani cruzó adonde se hallaba tendida Guinalda, y se arrodilló a su lado.

— ¿Es usted la princesa Guinalda? — preguntó.

La joven contestó afirmativamente con la cabeza, pues estaba aún demasiado agotada para dominar su propia voz.

— ¿Está usted herida?

Guinalda contestó en la misma forma negativamente.

— No tema — le aseguró Tarzán con amable acento.

— Soy su amigo. Ahora está usted ya salvada.

En la manera de decir esto había algo que dió a Guinalda la sensación de estar completamente segura, sensación que no le habrían podido comunicar todos los caballeros armados del reino de su padre.

— Dubda non he agora — dijo sencillamente.



— ¿Dónde están sus compañeros? — preguntó Tarzán.

Ella le refirió lo ocurrido.

— Mejor está usted libre de ellos — contestó el Tarmangani, — y no trataremos de buscarlos. La selva dará cuenta de ellos a su manera y a su tiempo.

— ¿Qué sodes vos? — preguntó la joven.

— Yo soy Tarzán.

— ¿Cómo sabedes el mi nombre? — insistió ella.

— Soy amigo de uno a quien usted conoce por don Yago — explicó Tarzán. — El y yo la andábamos buscando.

— ¿Sodes el su amigo? — exclamó ella. — ¡Oh, fardido señor, essora lo sodes también mío!

El Tarmangani sonrió y dijo:

— Siempre.

— ¿Cómo non vos firió el león, don Tarzán? — preguntó la princesa creyéndole un simple caballero; porque en su país no existían más que caballeros, salvo los individuos de la casa real y el seudo rey de la ciudad del Sepulcro, pues en la hueste primitiva que naufragó en la costa de Africa en la época de la Tercera Cruzada, no había más que caballeros, salvo un hijo bastardo de Enrique II, que había sido el primer príncipe Gobredo. No habiendo estado en contacto con ningún rey inglés desde que se separaron de Ricardo en Chipre, ningún Gobredo se había atrevido a expedir patentes de nobleza a sus súbditos, lo cual era únicamente prerrogativa del rey.

— ¿Que por qué no me mató el león? — repitió Tar-



zán. — Porque es Jad-bal-ja, el León de Oro, al que crié de cachorro. Toda su vida me ha conocido únicamente como su amigo y señor. No es capaz de hacerme daño, y su sociedad con seres humanos ha hecho que no la mate a usted; aunque yo temía que lo hubiera hecho al verlo a su lado, porque un león es siempre un león.

— ¿Fincades cerca? — preguntó la princesa.

— Muy lejos — replicó Tarzán; — pero debe de haber gente mía por estas inmediaciones, pues de lo contrario no estaría aquí Jad-bal-ja. Envié por mis guerreros, e indudablemente los ha acompañado.

Viendo que la princesa tenía hambre, Tarzán mandó al León de Oro que se quedara a su lado protegiéndola mientras él iba en busca de alimento.

— No le tenga miedo — previno a Guinalda, — y recuerde que no puede usted tener mejor protector para que no se acerquen enemigos.

— Atal pienso yo — admitió Guinalda.

Tarzán volvió con comida, y luego, como el día no había terminado, echó a andar hacia Nimmr con la rescatada joven, llevándola a cuestas, ya que ella no podía andar; y junto a ellos iba el León de Oro de melena negra.

Durante el viaje Tarzán supo muchas cosas de Nimmr, y además descubrió que el amor de Blake a la princesa era plenamente correspondido por ella, que nunca parecía más contenta que cuando hablaba de don Yago, y hacía preguntas acerca de su lejana patria y de su vida pasada, a las cuales, por desgracia, Tarzán apenas podía contestar.

Al segundo día dieron con la gran cruz, y allí Tarzán saludó a los guardianes y les pidió que se hicieran cargo de la princesa.

Ella instó al Tarmangani a que la acompañara al castillo para que le dieran las gracias su padre y su madre, pero al decirle él que debía partir en seguida en busca de Blake, cesó de apremiarle.

— E si lo falláredes — terminó, — decilde que las puertas de Nimmr le serán siempre abiertas, e que la princesa Guinalda espera la su tornada.

Desde la cruz se dirigieron Jad-bal-ja y Tarzán fuera del valle, y antes de entrar en el túnel que conducía al castillo de su padre, la princesa Guinalda se quedó observándolos hasta que una revuelta del sendero los ocultó a su vista.

— ¡Si don Jesucristo nuestro señor vos bendiga, caboso señor caballero — musitó, — e vele sobre vos e traya a vos con el mi amado!

## CAPITULO XXIV

### Senderos que se encuentran

Por el bosque abajo cabalgó Blake buscando algún indicio del paradero de los árabes, desviándose a un lado y otro, siguiendo huellas y abandonándolas.

Atardecido ya, cierto día dió de pronto con un gran calvero en que se había alzado antaño una aldea indígena. La selva no lo había reclamado aún por suyo, y al entrar en él vió Blake un leopardo agachado en el extremo más distante, y delante del leopardo el cuerpo de un ser humano.

Al pronto creyó Blake muerto a este último, mas no tardó en observar que trataba de levantarse y arrastrarse lejos de la fiera.

El gran felino lanzó un gruñido y avanzó hacia él. Blake gritó y picó espuelas, pero Sheeta no le hizo caso, ya que no tenía por lo visto intención de abandonar su presa; al acercarse más el joven, el leopardo se volvió a hacerle frente con un rugido de cólera.

El norteamericano se preguntó si su corcel se atrevería a acercarse al animal de presa, pero no necesitaba

temer; y no habría temido en efecto si hubiese estado mejor enterado de las costumbres del Valle del Sepulcro, donde uno de los grandes deportes de los caballeros de las dos ciudades enemigas era la caza de los gigantescos gatos con la lanza sola, cuando las fieras se aventuraban fuera del santuario del Bosque de los Leopardos.

El corcel que montaba don Yago había hecho frente a más de un salvaje felino, y aun más grandes que aquél; de suerte que emprendió el paso de carga sin dar muestras de miedo ni de nerviosidad, y jinete y caballo acometieron a Sheeta, en tanto que el individuo que iba a ser presa del leopardo contemplaba la escena con ojos de asombro.

En la longitud de su salto Sheeta se levantó para recibir al hombre y al caballo. Dió un brinco, y al hacerlo cayó de lleno en la punta de metal de la luenga lanza; el astil de madera la atravesó de tal modo que al caballero le costó trabajo arrancarla del cadáver. Cuando lo consiguió se volvió para acercarse al individuo que yacía inerte en el suelo.

— ¡Dios mío! — exclamó al verlo. — ¡Stimbol!

— ¡Blake!

El joven desmontó.

— ¡Me muero, Blake! — balbució Stimbol. — Antes de morir, quiero pedirte perdón. Obré como un villano. Me está bien empleado este castigo.

— No te acuerdes de eso ahora, Stimbol — le dijo Blake. — Todavía no has muerto. Lo primero será llevarte donde haya alimento y agua.



Levantó el demacrado cuerpo de su antiguo compañero y lo colocó en su silla.

— He pasado unas millas más atrás por una pequeña aldea indígena. Todos han apretado a correr al verme, pero iremos a ver si hallamos comida.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó Stimbol. — En nombre del rey Arturo, ¿de dónde has sacado esos arreos?

— Te lo diré cuando lleguemos a la aldea — repuso Blake. — Es cosa larga. Estoy buscando a una joven que fué robada por los árabes hace unos días.

— ¡Cielos! — exclamó Stimbol.

— ¿Sabes algo de ella? — preguntó Blake.

— Yo iba con el hombre que la robó — dijo Stimbol, — o por lo menos con el que se la robó a los otros árabes.

— ¿Dónde está?

Stimbol movió lentamente la cabeza.

— Ha muerto, Blake.

— ¡Muerta!...

— Se la llevó una cuadrilla de esos monos enormes. Debieron de matarla inmediatamente.

Blake permaneció en silencio largo rato, andando con la cabeza inclinada mientras, cargado con la pesada armadura, conducía al caballo por el sendero.

— ¿Le hicieron daño los árabes? — preguntó al fin.

— No — dijo Stimbol. — El jeque la robó, para pedir rescate o para venderla en el norte, pero Fahd la raptó para sí mismo. Me llevó consigo porque le había prometido darle muchísimo dinero si me salvaba, y yo impedí que hiciera daño a la joven amenazándole con

que no vería un céntimo mío. Me daba pena la pobre chica, y había resuelto salvarla si me era posible.

Cuando Blake y Stimbol se acercaron a la aldea, los negros huyeron de nuevo, dejando a los dos blancos en plena posesión de la misma; y no tardó Blake en encontrar de comer para ambos.

Instalando a Stimbol lo más cómodamente que pudo, Blake encontró pienso para su caballo y no tardó en volver al lado del otro. Estaba dedicado a referirle sus aventuras, cuando se dió cuenta de la proximidad de mucha gente. Oyó voces y pasos de pies desnudos. Evidentemente los indígenas volvían.

Blake se dispuso a recibirlos con proposiciones amistosas, pero en cuanto los vió recibió un sobresalto, porque no eran los asustados negros que había visto huir a la selva poco antes.

Con blancas plumas que se agitaban sobre sus cabezas, una compañía de fornidos guerreros llegó por el sendero abajo. Llevaban a la espalda ovalados escudos y en la mano largos venablos de guerra.

— Me parece que nos hemos caído—dijo Blake.— Los indígenas deben de haber enviado por sus hermanos mayores.

Entraron los guerreros en la aldea, y cuando vieron a Blake se detuvieron con evidente sorpresa. Uno de ellos se acercó al joven, y con gran asombro de éste, se dirigió a él en bastante buen inglés.

— Somos los waziris de Tarzán —dijo, — y estamos buscando a nuestro jefe y señor. ¿Lo has visto tú, *Bwana*?

— ¡Los waziris!

Blake sintió ganas de abrazarlo, pues no sabía qué hacerse con respecto a Stimbol. El solo no hubiera podido nunca devolverlo a la civilización, pero ahora ya sabía que sus apuros habían pasado.

De no haber sido por el dolor de Blake y de Zeyd, habría sido una alegre partida la que se refociló aquella noche con el cazabe y la cerveza de los indígenas, porque los waziris no se apuraban por su jefe.

— Tarzán no puede morir — dijo el subjefe a Blake, cuando éste le preguntó si tenía temores por la seguridad de su amo; y la sencilla convicción que implicaban estas tranquilas palabras casi consiguió persuadir a Blake de que así era la verdad.

Por el sendero avanzaban los fatigados árabes del fendy de Beny Salem, el-Guad. Los fatigadísimos hombres vacilaban bajo el peso de cargas poco grandes. Las mujeres llevaban todavía más que ellos. Ibn Jad observaba el tesoro con ojos de codicia. Una flecha partió nadie supo de dónde y atravesó el corazón de uno de los portadores, al lado mismo de Ibn Jad, en tanto que una voz hueca decía en la selva:

— *¡Por cada joya una gota de sangre!*

Aterrados, los beduínos apresuraron la marcha. ¿Quién caería después? Querían dejar el tesoro, pero el avaricioso Ibn Jad no quiso consentirlo. Detrás de ellos tuvieron un atisbo de un león enorme, que los aterró porque ni se acercaba ni se alejaba, sino que los seguía en silencio, siempre a la misma distancia.

Pasó una hora: el león continuaba a la vista del ex-



tremo de retaguardia de la columna. Nunca había tenido tanta demanda la cabeza de una de las caravanas de Ibn Jad. Todo el mundo deseaba ir delante.

Brotó un grito de labios de otro de los portadores del tesoro. Una flecha le había atravesado los pulmones.

— *¡Por cada joya una gota de sangrel*

Los árabes soltaron sus fardos.

— ¡No queremos seguir llevando este maldito tesoro! — exclamaron; y de nuevo habló la misteriosa voz:

— *¡Coge tú el tesoro, Ibn Jad!* — dijo. — *¡Coge tú el tesoro! ¡Eres tú el que has matado para adquirirlo! ¡Cógelo tú, ladrón y asesino, y llévalo a cuestras!*

Entre todos los árabes hicieron un solo bulto del tesoro y lo echaron sobre los hombros de Ibn Jad. El viejo jeque se tambaleó bajo el peso.

— ¡No puedo llevarlo! — exclamó. — ¡Soy viejo y no estoy fuerte!

— *¡Tienes que llevarlo o morir!* — gritó la hueca voz, en tanto que el león se plantaba en el sendero detrás de ellos, mirándolos con los ojos relucientes.

Ibn Jad siguió avanzando a tropezones bajo la gran carga. No pudiendo ir tan de prisa como los otros, se quedó atrás sin más compañía que la del león; pero sólo por poco tiempo, porque Ateja vió su situación y corrió a su lado, llevando un mosquete en la mano.

— ¡No temas! — dijo. — ¡No soy el hijo que tú querías, pero te defenderé como un hijo!

Era casi de noche cuando los guías de los beduínos llegaron a una aldea. Se hallaban en ella y rodeados de un centenar de guerreros antes de darse cuenta de que se



encontraban en medio de la tribu a quien más temían: los waziris de Tarzán.

El jefe de éstos los desarmó en seguida.

— ¿Dónde está Ibn Jad? — preguntó Zeyd.

— Detrás viene — contestó uno.

Se volvieron a mirar hacia el sendero, y Zeyd vió a poco dos figuras que se acercaban. Una de ellas era la de un hombre agobiado por un peso enorme, y otra la de una joven. Lo que no vió fué un gigantesco león que los seguía entre las sombras.

Zeyd contuvo el aliento, porque por un instante su corazón había dejado de latir.

— ¡Ateja! — gritó; y corrió hacia la joven y la estrechó en sus brazos.

Ibn Jad entró en la aldea a tropezones. No hizo más que ver el severo rostro de los temidos waziris y se dejó caer inerte al suelo, enterrado casi bajo el tesoro, que le cayó sobre la cabeza y hombros.

Hirfa lanzó un grito al mirar hacia el sendero, y cuando todos los ojos se volvieron en el mismo sentido, un gran león dorado se presentó en el círculo de luz de las hogueras, y a su lado apareció Tarzán, el señor de la selva.

Cuando entró el gran *Bwana* en la aldea, Blake le salió al encuentro y le estrechó la mano.

— Llegamos demasiado tarde — dijo el norteamericano con triste acento.

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó el Tarmangani.

— La princesa Guinalda ha muerto.

— ¡Qué disparate! — exclamó Tarzán. — Esta mañana la he dejado en la entrada de la ciudad de Nimmr.

Una docena de veces se vió Tarzán obligado a asegurar a Blake que no le hacía víctima de una broma cruel. Una docena de veces tuvo que repetirle el recado de Guinalda: «E si lo falláredes, decilde que las puertas de Nimmr le serán siempre abiertas, e que la princesa Guinalda espera la su tornada».

Aquella misma noche, Stimbol, por conducto de Blake, rogó a Tarzán que se llegara a la choza en que yacía.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó fervorosamente. — Creía haberle matado a usted. No se apartaba el remordimiento de mi corazón... Pero ahora que sé que no era usted podré recobrar las fuerzas.

— Se le cuidará convenientemente, Stimbol—le dijo el Tarmangani, — y en cuanto esté usted repuesto se le llevará a la costa.

Dicho esto se alejó. Cumpliría con su deber con respecto al hombre que le había desobedecido y había tratado de matarlo, pero no podía fingir una amistad que no sentía.

A la mañana siguiente se apercibieron para abandonar la aldea.

El viejo jeque Ibn Jad y sus árabes, con excepción de Zeyd y Ateja, que habían pedido a Tarzán irse con él para servirle en su casa, fueron enviados a la aldea Galla más próxima, escoltados por una docena de waziris. Allí se los entregarían a los Gallas, que indudablemente los venderían como esclavos.

Stimbol fué transportado en una litera por cuatro fornidos waziris cuando la partida emprendió la marcha hacia el sur y el país de Tarzán. Otros cuatro llevaban el tesoro de la Ciudad del Sepulcro.

Blake, vestido otra vez con su loriga de malla, montó en su gran corcel cuando la columna salió de la aldea para emprender el camino hacia el sur. Tarzán y el León de Oro estaban a su lado. Blake, sin desmontar, tendió la mano al gran Tarmangani.

— Adiós, Tarzán — le dijo.

— ¿Adiós? — preguntó Tarzán. — ¿No viene usted a mi casa con nosotros?

Blake meneó la cabeza negativamente.

— No — dijo, — yo me vuelvo otra vez a la Edad Media, al lado de la mujer que adoro.

Tarzán y Jad-bal-ja se quedaron mirando en el sendero mientras don Yago se alejaba en busca de la ciudad de Nimmr, con el pendón azul y plata ondeando altivamente en la punta de hierro de su lanza.

## GLOSARIO

de voces arcaicas empleadas por los habitantes  
del Valle del Sepulcro

---

abés = difícilmente  
acometer = proponer  
adágara = adarga, escudo  
de cuero  
adeliñar = dirigirse  
adugo (de aducir) = traer,  
llevar  
afarto = harto, sobrada-  
mente  
aguardar = guardar, defen-  
der  
aguisado = conveniente;  
bien pensado  
aína = de prisa, pronto  
ál = otra cosa  
alguandre = nunca, jamás  
amidos = de mala gana  
amos = ambos  
aosadas = sin duda  
aparejar = disponer  
aprés = cerca  
arrobdas = avanzadas  
asmar = pensar, juzgar  
atal = tal  
auze = ventura  
aviltar = afrentar  
ayuso = abajo  
barragán = mozo

ca = porque, pues  
cabdiello = caudillo, jefe  
caboso = valeroso, esfor-  
zado  
camear = cambiar  
casa = casa, país  
catar = mirar, examinar  
cativo = cautivo  
cedo = pronto  
cibdad = ciudad  
colpe = golpe  
comedir = pensar  
cometer = acometer, atacar  
compezar = empezar  
conducho = comida  
conortar = alentar, animar,  
consolar  
convusco = con vos  
cras (adv.) = mañana  
cuedo (de cuidar) = creer  
cueta = peligro  
cuntir = acontecer  
dalent parte = de allende  
(el mar)  
deprunar = bajar  
diciestes (de decir) = des-  
cendisteis  
dubda = miedo



# GLOSARIO

dubdanza = duda	montaña = bosque
elle = él	nulla cosa = nada
embargar = estorbar	ove (de haber) = tuve
emiente (venir) = venir a la memoria	pagado (ser—de) = contentarse con
empara = protección, guardia, amparo	pasar = traspasar
engramear = mover	pora = para
ensayo = empresa	poridad = secreto
añadir = añadir	pris, priso, etc. (de prender) = tomar
escuelas = mesnadas, hues-tes	quitar = libertar
esculca = espía	quizab = quizá
essora = entonces	rafez = vil, despreciable
evades = he aquí	rastar = permanecer
exir = salir	razón = propósito
falsar = falsear	rebtar = retar
fardido = valeroso	rencura = rencor
fata = hasta	sabor (non he—) = no me agrada
faza = hacia	segudar = seguir
feches (de facer) = hacéis	sines = sin
finanza = mansión, morada	so = soy
fincar = permanecer, quedarse	sobeiano = excelente, extremado
fo = fué	sobrelevar = fiar, garantizar
fonsado = ejército	toller = quitar
fonta = agravio, ofensa	trocir = atravesar, cruzar
fuste = palo	tuerto = agravio
gradir = agradecer	usaje = costumbre
haz = fila, línea	vanidad = cosa vana
homillarse = inclinarse para saludar	vellido = hermoso, apuesto (adjetivo); hermosamente (adverbio)
homne = hombre	veramientre = verdaderamente
huebos ser = ser necesario	vero = verdad
incaler = importar	viltanza = afrenta
jugar = burlar	virtos = huestes, ejército
levarse = levantarse	visco = vivió
luén = lejos	yentes = gentes
llaño = llano	
maguer = aunque	
mesturero = malsín, delator	

## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Tantor el elefante.....	I
Camaradas en la espesura.....	15
Los monos de Toyat.....	29
Bolgani el gorila.....	39
El Tarmangani.....	53
Ara, el Rayo.....	65
La Cruz.....	81
Hiere a la serpiente.....	93
Don Martino.....	103
El regreso de Ulala.....	121
Don Yago.....	135
«¡Cras morrédes!».....	153
En el «beyt» de Zeyd.....	167
Espada y adarga.....	179
La tumba solitaria.....	197
El Gran Torneo.....	205
«¡Los sarracenos!».....	221
El caballero negro.....	231
Lord Tarzán.....	245
«¡Te amo!».....	263
«Por cada joya una gota de sangre».....	279
Cautiva del mono.....	291
Jad-bal-ja.....	301
Senderos que se encuentran.....	311

# GUSTAVO GILI, EDITOR

Calle de Enrique Granados, 45. — BARCELONA

---

## NARRACIONES DE VIAJES Y AVENTURAS

POR

KARL MAY

Colección de cuadernos conteniendo cada uno un episodio completo. Cada episodio constituye un volumen de 96 páginas de 23 × 15 cms.

En todos los tiempos y en todas las edades ha sido un afán del hombre adquirir conocimientos de gentes y países extraños, buena prueba de lo cual la constituye el sinnúmero de obras que, desde Marco Polo hasta el día, vienen dedicando los viajeros a contarnos sus impresiones de los diversos lugares recorridos, pero estas narraciones de viaje suelen ser inseparables de cierta aridez que acompaña siempre a las descripciones, por excelentes que sean, cuando sólo son manifestación subjetiva del pensar o del sentir del narrador. Para evitar esta fatiga, los grandes maestros han mezclado a la narración el elemento novelesco o las aventuras extraordinarias, con lo cual no han hecho sino aplicar a la divulgación geográfica el mismo procedimiento que en otro terreno engendró la novela histórica.

KARL MAY, el famoso autor alemán, merece con justicia contarse en el número de aquellos maestros, pues nadie como él ha sabido hermanar la viveza y el interés de la acción con la exactitud de los datos que expone. Sus *Aventuras y Viajes*, en los cuales nos hace recorrer las más diversas y apartadas regiones del globo, desde las pampas americanas a los desiertos de la Arabia, y desde los hielos esquimales a los países del Africa ecuatorial, están escritos con tanta naturalidad, con imaginación tan exuberante, que no es posible su-

perarlos. Creados tal vez sin intención pedagógica, su valor educativo para la juventud es verdaderamente extraordinario, pues no es posible llevar a más alto grado la fusión de lo útil, labor del pedagogo, con lo dulce, labor del artista.

#### EPISODIOS PUBLICADOS

### ENTRE LOS PIELES ROJAS

*Primera serie:* 1. El Cazador de la pampa. — 2. El hacha de la guerra. — 3. La Venus cobriza. — 4. La montaña de oro. — 5. El Ku-Klux-Klan. — 6. Apaches y comanches. — 7. Los gambusinos mejicanos. — 8. La venganza del caudillo. — 9. Los salteadores de trenes. — 10. En la boca del lobo. — 11. La muerte del héroe. — 12. El testamento de Winnetou.

*Segunda serie:* 1. Los hijos del asesino. — 2. El púlpito del diablo. — 3. La casa de la muerte. — 4. La estatua de Winnetou.

### POR TIERRAS DEL PROFETA

*Primera serie:* 1. El rastro perdido. — 2. Los piratas del Mar Rojo. — 3. Los ladrones del desierto. — 4. Los adoradores del diablo. — 5. El reino del Preste Juan. — 6. Al amparo del Sultán. — 7. La venganza de sangre. — 8. El espíritu de la caverna. — 9. Los bandoleros Kurdos. — 10. El príncipe errante. — 11. La caravana de la muerte. — 12. La pista de un bandido. — 13. Los contrabandistas búlgaros. — 14. El mendigo del bosque. — 15. La hermandad de la Kopcha. — 16. El santón de la montaña. — 17. En busca del peligro. — 18. La cabaña misteriosa. — 19. En las redes del crimen. — 20. La torre de la Vieja Madre. — 21. Halef el temerario. — 22. La cueva de las joyas. — 23. El fin de una cuadrilla. — 24. El hijo del Jeque.



# Colección Selecta Internacional

Forman esta biblioteca las mejores obras de la literatura universal cuidadosamente elegidas entre las que más se distinguen por su valor literario, por el interés de la trama novelesca y por sus primores de concepción y de estilo. Por su positivo mérito literario, por el esmero de las ediciones y por lo económico de sus precios, la COLECCIÓN SELECTA INTERNACIONAL, supera a cuantas se han publicado hasta la fecha.

Los volúmenes suelen tener de 200 a 300 páginas de 20 x 13 cms., esmeradamente impresos en buen papel, con artísticas portadas en colores. Los ejemplares en rústica llevan cubierta impresa a varias tintas con dibujos especiales para cada volumen. Los ejemplares encuadernados son de artísticas tapas en tela imperial, realizadas con finísimos dorados.

J. ALLAN DUNN.....	<i>Rotorúa Rex.</i>
BARONESA DE ORCZY...	<i>Flor de lis.</i>
» » » ...	<i>La mujer de lord Tony.</i>
RENATO BAZIN.....	<i>El ánade azul.</i>
» » .....	<i>La alquería de Champdolent.</i>
» » .....	<i>La boda de la dactilógrafa.</i>
E. F. BENSON.....	<i>Sol de otoño (2 vols.).</i>
M. BENTON COOKE.....	<i>Bambi.</i>
P. BENOIT.....	<i>La Calzada de los Gigantes.</i>
E. BORDEAUX.....	<i>El ídolo roto.</i>
» » .....	<i>El fantasma de la calle de Miguel Ángel.</i>
» » .....	<i>La casa muerta.</i>
» » .....	<i>El corazón y la sangre.</i>
» » .....	<i>Juegos peligrosos.</i>
PABLO BOURGET.....	<i>El sentido de la muerte.</i>
» » .....	<i>Lazarina.</i>
F. H. BURNETT.....	<i>El niño lord.</i>
F. COPPÉE.....	<i>Los verdaderos ricos.</i>

4055

F. COPPÉE.....	<i>Pecado de juventud.</i>
J. CHABÁS.....	<i>Sin velas desvelada.</i>
A. DE CHATEAUBRIANT.	<i>El señor de Lourdines.</i>
J. GREGORY.....	<i>El Atajo de la Muerte.</i>
HANDEL MAZZETTI.....	<i>La pobre Margarita.</i>
T. HARDY.....	<i>Unos ojos azules (2 vols.).</i>
HUMPHRY WARD.....	<i>Desaparecido.</i>
ETHEL HUESTON.....	<i>Prudencia la madrecita.</i>
» » .....	<i>Eso dice Prudencia.</i>
J. K. JEROME.....	<i>Las divagaciones de un haragán.</i>
» » .....	<i>Nuevas divagaciones de un haragán.</i>
P. KELLER.....	<i>Vacaciones del Yo.</i>
» » .....	<i>El hijo de Agar.</i>
» » .....	<i>La antigua corona.</i>
JACK LONDON.....	<i>Colmillo blanco.</i>
B. K. MANIATES.....	<i>Tía Penique.</i>
RAMÓN D. PERÉS.....	<i>La madre tierra (poema).</i>
E. M. MARTÍNEZ AMADOR	<i>Tiña Nené.</i>
MC CUTCHEON.....	<i>Jaque al millón.</i>
J. ORTEGA MUNILLA...	<i>La señorita de la Cisniega.</i>
A. B. REEVE.....	<i>La aventurera.</i>
M. R. RINEHART.....	<i>La soltería andante.</i>
A. RUIZ Y PABLO.....	<i>Las metamorfosis de un erudito.</i>
E. G. SEELIGER.....	<i>El desfalcador de millones.</i>
J. STORER CLOUSTON...	<i>Su primer crimen.</i>
G. STRATTON PORTER...	<i>Todo un hombre (dos vols.).</i>
» » » ...	<i>Sangre irlandesa.</i>
I. S. TURGUIÉNIEF.....	<i>Una desdichada.</i>
J. H. WELLS.....	<i>Arturo Bealby.</i>

---

El catálogo completo de la casa Gustavo Gili  
se remite gratuitamente a quien lo solicite



## GUSTAVO GILI - Editor - Barcelona

## COLECCIÓN SELECTA INTERNACIONAL

## VOLÚMENES PUBLICADOS

- J. ALLAN DUNN.—*Rotorúa Rex*.  
 BARONESA DE ORCZY.—*Flor de lis*.  
 » —*La mujer de lord Tony*.  
 R. BAZIN.—*El ánade azul*.  
 » —*La alquería de Champ-dolent*.  
 » —*La boda de la dactilógrafa*.  
 E. F. BENSON.—*Sol de otoño* (2 vols.).  
 BENOIT.—*La Calzada de los Gigantes*.  
 E. BORDEAUX.—*El idolo roto*.  
 » —*El fantasma de la calle de Miguel Angel*.  
 » —*La casa muerta*.  
 » —*El corazón y la sangre*.  
 P. BOURGET.—*El sentido de la muerte*.  
 » —*Lazarina*.  
 F. H. BURNETT.—*El niño lord*.  
 F. COPPÉE.—*Los verdaderos ricos*.  
 » —*Pecado de juventud*.  
 JUAN CHABÁS.—*Sin velas, desvelada*.  
 A. DE CHATEAUBRIANT.—*El señor de Lourdines*.  
 J. GREGORY.—*El Atajo de la Muerte*.  
 HANDEL MAZZETTI.—*La pobre Margarita*.  
 T. HARDY.—*Unos ojos azules* (2 vols.).
- HUMPHRY WARD.—*Desaparecido*.  
 ETHEL HUESTON.—*Prudencia la madrecita*.  
 » —*Eso dice Prudencia*.  
 J. K. JEROME.—*Las divagaciones de un haragán*.  
 » —*Nuevas divagaciones de un haragán*.  
 P. KELLER.—*Vacaciones del Yo*.  
 » —*El hijo de Agar*.  
 » —*La antigua corona*.  
 JACK LONDON.—*Colmillo blanco*.  
 PERÉS.—*La madre tierra* (poema)  
 B. K. MANIATES.—*Tía Penique*.  
 E. M. MARTÍNEZ AMADOR.—*Tita Nené*.  
 McCUTCHEON.—*Jaque al millón*.  
 J. ORTEGA MUNILLA.—*La señorita de la Cisniega*.  
 A. B. REEVE.—*La aventurera*.  
 M. ROBERTS RINEHART.—*La soltería andante*.  
 A. RUIZ Y PABLO.—*Las metamorfosis de un erudito*.  
 E. G. SEELIGER.—*El desfalgador de millones*.  
 G. STRATTON PORTER.—*Todo un hombre* (2 vols.).  
 » —*Sangre irlandesa*.  
 M. TWAIN.—*Príncipe y mendigo*.  
 I. S. TURGUIÉNIEF.—*Una desdichada*.  
 J. H. WELLS.—*Arturo Bealby*.